

Los santos de Asís

por

Gonzalo Rodas Sarmiento

ÍNDICE

- 1.- Ortolana en el bautizo de su hija
- 2.- Francisco paseando
- 3.- Clara niña
- 4.- Francisco y su transformación
- 5.- Clara adolescente
- 6.- Bernardo y su cambio de vida
- 7.- Egidio entre los primeros
- 8.- Francisco en Roma
- 9.- Rufino en dificultades
- 10.- Clara y su decisión trascendente
- 11.- Rufino deprimido
- 12.- Clara se va de su casa
- 13.- Caterina se siente sola
- 14.- Pacífica se une a las Menores
- 15.- Francisco y las aves
- 16.- Maseo adquiere humildad
- 17.- Clara y su vida cotidiana
- 18.- Francisco contemplativo y evangelizador
- 19.- Egidio y la castidad
- 20.- León y su inquietud por escribir
- 21.- Clara y el privilegio de pobreza
- 22.- Francisco y su relación con la jerarquía
- 23.- Clara vuelve a la carga
- 24.- Francisco y los capítulos
- 25.- Iluminado en el mundo islámico
- 26.- Pedro al volver de Oriente
- 27.- Antonio y su vocación
- 28.- Francisco y la forma de vida
- 29.- Elías en su primer capítulo
- 30.- Francisco deprimido
- 31.- León en Alverna
- 32.- Francisco enfermo
- 33.- León ante una muerte
- 34.- Clara afligida
- 35.- Caterina y su añoranza
- 36.- Elías y el Papa
- 37.- Clara y los sarracenos
- 38.- Bienvenida en el convento
- 39.- Clara en su retorno al Padre
- 40.- Buenaventura
- 41.- Maseo cierra esta historia

1.- Ortolana en el bautizo de su hija

Invité también a Pica, la mujer de Bernardone. La conocí cuando estuvimos en Tierra Santa hace un par de años. Ella era la única de nosotras que no pertenecía a la nobleza. A mí, eso de los títulos es algo que jamás me ha importado. Nos hicimos muy amigas.

Hoy hemos bautizado a mi hija de pocos días, en la iglesia de San Rufino, aquí al lado de mi casa, en plena plaza principal. La ceremonia finalizó recién, y nos disponemos a reanudar la conversación que teníamos las dos, y también con Pacífica, recordando ese hermoso viaje, en que ella estuvo con nosotras.

-Ortolana, no me canso de decirte ¡qué linda niñita has tenido! -exclamó jubilosa Pica al llegar a la plaza, hace ya más de una hora. Y desde ese momento no paramos de charlar hasta mucho rato después, cuando llegó el padre Guido.

-Hermosa, ¿cierto? -reconocí con orgullo, mirando al bebé que estaba en mis brazos.

-¿Se llamará Caterina? -preguntó Pica.

-No. Con Favarone decidimos llamarla Clara.

-¿Por qué? Si estabas tan convencida esa vez que visitamos las reliquias de la intrépida Caterina de Alejandría.

-Prometiste llamar así a tu primera hija -recordó Pacífica, con una sonrisa de complicidad.

-A alguna hija que tuviere -rectifiqué- pero en ese tiempo no tenía ninguna. Además, puedo tener otra, después.

-Pacífica, parece que tú sabes algo más -dijo Pica, y entonces intervine, explicando la visión que había tenido. Pica lo entendió perfectamente porque también a ella le han pasado cosas similares.

Lo que ocurrió es que cuando estaba en mi octavo mes de embarazo, no me sentía muy bien, y me puse a rezar delante del crucifijo, en esta misma iglesia, para que el Señor me ayudara a llegar bien al parto, tener mi bebé sin problemas. En aquel momento escuché que Jesús me hablaba. Me decía que no tuviera miedo. Que daría a luz una luz más clara que la misma luz en día iluminado.

-Así, con esas palabras -afirmé-. Lo recuerdo como si fuera hoy.

Y recuerdo también que después de ese día empecé a imaginar que tendría un hijo sacerdote, y que llegaría a ser obispo. Me metí mucho en mi ensoñación, y me alegraba por anticipado porque mi hijo tendría que llegar a ser Cardenal, y más aún, después con toda seguridad sería elegido Papa. Me emocionaba imaginar los pormenores de la elección. Así, estuve tranquila hasta el día del parto y..., sorpresivamente..., tuve una niñita. Yo no entendía nada. Me preguntaba por qué tuve niñita si Dios me dijo que tendría alguien que iluminará

-¿Acaso una mujer puede iluminar? -dije en voz alta- ¿Cuándo ha pasado algo así? Bueno, si es la voluntad de Dios, así tendrá que ser.

Talvez tenga un niño después, más adelante. Le volví a preguntar a Dios, así como por curiosidad, pero ya sé que Él hará lo que estime conveniente, y lo hará de la mejor manera, y si hoy yo no sé cómo va a ser eso, no debe importarme. Yo, que me sentía como una María, a lo mejor fui una Ana.

-Así tendrá que ser -confirmó Pacífica.

-Sí. Parece que las mujeres tenemos que estar siempre en un segundo plano -manifesté lentamente, tomando nota mental de lo que me escuchaba decir-. Y eso..., algún día cambiará. Quedé feliz de haber tenido una niña.

Ellas estuvieron de acuerdo conmigo en eso.

-Tuvimos que preparar tantas cosas para agasajar a los invitados -comenté, porque me puse a pensar en las actividades femeninas-. Es una cosa vana que se transformará en nada. Pero, la vida parece tratarse sólo de lo inmediato.

Un anuncio de ayer referido a una utopía del mañana parece ser una ilusión que me saca de mi centro real, pero es lo único que perdura. Es lo que seguiré recordando por muchos años.

Seguimos hablando del viaje que hicimos en plena guerra de Cruzadas. Era realmente arriesgado. Por eso, no me fue fácil en aquella oportunidad convencer a Favarone, que me diera permiso para salir en peregrinación. Menos mal que no tuvimos ningún contratiempo, en todo el viaje, gracias a que íbamos en un grupo atendido de manera muy segura.

-Hay tanta incompreensión religiosa en el mundo -reflexionó Pacífica en voz alta.

-¿Han escuchado hablar de los valdenses? -preguntó Pica.

-Creo que son los mismos que los Pobres Hombres de Lyon -respondí-. Andan descalzos y con ropa muy sencilla. Siempre de a dos, predicán la pobreza y la penitencia.

-Ya han llegado por acá -observó Pica- y hasta traducen el evangelio por su propia cuenta. Lo leen y lo vuelven a leer. Y despotrican contra los sacerdotes, contra la misa, y contra la riqueza de la Iglesia.

-Y no creen en el purgatorio.

-Valdo, su fundador, fue excomulgado -completó Pica, bajando la voz, y entonces, optamos por conversar de otra cosa.

Pica nos habló de su hijo Juan, al que llaman Francisco, desde que su padre Bernardone llegó de Francia muy entusiasmado por sus éxitos comerciales y contagiando a todos el gusto por lo francés.

-Pedro viaja mucho a Francia -señaló Pica-. Hasta nos casamos en Francia. Juan disfrutaba con las canciones en francés, aunque no las entendía, le gustaban.

-Ahora, todo el mundo le dice Francisco -acotó Pacífica.

-Sí -reconoció Pica-, cuando los compañeros de la escuela se enteraron que le decíamos así lo dejaron definitivamente con el nombre Francisco... De repente, me preocupa este niño.

-¿Por qué? -quise saber.

-Porque le gusta mucho meterse en sus fantasías, y sueña despierto con grandes hazañas de caballería. Imagínate, tiene once años, si ya casi estamos entrando en el año 1194. ¡Cómo se pasa el tiempo!

En eso estábamos cuando llegó el padre Guido, ataviado como de fiesta, y dio comienzo al bautizo. Es un muy buen sacerdote. No como la mayoría de ellos, que llevan una vida bien poco casta, venden las reliquias para financiar sus fiestas, y algunos, hasta tienen hijos, siendo que se decretó el celibato religioso, hace ya casi un siglo.

Al padre Guido le tenemos mucho aprecio. Casi todos los asistentes a la ceremonia nos acercamos a la pila del agua bendita. Sólo el abuelo Offreduccio, que es el patriarca de la familia, y mi cuñado Monaldo, que es el hermano mayor, se quedaron sentados. Monaldo es el hombre fuerte del clan, ya que el abuelo está viejo y enfermo.

-Clara, yo te bautizo en el nombre del Padre, del Hijo, y del Espíritu Santo - pronunció el sacerdote la fórmula bautismal, no sin antes haber rezado por San Rufino, mártir y patrono de la ciudad.

Fue entonces que me fijé en el niño que había llegado hace un rato con un amigo, un poquito mayor, el cual subió alegremente al campanario. Cuando eran más pequeños yo los veía jugar a la guerra. Este otro niño que quedó abajo, parece ser el hijo de Pica. Hace tiempo que no lo veo, pues ellos van a misa a San Nicolás, cerca de su casa. Quería cerciorarme, pero ya no podía preguntarle a Pica, en pleno bautizo. Estuve muy pendiente de las palabras del padre Guido, pero cada cierto rato yo miraba hacia el niño y veía lágrimas en sus ojos.

Al término del bautizo, fueron llegando más mujeres a nuestro grupo. Ahora, era Pacífica la que tenía a Clara en sus brazos.

Seguí pendiente del niño porque pensé que algo le pasaba. No creo que haya estado molesto porque no lo dejaron subir al campanario con su amigo encargado de tocar las campanas durante el bautizo. Y muy bien las hizo repicar, tanto que yo me emocionaba, y parece que también el niño que quedó abajo, pues brincaba entusiasmado, lo cual era una señal de que sus lágrimas no eran de pena.

Fui haciendo pasar a los invitados a mi casa, acá al lado del templo, la mansión que habitamos con mi esposo, Conde de Sasso-Rosso, caballero feudal de una antigua familia romana. Las riquezas que poseemos me permiten ayudar a los pobres de Asís.

Favarone, por supuesto, entró el primero, junto a sus cuatro hermanos mayores. Lo siguieron los invitados. Yo me quedé para el final, y antes de entrar me volví hacia el niño aquel, que me pareció que es el de Pica.

-¿Cómo te llamas? -le pregunté.

-Francisco.

-¡Ah! Eres el niño de Pica. ¿Y por qué llorabas?

-No. No es que haya llorado -me corrigió dignamente-. Me salieron lágrimas por la luz.

-¿Qué luz? -quise saber, si yo no había visto ninguna luz.

-Esa tremenda luz que apareció de repente.

-¿Por dónde apareció alguna luz? -insistí.

-Por la ventana de arriba.

-A ver... muéstramela -le pedí, pues no sé de qué ventana me hablaba.

Volvimos a entrar y a pararnos cerca de la pila bautismal, y Francisco hubo de aceptar la evidencia. No había ninguna ventana.

Francisco ríe, y yo también. Entonces, él se va cantando muy contento. Se dio cuenta que había vivido una experiencia especial.

2.- Francisco paseando

He adquirido la costumbre de pasear por el campo, meditando. Hacia arriba y hacia abajo del monte Subasio, por senderos atrayentes. Salgo todos los días en la mañana y vuelvo a casa a almorzar. Mi padre se preocupa porque poco a poco he dejado de interesarme en el trabajo de la tienda. Todavía lo acompaño algunas tardes y le ayudo a vender géneros, pero pronto me aburro. Incluso, he ido con mi padre a Francia, por negocios. Tenemos la mejor tienda de ropa y géneros de Asís, pero eso ya no me llama la atención.

-Francisco -me ha dicho mi padre varias veces-, tú tendrás que hacerte cargo del negocio algún día, y ya tienes que empezar a aprenderlo.

Me inventó ese nombre porque, según me cuenta, se disgustó mucho cuando supo que mi madre me había puesto "Juan", igual que el santo bautista, que no le causa ningún entusiasmo.

Yo prefiero que sea Ángel el que se haga cargo del negocio. Mi hermanastro es bastante mayor que yo, y le gusta el comercio, pero no me animo a proponérselo a mi padre, pues es un asunto entre ellos.

En mi excursión de hoy, cerca de Asís, me he encontrado con una naturaleza preciosa. Me bajé del caballo y lo até a un cerco. Prefiero caminar un poco y escuchar el canto de los pájaros y la brisa que mueve las ramas de los árboles. Es hermoso.

Voy pensando en mi existencia. Cómo se me han ido rompiendo todos mis esquemas. Tengo que plantearme de nuevo, pues ya tengo 23 años, y lo único que sé es que mi vida tiene que cambiar.

Ya no soy ese joven elegante que gustaba de las fiestas, mucha música, y las diversiones intrascendentes con los amigos. Me da risa recordar los disturbios que armábamos, estando borrachos, cuando los guardias nos sumergían la cabeza en una fuente y nos llevaban a nuestras casas. Y qué decir de la fiesta de San Nicolás, antes que la prohibieran. Hacíamos parodias sacrílegas y al final sacábamos a remate unas prostitutas.

Eran buenos tipos mis amigos, en todo caso, y los conservo. Bernardo, Elías, León, y tantos otros. Hasta ahora sigo acompañando a algunos en más de una velada en que cantamos y recitamos. Ellos también ya están un poco más serios. Muy especialmente León, que entró al sacerdocio. Recuerdo que para Navidad inventamos unas canciones lindas. Sueño con el día en que se construya un pesebre real, con ovejas, bueyes y asnos de verdad. Y hasta con pastores y magos, y un José, una María y un Jesús. Me imagino a mí mismo diciendo el sermón, aunque aún no sospecho qué diría.

Tengo la certeza de que algún día esto ocurrirá. Algo falta en mi vida. O quizás sobra. Hace apenas tres años yo empecé a ser una persona guerrera. Me uní al escuadrón popular, en contra de los señores feudales, que casi ni quedaban porque se habían ido de Asís. La mayoría de ellos, a Perugia, muy cerca de acá, hacia el oeste. Es que yo estaba asombrado por la toma de la fortaleza Rocca por parte de los rebeldes. Aprovechando la ausencia temporal del duque, los burgueses vencieron a la guarnición y establecieron un régimen comunal. Con las piedras de la fortaleza construyeron una muralla que rodea Asís. Esa rebelión me atrajo tanto, que mi madre me recriminaba. Que cómo puedo andar con esos

pillos. Que si no me daba cuenta que su amiga, la señora Ortolana tuvo que exiliarse con sus hijitas. De verdad, yo no me daba cuenta. No le tomaba el peso al asunto. Mi madre estaba apenadísima, pues tiene varias amigas nobles. Tenía, más bien dicho.

Hace tan sólo dos años partí a la guerra contra Perugia, en una compañía de lanceros. Me habían atraído mucho las trompetas, los estandartes, y el colorido. Ibamos con buena disposición, pues suponíamos que la guerra era la manera de relacionarse entre los pueblos. Hoy lo encuentro absurdo. Ser enemigos de Perugia, es un contrasentido. Cuando vino la batalla de Collestrada la situación se puso tan negra, que tuvimos que salir arrancando. Fue una derrota estrepitosa. Estábamos echados en el suelo, un grupo de los nuestros, casi sin respirar porque los perugianos iban pasando por ahí, muy cerca. Giuliano no podía aguantar un estornudo, ni pudo pedir que le pegaran o algo así, el caso es que, a causa del estrépito que produjo nos atraparon y caímos prisioneros de los señores feudales.

Habíamos querido quitarles sus privilegios por la fuerza, y... claro... nos derrotaron. Fui ingenuo, pero estoy en paz conmigo, fiel a mis principios, movido por un ideal de justicia.

Nos llevaron a la cárcel de Sopramuro donde pasamos casi un año, en una mazmorra asquerosa, oscura y húmeda, muy fría en invierno y muy calurosa en verano. Cientos de días interminables. Golpes, insultos, y un mal olor que se me quedó pegado en la nariz, quizás para siempre. Llegó un momento en que no me importaba contribuir a la suciedad. Gran sufrimiento era la sed que me corroía la garganta, y el hambre que retorció el estómago. En los primeros días, algunos lloraban. Yo, también. Después, mis ojos se secaron.

Los otros compañeros le hacían el vacío a Giuliano, añadiéndole así otro dolor. Les dije que él no tenía la culpa, y aunque la hubiera tenido, me hice amigo de él en la prisión. Antes, lo había conocido muy poco. Menos mal que los demás me hicieron caso, y lo acogieron nuevamente.

No teníamos letrinas ni agua para lavarnos. Comíamos unos pocos restos y bebíamos agua sucia. Aprendí a obtener del sufrimiento la fuerza para vivir. Mis compañeros de calabozo se fueron deprimiendo a lo largo de los meses. Recordé los cantos que yo sabía y traté de enseñárselos. No querían escucharme, me hacían callar, pero los convencí que ésa era la manera de mantenernos vivos. Así nos dábamos fuerza. Los que no cantaban, al menos sonreían. Hasta los carceleros se pusieron más humanos.

Tuve tiempo de preguntarme qué sentido tiene haber sido fiel a ideales, si al final no se logra nada. Si aunque hubiésemos ganado la batalla, tarde o temprano los ricos se recuperan. Este asunto no puede funcionar así, basándose en el odio. Tendrá que ser de otra manera. Me pregunto cómo el injusto podrá comprender su error y empezar a ser justo, si nadie puede forzarlo. Y yo, ¿cómo puedo comprender mis errores, y cambiar, transformarme en lo que he de ser? Nadie me puede forzar tampoco. Es mi tarea. Es lo único que puedo hacer. Si lo logro, talvez pueda llegar a ser un modelo viviente, de cómo cada cual puede comprender sus errores y empezar a ser mejor.

Mientras estuve en esa prisión, necesité imperiosamente un abrazo de alguien, que no vino nunca, ni siquiera de mi padre pues no podía venir. Por lo

menos, le permitieron pagar rescate, después de muchos meses, y así terminó ese sufrimiento, y volví a mi casa en Asís, enfermo y desanimado, débil, en los puros huesos. Con fiebre y diarrea. Mis articulaciones necesitaban rehabilitación, y peor aún porque tuve que estar un año en cama.

Había vivido un fracaso estruendoso, y todavía me preocupaba por lo que la gente pudiere comentar. Supuse que nadie podría quererme. En esos días, recién llegado, pensé en muchas cosas. En las oraciones del calabozo, plegarias que habían estado olvidadas por años. Esta vez no las iba a dejar irse. Me habían sostenido y tenían que seguir sosteniéndome. A través del dolor, fui descubriendo el amor de Dios.

Pensé en el poder, y en quienes lo tienen. La jerarquía de la Iglesia tiene gran poder, y también muchas riquezas. Se me venía este pensamiento ahora que el rostro de mi alma empezaba a volverse tímidamente hacia Jesús. A mi entender, esas riquezas de la Iglesia la hacen descuidar su misión. Todas esas cosas me daban vuelta en la cabeza.

Después que pude levantarme y volver a frecuentar a los amigos, volví a las fiestas, pero ya no era el mismo.

Me interesé en saber más respecto a una cosa gravísima que estaba pasando con la Cruzada. Ya era vergonzoso que se ofreciera indulgencia plenaria por enrolarse en el Ejército de Jesucristo. Así se le daba prestigio. Hasta se decía que Cristo aplaude la muerte del enemigo. Eso no puede ser. Va contra la enseñanza del evangelio. Y no es todo. Lo peor está empezando a ocurrir, según me he estado enterando desde hace poco. Los guerreros cristianos se han aliado con los venecianos, acérrimos enemigos del emperador bizantino. Aún no puedo explicarme cómo pudieron incurrir en esa canallada, por ahorrarse algún dinero, o quizás no tenían posibilidad de conseguirlo. Se ha visto que, en la práctica, los venecianos son verdaderos mercenarios. Es gente de lo peor, pienso yo. Y resulta que en ese momento, los cristianos pasamos a ser súbditos de los venecianos. Comprendí que podía pasar cualquier barbaridad. Era imperioso que alguien fuera a ese frente, el de los cruzados, a intentar poner orden.

Con gran ingenuidad, creí que ese alguien era yo. No fue por otro motivo que, nuevamente, empezó a interesarme la vida caballeresca. Me compré una armadura y un buen caballo y me uní a una expedición que salió desde Asís hacia el sur, con destino a Puglia a unirse con Gualterio de Brienne, que dirigía las huestes pontificias en nombre del Papa Inocencio. Gualterio era un hombre con mucho prestigio, por los éxitos militares obtenidos por él.

Ya en el camino me hice amigo de otro guerrero como yo, pero pobrísimo, tanto que opté por prestarle mi armadura nueva, para que no estuviéramos tan disparejos.

Acampamos, y en la noche tuve un sueño importante. Yo estaba recorriendo las numerosas dependencias de un palacio en las que había toda clase de elementos de guerra, como armaduras y espadas con cruces labradas. Al despertar, creí ver en ese sueño un anuncio de que obtendríamos lo que estábamos necesitando para enfrentarnos con éxito a los enemigos de los cristianos. Continuamos el viaje hacia Puglia, pero curiosamente, ya no tenía yo tanto ardor por ir a la guerra. Menos aún al escuchar a mis compañeros hablando de su odio por los islámicos, que yo no compartía en absoluto.

Me fui enterando de más cosas, que habían estado silenciadas. Atrocidades. Lo que pasó cuando los cruzados se aliaron con los venecianos por conveniencias mezquinas de ambos, y se enfrentaron a los cristianos de Oriente en Constantinopla. Fue una monstruosa traición a los propios propósitos de la Cruzada. Saquearon la ciudad, incluyendo la Basílica de la Santa Sabiduría. Y violaron hasta a las monjas. Encuentro que fue una cosa horrible. ¿Cómo pudieron caer en ese exceso? Entendí por qué el Papa, sobrepasado por los acontecimientos, había excomulgado a los venecianos, y también a algunos cruzados. Sin embargo, no se repara nada con eso, y además no parece estar en una posición de pleno rechazo de lo ocurrido, talvez con la secreta esperanza de que la iglesia bizantina se someta a la romana. Ese asunto aún no está muy claro.

"¿Y yo ando en este tipo de actividades?". Me estaba cuestionando. Mi mente le daba vueltas a los pensamientos del día.

Al llegar a Spoleto, nos contaron que Gualterio acababa de morir. Esa noche tuve otro sueño porque el primero me había eludido. Estando un poco afiebrado, soñé con un hombre de túnica y barba blancas, que me preguntaba:

-¿Dónde vas?

Yo le contesté que a pelear a favor del Papa.

-El Papa es mi siervo -declaró el hombre de la túnica blanca. Entendí que venía en representación de Dios.

Tuve una gran emoción en ese sueño. Más aún cuando el anciano me volvió a preguntar:

-¿Por qué sirves al siervo y no al Señor?

Ese sueño me dejó perplejo. Uniéndolo a lo del día anterior, me empecé a dar cuenta de algunas cosas. En la mañana, mientras me levantaba, les fui dando forma dentro de mi cabeza. Y cuando ya estábamos a punto de reanudar el viaje tomé mi decisión y le dije al pobre hombre que me acompañaba:

-Yo no seguiré en esto.

Traté de explicarle que la guerra no es lo mío. Recién lo estaba comprendiendo. Nadie gana en las guerras. Todos pierden. Dios también pierde. Recordé a doña Ortolana y sus hijas. No fue justo que hayan tenido que emigrar en aquella oportunidad..., cuando yo las combatía. Mi madre tenía razón, como siempre. Jamás quisiera vivir así como lo he estado haciendo. Le hablé de todas estas cosas a ese pobre guerrero, que me miraba asombrado desde su caballo famélico.

Me despedí de mi compañero de viaje y le deseé suerte. Yo retorné a Asís sin mi armadura, que se la dejé a él, pues yo no la necesitaba. Después de llegar, estuve atento a percibir algún signo que me indicara qué tenía que hacer. Sólo pude escuchar el más absoluto silencio. Fue en ese momento que empecé a replantear mi vida. Si ni el Papa Inocencio, en plena juventud, con todo su poder y su capacidad para manejar las monarquías, pudo controlar la guerra, y se le escapó de las manos la Cruzada, es que nadie puede asegurar que no se cometerán injusticias. Descubrí que tal guerra es indeseable, por donde se la mire.

Yo estaba asqueado, también conmigo mismo, y ni siquiera me atreví a visitar a doña Ortolana, que estaba de regreso. Quería pedirle perdón por esa antigua ofensa de la que yo mismo salí más maltrecho que su familia. Postergué el gesto, pero sabía que en algún momento lo iba a hacer.

Mi vida ya empezaba a cambiar. Mis amigos me preguntaron:

-¿Qué te pasa, Francisco?

No me era fácil decirles la verdad. Les hablaba usando la imagen de un tesoro escondido.

-¿Estás enamorado? -insistían.

-Me casaré con la mujer más bella y sabia -les decía yo, refiriéndome a una manera de vivir, la más parecida posible a como vivió Jesús.

No entendían mi lenguaje enigmático. Y cuando yo mismo me escuché, recordé inmediatamente la escena esa del joven rico, al que Jesús le dijo:

-Vende todo lo que tienes y reparte el dinero entre los pobres, así tendrás un tesoro en el cielo.

A mí me lo estaba diciendo. Sí. A mí. En ese preciso instante, en plena calle, a media noche, tuve ese encuentro con Jesús, y desde entonces trato de sentir siempre su presencia.

Días después, yo estaba vendiendo géneros y entró a molestar un mendigo maloliente. Le tuve que decir que se fuera, porque en ese momento yo atendía a una distinguida dama, esposa de un cliente importante. Además, ésa es la costumbre. El asunto me dejó inquieto, pues desde niño me acostumbré a no dejar a los mendigos sin una monedita por lo menos, ya que invocan el amor de Dios. En cuanto se fue la compradora salí a buscar al mendigo. No me demoré tanto en encontrarlo, y le di algo de dinero. Así, empecé a encarnar esa nueva vida que busco, y en mi oración, prometí al Señor no negar ayuda a quienes la pidan por su amor.

Creo que para comprender lo que es la pobreza, tendría que hacerme pobre y ponerme a mendigar. Sin embargo, no soy capaz de dar un paso así, teniendo en cuenta que en Asís todo el mundo me conoce. Le pedí a uno de los sastres que trabajan para mi padre que me hiciera un traje especial. La mitad derecha con el género más elegante, y la mitad izquierda con otro género, completamente distinto, el más barato que encontrase. El hombre se rió de buena gana, pero accedió, y a los pocos días ya tuve en mis manos mi nueva tenida. Me la he puesto un par de veces, para ver si me empiezo a acostumbrar, pero no duro mucho porque provocho rechazo.

La semana pasada estuve en Roma y visité el templo de San Pedro, donde había una gran cantidad de peregrinos echando monedas por la reja de la ventanilla en que se mostraba la tumba del santo. Fue entonces que se me vino a la cabeza todo ese pensamiento de pobreza, y sin pensar más tiré por entre los barrotes todas las monedas de oro que tenía. Sentí con rubor la tremenda bulla que produjeron, y cómo la gente me miraba. No era mi intención hacerme notar, pero tampoco había manera de deshacer lo que ya estaba hecho.

Jesús no habría actuado como lo hice yo. Me puse a orar, y sentí con mucha fuerza que es Cristo el que ha de entrar en mí, caminar con mis pies, acoger con mis brazos. Sí. Ése es el sentido del Cristo vivo. Me abrí a que Jesús entrara en mí... ¿Qué Jesús? Él dijo "Lo que hicierais al más pobre, a mí me lo hicisteis". Jesús es el hombre pobre, el mendigo, el que no tiene donde guarecerse. ¡Qué difícil! ¿Cómo va a entrar ese hombre en mí...?

Quise salir de ahí pronto, y lo primero que vi al cruzar fue un mendigo sentado en la escalinata del templo. Extendía su mano vacía a los peregrinos. Al

principio, me limité a comprender que era en esa mano donde debí haber puesto el dinero. Me empezó a invadir tanta pena que fui hacia el mendigo y le di mi capa. Ya me retiraba, pero regresé donde ese hombre. Es Jesús, es el que quiere entrar en mí, en mi cuerpo... Le di mis zapatos, y el resto de mi ropa, y le pedí la suya para vestirme de pobre. Entonces, quedé yo sentado en esas gradas, mientras el hombre se fue antes que me arrepintiera.

Después de intentarlo varias veces, mi mano pudo estirarse al paso de la gente. De todas maneras, las monedas me las tiraban al suelo, y yo las recogía. En cuanto tuve el dinero necesario para volver a Asís, me fui de ahí corriendo, y luego, estando ya en el pueblo, avancé todo lo rápido que pude por sus calles angostas y sus escalas, tratando de que nadie me reconociera, hasta llegar a mi pieza con el corazón saltando.

Me acordé de la inmensa necesidad que yo tenía de un abrazo, estando preso en condiciones inhóspitas, y pensé en esa gente que hoy está necesitando eso, viviendo su propia prisión insoportable. El pobre que no puede ni lavarse. Los he visto, sucios, fétidos, implorando por un trozo de pan duro. Y peor aún, los leproso. ¡Qué enfermedad más sucia e insoportable! Si he de ver a Jesús en el leproso, tengo que ser capaz de abrazarlo. La sociedad lo prohíbe. ¿Quién es la sociedad? ¿Mi padre? ¿Los apóstoles? ¿Los que crucificaron a Jesús? ¿En qué acera estoy? Creo que estoy allá al frente; me siento muy lejano de mí, como si estuviera huyendo. Si he de ser un buen samaritano como Jesús propone, no tendré que cruzar la calle cuando vea al necesitado. Es que realmente necesito al necesitado.

En la soledad de mi habitación le hablé a Jesús y le prometí abrazar al primer leproso que viera.

Y ahora que paseo por el campo, reflexionando en torno a estas cosas, y disfrutando el sol y la vegetación, me acaba de pasar algo increíble. Veo venir a un leproso y escucho sus campanitas. Él trata de irse por otro lado, y así evitarme. Con toda seguridad está acostumbrado a actuar así. Confieso que eso me estaba dando tranquilidad.

En seguida mi cabeza empieza a hervir. Tengo que hacerle caso. Si todo lo que quiero para mi nueva vida es verdad, y no una cobarde mentira para tranquilizarme, no voy a evitar encontrarme con este hombre. Voy hacia el leproso, quien intenta alejarse de mí. Lo busco. Sí, quiero decirle algo. Darle una palabra de ternura. Se interna en el bosque, y yo también. Se pone a correr, y yo también. Él se asusta, ¿y yo también? Lo llamo, sin saber su nombre. Aquí, escondido entre los árboles, nadie me castigará por ir en contra de lo establecido. Jesús fue contra lo establecido, así nos enseña cómo hay que vivir.

No es nada de fácil soportar el asco que me da el leproso. Necesito ser muy valiente. Le hablo al hombre, con la ternura que puedo. Me sonríe. Creo que nunca le ha pasado algo así. Busco un pan en mi bolsillo y se lo paso al leproso. Mi mano no toca la suya. Me digo que eso no puede ser, que me estoy evadiendo. ¿Soy o no soy? Lo toco en el brazo, y no me pasa nada malo. Parece como cualquier persona. Él quiere arrancarse, pues no soporta la sensación gozosa. No cree tener derecho. Le digo que lo conozco, que es como mi hermano. Yo sé lo que es estar rechazado como el peor de los desperdicios. Entonces lo abrazo, llorando y temblando porque me está costando demasiado.

Es el Señor. Beso las llagas de sus manos como si fueran las de Jesús. El hombre no soporta más y se empieza a alejar, mirándome con un agradecimiento infinito.

Sigo caminando, y trato de tranquilizarme. Siento una dulzura que no conocía. Acabo de dar el paso que tenía que dar. Ahora puedo decir que soy un hombre nuevo.

3.- Clara niña

Hace ya más de un mes que volvimos a nuestra casa, en Asís. Esa que antes estuvo llena de sirvientes, pero ahora cuenta sólo con una mucama, una cocinera y un mayordomo. Antes del exilio yo tenía una maestra para mí sola y Caterina tenía la suya. Los adultos dicen que los tiempos de antes eran muy buenos, y todo eso se arruinó. Yo recuerdo haber escuchado palabras de odio en mi propia casa. Nuestra nación ha estado muy dividida, pero ya no tanto. Hace un par de años empezó a haber algunos acuerdos y no sé hasta cuando va a durar eso, pues no es fácil que vuelvan a quererse los que han estado tan peleados.

Aunque tengo casi doce años me gusta jugar con mi hermana Caterina que tiene nueve, y no con las primas de mi edad, que me parecen tan vanas y superficiales, y se lo pasan mirando el espejo. Éstas y yo ya tuvimos por primera vez nuestro flujo de mujer, y se supone que ya no deberíamos estar interesadas en cosas de niñas chicas. Sin embargo, con Caterina jugamos tardes enteras. Son juegos que parecen tontos, saltar, correr, escondernos, no pisar ciertas partes del suelo que serían precipicios, imaginar que somos señoras grandes y tenemos hijas que cuidar, y preparar comidas, jugar con barro. Así es mi vida, muy simple. No quisiera que esta edad se me fuera, pero también es lindo crecer.

Caterina es muy simpática. Estoy contenta de tenerla como hermana. Siempre me pregunta cosas, lo que ella esté empezando a descubrir y yo ya he vivido. Le estoy explicando poco a poco, que ella también va a empezar a tener su período en un par de años más. Caterina es una niña que tiene curiosidad, y creo que eso es muy bueno.

Echo de menos a Felipa que ahora está lejos. La conozco desde que fuimos bebés. Nos convertimos en inseparables cuando, con nuestras familias, tuvimos que refugiarnos en Perugia. Ambas teníamos siete años. Y también extraño a Bienvenida, que es casi como hermana de Felipa, ya que el padre de ésta, el señor Leonardo de Gislerio, la mantuvo en su provisoria casa de Perugia como a una hija, a pesar de no pertenecer ella a la nobleza, sino que a la servidumbre. Don Leonardo nos recibió a todos con mucho amor cuando estuvimos en dificultad.

El problema de las peleas comenzó cuando yo tenía unos cuatro años. Es una de las primeras cosas que recuerdo. Se vivió mucha violencia. Tío Monaldo estaba enojadísimo, mientras el pueblo rebelde se tomó la fortaleza de la ciudad e instaló un gobierno que duró poco. En la plaza decidieron que los señores feudales no tendrían más privilegios. Aunque mi padre pensó que no había que hacerles mucho caso, de todos modos tuvimos que pasar largas temporadas en nuestro castillo de verano, porque ahí estábamos más seguros. Para mí fue bueno

porque lo pasaba bien con mis sobrinas Balbina y Amada, que son casi como primas pequeñas.

Pero el asunto se siguió complicando y tuvimos que irnos a Perugia. Fue entonces que conocimos a Bienvenida. Poco tiempo después de llegar allá, Caterina empezó a preguntarme:

-Clara, ¿por qué nos vinimos acá a esta casa, en que casi no cabemos?

Yo, que entendía sólo un poquito más que ella, trataba de explicarle, ya no recuerdo con qué palabras, que la vida se puso difícil. En el fondo, le repetía lo que mi mamá me había dicho a mí.

A la casa que habitamos en Perugia llegaban los maestros a enseñarnos, y así no necesitábamos ir a la escuela de la iglesia. Las maestras y mi madre nos enseñaban lo que ellas saben. Coser, bordar, tejer, hilar, eran nuestras actividades. Los domingos iba con Bienvenida a cantar a la misa. Nuestro canto acompañaba la música de un inmenso órgano, tan grande que no veíamos a la persona que lo tocaba. Dicen que tengo bonita voz. Lo que sé es que el canto me transporta a algún lugar extraño en que todo es felicidad.

Ahora estamos de vuelta en nuestra casa, al lado de la iglesia. Llegamos con Beatriz, de pocos añitos. Mi padre siempre decía que quería un hijo hombre, y por tercera vez le salió mujer. Él ha vuelto a lo suyo, acá en Asís trabajando en sus tierras, que sabe hacerlo muy bien. Se ha dado cuenta de lo valioso que eso es, y ha entendido la solidaridad. Al mismo tiempo, todos la hemos ido entendiendo.

Hasta latín aprendí en Perugia, y eso me sirve para practicar con el padre Guido, que domina ese idioma, ahora que nos hemos reencontrado con él, acá en Asís. De esta forma, puedo conocer algo más del evangelio. Algo me lee el padre Guido cuando nos visita, y también los domingos, que le devolvemos la visita. Recuerdo que cuando yo era chica, me regalaba medallas y me hablaba de Jesús. Creo que él sabe más que mi mamá.

Hay una escena del evangelio que me hace imaginar que estoy ahí mismo escuchando a Jesús, que dice algo así como "He enseñado esto a los pequeñitos y humildes y se las he ocultado a los sabios y doctores". No son ésas las palabras exactas, pero así me llegan. Y yo me siento muy pequeñita y con muchas ganas de entender todo eso que no entienden los estudiosos. Con Caterina, más chica aún, y más sabia, sin duda alguna, converso estas cosas.

Nuevamente he podido pasar largas horas en nuestra pieza de rezar. Es la más agradable de la casa. Mi padre no entra jamás ahí, y tampoco está mucho en casa. Con mi madre y Caterina tenemos bonitas oraciones todos los días, en un fuerte contacto con la presencia de Jesús. Hay un crucifijo, y me dedico a contemplarlo por largo rato, en silencio, imaginando cada minuto de ese dolor que fue poniendo así a ese rostro.

Fue en Perugia, un poco después de llegar a esa ciudad, que descubrí el amor de Jesús. Es que mi mamá nos hacía rezar a todas. Una vez que ella nos estaba relatando un milagro de Jesús, que sanaba a los enfermos, ocurrió que Bienvenida estaba con dolor de estómago. Entonces imaginé que venía Jesús y estaba con nosotras y tomaba a Bienvenida en sus brazos y la acunaba como si fuera un bebé. Cerré los ojos, y me metí totalmente en la escena que tenía en mi

pensamiento. Las palabras de mamá las sentía cada vez más distantes. Lo notable fue que a Bienvenida se le pasó su dolor.

-La oración es milagrosa -observó mi madre, y yo quedé asombrada y muy contenta porque Jesús había venido con todo su amor.

Cierta vez escuché acerca de Jesús caminando sobre el agua, y eso me fascinó. Una y otra vez he vuelto sobre esa lectura después que aprendí algo de latín, y gracias a que el padre Guido me presta el libro. Cuando el apóstol Pedro caminaba hacia Jesús, yo me sentía identificada, pero jamás quisiera hundirme. Ese Pedro representa a las personas. La mayoría de la gente duda, y se va al fondo. Por eso, no les va muy bien. Yo preguntaba a los adultos si es más verdadero el evangelio o la vida. Nunca me han dado una respuesta acertada, ni yo tampoco la he descubierto. Se lo pregunto a Dios en mi oración. Ninguna persona ha logrado que los demás no se hundan, pero a lo menos, yo quiero ser capaz de aprender a pisar sobre el agua. Incluso, eso puede animar a los demás.

Atravesando la plaza estamos en casa de Bona Guelfuccio, que es la hermana menor de Pacífica, amiga de mi madre y pariente de mi padre. Yo me entiendo más con Bona, que no parece tan mayor, aunque me lleva unos diez años, y se casó hace poco. Ella ayuda mucho a la gente necesitada. También mi mamá da limosnas a los pobres, y ellos nos agradecen. En Asís, en Perugia, o donde sea, siempre los pobres han golpeado nuestra puerta, y jamás se han ido con las manos vacías. Mi madre dice que hay que compartir. No se cansa de repetirlo. Sin embargo, cada vez que guardo algo de comida para ellos, tengo que hacerlo a escondidas para que mamá no se entere.

Mi primo Rufino, bastante mayor que yo, hijo de mi tío Escipión, le dice a mamá que la limosna no devuelve la dignidad de los pobres. A mí me da mucha pena verlos. Me pregunto por qué la vida es así, y si acaso serán sabios. A veces les pregunto acerca de milagros. Ellos andan siempre pensando en los milagros. Creo que los entienden mejor que yo.

Rufino nos habla de un amigo suyo, llamado Francisco, que cuida a los enfermos en el hospital San Lázaro. Hasta leprosos, dice Rufino. Mi madre le aconseja que él no vaya a hacer lo mismo porque si hay leprosos se puede contagiar. Cuando escuchó a mi primo hablando de su amigo, mi mamá nos contó que ella conoció a Francisco cuando niño, y que fue muy amiga de su madre, pero ahora están distanciadas.

Tío Monaldo desprecia a Francisco. Le tiene un odio tan increíble, que cada vez que ve a Rufino se enoja mucho con él. Han tenido serias disputas, y Rufino está a punto de ser prácticamente expulsado del clan familiar.

-¿Cómo puedes andar con ese patán? -le recrimina el tío, furioso. Eso es lo más suave que le dice. A mí me indigna la reacción de mi tío porque su sobrino Rufino es un joven de buen corazón. Su nombre se lo pusieron en honor al santo patrono de Asís. Creo que algún día escribiré acerca de eso. Me gusta tomar la pluma y llevar al papel lo que se me viene a la mente. Por ejemplo, en las noches, cuando escucho el canto de los trovadores. Son muchachos festivos que alegran un poco la vida, pero no nos metemos con ellos.

Es notable lo que me ha tocado vivir en mi niñez. El término del régimen de privilegios. Esto es algo que me hace reflexionar. ¿Por qué motivo algunas personas hemos tenido ciertos derechos especiales? Si Jesús renunció a todos

los que pudo haber tenido. Me he dado cuenta que los privilegios son superfluos, que a nada bueno conducen, y que al alma le estorban.

4.- Francisco y su transformación

Fue en una tarde soleada de un bendito día de 1205 que jamás olvidaré. Durante una de mis habituales caminatas por los alrededores de Asís, mirando unos paisajes que me ayudan a la meditación, y sintiendo en la naturaleza las cosas que añoro, iba bajando por un angosto sendero de pequeñas piedras. Ya llevaba un buen rato caminando, y decidí detenerme para orar en la capillita, mi acostumbrado lugar solitario, la única que queda de las dos que construyeron los benedictinos, hace más de un siglo. Una para San Cosme, y la otra para San Damián, protectores de los enfermos. Las pusieron aquí por tratarse de un lugar milagroso, según la tradición, al cual acudían antiguamente todos aquellos que necesitaban curarse de algún mal. Al lado, levantaron una casa pequeña para la comunidad de los monjes. La capilla de San Cosme no permaneció mucho tiempo. El resto estaba aún en pie, pero la capilla de San Damián tenía un deterioro considerable, tras largos años de abandono parcial. El padre Pedro era el único habitante de la casa, y entraba a la capilla un rato cada día para alguna oración.

Quise hacerlo yo también esa tarde, y entré con curiosidad en la capilla, como si fuera la primera vez. Adentro, estaba en penumbras. Seguramente el padre Pedro no tenía aceite para las lámparas, pues vivía en la pobreza. Además, el recinto estaba tan desordenado que me vi en la necesidad de mover algunas bancas, después de quitarles el polvo. Era inútil tratar de limpiar todo. Resignado, me senté frente al bellissimo crucifijo bizantino de gran tamaño que siempre me ha atraído con fuerza. Me gusta que esté acá este ícono de los hermanos distantes. También tuve que limpiarlo, para lo cual me subí en una silla. Después me sumergí en un profundo diálogo. “Mi Dios y mi Todo” era lo que yo decía, cada cierto rato. Pedí perdón a Jesús, porque su presencia había sido pisoteada en Constantinopla.

Al mirarlo, empecé a notar algunos detalles del crucifijo, que antes me habían pasado inadvertidos. En las personas que aparecen en torno a Cristo. Me fijé que además de la Virgen María, el apóstol Juan, la otra María y la Magdalena se destaca un quinto personaje, que no tiene aureola. Y como además vi que estaban puestos los nombres, me acerqué a ese personaje y descubrí que es Cornelio, el centurión.

No sé cuánto tiempo estuve ahí, en un contacto cercano con Jesús. Yo le hablaba y percibía sus respuestas. Necesitaba aclararme en cuanto a cómo seguir viviendo mi vida. Jesús vino al mundo en la pobreza y se fue así mismo, humillado y envilecido como un delincuente. ¿Por qué representó ese rol? Algo nos muestra. Si queremos ser su iglesia hemos de ser pobres.

De pronto supe con absoluta certeza que Jesús me decía “Repara mi iglesia, que se está arruinando”. En ningún momento tuve la más pequeña duda respecto a que Cristo me estaba diciendo eso. Me asombré, y me estremecí de felicidad por esa cercanía, y me comprometí con el Señor a ser muy fiel a su pedido que me llenó de gratitud.

Al principio tomé el mensaje al pie de la letra y me sentí con la bella tarea de reconstruir físicamente el templo, cuyas paredes estaban casi cayéndose. Poco a poco me fui dando cuenta de la real magnitud del asunto. Jesús me estaba pidiendo una tarea mucho más bella aún. La de luchar por reconstruir la iglesia, como grupo organizado, el pueblo de Dios, que también está derrumbándose. Mucha pompa, mucha solemnidad, para asegurar el respeto de la gente, pero muy poca búsqueda del evangelio. Lo que pasó en Constantinopla es la ruina misma.

La iglesita ésa, que a cada minuto se va empeorando, es un símbolo de la Iglesia que formamos entre todos. El signo visible que acompaña a todo sacramento, pues la misión que el Señor me estaba pidiendo era también un verdadero sacramento y por eso decidí que antes de entrar a cumplirla iba a restaurar ese templo, pues ese signo visible iba a ser necesario para mí y para la iglesia. Para no olvidar jamás el mensaje profundo y verdadero que ha de moverme de aquí en adelante. Esa tarde marca un hito en mi vida.

Los cristianos parecemos estar dormidos, como en una noche oscura. De lo que se trata es de ser una persona que tenga que verse o escucharse, algo que moleste, que haga despertar. Quiero que Jesús pueda ocupar mi cuerpo, hablar por mi boca, y que su sangre corra por mis venas.

Volví rápidamente a mi casa y tomé unos cuantos paños que estaban listos para ser vendidos, todos los que pude poner encima del caballo, y partí al sureste, hacia Foligno, pues en la feria podría liquidarlos con prontitud. Obtuve buen dinero por mis géneros, y en todo momento consideré que estaba liquidando bienes que me pertenecían. Para mayor seguridad, vendí también el caballo ya que podía irme de vuelta a Asís con unos amigos.

Lo primero era la reconstrucción física. Ya vendría más adelante el trabajo espiritual, que aún no vislumbraba cómo lo iba a hacer. Recordé las quejas del Papa Inocencio, en ese sentido. He pensado mucho en cómo restaurar la iglesia original, y a lo único que he llegado es al convencimiento de que tengo que ir yo adelante, y restaurarme a mí mismo antes de pretender que voy a cambiar a los demás.

En cuanto tuve el dinero, lo conté y lo puse en una bolsa de cuero. Se la llevé al padre Pedro en San Damián, lo más pronto que pude. Lo saludé con cortesía, y le insistí varias veces que aceptara el dinero para la reparación de la capilla.

-Confíe en mi proyecto -sostuve, pero no hubo caso. No quiso recibir nada, y menos después que me escuchó decir que mi padre probablemente se iba a enojar conmigo.

Debido a la negativa del padre Pedro tuve que guardar la bolsa del dinero debajo del hueco de una ventana, que era como un verdadero estante, y le pedí asilo al anciano sacerdote. Por lo menos, accedió a tenerme en su casa, lo cual fue una salvación para mí. De paso, había aquí otro signo visible: el clero iba a ser duro de participar en la renovación de la iglesia, pero acogería cristianamente a quienes quieran intentarla. El símbolo era este cura antiguo, cansado y temeroso. Comprendí que cuando estuviera en mi misión, siempre habría de respetar al clero, y jamás pasaría por encima.

Durante mi estadía en su casa conversé mucho con el padre Pedro, y hasta tuve que salir a pedir limosna para poder mantenernos, pues no quise tocar, para

este efecto, el dinero de la reparación. Fue una experiencia difícil, algo que nunca había hecho, salvo aquella vez en Roma, y que me aportó una actitud de humildad. Además, una de estas salidas me permitió escuchar unos comentarios. Que mi padre andaba enfurecido buscándome, y a punto de dar con mi paradero.

Esa misma noche me despedí del padre Pedro, con gratitud, y me fui de su casa, a una cueva que queda muy cerca de ahí, y que Bernardone jamás encontraría. Estuve en ella un mes entero, pasando frío, hambre y soledad. Cada tres o cuatro días iba a la casa del sacerdote a buscar víveres. Me contó que tuvo que darle la bolsa con el dinero a Bernardone, quien se presentó un día, preguntando por mí, y aunque no me encontró, no me buscó más, pues ahora ya tenía el dinero.

Yo no iba a seguir para siempre pudriéndome en esa cueva. Tenía que salir. Y mi padre lo sabía.

Finalmente, salí de ahí, pues no sacaba nada con postergar lo inevitable. Más me valía enfrentar pronto al que era mi padre.

Llegando a Asís, las burlas se dejaron caer sobre mí. Nunca me habían visto tan sucio y descuidado, con una barba que creció de una manera silvestre. La gente creyó que yo había enloquecido, y quizás hasta hayan tenido un poco de razón. Me lanzaban gritos y piedras, lo cual fue humillante, pero no me dejé vencer. Continué con la vista alta, hasta llegar a mi casa. Bernardone se avergonzó de su hijo. Me encerró en el sótano para que nadie más pudiera verme, ni yo llegara a estar en condiciones de salir a perpetrar maldades, según señaló.

Dos veces al día bajaba a hablarme, tratando de recuperar al hijo que él quería tener. Después de una semana infructuosa empezó a darme golpes. Yo no sabía cómo salir de esa situación. Era un hombre prisionero, esclavo rebelde de otro hombre. Para mí, eso nunca tuvo sentido. La oportunidad se produjo cuando Bernardone tuvo que salir fuera de la ciudad por asuntos de negocio. Recién entonces mi madre pudo acercarse a mí, compungida y llorosa. Me habló con dulzura. Pude decirle lo que yo sentía, y le pedí que me liberara. Ella dio su conformidad, pues entendía que eso era lo único que su corazón le dictaba.

Volví a San Damián, limpio, afeitado, con ropa nueva, y provisto de víveres que mi madre me obligó a llevar. Con el padre Pedro cocinábamos todos los días y nos llevábamos muy bien, hasta que un día llegó un emisario del obispo Guido citándome para una fecha próxima en la plaza Santa María Mayor donde se llevaría a cabo un juicio público a mi persona. La querella había sido puesta por mi propio padre, exigiendo que yo le devolviera un dinero que supuestamente había tomado sin su permiso.

-Ya entregué a tu padre la bolsa de cuero -aclaró el anciano Pedro, mirándome-, y estaba intacta.

-Ya no tengo de él más que la ropa -respondí- y la comida que ya comimos.

A la hora indicada me presenté en la plaza. Ya había llegado el obispo Guido, y también mi padre, además de muchas personas que formaban el público. Mi madre estaba atrás entre la gente.

Era un verdadero evento que le tocaba dirigir al obispo, sin estar él muy cómodo en esa posición, intentando reconciliar a un padre con su hijo. Habló todas las fórmulas de rigor, y llegado el momento, Bernardone hizo público su requerimiento, que para mí era tan ridículo.

Cuando me tocó defenderme, dije que si algún dinero había tomado fue para hacer la obra de Dios.

-Para hacer la obra de Dios -opinó el obispo, asombrado- te sugiero que no uses el dinero de tu padre, pues no sabes si acaso lo ha ganado de manera justa.

Bernardone se atragantó con saliva, y se puso a toser, muy molesto.

-Da a tu padre lo que es de tu padre -continuó diciéndome el obispo Guido- y a Dios lo que es de Dios.

Para mí, fue una sentencia tan sabia que quise cumplirla de inmediato. Primero, le expliqué a mi padre que no obtuve, por los géneros y el caballo, más dinero que el que estaba en la famosa bolsa que él ya había recuperado. No me quedé tranquilo con eso. Me saqué la capa, la chaqueta, los zapatos, la camisa y el pantalón. Yo tiritaba, no sólo de frío, sino que también por el miedo de estar entrando en una acción límite. Me saqué también el resto de mi ropa y quedé completamente desnudo. Todas las prendas muy dobladas se las entregué al que hasta entonces había sido mi padre. En mi desnudez pensaba en Jesús, escarnecido por los carceleros.

Aunque tenía la vista un poco nublada alcancé a percibir movimiento en el público. Madres que trataban de que sus hijas no miraran. Murmullos, y también aplausos. Yo estaba renaciendo.

El obispo me tapó con su capa y me abrazó emocionado, mientras Bernardone se retiraba, rojo de indignación y vergüenza. Debe haber pensado que en algún momento yo iba a volver a su casa.

Terminado el evento, el obispo me dio una vestimenta de jardinero que hizo traer para mí. Era una túnica muy pobre, de color castaño que se amarraba a la cintura con un cordón. Hasta hoy, éste ha sido mi atuendo, que en esa oportunidad me puse por primera vez. Le di las gracias al obispo Guido, y me retiré del pueblo cantando, con destino al norte, sin mirar hacia atrás. Pensaba que con toda seguridad muchos quisieran seguir el mismo camino que yo tomé, subiendo una pesada pendiente.

Era un día de cielo azul y suelo blanco.

Quería llegar a Gubbio, donde vive un amigo de mi juventud, el caballero Federico Spadalunga. No estaba muy seguro de que él me fuera a regalar el dinero para reparar la capilla de San Damián, pero mi esperanza me ayudaba a avanzar. Tal vez pudiera darme algún trabajo.

Mucho antes de Gubbio vino la noche, y decidí pedir hospedaje en un convento benedictino. Llegué casi muriéndome. Había caminado mucho, con hambre y con frío. Hasta me atacaron unos asaltantes. Se frustraron porque no había nada para robarme. Me reí de ellos, y les dije que cuando uno es pobre no se asusta de que quieran robarle.

Llegué a este convento y toqué a la puerta. Vino a abrirme después de mucho rato un monje con cara de sueño y me hizo pasar. Me convidó una especie de sopa que calentó en un fogón. Me pasó una manta y me asignó un rincón donde me puse a dormir unas pocas horas. Muy temprano empecé a sentir las oraciones de los monjes. Fui al lugar desde donde venía esa verdadera música, y recé con ellos hasta donde pude. Casi todos me veían por primera vez, pero el portero ya les había hablado de mí. Después me convidaron un té con un pan y me hicieron miles de preguntas, de dónde vengo, para dónde voy. Yo les

contestaba en un contexto amplio de vida completa. Les conté que quería cambiar de vida. Me acogieron bien y me ofrecieron quedarme en el convento. Acepté gustoso. Tal vez era eso lo que Dios quería de mí.

Sí. Tantas veces me había imaginado en una vida así. Me fui quedando. Me destinaron a la cocina, como ayudante de un cocinero gordo. Al principio, sólo me pedían lavar trastos y pelar papas, lo que hacía con alegría. Había tiempo para la oración. Hasta aprendí a cocinar. Y también otras cosas más importantes. Cómo el abad disponía las actividades y se preocupaba de la disciplina y dirigía la oración.

Pensé mucho en mi padre. Me dolía que las cosas hubieran llegado tan lejos. Nunca pude soportar su manera de relacionarse con la riqueza. Rechacé eso a tal punto que yo espero ser todo lo contrario. No podía seguir debajo de la suela de su zapato. Más me dolía el dolor de mi madre. Dios quiera que ella comprenda que esto iba a pasar de una u otra forma.

Llevaba un par de semanas en el monasterio, y el ambiente de recogimiento se tornó en una verdadera encrucijada. Me puse a pensar "¿Qué haré? ¿Cómo lo haré? ¿Serán estos benedictinos mi grupo humano? Con ellos, tal vez podría reconstruir esa iglesia de San Damián". Se lo propuse al abad, pero me dijo claramente que su misión es otra.

El Señor no me pedía quedarme allí. He venido al mundo a algo distinto. A recuperar la pobreza de los seguidores de Cristo. Me había venido bien este descanso para tomar nuevas energías, y darme cuenta del poder de la oración. Se me tranquilizó el ánimo y se suavizó la emoción que aún me dominaba. Me dispuse a partir por esa misma puerta por donde entré. Seguiría mi camino, con vida y esperanza, sin saber bien adónde ni a qué.

Estaba en una contradicción vital, ya que el proyecto de la pobreza estaba necesitando recursos para partir. ¿Y después los necesitará para mantenerse? Eso sí que no podría ser.

Me despedí de los monjes, y seguí viaje hasta avistar las primeras casas de Gubbio, y entrar a la ciudad en que yo quería sentirme acogido. Anduve por calles limpias, como en ninguna otra parte he visto. Sin embargo, mi decepción fue grande, después de arribar al destino que me daba esperanza. Mi antiguo amigo Federico no estuvo muy dispuesto a proporcionarme alguna ayuda. Me recibió en su casa, eso sí, por unos días, y recordamos viejos tiempos, pero la cosa no pasó de ahí.

Al salir de la casa de Spadalunga, llevaba en mis manos una gran bolsa con ropa, supuestamente para mí, pero que fui regalando a los mendigos del camino.

Otra vez fui a parar donde el cura de San Damián, en esta ocasión sin tener que esconderme. Al llegar me arrodillé ante él porque es la persona que más me ha dado, en relación a lo poco que tiene. Tuve que salir a pedir, y todos los días iba a trabajar en el hospital San Lázaro, donde cuidaba enfermos y limpiaba llagas de leprosos.

Mi primera comida obtenida de limosna fue miserable. En mi escudilla se juntó un hueso con residuos adheridos, unas pocas cucharadas de sopa fría, un resto de lechuga y un trozo de pan duro. Me provocaba rechazo, pero estaba tan hambriento que decidí comerme todo eso, y así lo hice. No fue fácil.

Más de una vez Bernardone me vio mendigando por las calles y siempre se enfurecía. Me llamaba la atención rudamente, y yo seguía mi camino.

Fui a ver al obispo Guido y le di las gracias por haberme tratado bien en el juicio. No fui sólo a eso. También le pedí autorización para reparar la capilla de San Damián. Fue lo único que le pedí. Respecto al financiamiento, ya tenía un plan en mi cabeza, y lo puse en práctica. Me fui al mercado, a la hora de más público, me senté en una piedra grande y me puse a cantar como un trovador. La gente empezó a llegar, entusiasmada. Entre canción y canción yo les hablaba de mi proyecto de reparar San Damián y les pedía que me trajeran materiales para dicha construcción. Repetí esto todos los días durante dos años, y cada vez reunía más piedras para llevar a San Damián, donde pasaba el resto del día trabajando como albañil.

A los pocos caminantes que pasaban los invitaba a ayudarme. La mayor parte no me hacía caso, pero unos pocos se quedaban por un rato y volvían muchas veces. Rufino venía bien seguido y pasaba largas horas en San Damián. Es un sobrino de la señora Ortolana, con el cual entablé una buena amistad. También Alberto era asiduo. Tenía ya cierta edad pero era muy entusiasta. Me acompañaba a mendigar, y lo adopté como padre una vez que nos encontramos con Bernardone. Así, éste no me molestó más.

El trabajo de reparación no consistía solamente en acarrear piedras y construir muros. No bastaba con el trabajo físico, pues sin la ayuda de Dios no se puede hacer nada. Por eso dediqué una parte del tiempo a la oración. Me encanta escuchar como Dios me guía. Cierta vez que me puse muy místico tuve una visión fugaz, en que el edificio ya estaba listo, habitado por santas mujeres. Tanto me impactó el realismo de lo que visualicé, que hasta se lo conté a mis amigos y al padre Pedro, dándolo por un hecho seguro.

Mis amigos de juventud me invitan a sus fiestas. Debo reconocer que es una tentación difícil de vencer. Mi hermanastro Ángelo estuvo tratando de convencerme que volviera a mi casa.

-Estoy ganándome el pan con el sudor de mi frente -traté de explicarle.

-Tú vendes tu sudor -me dijo, al irse.

Al poco tiempo, la obra estuvo prácticamente terminada, faltando sólo detallitos. Reparamos todo. Suelo, muros y techo. Construimos una pequeña pieza en el piso de arriba para que el lugar llegue a ser un convento en que habitará un ramillete de mujeres piadosas. Hasta programamos una ceremonia de entrega del inmueble al padre Pedro, y en esa ocasión le regalé un buen frasco de aceite que me conseguí, para las lámparas de la capilla.

Hoy ha venido a ver a Rufino su amiga Bona, acompañada de las niñas Offreduccio. Clara, la mayor se ha puesto hermosísima y ya está teniendo curvas juveniles. Debe andar por los catorce años. Caterina, su hermana, es aún una niña. Las primas vienen a darle ánimo a Rufino. Con su voz cantarina, Clara dice que le encanta el lugar. Yo la escucho desde el techo, donde me he subido a arreglar una gotera, y me pregunto si alguna de estas niñas vendrá más adelante a tener acá una vida de pobreza y privaciones. ¿Aguantarían esa vida? La simple sonrisa de Clara parece decirme que sí.

5.- Clara adolescente

Recuerdo la primera vez que me fijé en Francisco. Sólo lo vi a través de la ventana del comedor. Ahí estaba, en el otro extremo de la plaza, en toda su rebeldía, que contrastaba con sus rasgos faciales finos. Me pareció que discutía con alguien, pero lo hacía de manera alegre.

Esa no fue la primera vez que lo veía. Cuando niña ya había estado, en más de una ocasión, en su tienda comprando géneros con mi madre, pero en esa época no me produjo ninguna curiosidad, pues yo me dedicaba a admirar a los santos y mártires cuyas vidas leí tantas veces, siempre con lágrimas en mis ojos. Me imaginaba los miles de episodios que quisiera vivir yo misma en algún momento en que seré muy valiente. Fue por esos años, que me propuse ser virgen, como María, aunque en ese instante no era capaz de comprender todo lo que significaba.

Cuando fui creciendo, los muchachos querían bailar conmigo y trataban de conquistarme. Yo siempre he sido tímida, y además no me gusta esa vida vana y superficial que la sociedad nos impone. Entablé amistad con un joven simpático que vivía cerca. Su nombre es Raniero de Bernardo. Un día me declaró que quería casarse conmigo, y hasta me trajo un anillo, teniendo yo apenas catorce años. Casi salí arrancando, pero volví a mi serenidad y le expliqué un poco la situación, pues yo no pretendía casarme todavía, si es que alguna vez.

Juan Ventura me miraba con ojos largos, aunque sabía que yo estaba vedada para él, pues es un simple soldado de la escolta de mi padre, y viene a casa a realizar toda clase de trabajos menores. Hasta he llegado a sospechar que alguna vez me espió por la cerradura de la puerta, pero preferí no decir nada, sin tener pruebas.

El asunto se puso negro cuando mi papá me comprometió para casarme con Paolo, un joven noble, muy rico, que tenía 17 años. La boda quedó fijada para cuatro años más porque soy muy niña todavía. Mi padre creyó que era su obligación preocuparse por mi destino, y me comunicó la mala noticia como si fuera muy buena, sin dar pie a la opinión contraria que yo pudiera tener. Sólo me atreví a manifestar algo de mi disconformidad, que no tenía fuerza alguna frente a la férrea posición de mi padre. Él fue siempre como un muro con el cual estrellarse.

Por el momento, no tengo ninguna intención de vivir de manera convencional como han hecho todas las niñas siempre. No quiero aceptar que los demás me obliguen a casarme. Quizás algún día me caso, si me enamoro. Simplemente, no acepto el compromiso que me imponen. Es muy pronto para aceptar así no más a uno que mis padres consideren conveniente. Algún día adquiriré un compromiso, sin duda, pero será a algo que esté inscrito en mí. Sólo a Dios obedezco. Quiero mucho a mis padres y espero que me comprendan.

Mi tío Monaldo, fiel a las odiosas costumbres de esta época, no perdía oportunidad de ponerme verdaderas trampas de modo que yo quedara a solas con un Paolo presionado para ser un conquistador orientado a lo físico, y no a lo romántico. En esas oportunidades, sí que salí huyendo.

Tanta fue la seriedad que se le dio en la familia a nuestro presunto compromiso, que mi mamá se puso a organizar los trajes, y hasta lo que comeríamos en mi boda. Yo no soportaba tanta lesera.

-Mamá, no quiero casarme con ese joven que vosotros me asignasteis.

-No te vas a casar todavía. Además, tu padre lo escogió para ti. No hay un caballero mejor que Paolo. Deberías estar feliz.

-No tengo nada contra él, pero no lo amo.

-Ya lo amarás. Vas a ver.

-Tú eres muy sometida, mamá, pero yo no lo soy.

-Niñita, no te pongas difícil.

-Mamá, tú puedes convencer a papá. Hazlo por mí, ¿ya? -me puse tierna. Casi siempre tengo buena relación con mamá, menos en esto de llevarle la contra al señor feudal. Se me salió eso en voz alta, parece, porque escuché una palabra golpeada:

-Respeta a tu padre.

Comprendí que por la vía de mi madre no conseguiría nada. No queriendo hacer perder tiempo a aquel apuesto caballero que me pretendía, decidí hablar directamente con él. Lo hice cuando vino a verme en una tarde lluviosa y nos sentamos cerca de los leños encendidos.

-Estás lindísima, Clara -me susurró con una bella sonrisa.

Le hice unas morisquetas poniéndome fea, y los dos reímos.

-Eres muy gentil, Paolo -le expresé con frialdad- pero sé que no congeniaremos.

-¿Cómo sabes?

-No tengo intenciones de casarme.

-Pero... si falta mucho.

-Es mejor que cortejes a otra niña.

-Estoy enamorado de ti.

-Y yo no -completé la declaración, y después llamé a Caterina, que es mi cómplice para estas cosas, y nos pusimos a jugar con ella.

Necesité muchas conversaciones como ésa para recuperar mi libertad. Y también más de una oración frente a la cruz de Cristo. Él, siempre me ayuda. Veo en Jesús un amor inmenso. Puedo hablarle en silencio horas enteras. Le cuento lo que Él ya sabe, que hay pobres y ricos, y que la codicia y la agresividad mueven a las personas, que construyen y destruyen con igual facilidad. Siento como si hoy mismo el hombre siguiera clavándole lanzas a Jesús.

Mi antigua duda empezó a tener respuesta frente al crucifijo. El evangelio es la verdad, y en cambio, la vida está llena de errores. He estado muy tomada por una frase del evangelio que escuché en la misa el domingo pasado. "Se han llevado a mi Señor, y no sé dónde lo han puesto". Es una manera de expresar la respuesta a esa duda que yo tenía. Se han llevado la verdad y no se la encuentra. Y se han llevado el amor. También se han llevado al niño Dios y no se sabe dónde lo han puesto. La oración me reconforta y me enseña a vivir. Jesús va conmigo en todo momento.

Bona me contó de la ruptura de Francisco con su padre, cuando quedó desnudo en la otra plaza. Prefirió eso a seguir viviendo como esclavo del hombre enérgico. Lo encontré tan maravilloso que me encantaría ser capaz de hacer algo

similar. Yo estaba recién empezando a vislumbrar lo buena que puede ser la vida al lado de un hombre a quien admire.

La otra tarde fui con unas amigas a la plaza, y estaba Francisco, vestido pobremente, cantando canciones hermosas por unas pocas monedas. Alguna gente se reía de él, y hasta le tiraban barro. Mis amigas afirmaron que Francisco se había vuelto loco.

Lo que me ocurrió a mí fue extraordinario. Sentí una gran atracción por Francisco. No fue una afinidad sensible, sino mucho más profunda, espiritual. Imaginé que ese hombre rezaba y le pedía algo a Dios. Yo no sabía qué, pero quise que el Señor le concediera lo que él solicitare. Me resigné a no saberlo jamás. Hablé así al Señor. “Por favor, concédele lo que te pida”. Sentí esa oración en mí, y también una gran felicidad de estar colaborando con un granito de arena.

Si yo me atreviera a contarle esto a alguien, me dirían que me enamoré a primera vista. En cambio, yo agregaría que con un amor divino, gratuito, a cambio de nada.

Me sentí plena de amor, fascinada, encantada. Supe con certeza que yo estaba dispuesta a dar mi vida por él en ese mismo instante si las cosas se dieran así. Francisco irradiaba una luz invisible que yo quería seguir. Él debe haber percibido lo que me pasaba, porque se me acercó. Creo que muy pocas personas entenderían la real dimensión de esto que viví.

-Dios te bendiga, Clara -fue lo primero que me dijo, con un hermoso timbre de voz, y me agradeció a nombre de los pobres, pues él sabía que a través de Bona he estado proporcionándoles alimentos que yo misma he sacado de lo que había para mí. No siempre me dan permiso para salir a la calle.

-Hermana cristiana -agregó después, sonriendo. Creo que Francisco sabe más de lo que expresa. Es un hombre grandioso.

Hasta me he atrevido a decirlo en mi casa, durante la cena, con esas mismas palabras. Eso me significó obtener un reto de proporciones, que escuchó hasta Juan Ventura. Y más encima, mi padre, muy enojado, me ordenó retirarme de la mesa inmediatamente.

Admiro a Francisco y sus amigos. No tengo idea qué va a pasar con esto, pero sé que mi vida está con él. Puede que sea un sueño imposible..., esto de unirme a un hombre que rompa esquemas. Y no al hijo de un hombre poderoso que quiere armar sociedad con el mío, yendo yo al sacrificio. ¡Qué distinto es Francisco!

6.- Bernardo y su cambio de vida

El cielo está amenazante. Nubes cargadas de agua se aprestan a caer en cualquier momento. Una tibia brisa intenta acariciarme, mientras me miro y trato de entender cómo llegué acá. Es un pueblito acogedor, y no me extraña el lugar sino el instante. No es el entorno lo que quiero comprender, sino yo mismo, vestido apenas, comiendo con agrado un trozo de pan duro que recién me dieron, por caridad.

Al recorrer estas callejuelas he venido pensando en los cambios que ha tenido mi vida ahora último. Mi amistad con Francisco ha perdurado a lo largo de

muchos años, desde que éramos niños intentando transformarnos en adultos. Estuvimos juntos en miles de fiestas, cantando y bebiendo muy alegres. Nunca nos faltó el dinero, pues siempre nuestros padres han trabajado en el comercio y fue así como teníamos lo que quisiéramos.

Cuando me fui a estudiar a la Facultad en Bolonia, Francisco ya estaba un poco retraído, como hastiado de tanta jarana, buscando nuevos caminos. Volví años después, con un flamante doctorado que no me sirvió de mucho porque, a pesar de tenerlo, tuve que trabajar en lo de mi padre. El negocio prosperó sin dificultad. De todos modos quedé inquieto pues no era eso lo que me gustaba. Y busqué a Francisco, fuera de la bulla mundana. Preguntando a los amigos comunes pude llegar a él con relativa facilidad. No estaba lejos. Se dedicaba a recorrer las calles de Asís recolectando elementos de construcción que después llevaba al campo, con paciencia y esfuerzo, para reconstruir capillas, como San Damián, San Pedro de la Espina, y Santa María de los Ángeles.

Mi amigo Francisco cambió mucho en poco tiempo. Muchos lo creyeron loco y lo ridiculizaban. Varias veces he tenido que defenderlo de agresiones. No es que yo sea muy vigoroso ni fuerte, mi defensa era verbal, bien pronunciada. Todo empezó cuando fui a verlo a la capilla que él estaba arreglando. Nos abrazamos al vernos después de tanto tiempo. Siempre ha sido mi mejor amigo. Le llevé unos elementos de construcción, y hasta me quedé un rato ayudando. Su construcción era una verdadera invitación a agruparse con él.

Nos sentamos a conversar y estuvimos desde el mediodía hasta el ocaso sin darnos cuenta cómo pasaba la hora. Nunca antes en mi vida yo había hablado tanto, pero el que más habló fue Francisco. Me contó de su nueva vida pobre, de acuerdo al evangelio, y de su ruptura con Bernardone, y de cómo aprendió a pedir limosna, a pesar de haber sido alguien que no tenía necesidades.

Hoy me parece que hiciera siglos de eso. Es que yo mismo estoy tan cambiado.

Esa vez me explicó cómo se le fue manifestando su vocación, que se le despertó de a poco y lo habitó intensamente durante la misa en la fiesta de San Matías, el apóstol que reemplazó a Judas. Francisco me contó que cuando oyó a Jesús exhortándonos a no abastecerse de oro ni plata, ni llevar alforja para el camino, ni zapatos ni más de dos túnicas, se llenó de alegría hasta tal punto, que se levantó de su asiento y le pidió al sacerdote que le explicara ese evangelio. En realidad, no necesitaba aclaración alguna, sino hacer reflexionar al cura, pues mi amigo ya estaba anhelando retornar a la iglesia original.

-Esto es lo que yo busco -exclamó Francisco, con gran entusiasmo, en cuanto el sacerdote explicó el evangelio.

No me costó descubrir lo esencial de toda esa historia. Francisco ha iniciado un camino nuevo, incomprendido, y por eso mismo restaurador de las personas. Sus palabras parecían morderme por dentro, y continué así durante los meses que siguieron.

Quise descubrir qué le pasaba en el fondo a Francisco. Lo invité a mi casa, en la que ha estado una infinidad de veces, y él acudió gustoso. Continuó siendo mi amigo aunque hayamos estado viviendo vidas tan diferentes.

-Es un agrado estar nuevamente en la mansión de los Quintavalle -exclamó con optimismo.

Francisco siguió yendo a mi casa, muchas veces.

-¿No te importa que te traten como a un loco? -le pregunté una vez, y se rió de buena gana. Me sentí mal porque fue como si yo mismo lo tratara así.

No comía mucho. Nuestras cenas eran sólo de compartir lo que estábamos viviendo. Se nos hacía tarde cada vez, y Francisco se quedaba a dormir en mi casa. Me hablaba de los evangelios. Así fue como me di cuenta que él ocupaba muchas horas en la oración. Se levantaba en plena noche a dar gracias a Dios por sus bendiciones. Las primeras veces yo dormía sin problemas, pero cierta vez me dio mucha curiosidad. Yo no sabía si estaba con un loco o con un santo. Fingí dormir y traté de entender lo que Francisco repetía una y otra vez, en voz baja pero audible.

Con mis ojos a medio cerrar lo vi levantar sus manos durante largo rato y rezar con lágrimas. Tras varias repeticiones logré descifrar lo que decía:

-Dios mío, tú eres todo.

Quedé tan impresionado esa noche, que me levanté, sin hacer ruido para no molestar, y me hiqué a su lado a repetir "Dios mío tú eres todo" y hasta levanté los brazos un rato, pero me cansé pronto. Francisco sacó su librito, lo abrió y me leyó aquel pasaje del evangelio de Juan, en que Nicodemo visita a Jesús en la noche. Cuando ya me estaba sintiendo un Nicodemo, dicho personaje preguntó:

-¿Cómo puede un hombre nacer de nuevo?

Eso me llegó hasta adentro. Era como si yo estuviera tratando de nacer de nuevo. Recé junto a Francisco con mucha devoción hasta que aclaró el nuevo día y sentí necesidad de tomar desayuno. Nos servimos un café, y entonces fue que le pedí si podía admitirme como su discípulo. Fue un tremendo paso para mí, y pude darlo porque estaba conmovido.

-Haré lo que me mandes -agregué.

Francisco se alegró de verdad y me miró con asombro, y después se puso un poco más serio.

-¿Estás seguro? -quiso saber.

Acepté con mucho entusiasmo y, a pesar de todo, mi amigo me señaló que el camino es pedregoso, y me sugirió ir a preguntarle a Dios. Esta vez fui yo quien cambió del asombro a la seriedad, pero como ya conozco sus figuras de lenguaje, estuve de acuerdo. Partimos a la misa de la Catedral, que ya estaba por empezar. Aunque llegamos un poquito tarde, asistimos al culto con devoción.

Cuando terminó la misa, la gente empezó a retirarse, uno a uno, se persignaban y salían, menos nosotros dos, que permanecimos en oración por un largo rato. Cómo sería, que vino hacia nosotros el canónigo Cattani, un hombre maduro. Saludó a Francisco efusivamente, y a mí no tanto, pues sólo me conocía de vista. Pedro Cattani no es sacerdote pero parece que lo fuera.

Desde luego sabe mucho más que cualquiera, ya que tiene estudios teológicos y una cátedra en la universidad. Por eso fue nombrado en tan alto cargo. Y él ha venido hasta Francisco porque lo admira.

Después de conversar un poco nos preguntó en qué andábamos. Francisco le contó que yo estoy discerniendo mi futuro y él me está ayudando. Cattani quiso ayudar también.

-Vengan conmigo -dijo levantándose del asiento, y salimos los dos detrás de él a través de la nave lateral hasta llegar adelante donde estaba el libro de misa. Cattani puso sus manos sobre el misal y pronunció con lentitud una oración que estaba improvisando en ese momento. Luego, Francisco hizo lo mismo, usando palabras bellas. Después de un breve lapso me miraron a mí. Me demoré un poco, pero puse también mis manos sobre el libro y recé un padrenuestro. Se produjo un silencio tan intenso que todo parecía estar listo para empezar a moverse.

-Abre el libro en la página que el Señor quiera -me señaló Cattani, y yo abrí en cualquier página, la que quiso salir. Era el evangelio de Marcos, en aquella escena en que el joven rico corrió y se arrodilló ante Jesús preguntándole:

-¿Qué debo hacer para alcanzar la vida eterna?

Fui leyendo con lentitud, asombrándome de cómo el evangelista estaba totalmente puesto en el personaje, sintiendo el cariño con que Jesús lo miraba. Poco a poco fui entrando también yo dentro de ese joven rico.

-Una cosa te falta -escuché decir a Jesús-, anda, vende todo lo que tienes y dáselo a los pobres-. A esa altura ya casi no pude seguir leyendo porque se me nublaron los ojos, con la emoción de estar siendo llamado por Dios de esta manera tan bella. Francisco también lloraba, pero lo que me sorprendió fue que hasta Cattani tenía unas lágrimas.

Me quedó muy clara la voluntad del Señor para mí. Por algún motivo ha tenido que salir tal escena y no otra. En ese momento no atiné más que a estar en silencio, despidiéndome ya de mi vieja vida para recibir la nueva. Yo no estaba solo en este suceso. Siendo Cattani un hombre rico, también fue tocado profundamente por la lectura. Y él rompió el silencio dirigiéndose a Francisco:

-“O Dios o el dinero” me dijiste una vez.

Francisco se limitó a sonreír y me hizo pensar que ya estaban en conversaciones desde hacía algún tiempo. Cerré el libro, y los tres caminamos hacia afuera del templo. Cuando me despedí de Cattani estábamos emocionados los dos. Volví a casa con Francisco y no necesité agregar ni una sola palabra. Empecé a asumir que mi vida en el siglo había dejado de tener sentido.

Pensaba si acaso yo era capaz de hacer lo mismo que Francisco. Mis posesiones se las podía dejar a los trabajadores. ¿Por qué no? No me decidía, así, tan fácil. Ya no quise seguir indagando qué le pasaba a Francisco, sino por qué me ocurría a mí también.

Tanta perseverancia tuve, que resolví juntar aquellas pertenencias pequeñas de porte pero valiosas, y nos dirigimos hacia la plaza San Jorge en que me puse a venderlas. El dinero lo repartí entre los pordioseros, viudas y huérfanos. Se juntó la gente, y entre medio estaba el padre Silvestre, un tanto preocupado. Francisco me contó que una vez le había comprado unos morrillos, piedras en buenas cuentas, a un precio bajísimo. Y por eso, en esta nueva ocasión, llamó al sacerdote y le dio una parte del dinero que habíamos recolectado. Eso volvió a poner contento al padre Silvestre, pues se estaba saldando una antigua deuda.

La gente de la plaza me criticaba. Escuché quejas como “de esa manera no se mejora la situación de los pobres”, y “si todos los comerciantes hacen lo mismo, nos arruinaremos todos”.

No les contesté nada porque no se me ocurrió a tiempo una respuesta adecuada. En realidad, todavía la estoy pensando. En este momento, hasta me cuestiono. ¿Podré seguir viviendo así? Lo que más quiero es ser capaz de eso, pero no me está siendo nada de fácil, acostumbrado como estoy a enorgullecerme de mi apellido.

Ya no me importa no tener todos esos bienes materiales que tuve antes. El resto de ellos los vendí con absoluta tranquilidad, y llevé el dinero a los hospitales. Luego me dirigí a la Porciúncula, donde ya me quedé. Estaba comenzando la primavera de 1208.

La Porciúncula es una pequeña porción de terreno, en medio de un bosque, muy cerca de Asís, a poco menos de una hora, caminando lento. Me gustó el lugar, solitario y lleno de paz. Ahí mismo hay una pequeña capilla dedicada a la virgen María, que Francisco está refaccionando, y ahora yo también. He empezado a amar cada piedra de sus muros, sus dos inmensas puertas y sus tres minúsculas ventanas.

Los benedictinos camaldulenses, del monasterio San Benito, en el monte Subasio, permitieron a Francisco irse a vivir a la Porciúncula. Además, le proporcionan aceite para las lámparas, pues ese preciado elemento se considera como si formara parte de la edificación. Un par de veces les hemos llevado pescados del lago Trasimeno, aunque no alcanzan ni para una idea de pago del censo que correspondería.

Aquí comenzó a existir ese día nuestra comunidad. Francisco me pasó una vestimenta como la suya, un simple hábito de un color indefinido grisáceo, con una cuerda a la cintura.

Al anoecer de ese mismo día llegó otra persona y se incorporó a este naciente grupo. Era nada menos que Pedro Cattani, que también estaba renunciando a sus bienes, a su posición como canónigo, y a su cátedra universitaria. Recibió de manos de Francisco igual vestimenta que la nuestra. Nos miramos y no podíamos parar de reírnos, lo cual para mí fue algo insólito, pues siempre he sido un tipo más bien serio y hasta me han dicho que soy pesimista.

Construimos una pequeña choza para cada uno, a unos diez a quince metros de la capilla, y a partir de entonces nos hemos dedicado a la oración, que ya estoy aprendiendo, y a pedir limosna para alimentarnos. Eso es mucho más difícil de aprender.

A propósito de eso de construir chozas, Cattani se preguntaba en voz alta si estaríamos en un Tabor del cual habrá que bajarse después. Como yo no entendía mucho, Pedro me explicó lo de la transfiguración del Señor, y eso me incentivó a leer el evangelio y captar la sabiduría que hay en él.

-La pobreza no es un objetivo en sí misma -señaló Francisco-. Es simplemente la manera de conocer a Jesús y descubrirlo dentro de uno.

En el pueblo nos llamaban Penitentes de Asís, título pomposo que puede parecer bien a algunos y mal a otros. A la gente rica no le gustó esto que estaba pasando con nosotros. Oíamos gran cantidad de lamentos, en igual medida que el gozo que le daba a Francisco, que se entusiasma y sueña.

-Cuando seamos siete, los enviaré a predicar al pueblo -agregó Francisco. El ya ha salido varias veces a hablar a la gente en las plazas. No les platica acerca del juicio final ni de la condenación eterna de los pecadores, como sería un

sermón típico. Francisco decidió cambiar el punto de vista. Habla de la paz, y de perdonar a los que nos ofenden. Insiste en que la manera de vivir no puede basarse en el miedo sino en el amor.

Ya empezó a pensar en las reglas de vida que vamos a tener, las que deberían ponerse por escrito. Nos habló de normas de cómo seguir a Jesús en fraternidad, siendo pobres, al servicio de los necesitados, anunciar el evangelio, trabajar y orar.

Hoy me ha tocado salir con Francisco a conversar con la gente y a pedir limosna. Él se fue por el lado más peligroso y me dejó a mí el más benigno. Quedamos de juntarnos a las siete de la tarde en el lado de afuera del templo. Aquí estoy esperándolo, pues falta poco para las siete. Ya me comí todo lo que pude recolectar. Lo devoré, en realidad, porque tenía un hambre bárbaro.

Ahí viene Francisco. Al llegar abre su bolsa en la que trae unos pedazos de pan que le dieron, y los pone sobre una improvisada mesa que armó en una piedra grande, usando la bolsa como pequeño mantel. Me pidió agregar lo que había obtenido yo, para así empezar a comer.

Por eso estoy rojo de vergüenza. No sé cómo explicarle que ya di cuenta de lo que debía aportar. Francisco ríe, y me ofrece sus panes. No acepto, por supuesto. Supongo que debería echarme a sus pies, pero no me animo a hacer tal acto de humildad. Prefiero inventar que ya estoy saciado.

7.- Egidio entre los primeros discípulos

De repente aparece un viento helado que nos obliga a ponernos el capuchón. La dura carreta que nos transporta avanza con lentitud dando unos horribles saltos. De todos modos, estoy agradecido de que alguien haya querido llevarnos a Florencia, el destino que el hermano Francisco nos fijó, a mí y a Bernardo. Hasta conversamos, entre tumbo y tumbo. De hecho, no hemos parado de hablar en todo el camino. Bernardo me cuenta sus andanzas en Bolonia.

-Me fui derecho a la plaza principal -señala- y, al verme con este hábito de color indeterminado, como tronco de árbol -agrega, dirigiendo sus dedos índices hacia nuestras vestiduras, un poco gris la de él, y más tirada a marrón la mía-, unos chiquillos empezaron a hacerme burla, como si yo fuera un loco.

-Y lo eres -lo interrumpo con una breve risa.

-Tanto como tú, Egidio -y después de un instante continúa-. Los niños éstos me tenían para la broma, pero yo les sonreía no más, y no les dije nada ese día.

-¿Y al día siguiente?

-Volví a la plaza, para hacerme amigo de ellos, pero eran muy obstinados.

-Supongo que no hubo caso.

-Durante varios días, hasta que tuve mi defensor.

-¿Qué? -pregunto sin poder creer lo que me parecía haber escuchado.

-Apareció como un ángel de la guarda. Su nombre es Nicolás de Guillermo, y me hizo un par de preguntas para formarse una idea de la situación. Entonces, le mostré la hojita.

-¿Qué hojita?

-Esa hoja, Egidio, igual a la que tú también tienes. La que escribió Francisco con las primeras reglas de comportamiento.

-¡Ah! Sí -respondo enrojecido, pues me da vergüenza no saber leer y estar con un tipo que ha estudiado tanto.

-Pronto podrás leerla. Te lo aseguro -me dice sonriendo.

Bernardo me ha estado enseñando las primeras letras, y cómo juntarlas para armar las famosas sílabas. Me parece saber lo que piensa el sol, pero apenas sé que dos más dos son cuatro.

-Sí. Seré un buen alumno -replico.

-Este intercesor se impresionó con nuestra norma -sigue contando Bernardo- a tal punto que me llevó a su casa, me presentó a su familia, y me ofreció regalarme un terreno. Al principio le dije que sí, encantado, pero me acordé de lo que nos ha dicho Francisco, así que le pedí que nos dejara construir una choza ahí, si teníamos nuevos Hermanos boloñeses, pero que el terreno siguiera siendo propiedad de él.

-Fabuloso. Ojalá en Florencia nos pase lo mismo -digo entusiasmado-. Es un buen hombre este don Nicolás, ¿no?

-Pienso que se nos va a unir, y él mismo va a levantar la choza en ese terreno.

-Así, vamos siendo más.

-Pero, eso último no es seguro -me advierte.

Me quedo pensativo. Uno puede ser pobre y sentir lo mismo que los ricos. Varios nos hemos maravillado al escuchar palabras luminosas...

-Fuego -se me sale en voz alta.

-¿Qué? -se asusta Bernardo y mira para todos lados.

-No, hombre. Lo que digo es que al ver cómo tú cambiaste, entró fuego en mi corazón.

-Perdóname, Egidio, pero si alguien te quemó no he sido yo.

-Cuando estuve en la plaza de Asís viendo como renunciabas a toda la riqueza, y te quedabas tan pobre como he sido yo siempre -le digo con un poco de temblor-, algo pasó en mí. Ya nunca más pude ser el de antes.

-Y así fue como te sentiste llamado, ¿eh?

-Más que un llamado, sentí como un grito de Jesús "Ven, Egidio". El me dice así -explico.

-Me acuerdo que te encontramos en el camino, cerca de la Porciúncula, cuando iba yo con Francisco. Tú te arrodillaste, y Francisco te levantó como si fueras una pluma.

-Y eso que soy bien gordito.

-¿Cómo supiste el camino para ubicarnos?

-Ese día me levanté temprano y fui a orar al templo de San Jorge, pues era su fiesta. El Señor me iluminó, y así supe hacia donde echar a andar, pero cuando llegué a un cruce de caminos ya no sabía por donde seguir.

Le explico a Bernardo que recé de nuevo, y me metí por el sendero más angosto. Después de un rato los encontré.

-¿Tus padres no te pusieron problemas? -me pregunta Bernardo.

-No. Si yo ya tenía como 18 años.

Estamos llegando a Florencia cuando el sol se ha puesto ya, hace un rato. Nos bajamos de la carreta con toda la agilidad que pudimos, y llenamos de bendiciones al cochero. Recorremos calles buscando donde pasar la noche. Sin dinero no es fácil encontrar algo. Hasta las residenciales más humildes desconfían. A medida que se hace tarde, la esperanza intenta abandonarnos. No podemos dormir en la plaza porque está haciendo un frío que penetra los huesos.

-¿Qué hacemos? -pregunta Bernardo.

-Rezar.

Y eso es justamente lo que hacemos, mientras seguimos yendo de un lado a otro. Llegamos a una posada que está en reparaciones y tiene un gran letrero diciendo que no acepta pasajeros.

-Aquí podríamos alojar -sonríe.

Una mujer gorda, al parecer la dueña de la posada, anda por ahí y nos ve. En ese momento, Bernardo le pide que nos hospede.

-¿No vio el letrero? -es su seca respuesta.

-Por favor, permita que nos quedemos en cualquier parte que esté un poco abrigada -suplico.

No muy convencida, y después de varios intentos, finalmente la señora se compadece y nos hace pasar a una habitación vacía, al lado del portón de entrada. Doy gracias a Dios y a esta señora, por el hospedaje y por el café caliente que nos trae para desentumecernos, además de dos mantas, una para cada uno.

-Me da risa que nos crean delincuentes -le digo a Bernardo, tratando de saber qué siente. Él no es muy comunicativo, ni yo tampoco, pero a mí me gusta tratar de descubrir las cosas misteriosas.

Bernardo está tan cansado, que muy pronto se duerme. En cambio, yo estoy desvelado y me pongo a pensar en miles de cosas, en la caridad, que va y viene. Como esa vez, yendo a Asís a conseguir un género pardo grisáceo para mi hábito, con Francisco que me recibía lleno de afecto, nos habló una mujer muy pobre, pidiéndonos limosna. Seguimos caminando, pues no teníamos dinero. Francisco se lo explicó con paciencia, y miró detenidamente mi capa, que me servía de buen abrigo. Entendí el silencioso gesto, y me saqué la capa. La mujer se fue agradecida, y yo quedé contento. Ese fue mi primer día en nuestra pequeña comunidad, con Francisco, Bernardo y Pedro, hace ya unos pocos meses, en que hemos estado integrándonos como grupo.

Con troncos, ramas secas y barro, ese mismo día me ayudaron a construir mi choza, similar a la de ellos. A lo largo de los días, se interesaron por mis vivencias y por enseñarme. Compartimos nuestras distintas maneras de orar, y así cada uno ha hecho avanzar a los otros. Desde el primer día comenzamos a reunirnos durante cada crepúsculo en la capilla, esa hermosa Porciúncula, que tiene dos inmensas puertas, una de las cuales la mantenemos cerrada, y dos ventanas a distinta altura, además de un pequeño ventanuco. En esas reuniones nos contamos lo ocurrido en el día. A Francisco siempre le pasan cosas inesperadas. El nos habla de las actitudes de Jesús, para fortalecer nuestras motivaciones.

-Denle libertad al corazón -nos dijo Francisco una vez, y se me quedó grabado.

Estando en estas reflexiones escucho unos gritos que vienen de otra pieza cercana, a través de precarios tabiques.

-¿Por qué los dejaste entrar? -grita un hombre iracundo, talvez el marido de la mujer que nos acogió.

... Sólo una noche... no son ladrones... -alcanzo a distinguir destellos de la defensa de la señora.

Trato de hacerme el dormido, por si vienen a echarnos, y sigo sumido en mis pensamientos. Añoro cada piedra del muro de la Porciúncula, y también mi débil choza que hoy la imagino como un palacio. Vuelvo a ese lugar, dentro de mi cabeza. Me encanta pertenecer a esta hermandad al servicio del pueblo. Durante muchos días intentamos inventarnos un nombre, como grupo. Le dimos muchas vueltas a eso, y no llegábamos a nada, hasta que se me ocurrió decir “soy el hermano menor”, ya que no tengo ni la mitad de los conocimientos de los otros. A Francisco se le iluminó el rostro.

-No eres menos, aunque no hayas tenido acceso al estudio -afirmó, y los demás estuvieron de acuerdo.

-Todos somos hermanos menores -completó Pedro, que no habla mucho, pero dice lo justo. Y desde entonces somos los Hermanos Menores.

En una de estas reuniones, Francisco nos entusiasmó para salir a evangelizar de dos en dos.

-¿Dónde iremos? -quiso saber Bernardo.

-Donde el Señor nos guíe -fue la respuesta de Francisco, y sin tardar formó los grupos, uno con Bernardo y Pedro, y el otro con Francisco y yo. Nos fuimos a dormir pensando en lugares donde ir, y al día siguiente partimos. Bernardo y Pedro fueron a Perugia. Francisco y yo, a Spoleto. Después, de ahí cambiamos rumbo hacia Ancona. Ibamos cantando. Francisco, en francés, y yo tarareaba, no más, pero en comunicación con Dios. Por el camino me imaginaba que llegaríamos a ser muchos más Hermanos Menores. Bebíamos de los manantiales de una zona montañosa, y dormíamos en portales de iglesia. En uno de esos pórticos se nos unió un par de mendigos, como nosotros, pero mucho más acostumbrados a no tener nada. Para mí, cada uno de ellos era Jesús, y así los tratamos.

En algunos pueblos nos correteaban con perros, pero en otros nos recibían con una mezcla de curiosidad y esperanza, lo que nos permitía pararnos en la plaza, cantar, conversar con la gente y ver cómo seguían llegando más interesados en esa charla amena. Yo iba por las calles cercanas recolectando personas que quisieran escuchar a Francisco. Su palabra llega hasta muy adentro de cada uno, con gran fuerza.

-Es un hombre santo -era mi frase.

Francisco me había enseñado a saludar dando la paz, como hacía Jesús. Al principio me costó, pero después lo adopté como único método de romper el hielo.

-El Señor os dé la paz -decía yo a las personas con que me encontraba.

-¿Forzudo, qué significa esa manera de saludar? -respondió uno, cierta vez, y traté de hacerle ver que si hablo de paz me estoy oponiendo a la guerra.

También recibí unos garabatos de gente poco amistosa, lo que me tentaba a desistir y saludar de la manera convencional, como protegiéndome.

-¿Protegerte de qué? -me preguntó Francisco una vez que me vio desanimado. Me explicó con un ejemplo.

-Uno puede mantener la calma -expresó- si lo golpean físicamente, pero... ¿por qué no mantenerla también cuando aparece ese fantasma llamado Don Ridículo? Ni siquiera es una persona a quien temer.

Francisco me mostró la actitud de Jesús, que no protestaba ante los insultos. Entonces, sentí una especie de necesidad de palpar esa humillación que forja el carácter.

Así como la palabra de Francisco entró en mí, con fuerza, también entraba en las personas que se reunían en la plaza a escucharlo cuando los instaba a la penitencia.

Francisco me dijo que yo era un discípulo aventajado. Creo que fue para darme ánimo, y después de decirlo se quedó admirando el vuelo de las golondrinas.

-Envidiables las alas, ah -sostuvo.

-¿Y para qué queremos ir tan rápido? -respondí con una pregunta que se contesta sola.

-Tienes razón -sentenció, y me propuso un ejercicio, para estar más cerca del Señor. Entonces, por el resto de ese día caminamos a cierta distancia el uno del otro. Yo estuve de acuerdo porque no me quedaba otra, y por respetar esa necesidad de silencio que Francisco tuvo en ese momento. A mí me sirvió para meditar que si Dios no nos da algo es porque no lo necesitamos.

Al final de esa larga expedición, llegamos sin ningún resultado concreto, lo cual me deprimió un poco. Entonces, Francisco me devolvió mis propias palabras "¿para qué queremos ir tan rápido?". Una vez más me enrojecí, y volví a ser yo mismo. En realidad, él me está enseñando a orar.

-Cuando dos personas rezan -me ha dicho-, parece que estuvieran en lo mismo, pero no. Cada uno está en un mundo distinto.

Eso me dio confianza, porque antes creí que mi falta de cultura me iba a hacer difícil la oración.

Bernardo y Pedro ya habían llegado el día anterior. Reanudamos nuestras reuniones, y nos vimos enfrentados a una situación delicada, porque mucha gente reaccionó mal a nuestra manera de vivir y evangelizar. Acudieron con sus quejas hasta el despacho del obispo Guido, y lo tenían tan vuelto loco que no hallaba cómo conciliar las cosas. Los sacerdotes estaban también alterados con todo esto, unos a favor y otros en contra. Uno de aquellos llegó un día hasta la Porciúncula. Al verlo acercándose creí que vendría con alguna queja, pero no. Nada de eso. Vino a darnos su apoyo. Era el padre Silvestre, el mismo de las piedras aquéllas.

También llegó a la comunidad otro joven de Asís, llamado Sabatino. Vino para quedarse, vistió nuestro hábito de color indefinido, como dice Bernardo, y compartió nuestra pobreza. Francisco lo puso en grupo con Pedro, y así liberó a Bernardo y lo envió a Bolonia, en un verdadero grupo de a uno. Ahí le sucedieron esas anécdotas que me contaba durante nuestro viaje de ayer en la carreta.

Por ese tiempo en que llegó Sabatino, me empecé a dedicar a la artesanía. Con juncos y mimbres fabriqué unos canastos que después negocié en la plaza, obteniendo alimentos a cambio. Me gusta trabajar en contacto con la naturaleza, en cualquier cosa. Fui a los bosques cercanos, y también a otros lejanos a recoger

leña, que también transformé en comida. Hasta estuve de temporero en la vendimia pero de acuerdo a nuestra regla, pedí que la remuneración viniera en forma de uva, todos los días.

A veces, alguno de nosotros acompaña a Francisco a la ermita de las Cárceles, pero casi siempre va él solo a encarcelarse, como decimos nosotros, y entra en unas oraciones de alto vuelo. Es una antigua construcción de verdaderas celdas en una cueva natural, junto a una caída de agua en la roca del monte Subasio, a una hora de Asís, caminando. Antiguamente habían pertenecido a unos ermitaños.

Francisco puso unas vigas para acondicionar el lugar, y consiguió una mesa para la sala más grande. Con palos y ramas completamos un poco las celdas.

Las Cárceles están cerca de los benedictinos, que son también propietarios del terreno de la Porciúncula, y aunque quisieron regalárselo a Francisco, éste no aceptó tener propiedades.

Sigo tratando de dormir, y a ratos me resulta. De pronto, despierto y vuelvo a pensar las mismas cosas. Me levanto, me da frío y me vuelvo a acostar.

Ya está amaneciendo. Con Bernardo nos levantamos y nos retiramos del aposento sin meter bulla, para dirigirnos a un templo que queda a dos cuadras. La dueña de la posada va también en nuestra dirección, un poco más adelante. La alcanzamos para agradecerle la hospitalidad.

En el templo hay un señor muy respetado y querido, llamado Guido, igual que nuestro obispo. Este don Guido de Florencia, como podríamos decirle, es reconocido como generoso. De hecho, está repartiendo dinero entre los mendigos. Cuando nos ve, a Bernardo y a mí, intenta darnos también una cantidad no despreciable. No aceptamos nada. Bernardo le explica nuestra regla de vida, y nuestra opción por la pobreza. Lo hace con palabras de persona culta y estudiosa, como que es un doctor de la universidad.

-Hemos elegido la pobreza -expone Bernardo- de acuerdo a lo que nos pide nuestro Señor Jesucristo.

-¿Tú has tenido propiedades? -pregunta don Guido a Bernardo, abriendo unos tremendos ojos.

Iniciamos una larga conversación. A lo largo de ella va apareciendo la admiración de don Guido, quien nos lleva a su casa. Casi sin darme cuenta voy detrás de ellos y entramos en un bello jardín, el de la casa de este hombre, que es muy rico.

Mientras saboreamos un espléndido desayuno, don Guido dice:

-Os cederé un pequeño terreno que tengo en las afueras de la ciudad. Incluso tiene una construcción precaria, en la que puede vivir gente.

Yo estoy encantado porque mi sueño se empieza a cumplir. Casi no sé qué decir, y Bernardo está tan asombrado como yo.

-Con gusto viviremos allí -le digo con alegría- pero la propiedad ha de seguir siendo vuestra.

Ya sé que ésa es la voluntad de Francisco, y en ningún caso podríamos hacerlo de otra forma.

8.- Francisco en Roma

Una vez más, me dirigí a la residencia del obispo Guido. Era mi costumbre pedirle consejo, y también una pequeña limosna para paliar las dificultades que vivíamos en la Porciúncula. Para mí, este buen hombre es padre y señor de las almas.

No me hizo esperar mucho, a pesar de la gran cantidad de trabajo que le demanda la diócesis.

-Francisco, la gente se está apartando de la Iglesia -me dijo, yendo al grano, y agregó que él está de acuerdo con las personas que ven nuestra mendicidad como una carga para ellos-. Pon los pies en el suelo.

Después de una pausa me ofreció una huerta para que la trabajáramos. Así, de improviso, quedé enfrentado a mi contradicción, pues si uno tiene propiedades ha de cuidarlas, lo cual le obliga a poseer armas, y después sin darse cuenta pasa de la defensa a la ofensiva. Creo que las propiedades pueden llegar a ser violentas, y traté de explicarle esto a Don Guido, pero lo único que conseguí fue dejarlo en silencio por un rato breve. Seguimos desenredando el asunto. Reconocí que me gustó eso de trabajar, pero en propiedad ajena, y tener presencia entre los trabajadores. Prometí al obispo que así lo haríamos, y él quedó más tranquilo.

Al irme seguí pensando en que no quiero causarle problemas a la persona del obispo. Sin embargo, no podía renunciar a la lucha por darle nueva vida a la Iglesia. Para eso, es necesario que cambien las personas, empezando por mí y nuestro grupo de Hermanos Menores. Si no, ¿cómo podríamos hacer que el mundo deje de estar como está? En la reunión de la comunidad, que tuvimos al atardecer de ese día, les hablé.

-No podemos ser como una sal que perdiera su sabor -expuse con vehemencia, y me maravillé de cómo Dios me lo había soplado.

Continué elaborando lo que ellos llaman La Regla, un pequeño documento en que se reafirma el propósito de atender al evangelio, y se dan algunas pautas de cómo vivir sin tener el problema económico resuelto, lo que constituye nuestra particular actitud de renovación.

Ya éramos doce, y todo indicaba que seguiríamos creciendo. Estas primeras vivencias tenían una mística muy especial, una grata sensación de estar en el propio origen, tocando una plenitud y una serena alegría con la piel del alma.

Había que hacer algo para tener la aceptación de la jerarquía. No sólo de nuestro obispo, que siempre me ha tenido afecto. ¿Quizás si del Papa? Al principio rechacé ese pensamiento porque lo consideré desproporcionado, pero a los pocos minutos volvió hacia mí incólume, como preguntándome ¿por qué no?

Durante varios días estuve dándole vueltas a eso, y pidiéndole a Dios que me indicara cómo proceder. La divina respuesta me llegó a través del asistente del obispo, cuando fui a visitar a Don Guido.

-Si quieres verlo ahora, tendrás que ir a Roma -ésas fueron sus palabras para darme a entender que el obispo andaba de viaje.

"Ir a Roma". Sí. Eso era. Ahí estaba la respuesta, clara como el agua. No me costó nada convencer a los otros once. De todas maneras, los animé diciéndoles que no hay que tener miedo del Papa. Es solemne, pero es un padre

acogedor. No teníamos ni equipaje que armar, así que partimos al día siguiente, pero antes les pedí que le encargáramos a uno de nosotros ser el guía del viaje.

-Tú, Francisco -hablaron casi a coro.

-No, no -les dije riendo con alegría-. Necesito dejarme guiar. Acepten que en virtud de la humildad yo me someta a alguno de vosotros, y vaya donde él diga, y duerma donde él disponga.

-Es sólo por el viaje -agregué al verlos temerosos-, en Roma volveré a tomar las decisiones.

Las miradas se posaron en Bernardo, el más antiguo. Fue elegido por aclamación.

Bernardo decidió que fuéramos a pie, y así lo hicimos, rezando y cantando, muy contentos. Nos subíamos a las carretas, cuando nos lo permitían. Fue un viaje entretenido, alimentándonos con lo que la gente quiso darnos.

Conversé con los Hermanos el motivo de la expedición. Les comenté que han estado apareciendo muchos movimientos renovadores de la Iglesia, pero que no la aman como lo hacemos nosotros. Quieren cambiar una cosa que no les va. Tienen los mismos buenos motivos que podría tener cualquiera. Hasta se dan cuenta que primero tiene que cambiar uno, pero están en enemistad con la jerarquía, y así no logran nada.

-No quiero que nuestro movimiento caiga en eso -aclaré-. Tampoco quiero que parezca hereje y se desprestigie, pues así estaríamos perdiendo nuestro tiempo y nuestra acción.

-No podemos exigir a alguien que cambie su actitud -agregué-. Queremos que el Papa bendiga nuestro movimiento. Además, eso será de su parte una disposición a cambiar, una apertura a lo nuevo. Nosotros haremos nuestra conversión personal.

Siempre he confiado en que el Señor nos ayudará.

En una de las noches, alojando en un monasterio cerca de Rieti, tuve un sueño. Iba por un camino hermoso, con árboles bellísimos a ambos lados. Admiré especialmente uno de éstos, el más alto de todos. Levanté la vista hacia la copa y quise llegar hasta ella, para lo cual me elevé un poco, tomé distancia del suelo y caminé unos pasos sobre el aire. Corté una de las ramas más fuertes y con ella en mis manos bajé hasta volver al suelo. Hasta ahí me acuerdo. Al despertar traté de entender este mensaje pero no lo logré en ese momento.

Cuando salimos de ahí, a la mañana siguiente, andábamos un poco molestos porque dormimos mal, pasamos frío, y además nos picaron unos bichitos. Durante el trayecto, que se estaba haciendo pesado, conté el sueño a los Hermanos, y entre todos le daban miles de significados, y así fuimos recuperando la alegría inicial.

En una tarde tibia de la primavera de 1209 llegamos a Roma y nos fuimos adentrando en la bulla de la gran ciudad. Algunos de los Hermanos estaban asombrados porque era la primera vez que vivían algo así. Nos veíamos insignificantes al lado de los romanos, que nos miraban con curiosidad. Fuimos a visitar sepulcros de apóstoles en el templo de San Pedro, y allí tuvimos una oración.

Al preguntar a diversas personas por la ubicación del palacio de San Juan de Letrán, la residencia papal, noté en ellas una rebeldía a la autoridad

eclesiástica que estaba en pie de guerra contra las sectas heréticas. En Roma, muchos se preocupan de eso. Después de caminar varias cuerdas alcanzamos el famoso palacio. Mi intención era llegar hasta el Papa sin intermediarios. Por eso, les pedí a los Hermanos que se quedaran orando mientras yo subía solo, pues no sería conveniente que invadiéramos al Pontífice con tanta gente, ni tampoco iba a ser fácil para un grupo grande filtrarse hasta las altas dependencias.

Así como andaba, descalzo y apenas vestido, entré por la puerta principal y me escabullí por unos pasillos laterales. Pude pasar inadvertido y subir una escala que llevaba a una galería, sin saber bien por donde ir, dejándome guiar por la mano divina, que sin duda tuvo una eficacia increíble, ya que de pronto me topé con el mismísimo Inocencio, en persona. Curiosamente, el Pontífice estaba escondiéndose de los guardias. Era un hombre pequeño de porte, de muy apuesta presencia, con ojos penetrantes, que se paseaba de un lado a otro, pensativo. El hombre más poderoso del mundo, debe haber tenido alguna importante decisión que tomar. Recordé cuando fue elegido Papa, y después fue ordenado sacerdote.

Me hincé y me presenté, con palabras que me salían a borbotones, tanto que en pocos segundos ya le había pedido permiso para vivir el evangelio. El Santo Padre quedó desconcertado. Para él, yo era un simple pordiosero fuera de lugar.

-Somos doce, venimos de Asís, y estamos hospedados en el hospital de los Antoninos... -intenté seguir hablando desde ahí abajo.

-Basta, ya -declaró el Papa con tranquilidad, dando por finalizada mi intervención.

-Tengo otras cosas urgentes e importantes -me explicó-. Tendrás que esperar a tener una recomendación.

El Pontífice se alejó, y yo quedé deprimido, atrapado en mi propio lazo, mirándome yo mismo de arriba a abajo. Salí despacio, busqué a mis compañeros de andanzas y les conté mi desventura.

Decidimos que necesitábamos más oración, así que nos retiramos a un lugar casi apartado, si no se es muy riguroso, en una plaza. Después de una hora se empezó a juntar la gente. Nos observaban. Cuando tomé la decisión de hablarles de Jesús, y efectivamente así lo hice, muchos se retiraron de inmediato, mientras que otros duraron un poco más. Se fueron retirando también, pero al final quedó una señora sola, muy impresionada, declarando que nos encontraba admirables. Dijo llamarse Jacoba de Settesoli, y como nos notó hambrientos nos llevó a todos a su casa, donde vivía con su marido y sus dos pequeños hijitos. Nos ofreció un trozo de pastel de frambuesa, que ella misma había preparado. Estaba riquísimo. Lo engullimos y nos repetimos, hasta que se terminó el pastel. La señora Jacoba nos dejó invitados para el día siguiente, pues nos tendría otra tarta.

De hecho, volvimos al otro día y también al siguiente. Uno de los Hermanos comentó, después en la plaza, que Jacoba era como una Marta, y otro le rebatió, que no, que era como una María, aludiendo a las hermanas de Lázaro. Soporté que discutieran un rato, y después di mi sentencia para terminar con esa discusión:

-Es Marta y es María -y enseguida les cambié el tema-. ¿Sabíais que tenemos que conseguir una recomendación para ver al Papa? ¿Qué os parece?

-No tienes recomendación -repitió Ángel, remedando una voz de solemnidad.

Mientras escuchaba las risas recordé que nuestro querido obispo Guido estaba en Roma. No por otra razón Dios me había traído justo en ese momento.

-Vamos a ver a Don Guido -señalé- y partimos todos, alegres, a averiguar donde podíamos encontrarlo. Casi un día estuvimos preguntando, hasta que dimos con él.

Cuando nos vio, Don Guido se sorprendió de vernos en Roma, y creyó que lo estábamos abandonando. Para tranquilizarlo le conté que queríamos tener una entrevista con el Papa Inocencio para que avalara nuestra forma de vida. Le conté también mi experiencia fallida en palacio y se rió de mi ingenuidad.

-Aunque a la Iglesia le interesa lo celestial -me explicó-, sus costumbres son muy terrenales. No basta con el Espíritu. También hay que tener un poco de diplomacia.

Continuó diciendo que él es amigo del Cardenal Juan de San Pablo, muy influyente. Además, nos llevó a la casa del prelado, para presentarnos. Éste resultó ser una persona excepcional, abierto como una palma de mano. Nos preguntó que dónde alojábamos, y cuando se lo dijimos nos invitó a quedarnos en su casa. Nunca imaginé que nos íbamos a encontrar con alguien tan acogedor. Era médico, y también fue monje cisterciense. Nos aseguró que él nos recomendaría a Su Santidad, pero que tuviéramos paciencia, eso sí.

-Preséntame a tus Hermanos -me pidió alegremente a la hora de la cena, estando todos alrededor de una generosa mesa.

Empecé por mí, y los demás por orden de llegada a la comunidad.

-Aquí a mi derecha está Bernardo, y allá al frente, Pedro. Ambos renunciaron a su situación privilegiada para vivir esta aventura -y continué presentando a Egidio y a Sabatino. A cada uno, el Cardenal le daba un saludo inclinando la cabeza.

-Por allá, los religiosos disparejos -seguí-. El bajito es Morico y el alto es Felipe, que le decimos Longo. Ellos provienen de la Orden de los Crucíferos.

-¡Ah! Los que cuidan leprosos en un hospital -mencionó el prelado.

-Sí. En el Hospital San Salvador de los Muros -especifiqué, y en ese momento intervino el propio Morico:

-Me contagié con una enfermedad extrañísima, y habría muerto de no ser por un brebaje milagroso que me dio Francisco, una vez que Felipe lo fue a buscar, muy preocupado.

-Es el Señor quien te ha sanado, Morico -aclaré, y continué presentando-. Por acá tenemos a los Juanes, que también son disparejos. Este es Juan de Capella. Le decimos así porque le gusta usar un gorro. También renunció a sus privilegios. A este otro Hermano, en cambio, le decimos Juan el Simple. A pesar de no haber tenido acceso a la instrucción, comprende muy bien las Escrituras.

-Finalmente Ángel, Barbaro y Bernardo de Vigilati, que llegó hace poco -completé- y aún no le hemos inventado sobrenombre para diferenciarlo del otro Bernardo.

-Tienes once apóstoles -observó el purpurado-. Te falta sólo uno.

-Está bien así -reí-, un iscarote no necesitamos.

Como buen representante del Consistorio, el Cardenal Juan de San Pablo se interesó en conocer nuestras ideas y nuestros proyectos, para lo cual nos hizo una serie de preguntas, a medida que pasaban los días, y nos aconsejó entrar en algún monasterio, de los que hay muchos, por todas partes. A mí no me gusta la idea de entrar a una de esas instituciones que tienen escala jerárquica con superioridad de los nobles, y que son propiedad de una familia, que la financia y gobierna.

Le expliqué que buscamos otra forma de vida que no la da ninguna Orden, en la actualidad. Que nuestros ideales son la pobreza, la castidad y la alegría.

Nos habló pestes de la secta de los albigenses, y que menos mal que nuestra posición no es la de ellos, y que el Papa ha tratado por todos los medios de someter a los herejes por la vía pacífica, pero como no ha tenido ninguna respuesta positiva de su parte, empezó a preparar una verdadera cruzada en contra de ellos, y es lamentable que las cosas hayan llegado a ese extremo.

-Muy lamentable -reconocí-. He participado en una guerra, y puedo decir que es lo peor que existe. Nadie gana en una guerra. Todos pierden.

-Sí, pero hay que entender que no se puede tolerar que estén diciendo, por ejemplo, que el diablo es el creador del mundo material, en guerra con el mundo espiritual.

-Es descabellada la idea que tienen.

-Es una brutalidad.

-Hay que enseñarles. Todo está en el evangelio.

-¿Y tú, Francisco, cómo conoces tanto el evangelio?

-Aprendí latín en la escuela, pues ahí había un sacerdote.

Así, transcurrieron varios días, que los llenábamos con oración, y también hablándole a la gente en las plazas.

Una noche, a la hora de la cena, el Cardenal Juan de San Pablo nos anunció una noticia espectacular, pero antes, quiso hablarnos de cómo empezó a gestarse. Yo estaba ansioso por conocer la buena noticia, pero apelé a la paciencia, y me puse a escuchar con tranquilidad.

Todo había comenzado con un sueño del Papa, que nos relató nuestro eminente anfitrión, tal como a él se lo contó directamente Inocencio.

-En su sueño, el Papa estaba en una terraza del palacio de Letrán -comenzó-, con una gran vista panorámica, pero él contemplaba la basílica consagrada a San Juan. De repente, ésta empezó a tambalear. Los muros crujían, las torres y las cúpulas parecían colapsar como en un sismo. Él trataba de hacer algo por sujetar el templo, aunque estaba lejos, habría podido si sus manos hubieran querido moverse. Estaba espantado. Quiso gritar y la voz no le salía.

Todos escuchábamos en silencio.

-Entonces -prosiguió-, vio venir un hombre humilde, descalzo, que se aproximó a la basílica y le aplicó su hombro para apuntalarla. Con su espalda sostenía el templo, como una cariátide, hasta que el peligro cesó y la iglesia pudo mantenerse en pie.

-Hasta ahí el sueño -continuó hablando el prelado-. Lo bueno vino después, porque el Santo Padre reconoció en ese hombre del sueño a uno que le había visitado hace unos días.

Yo me puse rojo porque me sentí aludido. De hecho, el Cardenal me miraba con complicidad. Él ya me conocía esa vivencia que me había causado pena en aquel momento, y ahora me producía regocijo.

-El Papa mandó buscar a ese hombre en el Hospital de los Antoninos, pero ya no estaba ahí -siguió contando el prelado.

Yo era una verdadera fiesta, y también todos mis compañeros. Tenía que sujetarme yo mismo para no partir al palacio papal.

-Tranquilízate -ayudó a contenerme el purpurado-. Tenemos audiencia mañana a las nueve.

Me costó dormir esa noche, y cuando ya lo estaba logrando vino Egidio a despertarme. Una hora después estábamos frente a Inocencio, el hombre que parecía tener todo el mundo en sus manos, y sin embargo se le había escapado de éstas en más de una ocasión. Nos recibió a los doce, además del Cardenal Juan de San Pablo. Varios otros solemnes prelados en su púrpura estaban presentes en la reunión. Tuve que hacer un esfuerzo para no salir arrancando.

-Queremos vivir según el evangelio -empecé diciendo cuando se me dio la palabra-, yendo sin provisiones, poniendo la otra mejilla, amándonos los unos a los otros y acogiendo a los necesitados.

-Ahora sois pocos, pero cuando seáis más -me preguntó uno de los cardenales-, ¿cómo los vas a alimentar? Piensa que todos los bellos sueños terminan enfriándose.

-El Señor es generoso y alimenta a los pájaros, que son miles -me defendí.

El Santo Padre tomó la palabra y manifestó recordar sus propios ideales de juventud, cuando quería reformar la Iglesia.

-Nunca he podido avanzar en eso -reconoció, y se le iluminaban los ojos al revivir sus sueños jóvenes-, pero..., quiero escuchar la opinión de cada uno de los cardenales.

Primero habló uno de los que estaban más encendidos, y eso me puso optimista. Después habló uno de los más fríos:

-No creo factible que puedan llegar a ser muchas personas las que quieran vivir... así.

Se mostró un poco despectivo al pronunciar eso último. Después de varias opiniones cardenalicias, el Pontífice retomó la palabra para suspender la reunión, que se estaba poniendo turbulenta.

-Tu plan supera la fuerza normal de la persona -declaró comprensivamente-. Es por eso que te pido tener un tiempo de mucha oración para que el Señor te manifieste su voluntad.

Me prometió que me recibiría de nuevo cuando yo estuviera en condiciones de traer esa específica palabra de Dios que yo tendría que percibir de alguna forma. Era una bella tarea la que se me venía. Me daba mucha esperanza, aunque quedé un poco frustrado porque el asunto no se resolvió ese día.

Casi dos semanas tuvimos que esperar, mientras el Papa deliberaba con los purpurados. No nos faltó actividad, entre asistir a los enfermos del Hospital Antoninos, y trabajar en cualquier cosa, en jardines, o ayudando a cargar y descargar las carretas. De esa forma, obtuvimos alimento y así aliviamos un poco al Cardenal, que tan generosamente nos hospedaba.

También me di mucho tiempo para la oración, muy necesaria en ese momento. Le pregunté al Señor “¿Por qué tanta vacilación, si tu palabra es clarísima?”. Me basaba en ella para la escucha. En las parábolas. A Jesús le gustaba hablar en parábolas. Aún le gustaría si estuviera acá hoy. Sí, Señor, inspírame...

Poco a poco se fue construyendo una parábola en mi cabeza. O alegoría..., o como se llame. ¿Qué forma le doy a Dios? Un rey. Sí, un rey. ¿Cómo está ese rey en nuestros días, en nuestra realidad? Cautivo, pero invencible. ¿Y yo, cómo entro ahí? Como una persona humilde, poco valorada por la sociedad, y que ama al rey... Entonces, estoy hablando de una mujer. Sí. Me represento por una mujer pobre... En el desierto. Y el rey, cuando aún está en su plenitud majestuosa, conoce a esa humilde mujer y se enamora de ella. Se aman intensamente. Ella queda embarazada, pero antes de saberlo se ve privada de la presencia del hombre que ama, pues un desalmado y sus secuaces lo secuestran. Pasan los años y el hijo crece hasta tener esa edad en que puede independizarse. “No te avergüences de ser pobre”, le dice la madre, “pues eres hijo de un rey que ya ha de haber recuperado su cetro. Búscalo y pídele todo lo que necesites”. Alegre, el joven heredero se presenta ante el rey, el cual se siente retratado en ese muchacho. Cuando éste asegura ser hijo de una mujer pobre que vive en el desierto, lo abraza y le dice “Eres mi hijo y recibirás mi herencia. Y compartirás mi mesa, a la que se sienta una muchedumbre de forasteros”.

Me puse contento al haber recibido esta historia en mi imaginación. Se la conté a mis compañeros de ruta, y empezamos a ensayar una dramatización para ofrecerla al Papa, el día en que nos reciba.

Durante la cena, el Cardenal Juan de San Pablo me habló de los herejes que habían proliferado en el sur de Francia, y de ahí ya se propagaban a países vecinos. Hombres que llevan una vida pobre, y predicán. Reconocí que en eso se parecen a nosotros, pero no en las ideas que los motivan. Ellos creen en una divinidad formada por dos personas, una superior que ha creado las almas, y la otra, inferior, que ha creado la materia, incluyendo todo lo corpóreo. Le dejé muy en claro a Don Juan de San Pablo que nuestra fraternidad tiene un pensamiento muy distinto y, sobre todo, que somos dóciles a la jerarquía de la Iglesia. Le hice ver que, según mi punto de vista, la reforma de la iglesia cristiana tiene que empezar por la transformación del individuo. Me emocioné al hablarle estas cosas y hasta me vinieron unas lágrimas cuando el prelado expresó:

-Es como si el Evangelio, en riquísima encuadernación, estuviera arrumbado y cubierto de telarañas, y hoy estuviéramos recuperándolo en todo su esplendor.

Me prometió que al día siguiente visitaría al Papa para decirle que si alguien opina que vivir de acuerdo al evangelio es imposible para las fuerzas humanas, estará ofendiendo a Jesucristo. Don Juan de San Pablo cumplió su palabra, y resultó providencial porque, según me contó después, el Papa Inocencio ya se estaba preguntando que cómo podríamos dedicarnos a predicar si no contábamos más que con limosnas.

Fuimos llamados a la presencia del Pontífice, y cuando éste me habló de sus aprensiones le anuncié que le iba a contar una parábola, pero a través de una representación escénica. Entonces, nos pusimos en nuestros roles, previamente

asignados y ensayados. Felipe Longo era el rey, por ser más alto, y tener además un rostro más bondadoso. A Juan de Capella le tocó ser el jefe de los malos, y a mí, la mujer. Egidio era el hijo, pues es más joven y fornido. Los demás se repartieron entre secuaces del desalmado y miembros de la corte del rey.

La dramatización resultó bastante buena, mejor que en los ensayos. Todos estuvimos muy puestos en el respectivo personaje, lo que significó que Juan de Capella terminó sintiéndose muy mal de ánimo, lloraba, y tuvimos que consolarlo entre todos. El Papa quedó admirado. Por fin, nos comprendió. Y nos habló con mucha sinceridad:

-Tengo heridas que aún duelen. Quise ser santo, y no lo he sido. He luchado para que los hombres de iglesia sean santos, y tampoco lo han sido. Muchos se han apegado al poder y a la riqueza. La herejía surge por todas partes, por más que la combato. He cometido equivocaciones. Me estoy convenciendo de que para terminar con la tiniebla no saco nada con agredirla. Entiendo que basta con encender una pequeña luz para que la oscuridad se vaya. Sin embargo, eso que parece tan fácil, me ha costado tanto. Créanme que es terrible ser Papa. Yo también he llorado muchas veces.

Dirigiéndose ahora a los cardenales, continuó hablando:

-Este hombre es el escogido por Dios para restaurar la Iglesia Cristiana.

Se levantó de su asiento y me abrazó.

-Id con Dios -nos envió-, y que Él os inspire para llevar el evangelio a la gente.

Bajo la condición de mantenerme siempre fiel al Papa, me otorgó licencia para predicar, y también a mis compañeros, pero sólo con especial permiso mío. Estábamos recibiendo ese beneplácito que yo necesitaba. A cambio de ello, tuve que ordenarme como diácono, lo cual no estaba en mis planes, pero es una exigencia, y no me pude negar. Aunque no tengo nada contra el diaconado, no creí que iba a formar parte de mi camino.

9.- Rufino en dificultades

Mi nueva vida empezó cuando me sentí fastidiado con tanta pompa. La elegancia y el despilfarro me hastiaron. Rechacé en mi interior la obligación de ser guerrero vencedor, arrogante, agresivo.

Cuando niño no me gustaban algunos juegos excesivamente bruscos. Eso, ya me puso mal con tío Monaldo. Yo me llevaba bien con mis primas chicas, con Clara, sobre todo. Jugábamos muchas veces, aunque mis padres trataban de que no me juntara con ellas. Tengo cuatro años más que Clara. Cuando yo tenía 11 nos entendíamos bien. Después, cuando yo tuve 17 volvimos a entendernos bien. Entre medio, no tanto porque yo me sentía grande. Estuve también en Perugia, igual que ellas, en esa primera época en que yo me daba cuenta de la situación política. Encontraba razón al descontento de los oprimidos, pero disentía de sus métodos violentos.

Soy un inadaptado. Ahora, que se empezó a dar en gran medida una convivencia pacífica, ha surgido este Francisco, un tipo tan inadaptado como yo, que reniega de su riqueza y de los pocos privilegios que llegó a tener. Es que la

alcurnia es de puro barro y se puede caer a pedazos en cualquier momento. Es la nobleza de alma la que realmente vale. Hemos venido al mundo a poner justicia, y no por medio de la violencia, que eso sería contradictorio. Con Clara converso estas cosas, y ella me comprende. Es un encanto mi primita. Gustoso daría mi vida por ella.

Una vez fui a San Damián, donde Francisco juntaba las piedras para volver a levantar una construcción que antes tuvo mejor pasar. Él tiene una tremenda fuerza de vida, voluntad, valentía para enfrentarse al mundo y a los mayores. Muchos lo creen loco y lo insultan, y él sigue en pie, feliz de la vida. Yo quería preguntarle tantas cosas, así que le llevé materiales de construcción. Me agradeció emocionado, y me quedé a ayudarle. Hasta le dí algunas ideas para que la obra quedara más sólida.

He estado varias veces allí, pero dejé pasar tiempo sin ir. Sentía que eso no era lo mío, sólo era algo admirable donde yo podía aprender cómo manejar mi propio conflicto con mi mundo. Pero, las últimas veces me sorprendí yendo a pie en vez de ir a caballo. Y con vestimenta de trabajo. Así y todo, seguí dejando tiempos sin ir.

Me costó decidirme si entrar o no a la cofradía de los Menores, como se dicen. Yo soy amigo de todos ellos, en especial de Francisco, pero una cosa es ser amigo y otra muy distinta es tener que pedir limosna como hacen ellos. Creo que eso no lo haré jamás. Le pedí al Señor en mis oraciones que me diera claridad para ver qué camino emprender. ¡Claridad! Sí, y fue mi primita Clara la que me enseñó a orar. Cuando recién se paraba en sus dos pies, ella ya decía “Padre nuestro que estás en los cielos”, y como yo me limitaba a mirarla, ella me insistía hasta que me hacía repetir sus rezos. Después que creció un poco, yo la veía hablando sola y le respetaba ese momento de intimidad con el Señor, y hasta me contagiaba. Siempre le pedía a Clara que rezara por mí.

No hace más de un año que me enseñó la oración contemplativa, que yo aún no sabría cómo explicársela a alguien. Es difícil entender que los sentidos vayan pasando desde el cuerpo al alma, mientras uno está asombrado y admirado.

El Señor me dio la claridad que yo necesitaba. Sentí que me daba licencia para ser original. Sí. Mi camino es mi camino, el mío propio, distinto al de mi amigo Francisco, pero podemos hacer juntos gran parte del sendero.

Un día me armé de valor y me dirigí a la Porciúncula con una actitud de renovar mi vida completamente. No encontré a nadie. Ni a Francisco, ni a ninguno de los Menores. Regresé a mi casa con algo de frustración, pensando volver al día siguiente a otra hora, lo cual hice sin dudar. Me di cuenta de que yo quería formar parte de esa comunidad. De nuevo ocurrió que no estaban los Menores. Esperé largo rato y como no llegaron tuve que volver a mi casa. Mis padres nada sabían respecto a mis intenciones, y yo no pensaba decirles nada, tampoco, para que no me destruyeran mis planes. Ya sabrían de mi partida después que Francisco me hubiera acogido en la comunidad.

Esperé el transcurso de un par de semanas, antes de irme de nuevo. Al final de ese lapso pude comprobar que la Porciúncula seguía desierta y sin rastro alguno de los Menores. Me dispuse a la oración, porque el lugar llama con fuerza a encontrarse con Dios. Así estuve más de una hora, y cuando ya me iba a retirar,

ellos llegaron. Sí. Me costaba creerlo. Venían cantando, felices de la vida. Uno por uno me abrazaron, aún antes de que yo dijera una sola palabra. Francisco me vio la cara, no más, y me preguntó :

-Rufino, ¿vienes a quedarte?

-Sí, Francisco, si me aceptas, pero...

-Por supuesto que te acepto, feliz -no me dejó terminar mi frase. Yo quería advertirle que no quería tener que salir a pedir limosna. De hecho, empecé a decírselo con ese típico tartamudeo que me viene ante las situaciones difíciles.

-Ya hablaremos de eso, Rufino. Antes tenemos mucho que contarte.

Entre todos se atropellaban para darme detalles de su viaje a Roma y cómo el Papa los recibió y les dio hasta facultades de predicar. Eso me hizo pensar en otra dificultad mía. No sólo estaba lo de las limosnas. Era seguro que si me ponía a predicar no iba a salir de mí ninguna enseñanza, nada útil, entre puros tartamudeos. Pensé que eso también iba a tener que decírselo a Francisco.

Los Menores me contaron que cuando salieron de Roma tomaron el camino que va hacia el valle de Spoleto. Llegaron cansados, de noche y con hambre, a un lugar solitario. Apareció un desconocido que les dio unos panes y se fue.

-¿Qué pasó después con ese hombre? -quise saber.

-No supimos.

-Fue algo maravilloso.

-Un verdadero milagro.

Todos me hablaban casi al mismo tiempo. Siguieron con su relato. En varios días de viaje, la gente que encontraban los miraba con extrañeza. No eran monjes, ni seglares, no tenían nada y estaban alegres. Después de detenerse a disfrutar el hermoso paisaje de Orte, se establecieron en Rivotorto, por un tiempo. Eso está muy cerca de Asís.

-¿Y por qué no seguisteis hasta acá? -pregunté casi de corrido.

-Porque al principio creímos que ahí tendríamos mejores posibilidades de oración que en la Porciúncula, pues parecía estar más cerca de la ermita de las Cárceles, que son unas cuevas en las faldas del Subasio -explicó un Hermano.

-Y también por hacer un poco de penitencia -agregó otro.

Felipe Longo y Morico habían conseguido poder quedarse en una pequeña casa de campo que pertenecía a los Crucíferos, la Orden de la cual ellos venían. La choza resultó ser tan pequeña que casi no cabían. Tenían que dormir semisentados, unos contra una pared y otros en la de enfrente. Francisco escribió en las tablas los nombres de cada uno asignándoles el lugar. Se ganaban el pan trabajando, y predicaban en forma ambulante. Además, ocupaban tiempo en la oración, delante de una cruz que pusieron a la entrada de la cabaña.

-¿Qué hacíais si os daba sueño orando? -aproveché de preguntar, ya que a mí a veces me vence el sueño durante mis oraciones.

-Yo uso un cilicio para rezar, con la finalidad de no caer en el sueño -respondió Bernardo.

-También ayunábamos -agregó Egidio- menos esa vez que Pedro tenía tanta hambre que llegaba a quejarse en plena noche. Francisco se compadeció de nosotros y nos mandó a preparar comida para todos, pues hay que ser solidarios en eso también.

-Nos explicó que no sólo hay que evitar el exceso en comer, sino también el exceso de ayuno -completó Felipe Longo.

-Cuando llovía, no sabíamos si quedarnos adentro o salir para afuera -dijo Bernardo.

-Supongo que ya estabais añorando la Porciúncula -observé.

-Claro que sí -reconoció Pedro, saltando como un resorte.

-Pero, seguíamos sin venirnos -agregó Bernardo, con un dejo de arrepentimiento.

-Rivotorto fue un buen lugar para aprender a alabar a Dios -explicó Francisco-, y aún no había llegado el momento de salir. El Señor sabe muy bien cómo guiarnos.

-¡Y cómo! -exclamó Egidio riendo-. Un día llegó un tipo indecente con un burro, y lo metió en la casa, empujándolo, mientras lo retaba groseramente. Dirigiéndose a nosotros, espetó:

-Vamos a mejorar este sucio lugar.

Me reí mucho con ese cuento del burro.

-Fue como una señal divina -insistió Egidio- para hacernos volver a esta amada Porciúncula.

-Y no fue ése el único visitante ilustre que tuvimos -agregó Felipe Longo, en un tono de broma. Entonces, me contaron el desaire que le hicieron a Otón de Brunswick cuando pasó yendo a Roma a su propia coronación, pomposo como es él, con toda su comitiva. Sólo uno de los Menores salió al camino, y no precisamente para verlo pasar, sino para increparlo y hacerle ver que su gloria no iba a durar mucho. Fue Egidio el que se ofreció de voluntario para esa pequeña misión.

En la Porciúncula ya se estaba haciendo de noche. Compartí la comida con los otros Menores. Yo ya era también un Menor.

Al día siguiente me armé una choza y tuve también mi hábito de color pardo grisáceo. Desde ese día me dediqué a la oración durante gran parte del tiempo. Yo estaba feliz con mi nueva vida de silencio. Fue como romper las cadenas que atan a la vida cómoda. Esos términos usaba mi adorada prima. Yo me volaba en la contemplación sin que nadie me molestara. Nunca he sido muy bueno para hablar, en especial por mi tartamudez. Al principio, Francisco me dejó que no saliera a pedir limosna. Menos mal, porque eso habría sido insoportable para mí.

Un buen día, cuando desayunábamos, Francisco me informó que saldría conmigo, pues había algo importante que hacer en Asís. Como primera cosa, fui tras él, no sin aprensión. Me puse a pensar en mi padre, el cual ya estaba en conocimiento de mi renuncia a la vida caballeresca, y ya había rabiado y había intentado disuadirme, sin ningún éxito, por supuesto.

Le imploré a Dios que Francisco no me hiciera pedir limosna ni predicar. De todos modos, la alegría de todos se me contagiaba.

Por el camino, Francisco me fue hablando acerca de los nuevos Menores, que yo no había conocido antes.

-A Ángel Tancredi de Rieti lo encontré luciendo un nuevo traje de caballero -empezó contando -y le dije de sopetón "cambia la espada por la cruz de Cristo".

-¿Así, sin preámbulos?

-Así. Yo sabía que de otra manera no le iba a llegar el Espíritu Santo.

-Y ya veo que le llegó.

-En cambio, con Juan el Simple fue muy distinto. Lo conocí en una iglesia a la cual yo había llegado con un balde y una escoba, dispuesto a limpiar el templo.

-¿Limpiar el templo? -repetí con incredulidad.

-Sí. Como un signo visible. Después hablé con el cura y traté de explicarle ese gesto, y no entendió mucho.

-¿Y qué tiene que ver Juan el Simple en todo eso?

-Es que cuando tomé la escoba y me puse a barrer, él me vio y tomó otra escoba que encontró en un rincón, y también se puso a barrer.

-Siempre te imita en todo.

-Siempre. Desde esa vez... Con el padre Silvestre ocurrió algo muy distinto.

-Cada uno en lo suyo -sonreí.

-Estábamos en Rivortorto cuando llegó, muy decidido. Y además, muy compungido. ¿Te contaron la historia de las piedras?

-Sí.

-Bueno, pero lo de las piedras nunca lo preocupó mucho. Silvestre tuvo la certeza de que éste era su camino.

-¿Cómo lo supo? -quise saber, porque me interesa eso de las certezas.

-Por un sueño que tuvo... tres veces.

Después, Francisco me habló de la penitencia como una especial orientación de la fuerza creadora para integrar cuerpo y espíritu. Yo asentía, no más, y calculé que me estaba preparando el terreno para lo inevitable.

-¿Sabes, Rufino? Hoy vas a predicar en la iglesia de San Jorge.

-No, Francisco -reclamé como niño chico, y continué..., tartamudeando-. No tengo ninguna gracia para hablar. Nunca he logrado convencer a nadie de nada.

En ese preciso momento, no sabía cómo actuar para ser yo mismo.

-Rufino, esta nueva vida que has elegido es de obediencia. Yo no te digo que vas a ser un gran predicador. Te digo que vas a predicar. Y lo harás desnudo.

Eso último lo pronunció con énfasis. Creí que me estaba hablando en sentido figurado, pero... ¡no! El asunto iba en serio. Comprendí que si me negaba no merecía estar en la cofradía, y yo no quería tener que irme a ninguna otra parte. Los segundos me parecían horas, en las que pensaba en mi padre y en el tío Monaldo. Cuando se enterasen de esto, lo que yo iba a realizar, si es que osaba hacerlo, ya no querrían saber nada más de mí. Eso era algo bueno.

-Está bien -empecé a responder- pero no totalmente desnudo. Déjame quedarme con una prenda de ropa interior.

-Bueno -aceptó Francisco sonriendo.

-No creo que el sacerdote me permita entrar así al templo -dije, en un último intento de salvarme de esta penitencia.

-Sí, te lo permitirá. Soy amigo del cura.

-¿Del padre León? - pregunté derrotado, viendo cómo a Francisco no se le escapaba ningún detalle.

-Soy muy amigo del padre León, desde antes que él fuera sacerdote.

Cuando estuvimos cerca de la iglesia de San Jorge me saqué la ropa, menos la única indispensable, y entré en el templo. Yo iba rojo de vergüenza, pensando que aquí se me iba la vida. Era esto o nada. La penitencia o la derrota. Los feligreses me veían pasar, unos indignados, otros riendo a carcajadas.

Subí al púlpito con toda la rapidez que pude, porque ahí me sentiría más protegido. Me puse a hablar de cualquier cosa. Quería terminar pronto con esto. Me daba lo mismo si decía algo bueno o no. Lo notable fue que las palabras me salían fluidas, sin tartamudeo. Eso era fabuloso. Me entusiasmé, y empecé a predicar de la mejor manera que yo hubiese podido. La gente me escuchaba. Dejaron de reírse. Les expliqué por qué estaba así. Nunca me había sentido igual. El color rojo de mi cara estaba cada vez más intenso y me ardía.

Vi entrar a Francisco, tan semidesnudo como yo. Nuevas risas y protestas llenaron el templo. Definitivamente, nos creían locos. Francisco llegó hasta el púlpito, subió y se puso a predicar junto a mí. Improvisamos algo, hablando los dos, con palabras conmovedoras. Él, eso sí, con una profundidad increíble, hablaba acerca de la penitencia. Éramos un ejemplo vivo, y eso impresionó con fuerza a cada uno de los que estaban en ese templo. Francisco les habló de la desnudez de Cristo en la cruz. La gente estaba sobrecogida. Hasta el padre León, que cuidaba nuestras ropas, abrió sus tremendos ojos salientes. Lo vi muy impactado por las palabras de Francisco, acerca del desprecio del mundo, y la pobreza voluntaria. Palabras que germinaban ahí mismo. Los avaros mostraban su arrepentimiento. Vi lágrimas en muchos ojos.

Nos bajamos del púlpito con lentitud. El padre León nos manifestó su entusiasmo, mientras nos daba la ropa. Nos vestimos con rapidez. Yo me sentía muy bien, habiendo colaborado con lo poco que yo podía ofrecer a toda esa gente para que descubrieran caminos nuevos. Me puse a pensar que no siempre el pudor es constructivo, y que el culto al prestigio no es lo que más mueve a las personas hacia Dios. Eso sí, para mí el verdadero cambio se produjo en mi expresividad. Ya no he vuelto a ser ese tímido tartamudo que no quería predicar. Y se lo debo a Francisco.

En esa dichosa oportunidad salimos del templo conversando con el padre León. Incluso nos acompañó unas cuerdas, con serena alegría, y cuando nos íbamos a despedir de él, nos dijo:

-No os despidáis. Yo sigo también.

León llegó con nosotros hasta la Porciúncula.

Ya no le digo "padre León", pues ahora es uno más del grupo. Un Hermano Menor.

10.- Clara y su decisión trascendente

Después que mi padre murió pasamos una época de varios meses de recogimiento en que mi madre nos hacía rezar, y no podíamos salir. Quedamos puras mujeres en la casa, y todas llorábamos. El tío Monaldo nos visitaba mucho, como jefe del clan, se sintió obligado a protegernos. Insistió con mucha fuerza diciendo que yo tenía que casarme y hasta me eligió un pretendiente, hijo de un caballero riquísimo. A mis 17 años ya estaba en edad de constituirme en un buen negocio para mi tío. Le dejé muy en claro que la riqueza y el poder no significan nada para mí, y que cuando quiera casarme yo misma decidiré con quien. Menos mal que pude hablarlo con firmeza y con tranquilidad, sin exaltarme.

Mi tío se resignó, por el momento, pues me conoce muy bien. Por otra parte, él ya sabía de mi admiración por Francisco, así que aprovechó de decirme que tuviera mucho cuidado, no como Rufino, que según él no lo tuvo, en absoluto.

-Ese descarriado... -gritó el tío Monaldo, refiriéndose a mi primo, y dejó la frase inconclusa. Como yo no iba a dejar de defenderlo, eso fue exactamente lo que hice, para gran ira de mi tío, que tiene un carácter muy distinto al de mi padre, siendo hermano de él. Yo traté de apaciguarlo hasta hacerlo sonreír.

-Mi sobrinita querida -me dijo, cambiando el tono agresivo por uno dulce, y tomándome de la cintura-. Ya eres una mujer, y muy bella, por cierto. ¿Quién va a ser el caballero que beba de este néctar?

Ése fue el momento de escabullirme y volver a mi habitación, con pasos rápidos y ponerme a escribir algo en mi diario de vida, acerca de Francisco, tan odiado por mi tío Monaldo. Ahora que Francisco consiguió el beneplácito del Papa, está siendo autorizado para predicar en los templos, incluyendo hasta la catedral, y eso que no es sacerdote.

Bona es mi enlace con los Hermanos Menores. Con ella envío algún dinero y víveres a la Porciúncula. Desde su casa vamos a menudo a escuchar a Francisco. Lo hacemos en secreto, para no ser vistas por mis parientes, que no lo comprenderían. Nos basta cruzar un pequeño trozo de plaza y ya estamos escuchándolo hablar con su claridad y sabiduría profunda. Francisco atrae a la gente.

-Que el Señor os dé su paz -exclamó Francisco desde el púlpito, tal como inicia siempre sus prédicas. En seguida, partió hablando de la vida. Vivir. “¿Qué es vivir?” preguntó, y se quedó esperando respuestas. Surgieron varias, provenientes de los que estaban más cerca y querían participar.

-Bueno es saber -señaló a continuación- pero no sacamos nada con aprender mucho si después no vivimos eso que hemos aprendido. El evangelio nos enseña a ir sin alforja y con una sola túnica de recambio... y... ¿qué hacemos con ese conocimiento? ¿Ponerle un marco y guardarlo junto con las riquezas? No, Hermanos. Hay que vivirlo. La salvación está ahí cerca, muy cerca, aquí mismo. Hoy, y no mañana.

Francisco alababa a Dios:

-Señor Dios, tú eres grande, eres el amor, la sabiduría, la paciencia, la mansedumbre, la fortaleza, el perdón, la eternidad.

Me sentí transportada hacia Dios, con una especie de fuego dentro de mi alma. Decidí que al día siguiente iría a conversar con Francisco, pues quería preguntarle algo. Eso mismo que he preguntado a los sacerdotes y no han sabido responderme.

Cuando manifesté mis intenciones, durante la cena, mi familia se opuso, aún cuando el tío Monaldo no estaba presente en esa ocasión.

De todas maneras fui a ver a Francisco, acompañada de Bona, sin que en mi casa se dieran cuenta. En el patio de la iglesia de San Jorge, le hice mi famosa pregunta:

-¿Qué es más verdadero, el evangelio o la vida?

-El evangelio -respondió, simplemente, pero se quedó pensando, y después amplió el punto de vista.

-Hay que liberarse de toda esclavitud -señaló.

-La luz del Señor ilumina tu camino, Clara -agregó después-. Siempre ha sido así contigo. Eres una persona escogida por Dios.

Fui varias veces a conversar con Francisco. En algunas de éstas, él mismo me había llamado a través de Bona. En el patio de la iglesia de San Jorge acostumbraba a estar Francisco, acompañado de alguno de los Hermanos, casi siempre Felipe Longo.

-Jesús renunció a los privilegios que le correspondían -mencioné una vez-. Esa es su enseñanza.

Felipe se impresionó, y Francisco me puso atención como si nunca él hubiera tenido ese mismo pensamiento.

Los encuentros se repitieron hasta tal punto que Felipe Longo optaba por llevarse a Bona a uno de los extremos del patio y dejarnos solos cada vez, aunque sólo fuese durante un rato. Con Francisco cantábamos en la naturaleza, a la sombra de los árboles.

Hablamos de abrir caminos nuevos, y de la firmeza que nos damos mutuamente, y también de lo que pasa en nuestro país.

En una ocasión, Francisco me dijo:

-Amo la pobreza.

No me atreví a decirle que me amara a mí, como yo lo amo a él. Tal vez sea un fruto prohibido. He de amarlo en silencio, sin esperar nada a cambio. Me encantaría saber qué siente él por mí.

-Me gusta tu alegría -fue lo único que le escuché que tuviera que ver con sus sentimientos hacia mí.

Al llegar a mi casa me quedaron sonando sus palabras "amo la pobreza". "Pobreza" repetí para mí y me senté frente al espejo de mi pieza. Ese que me ha ayudado todos estos años a ponerme bonita y atrayente. Para Francisco no creo serlo. "Amo la pobreza" repetí una vez más, en voz alta, pero no tanto que pudieran escucharme. Si no soy pobre, por lo menos puedo desapegarme de la riqueza. Fue entonces que me saqué para siempre el collar, y los aros y el prendedor. Me di cuenta que tenía un pequeño cofre de alhajas, muchísimas, los privilegios que supuestamente me corresponden. Junté todo en una bolsa, y acudí al día siguiente muy temprano a la oficina del joyero.

-Le vendo mis joyas -le anuncié, sin más, y él no quería creerme.

Cuando aceptó la realidad, efectuó una detenida observación de todo lo que yo le llevaba, y me ofreció una cantidad de dinero.

-Me tendrá que dar el doble de esa cantidad -le expliqué con firmeza, pues yo sabía muy bien el valor de mis joyas. Después de discutir un poco, accedió.

Con ese dinero me dirigí a la oficina del obispo Guido y se lo entregué, con una facilidad que yo misma no conocía en mí.

-Para las obras de la Iglesia -casi canté.

El obispo se fascinó porque tenía planes de obras sociales que aún estaban sin financiamiento.

-Bendita seas. Dios ha escuchado mis oraciones.

Quedé contenta, y salí casi flotando en el aire. Demás está decir que nunca me he vuelto a poner una joya.

En mi próximo encuentro con Francisco, él notó inmediatamente el cambio que se había producido en mí y besó mis mejillas con una ternura increíble. Así supe que es el hombre de mi vida.

Tuve varios encuentros con Francisco en el patio del templo San Jorge. Yo necesitaba su apoyo. A veces, me atreví a discutir sus enseñanzas, y él sonreía como si no fuera posible que una chiquilla pudiese haber aprendido tanto acerca de Jesús. Nuestra bella amistad se fue transformando en un amor puro. La verdad, yo estaba loca por él. Soñaba con el día en que Francisco me pidiera ser su esposa, hasta que una vez no pude más y se lo dije.

-Te amo, Francisco.

Francisco no sabía cómo reaccionar.

-¿Acaso tú no me amas? -insistí coquetamente-. Es un mandato de Dios.

-Amo la Pobreza -me respondió Francisco, y después agregó-. Estoy enamorado de la pobreza y me casaré con ella.

Eso último, casi lo gritó, y yo me quedé frustrada y triste, con la mirada baja.

-Eres la mujer ideal, la mejor persona que conozco -habló lentamente Francisco, con lágrimas en sus ojos -, y tienes una gran belleza en tu cuerpo y en tu alma, pero Clarita, acuérdate de tu propio lema "Jesús renunció al privilegio que le correspondía".

Sonreí, reconociendo que le he repetido esa consigna a Francisco una infinidad de veces, y ahora se estaba volviendo en mi contra.

-Te voy a contar una parábola -anunció.

"Un rey muy poderoso envió un embajador a la reina. Volvió éste con la respuesta que se requería y la enunció de manera concisa. Unos días después, envió otro embajador el cual regresó con mucho más que una simple respuesta. Pronunció un verdadero discurso elogiando la belleza de la reina. Y más aún, fue mucho su entusiasmo y reconoció que hubiese querido poseerla. El rey se molestó con él y lo reprendió duramente por haber puesto ojos voraces en la reina. El rey decidió quedarse con el primer embajador. Eso sí, quiso estar seguro y le preguntó qué le parecía la belleza de la reina. El hombre respondió sabiamente: Sólo a tí te corresponde contemplarla".

Comprendí el mensaje inmerso en su cuento, y hasta me sentí halagada. Sin embargo, esa tarde me fui a mi casa con mucha pena, pensando que todavía era indigna, y que necesitaba ser más pobre aún.

En la noche llené de lágrimas mi almohada. "Enamorado de la Pobreza..." me repetía yo misma, sin poder aceptarlo. Al día siguiente conversé con Caterina, pues le tengo gran confianza, y admiro su increíble sabiduría.

-Tú crees que estás enamorada de Francisco- observó ella, después de escucharme.

-Y lo estoy.

-Piensa si acaso es así o no.

-¿Qué quieres decir?

-¿No será que estás enamorada del Cristo que él muestra?

Me dejó pensativa, preguntándome a mí misma que de dónde sacaría eso esta chica. Siempre he pensado que Caterina tiene una sabiduría asombrosa para una niñita de su edad, pero esta vez se estaba pasando de lista. Durante varios días el asunto me rondaba y no podía concentrarme en nada. Decidí jugarme el

todo por el todo. ¿Para qué podía querer ropas fastuosas? Empecé a desapegarme de lo cómodo, imaginando que no tenía tal o cual cosa... ¿puedo vivir así? Puedo. ¿Por qué no?

No quise seguir siendo esclava del siglo. Me dirigí a la bodeguita, detrás de la despensa, a buscar unos sacos vacíos que estaban ahí desde hacía tiempo. Me los llevé a mi pieza y me dediqué a la costura durante un par de tardes. Con esos sacos me confeccioné un vestido, lo más gracioso que pude, que llegaba casi hasta el suelo. Cuando estuvo listo me lo puse y salí de mi casa sin que nadie me viera y me dirigí a la iglesia de San Jorge pues yo sabía que a esa hora iba a encontrar a Francisco. Por el camino me confundían con una pordiosera, a tal punto que palpé lo que es ser pobre, y no pude evitar las lágrimas. La gente me enrostraba su fastidio por mi presencia. Mi tenida, que empezó casi como un disfraz, pasó a ser un duro aprendizaje.

Llegué donde Francisco y me planté delante suyo, dispuesta a todo o nada.

-¿Qué te pasa Clara? -me preguntó extrañado, no tanto por mi atuendo como por mi actitud y por mis ojos que evidenciaban un llanto reciente.

-Soy la Pobreza -declaré con énfasis-, de la que tú estás enamorado.

La emoción me hizo llorar de nuevo. Sabía con certeza que ése era el momento más importante de mi vida. Francisco me tomó de la cintura y me besó con ternura. Y yo también a él, desde el fondo de mi alma. Tuvo que retirarse un poco, y sin soltarme me levantó y me sentó sobre un muro bajo de concreto. Francisco respiraba con agitación, tratando de tranquilizarse. También lloraba.

-El lema... -fue lo único que mencionó. En su rostro humedecido había una sonrisa divina, que me hizo recordar las palabras de mi hermana. Sí, ella tenía razón una vez más. Ahí mismo comprendí lo que significaba ese momento.

-Daré cualquier cosa por ti -le dije, aunque ya no sabía si se lo estaba diciendo a Francisco o al Cristo que él muestra.

-¿Me darías tu pelo?

-Mucho más que eso.

Nos miramos muy fijamente, sonriendo, no sé durante cuántos minutos.

-Ya descubrí la verdad -afirmé-. En ti he visto a Jesús y es a él a quien amo con todo mi espíritu.

Francisco asintió.

-El amor que no puede sufrir no es digno de ese nombre -agregué.

Francisco estaba realizado.

-No te podrás escapar de mí -le advertí-, pues te seguiré hasta el fin del mundo.

Me sentí partícipe de una misión trascendente. Éste fue un instante glorioso, sublime.

-Quiero ser una Hermana Menor -me escuché decir después de un largo silencio.

-De acuerdo -consintió Francisco muy contento-. Es una locura, y no sé cómo se va a poder hacer esto, pero se hará.

11.- Rufino deprimido

El descalabro que hubo en mi alma empezó en una tarde de domingo. Mi ánimo había estado mal desde la mañana, debido a algo que no me salió bien, y ya ni interesa. Quise estar en soledad, y me fui a un sector alejado. Me tuve que cambiar de lugar muchas veces porque encontraba que había bulla, o mucho sol. Al último, quedé en una cueva oscura, con una filtración de humedad que parecía decirme algo.

Traté de aclararme en lo que estaba sintiendo, pues no había logrado comprenderlo todavía. Me invadió una sensación tan horrible como persistente. Una cosa asquerosa... y eso era yo. Mi interior se había puesto como un infierno, anticipando el destino seguro que estaba reservado para mí.

Me había convertido en un verdadero demonio, y además, uno de los menores, uno de poquísima importancia, el que estuviera para los mandados, y que ni siquiera los haya desempeñado de manera eficaz, pues eso no le corresponde a un tipo tan negativo como yo me sentía.

Me asaltaban imágenes de mi antigua vida de señor feudal en decadencia. "Soy un producto de la injusticia", me repetía una y otra vez, "y tengo la misión no sólo de hacer fracasar a los demás, sino que también fracasar yo mismo".

Menudo conflicto. Si llegare a no fracasar, eso sería un fracaso. Es que uno no puede ser tan paradójal. Tal vez por eso mismo, jamás podría ser perdonado. No me atrevía a hacer vivir el sueño imposible de dejar de ser un demonio. Un sueño inconfesable, como si lo hubiera robado.

Estaba avergonzado de ser yo, y dirigido hacia la ruina espiritual. Le encontré un sentido a mis penitencias, aunque un poco primitivo. No eran más que el castigo que me estaba mereciendo. Y como era la injusticia la que trataba de moverme, decidí que no iba a seguir dándome castigos.

Me mostré a mí mismo como un volcán de resentimiento, que estaba hecho para cometer errores, y si me equivocaba en eso, éstos dejarían de serlo. Si al menos me hubiera sentido capaz de cumplir la tarea que le corresponde a un buen demonio, ya merecería ser redimido.

Al otro día caí en la cuenta que eso de "buen demonio" no puede existir. En ese mismo momento me volvió a atacar la terrible sensación del día anterior, y me seguí revolcando en la podredumbre, donde no debía estar, y no sacaba nada con tratar de huir.

Sin embargo, lo más bien que salí de ahí al escuchar la anécdota del hermano Egidio, que venía llegando después de haber pasado varias horas arriba de un nogal.

-“¿Cuántas nueces me darás en pago?” -mencionó Egidio que le había preguntado al patrón.

-Todas las que te puedas llevar -había sido la respuesta.

Con mucha astucia, Egidio se quitó el hábito en cuanto hubo terminado su cosecha y bajado del árbol, quedando semidesnudo. Amarró las mangas para tener así un improvisado saco que llenó de nueces, y se lo pudo llevar con gran esfuerzo. Llegando a Asís regaló su premio repartiéndolo entre los pobres, volvió a vestirse, y con las manos vacías se vino a descansar. Todos nos reímos mucho cuando Egidio nos contaba su aventura.

Si algo me gusta de esta comunidad es el no tener ningún privilegio derivado de haber sido noble, como ocurre en las órdenes monásticas. Y también la relativa libertad que uno puede tener aquí, en comparación a las gruesas reglas de los benedictinos, por ejemplo.

Yo quedé alegre, menos mal porque estábamos entrando a la reunión diaria con Francisco, y no me habría gustado que él se diera cuenta de lo que me estaba pasando. Todos estaban contentos, y eso hizo provechoso el encuentro, en que Francisco nos habló del oficio de predicador.

-La persona que predica -dijo- ha de orar primero en soledad, para encontrar las palabras que debe decir y para contagiarse con ellas y darles vida.

Sentí pena porque mi oración en soledad se había puesto tan tortuosa, pero Francisco me fue contagiando un poco con su entusiasmo y por el resto de ese día quedé bien. El martes me empezó a acosar de nuevo la sensación demoníaca. No quise contárselo a Francisco porque me daba vergüenza, y porque mi mal ánimo se me quitaba a ratos, cuando surgía alguna cosa alegre, como cuando llegó Maseo a incorporarse como Hermano Menor. Venía de Marignano, con su modo cortés y su dicción de agradable timbre con que aderezaba su conversación, siempre interesante.

Dos días después se nos unió alguien completamente distinto. Se hace llamar Junípero, sobrenombre que él mismo inventó, y que significa "el más pequeño de los hijos de Dios". Es un tipo muy original, que desde el primer momento se complació en mostrarnos la simplicidad. A su llegada le dimos una linda bienvenida.

Ese mismo día, Francisco nos habló de la oración que tuvo, la semana pasada, a solas en un lugar apartado, y durante tres horas.

-Poco a poco empecé a sentir una gran alegría -nos contó- y la certeza de que mis pecados han sido perdonados..., pero... fue una certeza más fuerte que dos más dos son cuatro.

Yo recordaba mis sensaciones de demonio que aún no me había atrevido a revelarle y me hice el firme propósito de decírselo en cuanto tuviera la oportunidad.

-Estaba tan absorto -continuó Francisco- que no me di cuenta cómo pasó el tiempo. Volví gozoso y transformado. Dios me prometió hacernos crecer en gran multitud.

A mí, la oración en soledad no me había resultado mucho en esos días. Decidí rezar frente al crucifijo, para ahuyentar los demonios. Aún así, no lo logré. Sentí como si el mismo Jesús me mostrara toda mi iniquidad. Se me confundió todo de nuevo. Tal vez con razón, en mi familia odian tanto a Francisco, y ellos me decían que no le creyera. Mi buen propósito del día anterior se me esfumó del todo. Ya no iba a ser fácil confiar en Francisco. Mi condenación no tenía vuelta. ¿Y toda mi oración, para qué podría servirme? Tendría que retirarme de esta cofradía, de la que no soy digno. No quería hacerlo sin decírselo a Francisco, pero eso me significaba tener que contarle el infierno que estaba viviendo. No iba a ser fácil.

En eso estaba, cuando llegó Maseo a buscarme, diciendo que Francisco quería verme.

-No pienso ir -fue lo primero que atiné a decir, pero después me puse a pensar en el asunto. Ya no podía seguir esquivando el bulto. Probablemente, Francisco se había dado cuenta de mi estado.

A Maseo no le costó casi nada convencerme, y eché a andar hacia un bello lugar en la naturaleza, donde se hallaba Francisco. No necesité explicarle lo que me estaba pasando. Él me dijo, con claridad:

-No les hagas caso a los demonios.

La bondad de Francisco me desarmó. Y su sabiduría. No supe cómo él tenía tan claro lo que a mí me pasaba.

-No puedes desconfiar de Jesús -me reprendió con mucha ternura-. El nunca te diría algo que no viniera desde un lugar de amor y misericordia.

Francisco tenía toda la razón. Yo estaba muy avergonzado de haber desconfiado de él, y más aún, de Jesús.

-Tú puedes ahuyentar a los demonios -me explicó- hablándoles con mucha firmeza. Podrás sentir como se van.

A medida que Francisco me iba diciendo las cosas con tanta claridad, se me empezaron a salir las lágrimas, caí de rodillas, y dejé que me viniera el acceso de llanto. Estaba tocando fondo y no tenía posibilidad de resistirme. Después de un rato quedé mejor.

-No te olvides de orar como tú sabes -me advirtió Francisco, levantándose.

Volví a mi celda en el bosque y me puse a orar. Le pedí perdón a Dios y cuando le dije por qué lo estaba haciendo me volví a sentir tremendamente pecador. La sensación de demonio intentó hacerme dudar de Francisco. No lo quise aceptar.

-Vuelve a abrir la boca y te la lleno de mierda -grité, dirigiéndome a un invisible demonio, y lo hice con toda la firmeza de que fui capaz. Así, se me terminó el problema para siempre. Recuperé mi entereza y mi confianza. Fue un momento sanador. Después, me reía solo porque justo en ese momento hubo un temblor y se derrumbaron algunas piedras, y corrían por las laderas del monte.

12.- Clara se va de su casa

Ese día me levanté temprano y estuve en oración hasta las 11, hora en que empezaba la misa principal del Domingo de Ramos. Acudí al templo, junto a mis hermanas, vistiendo nuestra mejor ropa, como corresponde a la festividad. Se conmemora la entrada triunfal de Jesús en Jerusalén. Cómo me habría gustado estar en esa remota ocasión.

Hace unos días mi madre salió de viaje a Roma, con Pacífica, y seguramente han tenido una fiesta de Ramos tan linda como la de acá. Para mí, era un día más especial que cualquier otro, pues había tomado una decisión de gran importancia y no podía comunicarla a nadie para no malograrla. Ni siquiera a Caterina. Ella notó que yo andaba rara.

-¿Qué te pasa, Clara? -me preguntó.

-Nada.

Por supuesto, no me creyó, como si estuviera sabiendo algo. Pensé que iba a tener que hablarle de ello, después, cuando fuera el momento adecuado. Ahora,

la gente se estaba poniendo en una fila para ir adelante a buscar un ramo. Preferí quedarme para el final. Si yo estaba renunciando a todo lo que había sido mi vida hasta ese momento, un buen símbolo sería quedarme sin ramo. Tenía la secreta esperanza de que éstos no alcanzaran para todos. Durante largo rato todas las personas estuvieron de pie caminando a paso lento, mientras yo estaba ahí sentada, paralogizada, como si mis piernas no pudieran moverme. El obispo Guido, que oficiaba la misa, se fijó en mi actitud.

Después de largos minutos, volvió Caterina y volvieron todos. Pensé que ya se me había pasado el momento, y que lo mejor sería quedarme sin ramo. El obispo se levantó de su sitial, tomó un ramo y me lo trajo hasta mi asiento. Me lo entregó con mucha ternura. Siempre me ha querido mucho. Me puse roja y acepté el ramo con una sonrisa de agradecimiento por ese gesto tan inesperado. Don Guido me miró con una actitud de complicidad que me venía bien. Algo sabía él acerca de mis planes, pero como una cosa eventual y futura. Esta vez me pareció que me aprobaba tácitamente. Al menos, eso quise entender, aunque algo así no podía ocurrir. De todos modos, me sentí mejor, y pude agitar mi ramo como todos, en el momento en que fueron bendecidos.

Estuve contenta el resto del día, y hasta le conté a Caterina lo que pretendía hacer. Le hice prometer que no le diría nada a nadie. Le expliqué que me estaba yendo de mi casa para vivir lo que ha de ser mi vida. Es más que una simple aventura, más que partir detrás del hombre que amo o que creí amar. Es ir a servir a Dios, ser fiel a lo que Él puso en mí. Es renunciar a casi todos los privilegios, excepto el único importante.

-Jesús lo dice en el evangelio, "deja todo y sígueme". Me lo dice a mí, hoy -le expliqué-. Esto es como salir de la matriz. Quiero ayudar a Francisco a reparar esta gran comunidad cristiana que formamos todos.

Y me quedé unos instantes pensando en que para algo viví ese exilio siendo niñita. Para crecer sabiendo lo que falta en la sociedad. No son los gobiernos ni los guerreros los que van a mejorar la manera de vivir de la sociedad. Tampoco el clero lo está haciendo muy bien. Los que tienen poder se envanecen, no lo usan para mejorar nada, sino para preservarlo.

-He meditado mucho este paso -agregué-. Es como despertar en medio de la noche.

-Me duele dejar atrás el apego a mi madre y hermanas -confesé, después de otra breve pausa-. Nos veremos menos, pero nos veremos y será lindo. No sé si me voy para siempre. Eso es algo que no puedo adivinar.

-Te extrañaré -me dijo, y nos abrazamos.

-Yo también te extrañaré.

Mucho después que el sol se puso y la oscuridad empezó a dominar, cuando Beatriz ya estaba dormida y la servidumbre se había retirado, me levanté, me puse mi vestido de saco, el de la Pobreza, y un manto por si me daba frío. Me dirigí hasta la puerta de los muertos, una angosta abertura alta, que nunca se abría, excepto cuando murió mi padre el año pasado, y fue sacado su cuerpo por ahí, después que el tío Monaldo la abrió, con mucho esfuerzo, y con la ayuda de un martillo, y con el uso de aceite en las bisagras. Esta vez no costó tanto abrirla. Todavía estaba el aceite haciendo su trabajo. Cuando iba a ir a pedirle ayuda a Caterina, ella llegó sin que nadie se lo tuviera que decir. Entre las dos movimos la

puerta. Elegí esa manera de salir de casa, para pasar inadvertida.

-Es como si estuvieras muriendo... -balbuceó mi hermana, llorosa.

-Estoy naciendo, hermanita -besé su mejilla.

-Cuídate.

Salté hacia afuera y cerré la puerta de los muertos, quedando inmediatamente en la sombra. Pensé en Bona, que no estaba en Asís, pues fue a pasar la cuaresma en Roma. Imaginé que ella estaba conmigo advirtiéndome que aún podía arrepentirme.

Parecía una huída. Sí, yo estaba arrancando de ese futuro señorial que se vislumbraba para mí si me seguía quedando en mi casa. Estaban a punto de casarme, a la fuerza.

Eché a andar a paso rápido hasta la esquina, y de ahí hacia la parte de afuera del pueblo. Unas cuadras más allá, la imaginaria Bona me detuvo, me miró y esperó a ver si yo me arrepentía. A unos cien metros ya se veían las antorchas de los Hermanos. Me despedí mentalmente de mi amiga y corrí hacia las lucecitas. Ahí estaba Francisco, con Felipe Longo y Bernardo, y dos caballos que consiguieron.

Francisco me ayudó a montar junto a él en su caballo. Los otros dos Hermanos apagaron sus antorchas y compartieron el otro animal. Nos alejamos de ahí, al paso, pero cuando ya hubo más distancia empezó el trote, y después en franco galope íbamos felices, cantando.

Aunque las puertas de la ciudad quedan cerradas durante la noche, ésa era una ocasión especial, a causa de los trabajos que se estaban efectuando en una cisterna. Francisco conocía un punto vulnerable, por donde pudimos pasar.

-Tienes un rostro resplandeciente -observó Francisco cuando avistamos el valle en que está la Porciúncula.

Yo estaba radiante de felicidad. Descendimos con cuidado hasta llegar donde estaban todos los demás Hermanos esperando con antorchas encendidas.

En el momento de bajar de los caballos, se produjo una verdadera fiesta. El canto de todos me transportó a lugares celestiales. Este es un camino nuevo para mi vida.

Entramos a lo que podría llamarse Capilla, un recinto maravilloso, pequeño. Los Hermanos inventaron toda una ceremonia para acogerme. Nos hincamos ante el improvisado altar para hacer una oración de agradecimiento, y después nos sentamos en el suelo. Todos hablaron algo, y también yo manifesté la alegría que estaba teniendo, y el firme propósito de llevar una vida de pobreza, junto a todos ellos.

Francisco hizo traer una tijera y me cortó el cabello, como un símbolo del paso que estaba dando. El corte de pelo fue igual que el de los Hermanos Menores, en redondo a la altura de las orejas, dejando pelo, sólo en la parte alta de la cabeza.

Entregué mi manto, y recibí a cambio otro muy pobre y rústico. Así fue mi iniciación en los Hermanos Menores. Ya podía considerarme una Hermana Menor, la primera de todas, y no sé si también la última..., espero que no.

Muy tarde nos retiramos a nuestros aposentos. Habían construido una pequeña choza para mí. Esa noche casi no pude dormir. Me levanté temprano en la mañana, y ahí empezaron los problemas porque necesité ir a la letrina, al fondo,

y estaba ocupada. Tuve que volver a mi cabaña y esperar, lo cual fue casi dramático. Aunque ya tengo 18 años, soy muy niña para algunas cosas, como ésta.

Más que nunca, estaba necesitando toda la fuerza y entereza que el Señor quisiera mandarme. Yo había decidido renunciar a muchos privilegios. Sin embargo, en el momento de la acción las cosas siempre se ponen más difíciles.

Recién tomé conciencia de que siendo la única mujer allí, mi decisión de venir a la Porciúncula puede ser muy mal entendida por la gente. Con toda seguridad, mi familia iba a querer que yo regresara. Ese era otro problema, pues en tal despoblado no tenía mucha posibilidad de defensa para quedarme pacíficamente. Yo quería vivir ahí, pero ya no estaba tan segura.

Francisco escribió en una hoja una Forma de Vida para Clara, como la tituló. Soy la única Hermana Menor. Me gusta esa hoja, con la letra de Francisco.

Todos teníamos muchas dudas sobre la presencia de una mujer en medio del grupo. Es que era algo impensable. Ningún Hermano Menor quería cumplir con una supuesta obligación de rechazarme. Aún más, mi primo Rufino se puso en un rol protector, pero Francisco encontró que esto no podía funcionar así.

Era evidente que yo no debía quedarme en ese lugar, pero la salida de mi casa fue más que un simple gesto simbólico. No iba a volver a mi casa. Francisco me había prometido un lugar para mí en San Damián. Sin embargo, se puso temeroso. No se animaba a dejarme sola en alguna parte.

Entre todos estuvimos discutiendo mi destino. Francisco pidió silencio y oración. Dios resolvería esto.

Después de rezar una hora entera, Francisco ya sabía en qué lugar viviré durante los primeros días, mientras se aclara el panorama. En un convento de benedictinas, aquí cerca. Se llama San Paolo di Bastia. No es lo que más me gusta, pero estaría bien si es por poco tiempo. Así se lo dije a Francisco.

Querían ir todos a dejarme, pero sólo habría sido posible a pie. Optamos por otra solución más rápida. Salí a media mañana con Francisco, cada uno en su caballo, y así aprovechamos de ir a devolver los animales, pues el propietario vive muy cerca del convento. Llegué a éste cuando las monjas se disponían a almorzar. Francisco solicitó a la elegante abadesa si podían tenerme unos días, a lo que accedió gustosa. Después, él emprendió el camino de vuelta a la Porciúncula, solo y a pie.

Las monjas me acogieron bien. Son de clausura, y todas muy alegres. Con ellas, viví un primer día entretenido. Aquí hay un buen pasar, sin dificultades, pero no quiero acostumbrarme porque no es ésta la vida que elegí para mí. En este convento hay dos clases sociales. Unas monjas son de procedencia adinerada, y otras son sus criadas con las cuales han llegado. Yo soy un ejemplar extraño, pues me reconocen una nobleza a la cual he renunciado, pero no tengo sirvienta.

Todo ha sido tan rápido, que mis recuerdos recientes vuelven, uno tras otro, y me tienen alborotada. Me puse a trabajar como criada, por propia decisión. Sin embargo, aún así no encuentro acá lo que deseo, es decir, una vida de sierva pobre de Cristo, despojada de todo. Al contrario, no he logrado salir de la opulencia, y sigo estando libre de toda necesidad.

A los pocos días llegó el tío Monaldo, furioso, con un pelotón de soldados. No sé cómo se enteró de mi paradero. Seguramente las noticias vuelan. Si me

hubiera quedado en la Porciúncula me habrían encontrado mucho antes. Alcancé a salir de allí justo a tiempo, y creí que sólo había ganado unos días, pero después me di cuenta que gané muchísimo más. Las Hermanas Benedictinas no sólo tienen cercado su monasterio con altas murallas, sino que además se aseguraron con un decreto de excomunión, conseguido con el Papa, como un privilegio especial para garantizarles que no fueren asaltadas, en tiempos en que todo el mundo anda armado, hay guerras, y las personas viven peleando, incluso dentro de sus propias familias.

Al principio, el tío Monaldo intentó mantener la calma y convencerme por las buenas de que volviera a casa. Hizo un gran esfuerzo por tratar de lograrlo. Me habló de las lágrimas de mi madre. Le conté que he rezado mucho por ella, pues quiero que se conforme.

Mi tío insistió. Poco a poco empezó a surgir la agresividad. Los hombres perdieron la paciencia y quisieron llevarme a la fuerza, arrastrándome con violencia. Me aferré al mantel del altar, y el tironeo hizo caer utensilios. Mi tío me pescó del velo, y entonces vio mi cabello cortado. Creo que eso lo hizo sentirse mal consigo mismo.

-Por amor a Jesús he renunciado a lo material y a lo mundano -le aclaré.

La madre superiora le hizo ver a Monaldo que se estaba arriesgando a ser excomulgado. Eso es algo que atemoriza a todo caballero. Mi tío puso cara de pánico, como viéndose a sí mismo consumido por el fuego del infierno. Entendió que no podía continuar en su conducta violenta, y tuvo que retirarse con sus soldados.

13.- Caterina se siente sola

Cuando se fue Clara me sentí muy sola. Me faltaba su compañía. Después de llegar a tener una gran complicidad con ella, ahora, había quedado a la deriva. En las noches lloraba sin que me vieran. Es que yo no sé vivir sin ella. Me dieron muchas ganas de partir detrás de Clara, pero eso no podía ser, porque soy muy chica aún.

A mi madre le tuve que contar la verdad porque ella la había vislumbrado, y además estaba sufriendo. La he consolado en su tristeza, tratando de explicarle que no podemos interponernos en el camino de Clara. Creo que mi mamá adivinaba mi anhelo de partir yo también. El problema es que el tío Monaldo se enteró de los pasos de mi hermana. Tarde o temprano este caballero iba a llegar hasta ella.

Cuando me contaron esa escena del convento, con Clara agarrada de los manteles, y el tío Monaldo echando chispas, tuve que morderme los labios para no reírme. Mi hermanita se salió con la suya.

Hasta ahora, siempre había estado segura de que mi vida se iba a desarrollar en torno a un matrimonio sereno y plácido, como el que tuvieron mis padres. Ése ha sido mi modelo a seguir, y nunca me lo hubiera cuestionado, pero en estos días ese esquema me ha parecido endeble y sin sentido. La vida no puede ser así para todos. Clara me está indicando otro camino. Ella es la que

siempre me ha mostrado por donde ir. Esta Semana Santa ha sido la más triste de mi vida.

Clara va adelante, primera mujer en entrar a los Menores. Me imaginaba a mí misma yéndome hacia Clara. Ni sabía donde estaba viviendo, pues cuando fui a la Porciúncula, allí no se encontraba. Los Hermanos no me quisieron decir donde está. Como el tío Monaldo también la andaba buscando..., y no para bien..., desconfiaron. Me costó convencer a los Hermanos que mi intención es distinta. Le recé mucho al Señor para que me ayudara a sobrellevar esto.

Clara siempre me decía que yo tengo una percepción especial de la esencia de las cosas. Miré las mías y no vi más que objetos vacíos, desprovistos de la alegría que antes me daban. Toda la pieza estaba vacía sin Clara. A mis quince años empiezo a ver la profundidad que hay en la decisión de Clara. Es algo que arde en mí sin quemarme, como la zarza de Moisés. Resuena en mis oídos lo que me dijo Clara al despedirse, esa noche:

-Estemos siempre enamoradas de Dios -aludiendo a esa vez cuando le hice ver que ella no estaba enamorada de Francisco, sino deslumbrada por la presencia divina que hay en él.

Me estuve aguantando así, durante un poco más de dos semanas pero, sin poder más, me decidí a poner algo de ropa y unos libros en un bolso, no muchas cosas porque no las iba a necesitar, y además no quise despertar sospechas. Así, con lo puesto, me dirigí muy temprano en la mañana hacia el convento de las benedictinas de San Paolo.

En mi casa, todas dormían cuando salí, y eso que el sol ya había aparecido. Tuve que caminar más de una hora hasta llegar al convento. Golpeé la puerta, y al mismo tiempo me saltaba el corazón. Una religiosa me abrió después de largo rato, y cuando le pregunté por Clara, sólo atinó a mirarme de arriba a abajo.

-¿Quién eres tú? -me preguntó, desconfiada.

-Soy hermana de Clara, y no vengo a sacarla, sino todo lo contrario.

Se suavizó y me hizo pasar.

-Ella ya no está aquí -aseguró, sin andarse con rodeos.

Pocos días alcanzó a estar Clara en ese convento tan bonito. Según me contaron, se lo pasó barriendo y limpiando, por propia voluntad, además de preparar la comida, lavar la vajilla y ayudar en el traslado de la leña. Le conversé a la monja todo lo que pude para que se abriera y me dijera dónde encontrar a Clara.

Me contó que, a mi hermana, la oración de las benedictinas no la llenaba, y que ella quería vivir algo distinto a lo que se vive en el convento, y por eso el hermano Francisco vino a buscarla y se la llevó donde unas beguinas, que tienen inquietudes nuevas, mujeres que no dejan totalmente el mundo, pero en cambio, practican la pobreza y el servicio a los más necesitados. Son seglares y no hacen votos perpetuos.

Me explicó que las beguinas son cristianas contemplativas, que dedican su vida a atender a los desamparados, y tienen también labor intelectual, que recién ahora empieza a ser conocida. Trabajan para mantenerse, y son libres de retirarse cuando opten por el matrimonio.

-Eso se acerca mucho más a lo que Clara quiere para sí -comentó.

-Y también a lo que yo quiero para mí.

La monja se interesó. Ya pudo botar todas las barreras que la protegían de mí, y hasta me indicó como llegar al Santo Ángel de Panzo, que así se llama el lugar en que está Clara. Le di las gracias y me retiré de ahí, para seguir con otra hora de caminata que quizás pudo haber sido menos, pero no me ubico muy bien.

El nuevo convento, si se puede llamar así, está en la parte baja del monte Subasio, en medio de un lindo bosque. Llegué a la famosa casa Santo Ángel de Panzo que es como un convento no muy formal. Nuevamente golpeé una puerta mientras el corazón quería salirse de mí. Esta vez, me abrió Clara, en persona.

-¡Caterina!

-¡Clara!

Nos abrazamos emocionadas y contentas. Su nueva vestimenta me pareció bonita, a pesar de ser extremadamente rústica.

-¡Qué bueno que me visitas! -me dijo al hacerme pasar.

-¿Visitarte...? Vengo a quedarme -afirmé, tomando mi equipaje, que había quedado un poco apartado.

Primero se puso seria, y después se contagió con mi alegría y éramos las dos una sola risa. Me presentó a las Hermanas, que no son muchas, y no le costó nada convencerlas que me dejaran quedarme.

Conversamos todo lo que teníamos pendiente después de dos largas semanas. Nos reímos bastante, y entonces Clara me preguntó por nuestra madre.

-Ya se conformó con esto, que es lo mejor para ti -la tranquilicé.

-¿Y se va a conformar también por ti?

-Eso espero. Ayer la dejé entrever mis intenciones, para que hoy pueda atar cabos sin preocuparse.

-¿Y qué irá a hacer el tío Monaldo?

-Va a tener que resignarse, no más.

-No será fácil. Acá no hay decreto de excomunión que nos ayude.

Yo tenía los mismos temores que Clara, aunque trataba de parecer tranquila y relajada. A medida que pasaban las horas, no sabíamos si preocuparnos más, o soltar definitivamente. Le pedí a Dios que me ayudara cuando llegase el momento.

Doce caballeros llegaron a Panzo una tarde, comandados por el tío Monaldo y su furia fogosa. A Clara, ya la habían dado por perdida, pero a mí, todavía no. Quisieron llevarme usando primero toda su diplomacia y después toda su fuerza, ya que expresé con claridad que no volvería al mundo.

-Aún no estás en edad de tomar tus propias decisiones -declaró con fuerza el tío Monaldo.

-Jesús no pone requisitos de edad.

Monaldo retó a Clara:

-¿Cómo puedes aprovecharte de tu hermana chica?

Me arrastraron de los pelos, me rompieron la ropa, mientras yo gritaba y pataleaba. Clara se arrodilló a rezar y a llorar, y no podía hacer nada más.

Entre varios me sacaron de la casa y lograron llevarme hasta afuera del portón. Se internaron conmigo en el bosque, tratando yo de hacerme lo más pesada que podía. Me aferraba a cada árbol del monte mientras bajábamos, hasta que logré enredarme entre unas resistentes raíces que sobresalían. De ahí, no pudieron sacarme, por más que lo intentaron durante unos minutos que se me

hacían eternos. Llegaron hasta ese lugar las mujeres y trataban de disuadir a los hombres. Clara seguía rezando en voz alta.

-Tu hermana come plomo que está tan pesada -se quejó el tío Monaldo, dirigiéndose a Clara.

Llegó un labrador, que creyó que los caballeros intentaban salvarme de algún peligro. Tampoco pudo deshacer mi enredo de ropas destrozadas y raíces, ni levantarme de ese lugar. Se fue y prometió llegar inmediatamente con otros compañeros. Los hombres de Monaldo ya no pudieron continuar en sus esfuerzos por levantarme del suelo. Desistieron y se retiraron refunfuñando, no sin antes propinarme una patada cada uno. Mis manos y mi cara sangraban. Con gran esfuerzo logré pararme y volver al convento, esta vez en subida. Entre todas me ayudaban.

Al día siguiente vino Francisco trayendo su ternura, que necesitábamos. Me vio tan niñita chica que me dijo:

-Me recuerdas a Santa Inés.

-¿Santa Inés?

-Era una hermosa chiquilla de catorce años cuando se escapó de su casa y de su vida acomodada, y permaneció firme, con una fuerza increíble. Hace varios siglos de esto.

Desde entonces me dicen Inés. Me gusta el nombre, el mismo de la valiente mártir.

14.- Pacífica se une a las Menores

Por el camino me puse a pensar en mis recuerdos. Iba hacia Santo Ángel, con poco equipaje, y decidida a ponerme a los pies de Clarita, una criatura estupenda, divina, la hija de Ortolana. Hace tiempo que dejé de mirarla como a una simple niñita. El día anterior a mi partida se lo confesé a Ortolana, cuando fui a despedirme, y ella se quedó llorando, una vez más, pero me aclaró que lloraba de alegría. De hecho, se conformó cuando le prometí cuidar a sus hijas.

Me costó dejar atrás tantos años de amistad con Ortolana. La extrañaré. Fuimos muy amigas, aunque yo soy un poco menor. La niña Clara fue siempre mi regalona. Cuando ella se fue, yo sentí un llamado..., de ir a cuidarla, a servirla. Ella tiene como un magnetismo. No se iba a salir de mi vida así no más.

Mi hermana menor, Bona, envió conmigo un pastel que preparó para Clara. Casi intentó venir conmigo ella misma, pero hubo de reconocer que por ahora eso es imposible. Señaló que quizás más adelante podría llegar a ser su momento.

Después de mucho andar, llegué a la casa del Santo Ángel, que ya está pareciendo convento, y me recibió Clara, junto a la pequeña Caterina. Yo no sabía qué decir. Nadie iba a suponer que mi alma se inclinaba ante las suyas, pero así era.

Entregué a Clara el pastel de Bona, y se puso contenta. Sin embargo, lo probó apenas, cuando nos dimos un rato de tomar té, antes de la hermosa oración que tuvimos en la tarde. Primero rezamos a solas, y después en conjunto con las demás. Ver a Clara volviendo de su oración en soledad fue algo que me sobrecogió. De su rostro emanaba una paz indescriptible.

-El Señor es el dueño de mi territorio -me explicó con palabras dulces-. Cuando lo alabo trato de apagarme, de manera que surja en mí el pequeño trozo de imagen y semejanza.

A menudo, Clara me enseña a rezar, y yo me siento tan rara, pues soy bastante mayor que ella. Me fijé que al persignarse nombra también a la Virgen María. Es que esta niña es innovadora.

Alcanzamos a estar un par de meses en el Santo Ángel y se nos unió otra chica más. Se llama Bienvenida, y es una antigua amiga de Clara, de cuando estuvo en Perugia. Ortolana me contó que allí las habían acogido muy bien en los años difíciles, cuando Clara era pequeña.

Bienvenida le hizo honor a su nombre, porque su llegada nos vino de maravillas. Desde hacía algún tiempo queríamos independizarnos. Especialmente Clara, que no se encontraba cómoda en una casa con tanta riqueza, según ella decía, aunque pueda parecer paradójal. La llegada de Bienvenida fue como un trampolín para ir donde Francisco a decirle que no éramos tan pocas como antes. Con eso, ya no tuvo más argumentos para seguir dejándonos en Santo Ángel.

-Necesito que me falte algo -expresó Clara- y acá en Panzo no falta nada.

Gracias a la presencia de Bienvenida, Francisco consideró que ya podíamos irnos a San Damián, el lugar que nos estaba esperando. Él mismo nos fue a dejar, acompañado de Felipe. Las Hermanas Beguinas de Panzo nos iban a extrañar. En la despedida, que estuvo llena de emoción, nos hicieron regalos.

Francisco nos dio una hojita en que escribió una Forma de Vida para que en ella tengamos un punto de partida.

-Vivir la pobreza de Jesús -resumió Francisco al entregarle el papel a Clara, quien se lo agradeció con una amplia sonrisa.

Lo primero que hicimos al llegar a San Damián fue una oración para agradecer a Dios, ante el gran crucifijo de la capilla, el mismo que una vez habló a Francisco, según me contaron. Ahora era él quien hablaba al Cristo, en alta voz, reviviendo aquel gran instante. Fijándome lo mejor que pude, alcancé a ver como si los labios del crucifijo se movieran, respondiendo amorosas palabras en silencio.

Llegado el momento, Francisco puso aceite en la lámpara y la encendió. Yo estaba casi encandilada mientras él comenzó a enviarnos en misión. No es que tuviéramos que ir físicamente a alguna parte, sino al contrario, nuestra misión está en San Damián.

-Tú serás la abadesa -dijo a Clara, y se lo tuvo que repetir un par de veces pues ella manifestó no ser la más indicada.

-Pacífica será una estupenda abadesa -expuso Clara, señalándome.

Supuse que lo decía por ser yo la de más edad, si he estado siendo como mamá de puras niñas. De todos modos, moviendo mi índice yo negué mi capacidad para el cargo. Finalmente, Clara comprendió que si todas veníamos siguiéndola a ella, sólo a ella obedeceríamos.

Al despedirse, Clara pidió a Francisco que venga con frecuencia a traernos la Buena Nueva.

-Encantado -respondió él- y cuando yo no pueda venir, será Silvestre quien les traiga la palabra.

Como Silvestre es sacerdote, talvez por eso, Francisco lo eligió para ser su eventual reemplazante. En eso estaba pensando cuando sin darme cuenta ya estábamos solas en la que iba a ser nuestra nueva casa. Lejos del ruido del mundo, como si hubiéramos huido del siglo, empezamos una vida de privaciones, pero llena de alegría. Nos llamamos Las Hermanas Menores.

* * *

San Damián empezó a ser un convento ese día memorable de 1212. Recorrimos nuestra casa de punta a cabo, una y otra vez, descubriendo cada recoveco de sus habitaciones. El dormitorio, arriba, con sus dos ventanas que miran hacia abajo donde está el pozo, sin contar el mínimo ventanuco en la pared del fondo. Unos pocos escalones más abajo que el dormitorio está la sala de rezar, a la que también puede llegarse a través de un pasillo, al subir por una escala que tiene dos ángulos rectos.

En la mitad de la escala hay una pequeña ventana que da hacia el jardincito en que Clara ya empezó a cultivar una flores. Desde ese vano puede observarse también, a lo lejos la llanura con la iglesita de la Porciúncula.

Abajo está el comedor, y una salita muy acogedora, que después se transformó en la sala de cantar. Fuimos también a la capilla, muy cercana, por el lado de la salita acogedora. Paisajes hermosos se ven por las ventanas.

Francisco nos hizo prometer que no saldríamos a mendigar, pues eso no es nada de seguro para una mujer. Ellos nos traerían los panes que lograran conseguir para nosotras. Y así hemos estado funcionando. Todos los días viene algún Hermano con un canasto trayéndonos la alimentación para el día, bastante precaria, pero eso es lo que hemos escogido libremente para nuestras vidas. Nunca sabíamos qué íbamos a comer al día siguiente.

Tampoco hemos salido a predicar, pues a una mujer, nadie le hará caso. Me pregunto en qué forma y cuándo lograremos romper ese esquema. Emulando a las hermanas de Lázaro, en Betania, se diría que aún no lográbamos ser Martas. Sólo Marías, recibiéndonos de Jesús que se prodiga de manera infinita.

De vez en cuando Francisco nos regala sus palabras, dichas con solemnidad. Aunque a eso se le llame Sermón, para mí es más que eso, pues él sabe hablar tan amorosamente que su expresión es una verdadera semilla de esperanza.

Clara sigue empeñada en enseñarnos a rezar, por la gente del futuro y también por la gente del pasado. Meditamos todos los días durante largo rato las escenas de la pasión, con todo el misterio doloroso que encierran. Yo que soy más vieja y más tradicional he preferido tener mi propia manera de orar, más simple y directa, diciendo muchos padrenuestros en voz alta, alternados con avemarías. Puedo estar horas en eso.

Nuestra abadesa, Clara, es fuente de alegría. Cada vez que reza queda transformada para siempre. Ella es un continuo ir hacia el Señor, como caminando sobre el agua, y nos arrastra a todas. Hay veces que la veo llorar durante la oración, ya sea de gozo, o de dolor cuando entra de lleno en el misterio de la cruz. Sin embargo, al terminar de orar siempre se la ve contenta y radiante, diciéndonos palabras dulces.

Muchas niñas, y otras no tan niñas, se sintieron atraídas por la forma de vida que tenemos. Una a una fueron llegando, y las acogimos con afecto.

-Viviremos centradas en Cristo -les explica Clara-, con todo nuestro pensamiento y nuestro corazón. Él es fuerte y suave, al mismo tiempo..., y muy generoso.

Y les enseña que lo esencial de las Menores es la pobreza y el canto. Por pobreza se entiende desligarse de las posesiones materiales, para poder atender a las espirituales. Es desprenderse de la comodidad. La penitencia ayuda a la oración. Todo puede adquirir un valor inmenso si Jesús lo toca.

Las vestimentas de las Hermanas son ligeramente distintas unas de otras, todas toscas, grises o de otros colores indefinidos. Usamos velo para tapar el corte del cabello. Más bien dicho, ése es el objetivo del tijeretazo.

Luego de un tiempo, nuestra joven abadesa decidió que ya era tiempo de salir de nuestras cuatro paredes, y ser un poco Martas en los hospitales. Esa es nuestra única oportunidad de ausentarnos del convento por un rato. Así nos lo hizo saber, en su estilo acogedor, pues ella sabe pedir las cosas de manera que una quiera hacerlas con gusto. Cuando vamos a atender a los enfermos lo hacemos en grupos de a dos, y no todas al mismo tiempo. Estoy segura que ha sido bueno vivir así.

Clara tiene cada día un mensaje personal para cada una, de cómo seguir a Cristo. Todas las gracias provienen de Dios Padre, y el secreto de la vida es saber recibirlas y disfrutarlas.

-Acá somos iguales -dice siempre, y yo siento algo muy parecido a ser joven. Los años pasan por mi cuerpo, pero no por mi alma. Es buena esta vida, con Clara, la alegre, la que rompe esquemas.

En las tardes cantamos, mientras nuestra abadesa nos dirige. Su canto es maravilloso. Todo el mundo tendría que escucharla, pero ella no intenta salir al siglo. Me da pena que el mundo se pierda el canto de Clara, que es lo más precioso que he escuchado. Las demás aprendemos y casi podría decirse que ya cantamos como ella, pero sin la magia de Clara, sin irradiar paz como ella. Hasta inventa canciones con contenido religioso. La música se ha transformado en el alma de nuestro convento, en algo esencial, infaltable, que abraza e ilumina. Y nosotros la construimos con nuestras voces.

15.- Francisco y la naturaleza

He aprendido mucho de Junípero, aunque nadie pudiera imaginarse algo así. Es un personaje especial. Parece un imprudente, pero no lo es. También parece un bufón ridículo. Sin embargo, yo aprecio la simplicidad que él enseña a descubrir. A veces pienso que sería bueno si todos los Hermanos fueran como Junípero, con su paciencia, pero pronto recapacito. Cada uno aporta lo suyo, como en una orquesta. Casi todos se dan buenos tiempos de oración en soledad.

De Junípero aprendí a relacionarme con los seres más simples, como las aves y las flores, alimentadas por Dios sin que ellas necesiten sembrar ni cosechar. Un día, Junípero llegó con una oveja. Sí, una pequeña oveja, de pocos meses de edad. Se la regalaron cuando fue a pedir limosna.

-Un modelo de inocencia y sencillez -observé-. Eso es lo que nos han dado.

-Y una boca más que alimentar... -reconoció Junípero, un poco confundido.

Todos nos entreteníamos cuidando a la ovejuela, la cual aprendió a rezar, a su manera. Se hincaba y se ponía a balar... Fue un buen regalo.

Lo más notable de esta historia de la hermana Oveja es que se compara y se complementa con otra historia, que me ocurrió con un lobo, en Gubbio. Un animal feroz que tenía completamente aterrado al pueblo. Llegué a un acuerdo con él, a nombre de todos. No lo molestaríamos más ni le negaríamos el alimento, pero él tampoco haría daño a nadie. El hermano Lobo me comprendió, y también la gente de Gubbio entendió que tenían que darle de comer en vez de rechazarlo.

Ninguno de estos sucesos habría podido ocurrir si no hubiera sido por un antecedente previo, que tuvo lugar en el lago Trasimeno.

-¡Te regalo este pescado! -exclamó, en esa oportunidad, un pescador que iba pasando en su bote, mientras yo estaba meditando en otro bote más pequeño, cerca del muelle.

Lo alcancé a recibir bien, a pesar de lo resbaloso que estaba el pobre pez, que movía su cola con desesperación.

-¿Qué haces acá afuera, hermano Pez? -le pregunté, y el pececillo no pudo evitar que se le notara su fastidio contra el hombre que lo sacó del lago. Sin pensar mucho lo volví a poner en el agua, su mundo, su entorno amado, y estuvo tan agradecido que me saludó antes de sumergirse.

Ese pez del Trasimeno fue el que me abrió las puertas a mi comunicación con los animales. Y la cosa no quedó sólo ahí. Cierta vez que yo oraba en el monte, llegó volando una mirla y se posó sobre una de las ramas de la pequeña choza que uso para cobijarme del calor en el verano, y de la lluvia, cuando la hay. Entablé una rápida amistad con la hermana Mirla, y era increíble cómo nos entendíamos. Le expliqué que ella era libre y podía volar cuando quisiera. Fue entonces que se atrevió a posarse en mi mano, y me hacía cosquillas con sus patas. Yo no quería creerlo. Continué rezando y después de un rato la hermana Mirla me hizo caso y emprendió el vuelo.

Cada vez que yo iba a ese lugar para la oración, llegaba la hermana Mirla a enterarse de lo que yo conversaba con el Señor. Incluso, en una oportunidad en que me quedé dormido ella me despertó con un alegre canto.

Durante muchos días vino la mirla, y cuando ya no quiso venir más me pregunté qué quería Dios decirme con esto. Llegué a pensar que talvez estoy dedicando demasiado tiempo a la oración, en desmedro del apostolado. Me cuestioné seriamente y he estado preguntando al Señor si he de quedarme como hasta ahora, o salir al mundo. ¿Tendré que vivir siempre en el regazo de Dios como la mirla cuando estaba con sus alas cerradas? ¿O emprender el vuelo anunciando la Palabra?

Creo que a eso se debió mi actitud cuando vi en el mercado a un cazador de tórtolas, que traía un par de ellas vivas aún, quise comprárselas para salvarlas del destino mortal que las aguardaba con toda seguridad. Como no tenía dinero, las conseguí fiadas y me las llevé a la Porciúncula, prometiendo pagárselas al día siguiente, cosa que cumplí después de estar varias horas limpiando jardines, por algunas monedas. Cuando llevé el dinero al joven de las tórtolas, se puso contento. Era un muchacho de tan buen corazón que le hablé de nuestra

comunidad y le anuncié que él se nos iba a unir algún día. Es que tuve el presentimiento de que sería así.

Por un buen tiempo estuve criando las tórtolas, y aprendí a comprenderlas. Ellas me enseñaron a interpretar los sonidos de la naturaleza. Yo les conversaba mucho, y me escuchaban.

También León venía a departir con las tórtolas y les hablaba. Hasta competíamos en comunicarnos con los pajaritos, para ver a quién le entendían mejor, a juzgar por las pequeñas respuestas que obteníamos. Casi siempre era yo el que resultaba vencedor de esa noble contienda. Era entonces cuando yo aprovechaba para confesarme. Y lo sigo haciendo. Cuento a León todos mis secretos, sin excepción, y él me transmite el perdón de Dios. Además, León es mi secretario, desplegándose en gran actividad. Disfruta escribiendo, con su linda letra, actas de reuniones y otros textos que yo le pido. Y las tórtolas..., siempre ahí, mirándonos.

Me entiendo bien con toda clase de aves. Una vez, iba yo con Ángel y Maseo, llegando a una pequeña aldea, seguidos por un conejo además de algunos aldeanos, y subimos una suave loma. Al poco rato fueron llegando todos los que vivían por ahí cerca, que no eran muchos. Quise hablarles, y cuando me dispuse a hacerlo, la gente guardó silencio. Sólo se escuchaba a las golondrinas, que parecían tener mucho que decirse desde sus respectivos árboles en muy alta voz, si se puede decir así. Creo que querían hacerse escuchar por sus congéneres de los árboles lejanos. No me dejaban dar mi discurso al pueblo, así que paré de hablar por unos instantes y me acerqué un poco a uno de los árboles. Hablé así a los pájaros:

-La paz sea con vosotras. Amadísimas hermanas Golondrinas, ya habéis dicho lo que os urgía decir. Ahora os toca escucharme, y dejar que otros también puedan oírme. Estad calladas por un rato, ¿ya?

Desde mi lugar jugueteé con las aves, en el suyo. Con toda la ternura que pude, continué diciéndoles:

-Lleguemos a un acuerdo. Yo os respetaré, y vosotros también me respetaréis a mí.

Las personas presentes se sorprendieron, y mucho más cuando observaron el silencio de los pájaros. Pude continuar, ante la fascinación de la gente. Les hablé de la creación, la maravillosa obra de Dios. Me interesaba contrarrestar la enseñanza que los cátaros iban dando por doquier. Ellos dicen que Dios creó solamente lo espiritual, y que el demonio creó las cosas materiales. Y hay gente que les cree y los siguen. Pues, yo insistí con mucha fuerza:

-Todo ha sido creado por Dios, incluso Jesús vino al mundo con un cuerpo, creado por Dios.

Les conté que me siento amigo de Jesús en la medida en que me comprometo en favor de la gente. De ahí, me pasé a hablar de la salvación y el perdón. Al terminar mi prédica, las golondrinas se formaron en cruz, me saludaron y emprendieron el vuelo.

En otra oportunidad, se produjo algo similar. Llegué a una aldea muy parecida, cerca de Spoleto. En el campo cercano se reunió la gente y también se llenó de pájaros. Esta vez eran torcazas, y estaban en silencio. Cuando me acerqué a saludarlas las aves permanecieron tranquilas, a pesar de que yo estaba

muy cerca. Me pareció que las torcazas me prestaban más atención que la gente. Conversé a los hermanos Pájaros, haciéndoles ver que el Creador los ha vestido así, tan elegantes.

-Os da todo lo que necesitáis, y os protege.

Me respondieron en su idioma y con sus gestos y movimiento de alas. Me miraban fijamente.

-Me da un poco de envidia -continué- ver cómo vosotros podéis volar, y contemplar el paisaje desde lo alto, y cómo os relacionáis con el hermano Árbol.

Los pájaros se pusieron contentos, y me seguían mirando. Les proporcioné con mis manos una gran señal de la cruz en el aire. Recién entonces se sintieron autorizados a retirarse, batiendo sus alas.

Desde esa vez, he sostenido muchos diálogos con las aves que encuentro. Son unos seres valiosísimos. Y no sólo las aves, también el resto de los animales, y hasta los vegetales. Al caminar me encuentro con las realidades del campo. Además de los campesinos, veo las siembras, los cercados, las bostas que dejan los animales vacunos. Más de algún perro me adopta y me guía. Contemplo la naturaleza y siento la mano de Dios orientándome. Así, fui avanzando también en el camino de la penitencia, que me permite visualizar cómo liberarme de esclavitudes mundanas. Una flor bella me alegra más que el exceso de comida. Es mi hermana Flor, que se ha puesto un perfume fragante. Yo le hablo y percibo sus respuestas que elogian la vida.

Por ese tiempo aumentó mi amor por todas las criaturas, incluyendo hasta los gusanos. Me daba pena si pisaba alguno al caminar. Y cuando me daba cuenta que un insecto tenía frío, le convidaba una gotita de agua caliente. Las hormigas me enseñaron a no estar nunca ocioso. Eso sí, yo les pregunto que de dónde les viene ese afán de acumular bienes que no necesitan en ese momento. Bueno, la naturaleza es sabia.

Solicité a los hortelanos de nuestra comunidad que cuidaran las flores y las hierbas silvestres, y que no dejaran de tener plantas aromáticas, que son las que invitan a contemplar.

Amo al hermano Fuego y a la hermana Agua, que tanto les cuesta convivir. Respeto a las hermanas Piedras que esperan su momento, y agradezco a los hermanos Árboles, que con tanto amor me sirven desinteresadamente. Los de aquí, los del bosque, los de San Damián, todos...

No me cabe duda que todos ellos aman al Señor. Son como las personas, como esos cristianos que tan necesitados están de la palabra de Dios. A los que tengo que hablar para que entre todos nos restauremos. Los que a veces no quieren escuchar. Si soy capaz de hacerme oír por la hermana Ave y el hermano Árbol, tendré que saber también llegar al hermano Hombre y la hermana Mujer.

Si los que no eran aptos para escuchar llegaron a estarlo, con cuanta más razón ha de pasar también lo mismo con la hermana Gente que, hasta ahora, no ha tenido mucha disposición a aprender cómo transformarse.

16.- Maseo adquiere humildad

Asís es un pueblito muy bello. Casi tanto como Marignano, mi pueblo natal, donde lo pasé muy bien, tranquilo y sin reparos. La mayoría de las niñas se enamoraba de mí, y yo disfrutaba contándoles mis aventuras, no siempre tan verdaderas, claro está, porque siempre me ha gustado ser atrayente.

Ahora, me pregunto por qué se me ocurrió venirme a la Porciúncula, a hacer penitencia y oración. Nadie quería creerme cuando lo anuncié, en casa de mis padres, frente a un nutrido grupo de amistades. Se rieron, creyendo que me estaba burlando de ellos.

Me parece saber por qué tomé esta decisión tan insólita, pero yo mismo no logro creerme. El asunto me empezó a atrapar esa vez que escuché a Francisco en la plaza de Marignano. Dijo cosas que me impactaron. Mi formación fue siempre muy cristiana, y en ese momento me di cuenta que yo también quiero que los cristianos nos restauremos. Empezando por uno mismo, pues soy la persona que tengo más a mano y en la que más puedo influir.

Así fue como llegué a este hermoso lugar, y vestí ese deslucido hábito de color indeterminado. Mal no me va a hacer. No me siento obligado a quedarme para siempre, pero intentaré permanecer por un buen tiempo. Ignoro qué hago aquí, pero sé que éste es mi lugar. Tal vez tenga yo alguna misión, con estos muchachos jóvenes como yo, pero más alocados, hasta divertidos. El siglo me tenía hastiado. Yo necesitaba un cambio radical.

Han quedado atrás mis éxitos en el amor, que no era realmente amor, sino algo que sólo alimentaba mi orgullo, mis ganas de tener una buena estampa. He sido un barril sin fondo. En cambio, lo de acá no me deja vacío. El día pasa rápido, lleno de cosas que no se continúan, pero van dejando algo. Al final de cada jornada puedo preguntarme con qué me quedo después de este día y siempre surge algo importante. Empiezo a encontrar un sentido a la vida. No todo ha de ser fuerza.

-Algo quiere enseñarnos Jesús al bajar desde lo más excelso hasta la más pobre situación humana -me dijo Francisco una tarde, y ese pensamiento me ha seguido rondando.

A las pocas semanas alcancé un enorme cansancio y llegué a saber lo que es el hambre. Tenía muchas ganas de comerme un buen trozo de carne asada y tomarme un vaso de vino. Sin embargo, veía cómo Francisco miraba los panes, que ya estaban un poco duros, y decía que eran sus tesoros. Y lo repetía una y otra vez, con un convencimiento tan asombroso, que yo no podía evitar que mi mano se fuera a uno de los panes y de ahí a mi boca, al mismo tiempo que Francisco y los demás.

Un solo pan quedaba cuando entró Rufino, llegando de su extendida oración. Se lo habíamos dejado, sin siquiera ponernos de acuerdo.

-¿Sabéis quién es el alma más santa que hay en el mundo? -preguntó Francisco.

-Tú -respondimos todos con certeza.

-No, Hermanos. Yo soy indigno y vil.

-Entonces, no sabemos quién -fuimos diciendo uno a uno.

-¡El hermano Rufino! -exclamó Francisco, y en ese momento el aludido se puso rojo e intentó rechazar con una sonrisa el honor que estaba recibiendo.

-Sí. Rufino nos enseña a estar atentos a la palabra de Jesús -continuó Francisco-, así es su oración, en lugares apartados.

Acto seguido, Francisco nos habló de la manera cómo teníamos que vivir en los eremitorios. Nos aclaró que a él, nunca le ha gustado mucho andar escribiendo disposiciones normativas. Le gusta dar libertad como Dios nos enseña, según dice, pero la hermana Clara lo convenció de que las cosas no pueden funcionar así no más, de una manera tan silvestre, y que todo debe tener un orden. Fue así como Francisco estableció que sólo cuatro Hermanos por vez irían a las Cárceles, dos de ellos para orar propiamente, cada uno en una celda, y los otros dos quedarían cuidando la oración de sus Hermanos y preparando algo de comer una vez al día.

-Dos serán Marías y dos serán Martas -dijo Francisco para redondear-, y tendrán que alternar día por medio.

A esas alturas, ya todos sabíamos la historia de Marta y María, que relata el evangelista Lucas con motivo de una visita que Jesús hiciera a las hermanas de Lázaro, en Betania.

Necesito cultivar en mí una humildad a la que no estoy acostumbrado. Francisco me ayuda en esto, y creo que lo disfruta, pero no me importa porque es algo que necesito.

-Hermano Maseo -me dijo un día, delante de todos-, tus compañeros tienen una gracia que tú no tienes..., la oración contemplativa.

-Sí -reconocí-, pero en cambio, yo puedo predicar en buena forma y agradar a la gente.

Entonces, me di cuenta que yo buscaba ensalzarme. Ésa es la vestidura que tengo que sacarme. La sonrisa con que Francisco recibió mi respuesta hablaba por sí sola. Él es capaz de estar contento con tan poco, y contagiar esa alegría. Parece un tipo superficial, pero es muy profundo.

-Hermano Maseo -insistió-, quiero que ayudes a los Hermanos a su oración, que la puedan tener con mucha libertad... Me refiero a los que quedan acá en la Porciúncula.

-De acuerdo.

-Quedas encargado de atender la puerta y la cocina.

-Está bien -acepté, inclinando la cabeza.

Me dediqué a la puerta y a la cocina durante días completos, por varias semanas. Me quedaban pocos ratos libres para pensar un poco. Tenía que correr de un lado a otro, dejar las papas a medio pelar para ir a abrir la puerta. Él quiere que yo aprenda a servir a los demás. Me ha dicho que eso es lo que me faltó aprender en el siglo. Y tiene razón. Me lo dice con tan buen ánimo que no puedo quejarme ni rebelarme. Entendí que me falta humildad. No sé si aguantaré mucho tiempo, pero estaré hasta donde pueda. Entré acá más que nada porque quiero aprender a orar. Eso es lo que yo considero que me falta. Pero, Francisco no lo ve igual y no me da ese espacio.

Una cosa es rezar mientras cocino, pero yo necesitaba dar un paso más. De todos modos, es grato estar en la Porciúncula. El intelecto hay que dejarlo un poco de lado. Es que en el siglo hemos desarrollado solamente eso. No pensar

tanto antes de dar un paso, pues se corre el riesgo de no darlo. Ya soy más espontáneo, y acepto que a veces los otros tienen la razón y no yo. Le doy más cabida al sentimiento.

Yo necesitaba también tener largos momentos de oración, y como no podía lograrlos durante el día, decidí dármelos en las noches. Por eso, dormía poco, y esperaba con optimismo que todo eso no durara para siempre. En mi oración pedía a Dios la virtud de la humildad. Poco a poco empecé a aprender a orar con todo el sentimiento y toda su expresión, hasta con lágrimas, a veces de tristeza, a veces de alegría.

Las privaciones cuestan al principio, pero me van dejando un espacio para descubrir novedades necesarias, que antes se me pasaban por el lado. Los de afuera podrán decir que aquí se pierde el tiempo, desentendido de las cosas importantes. Creo que será por un tiempo. Es un aprendizaje. Cuando sepa cómo vivir la vida, podré salir al mundo nuevamente. Cambiado. Distinto. Mejor.

Mis compañeros intercedieron por mí, y un buen día, Francisco tuvo a bien liberarme de la obligación del servicio diario. A partir de entonces, nos turnamos para tal labor. Gracias a ese gesto de mis Hermanos, ahora puedo orar de día y dormir de noche.

-Tengo una misión para ti, hermano Maseo -me anunció Francisco, varias semanas después.

-Gracias, de antemano, hermano Francisco -respondí, contento, aún cuando temía que aquí viniera otra de esas pruebas.

-Quiero que vayas a ver al hermano Silvestre que está en las Cárceles.

-Encantado.

-Ocurre que él tiene una gran claridad de escucha, y yo necesito salir de una duda que me tiene muy confuso.

-¿Qué he de decirle al hermano Silvestre?

-Que me ponga en su oración, y... escuche..., escuche muy bien, ¿me entiendes?

-Sí, hermano Francisco.

-Necesito saber si acaso Dios quiere que me dedique a la oración o que salga al mundo a llevar su palabra.

-Ya veo, pues... yo iré a preguntárselo.

-Y unos tres días después irás de nuevo, a buscar la respuesta.

Accedí de muy buen grado. Además, el día estaba lindo para un paseo. Me dirigí a las Cárceles, y esperé que el hermano Silvestre acudiera al comedor, y entonces aproveché el momento para comunicarle el encargo del hermano Francisco.

-Muy bien -afirmó-. Dile que esté tranquilo. Y ven dentro de tres días a buscar la respuesta.

Me quedó la impresión de que no era primera vez que Silvestre recibía una solicitud así de parte de Francisco. Me despedí y volví a la Porciúncula. Al día siguiente, en la mañana, me llamó el hermano Francisco.

-¿Sabes, hermano Maseo? -me preguntó-. Es necesario asegurarse, así que hoy irás a San Damián y le pedirás el mismo favor a la hermana Clara. Ella tiene la mejor escucha que conozco. Le pediré al hermano Ángel que te acompañe.

No era permitido que un Hermano fuese solo a San Damián. En nuestro reglamento estaba el ir acompañado, así pues, partí con Ángel, y con alegría también. El trayecto a pie fue muy conversado.

-Una vez que yo iba caminando con el hermano Francisco -empecé a contarle a Ángel- llegamos a un cruce desde el cual se podía ir a Siena, a Florencia, o a Arezzo. Entonces le pregunté a Francisco por cuál senda iríamos. "Dios dirá" fue su primera respuesta.

El hermano Ángel sonrió, y yo proseguí con mi historia:

-Para profundizar un poco, me mandó que girara sobre mí mismo muchas vueltas.

-No te creo -sostuvo Ángel riendo.

-Yo me sorprendí mucho porque me estaba mandando a hacer algo que hacen los niños chicos.

-Claro.

-Me puse a dar vueltas. Imagínate... Y cuando casi caigo mareado me ordenó detenerme. Él no me estaba mirando. "¿Hacia dónde quedaste mirando?" me preguntó. Le dije que hacia Siena..., y para allá partimos.

El hermano Ángel disfrutó mucho con el relato. Todavía reíamos cuando llegamos a San Damián. La Hermana que nos abrió la puerta nos hizo pasar al comedor, pues es el único lugar que tienen las Hermanas Menores para recibir a las escasas visitas que se presentan. Nos convidaron un vaso de agua, que bastante falta nos hacía.

Luego de unos minutos llegó la hermana Clara, una mujer bellísima, que yo no conocía, y que ni siquiera me imaginaba que pudiera existir hermosura igual. Que Dios me perdone por pensar la verdad, pero ninguna de las admiradoras que yo tenía cuando estaba en el siglo habría podido emular a la hermana Clara.

-Vengo de parte del hermano Francisco -exclamé con mi mejor sonrisa, en cuanto me repuse.

-¿Y por qué no vino él personalmente? -me preguntó Clara, con verdadera desilusión.

No atinaba a darle ninguna respuesta, porque quedé abatido. Me sentía menospreciado. Me limité a explicarle cuál era la inquietud del hermano Francisco.

-Él confía en lo que escuches en tu oración -aclaré.

La hermana Clara prometió tenerme una respuesta dentro de tres días. Nos despedimos con formalidad, y emprendí el camino de vuelta, junto a Ángel.

-¿Qué pasó en Siena esa vez? -me preguntó cuando ya empezábamos a alejarnos de San Damián.

-La gente salió a nuestro encuentro -le conté-. Tú sabes que Francisco es muy querido. Nos llevaban en andas, y nos tuvieron que bajar al suelo de improviso porque al llegar a la plaza había una pelea entre dos tipos.

-¿Vosotros caísteis al suelo?

-Por poco nos caímos. Francisco les empezó a hablar mientras se ordenaba la túnica, que casi se le había salido.

-Ya sé. Los reconcilió.

-¿Cómo supiste?

-Conozco bien al hermano Francisco.

-¿Sí? Y entonces... ¿qué me dices de esto otro?

-¿Qué otro?

-Mira. Esa noche dormimos en casa del obispo, que nos recibió muy bien y nos atendió como si fuéramos reyes.

-¿Y?

-En la mañana siguiente, al alba, me dijo “Nos vamos”, y salimos de ahí sin despedirnos siquiera. El obispo aún dormía. A mí me dio vergüenza ser tan descortés.

-Pero, Maseo, ¿te das cuenta lo que dices?

-Perfectamente.

-¿Crees que el obispo sufrió mucho cuando vio que vosotros ya no estabais?

-No. El que se sintió mal fui yo.

-Claro. No cumpliste con lo que tú mismo esperabas de ti.

-Sí. ¿Acaso no tengo derecho...? Ángel, me estás fastidiando.

Ángel rió, y me hizo ver que Francisco nos enseña a renunciar a cosas a las que uno tiene derecho. No conversamos mucho más en ese trayecto. Ambos quedamos sumidos en nuestros pensamientos.

Dos días después fui a buscar la respuesta del hermano Silvestre.

-Di a Francisco, de parte de Dios -empezó a hablar Silvestre con cierta solemnidad-, que Él no lo está llamando sólo para sembrar, sino también para cosechar fruto de almas.

Le transmití esa respuesta al hermano Francisco, quien la recibió contento, y me advirtió que no conversara eso con nadie, mientras no le haya traído la visión de Clara, lo cual habría de ocurrir al día siguiente. Me puse de acuerdo con Ángel para salir después de su oración, y así lo hicimos.

-Anteayer me volvió a desconcertar el hermano Francisco -le conté a Ángel por el camino-. Le salí al encuentro cuando volvía de su oración y le pregunté algo que, desde el día anterior estaba con ganas de averiguar, y no me había atrevido.

-¿Qué es eso tan misterioso?

-Mira, ya te habrás fijado que todo el mundo viene atraído por Francisco, y sólo se interesan por él, que no es precisamente un tipo que tenga una presencia... ¿cómo te diría...? o sea..., es chiquito, y flaquito...

-Eres incorregible, Maseo.

-Mejor no te cuento nada.

Estuvimos en silencio por largos minutos, y cuando casi llegábamos a San Damián, Ángel me pidió:

-Por favor, continúa con ese relato.

-Esa vez le pregunté a Francisco -seguí contando-, “¿por qué a ti?, ¿por qué todos van detrás de ti y quieren verte?, ¿por qué a ti?”

-¿Ya?

-Francisco entendió perfectamente la raíz de mi inquietud -expliqué a Ángel, e iba a seguir con mi historia, pero como ya estábamos llegando a San Damián, dejamos la conversación para después.

La hermana Clara nos recibió en el comedor, amistosamente, y me contó que antes de terminar el primer día ya obtuvo la respuesta a la consulta del hermano Francisco, y que la corroboró preguntándole a la Hermana más simple y sencilla de todas, y que también ella en su oración escuchó lo mismo.

-Puedes decirle al hermano Francisco -concluyó- que la oración ha de ser complementada. Lo que Dios quiere de él es que anuncie el Reino de Dios llevando la Palabra a otros para que también puedan salvarse.

Quedé impresionado por la similitud de esa respuesta en relación a la del hermano Silvestre, pero no dije nada, pues así lo prometí a Francisco.

-Dios nos ha llamado -agregó Clara- para que seamos modelo de vida cristiana... y un espejo ante los demás.

Por el camino de vuelta, yo trataba de digerir esas últimas palabras de Clara. Es muy profunda esta chica. Después, seguí contando a Ángel ese otro asunto de hace unos días.

-“¿Quieres saber por qué a mí?” -repetí para Ángel los mismos términos de Francisco.

-Me respondió que él está marcado -proseguí-. Según él, muestra en sí la iniquidad que el Señor ha de curar.

-Como dice el evangelio -acotó Ángel-, “el que se humilla será ensalzado”.

-Bueno -dije solamente, y guardé silencio durante largo trecho. Algún día, Francisco logrará hacerme humilde.

Cuando íbamos llegando a la Porciúncula, ya era un poco tarde, y Francisco salió a recibirnos, muy amistoso, como si yo fuera un regalo. Nos lavó los pies, y nos sirvió comida. Nos conversó mientras esperaba que termináramos, y después que Ángel se retiró comprendiendo que su parte estaba lista, Francisco se puso en actitud de acoger la voluntad de Dios. Se arrodilló y cruzó los brazos.

-¿Qué quiere de mí el Señor Jesucristo? -me preguntó.

Le repetí las respuestas escuchadas por Clara y por Silvestre, que eran muy parecidas. Francisco permaneció recogido por unos minutos y después se levantó, fervoroso, y con ganas de partir pronto.

-En nombre de Dios, iniciemos ya este nuevo camino.

Al día siguiente, en cuanto nos levantamos, ya tenía dispuestas las asignaciones de cada Hermano a diferentes partes del mundo.

-Tú irás conmigo a Francia -me dijo.

17.- Clara y su vida cotidiana

Francisco nos ha visitado varias veces, lo cual me deja muy contenta. Yo le pido que de vez en cuando venga un Maestro a darnos alguna enseñanza.

-Clara -me dijo durante su visita del mes pasado-, tengo una duda.

-Si puedo ayudarte... -respondí.

-Claro que puedes. Tú lo puedes todo.

Felipe Longo y Bienvenida, que nos acompañan, movieron sus cabezas en señal de confirmación, mientras yo me limité a reír.

-A través tuyo me habla Dios -agregó Francisco, con seriedad- y Él ha quedado de decirme en qué forma he de dirigir el camino de los Hermanos.

-Pues, creo que eso te lo escribió en el evangelio.

Abrí un librito que me regaló el obispo Guido hace muchos años atrás, y sin buscar mucho encontré la palabra y la leí en voz alta:

-“Vosotros sois la sal de este mundo. Y si la sal deja de estar salada, ¿cómo podrá recobrar su sabor?”

Todos nos quedamos meditando un rato.

-Ya veo -exclamó Francisco-. Los cristianos tenemos que recuperar nuestro sabor.

-Justamente -afirmé-. Eso es lo que has estado tratando de lograr, y nosotras también.

-Entonces, intentaremos ser un poco más salados -prometió Felipe.

Reímos de nuevo, y después Francisco nos habló de sus viajes y de los nuevos Hermanos que han ingresado, algunos sacerdotes, y una gran cantidad de laicos. También me preguntó por las nuevas Hermanas que llegaron a San Damián.

-Hace poco llegó Benedetta.

-¡Ah! La prima de Ángel Tancredi.

-Sí. Es una persona muy culta. Sabe muchas cosas. Un poco antes había llegado Cecilia de Caciaguerra.

Después le hablé de mi sobrina Balbina, la hija del señor Martín de Coccorano.

-Me visitó una vez, sin imaginar que iba a querer quedarse. Y después llegó Felipa.

-¿La hija de Leonardo de Gislerio?

-Sí. El señor que nos recibió en su casa en Perugia, cuando yo era chica.

Como Francisco puso cara de tristeza al recordar sus aventuras revolucionarias, tuve que sonreírle.

-No te pongas así, pues de eso ya estamos reconciliados hace tiempo -lo tranquilicé.

-Es verdad -reconoció, volviendo a su alegría.

-Bueno, Felipa también empezó visitándome, y le hablé de como Jesús soportó tanto, por la salvación de la humanidad. Al poco tiempo, ella vino a quedarse.

-¿Y Cecilia? -intervino Felipe Longo, nuestro visitador.

-¡Ah! Mi amiga -expresé- ella quedó admirada al escucharte, Felipe.

-Al escucharnos.

-Balbina resultó muy aplicada -les conté que a los pocos días de llegar ya decidió establecerse fuera de Asís, en Vallegloria, con un par de amigas.

-Estoy enviando a Pacífica -agregué- para que las adiestre.

Les conté que a las Hermanas nuevas les damos formación para que logren acallar el ruido del mundo y puedan establecer una intimidad con Dios. Y que vivamos en una convivencia fraterna, libres, ligeras y sin carga. Y que tengan cuidado con los apegos y holguras porque las pueden hacer olvidar la necesidad esencial.

Antes de retirarse, Francisco bebió el poco vino que, como gran cosa, pude poner en su vaso en esa oportunidad. Mientras yo lo miraba irse, me suplicó que comiera un poco más cada día. A él le parece que yo ayuno demasiado. Es que ésa es la manera de vivir que elegimos. Compartir con los pobres no es una carga pesada. La penitencia me da fuerza para transformar mis actitudes y mi manera de relacionarme con las personas. Me abre a la oración porque mi cuerpo

empalma mejor en mi espíritu. De todos modos le he hecho caso, pero a veces la comida no alcanza.

* * *

Cristo nos enseña que el más importante ha de servir a los demás. Por eso, ya que me han puesto de Abadesa, nombre demasiado pomposo, me toca ser la mayor de las Menores. La mayor servidora, la que se levanta primero y se acuesta última. La que da el ejemplo. Eso trato, enseñar el desapego. He decidido ser yo la que sirva a la mesa, lave los platos, atienda a las Hermanas enfermas. Entre todas me ayudan, y compartimos los trabajos en forma muy natural. Hacemos lo que se hace en una casa: limpiar, ordenar, adornar, cocinar. Cada una lava su ropa.

Me preocupo de los detalles. Acepté ser abadesa, pero no puedo ser mamá de Pacífica. Siempre será ella la figura de experiencia. Tenemos tiempos para la oración y también para reír y cantar y cuidar el jardín. A casi todas nos gusta bordar. Nuestra tendencia es a andar todas juntas.

Tenemos vivencias con mucha mística. Es una sensación rica de estar en el propio origen, tocando una plenitud y una serena alegría con la piel del alma. Somos como hermanas de Jesús, y queremos transformarnos en la forma que Él nos enseña. En la misma forma en que queremos que la Iglesia se transforme. Les leo y traduzco a las Hermanas el libro que me regaló Francisco. Es un Evangelio en latín. Seremos sembradoras, y alguna semilla caerá en tierra buena y dará fruto.

Cada día le toca a un grupo de dos o tres Hermanas salir afuera, a los hospitales, a atender a los pobres y darles de comer y vestir, especialmente a los niños. Y aquellas que les toca quedarse en casa reciben a la gente del pueblo que llega hasta acá a pedir, aunque sea una oración, como dicen ellos. A una señora que vino a que rogáramos por ella porque no había podido tener un hijo, le encargué que le enseñara a tejer a unas niñas huérfanas que también acostumbran a llegar por estos lados. Recé mucho por esta señora, y al final pudo quedar embarazada. Su esposo estaba tan agradecido que acudió un día a expresarlo. Quiso la casualidad que su presencia en San Damián coincidiera con la de un joven que había venido a lamentarse de que no tenía trabajo.

-¿Qué sabes hacer? -le preguntó el hombre, pues tenía un negocio.

Ese mismo día, el joven quedó contratado como vendedor.

El padre Silvestre se maravilla de todo esto y nos lo repite cada domingo cuando viene a decir la misa.

Así transcurre la vida en este pequeño convento en que Dios nos regala su presencia y su cuidado. Ayer, no más, ocurrió algo notable que aún no sé cómo interpretar, pero lo recibo con alegría. Cuando fui a tratar de encender la lámpara del altar, no pude hacerlo porque se nos había terminado el aceite. Tomé el frasco vacío y lo puse afuera, al lado de la puerta, ya que en la tarde vendría el hermano Bentivegna a traernos unas pocas provisiones. Como a las cuatro llegó éste y le mandé decir que por favor nos trajera aceite la próxima vez que venga. Al poco rato, apareció el Hermano en el comedor, con el frasco lleno y me preguntó si acaso le estaba haciendo una broma.

-¿Por qué?

-Porque estás pidiendo aceite, hermana Clara, cuando no te falta.

-Eres tú el de la broma. ¿Tan pronto conseguiste aceite?

-Yo no conseguí nada.

No nos entendíamos, hasta que tuvimos que asumir la misteriosa realidad. Alguien ha debido poner aceite en la pequeña vasija, pero no se vio pasar a nadie por ahí. Como sea que haya ocurrido, lo estoy agradeciendo a la providencia divina.

Hoy se lo conté a Francisco, que vino con Felipe a vernos. Lo tomó con naturalidad, como si fuera algo que pasa todos los días. Tanto así, que me atreví a proponer una oración que se me había ocurrido en la mañana, y que no sabía si la iban a encontrar muy loca.

-¿Representemos personajes de la vida de Jesús?

Todos aceptaron encantados. Yo quise ser María Magdalena. Francisco resolvió ser el apóstol Pedro, mientras Felipe asumió al apóstol que lleva su nombre, y Bienvenida interpretó a la Virgen María. Así, nos instalamos en nuestro pequeño cenáculo, y tuvimos una oración preciosa, encarnando esa feliz escena en que... a mí me tocó empezar, diciendo "Jesús ha resucitado".

18.- Francisco contemplativo y evangelizador

Tuve mi desierto en la isla del lago. El Trasimeno, muy cerca de Perugia. Estando en él, me imagino que es el Genesaret, y así ya empiezo a entrar en oración. Toda la última cuaresma la pasé en medio de la isla, que tiene bastante vegetación e insectos, pero es desierta en cuanto a personas. Llevé seis panes para los primeros días, confiando en que los árboles me proporcionarían algo de comer, lo que sólo resultó parcialmente cierto.

Un amigo que tengo en Perugia tuvo la buena voluntad de llevarme hasta allá en su embarcación, y se resistió mucho a dejarme solo. Tuve que porfiar en todos los tonos, hasta que lo convencí.

-Ven a buscarme para el Jueves Santo -le solicité.

-Pero... si faltan varias semanas para eso.

-Sí. Así lo quiero.

-Eres un loco -sentenció al irse.

Lo observé mientras se alejaba remando. Ambos reíamos.

Con ramas armé una choza para protegerme del frío de la noche y del calor del día. A poco de llegar me hice amigo de un conejo que me visitaba a menudo.

Dispuse de largas horas para mis oraciones, y también para soñar cómo ha de renovarse la iglesia. Cada vez que un Papa ha querido reformarla ha tenido serios problemas. Lo han perseguido, lo han apresado, lo han destruido. No son las personas con poder las que pueden provocar los cambios que lleven a la Iglesia a su pureza original. No. Son los pobres, los marginados. El cambio viene desde abajo. El mismo pontífice actual, Inocencio, con toda su intención reformadora y con el poder que hoy tiene, no ha logrado mayor eficacia. Por el contrario, ha confiado en soldados belicosos que no merecían esa confianza, ha

exterminado a los herejes en vez de enseñarles. ¿Qué nos enseña Cristo? Por otra parte, no creo que esto pueda mejorar si no mejora cada persona.

Tuve tiempo también de reflexionar acerca de esa vergonzosa cruzada de los jóvenes pobres, que no sé quién organizó. Precisamente los que tienen más posibilidades de generar algún cambio, resulta que están metidos en el mismo lodo de los adultos. Muchachos y muchachas, postergados por la sociedad, acudieron con intenciones de luchar sin armas. Han ido así, con la pretensión de recuperar los lugares santos. . . sin un intento de reparar los lugares espirituales en que estamos los cristianos. Muchos de estos niños murieron, y los que no, fueron arrastrados por la esclavitud y la prostitución. ¿Hacia dónde va el mundo? Es lo que me pregunto.

Recé extensas jornadas en este islote. Y al volver al mundo, en Semana Santa, me propuse ir a predicar a Siria. Con León lo intenté. Embarcamos en Ancona, pero la aventura duró muy poco. Una tempestad nos impidió alcanzar el destino previsto, y tuvimos que desembarcar en la costa adriática. Desde ahí no teníamos ninguna posibilidad de ir directamente a Siria sin volver a Italia. Lo complicado fue que tampoco había oferta de viajes a parte alguna. Por suerte pudimos abordar, después de dos semanas, una pequeña embarcación, muy precaria, en que unos navegantes aficionados querían ir a Ancona. No fue fácil lograr que nos dejaran participar de esa expedición. Tuvimos que aportar la alimentación para todo el grupo, la cual fue conseguida gracias a las limosnas que ya estábamos acostumbrados a pedir. El viaje fue largo y azaroso. En varias ocasiones estuvimos a punto de naufragar, hasta que finalmente estuvimos de vuelta en Italia.

-Vuestras oraciones nos salvaron de morir -nos dijo uno de los improvisados marineros, al despedirnos.

* * *

Fue en nuestro propio país, donde se nos unió mucha gente. En una oportunidad, un joven pobre se nos acercó a pedir limosna. Uno de nuestros nuevos discípulos hizo un comentario temiendo que se tratara de un rico que se hacía pasar por pobre. Le expliqué con gran paciencia que los ricos viviendo como pobres éramos precisamente nosotros, porque habíamos renunciado a seguir siendo ricos. Entonces, nuestro joven seguidor recapacitó. Volvió unos pasos atrás y se arrodilló frente al mendigo. Además, le regaló la capa. Fue una escena notable que me hizo recordar mis inicios.

Varios meses después, yendo con León por la región de la Romagna, pasamos muy cerca del castillo de Montefeltro. Como se veía mucha gente en movimiento por el sector, preguntamos a qué se debía esta actividad. Nos respondieron que un joven noble sería armado caballero, y por eso había esta fiesta, hasta con invitados extranjeros. Estaban todos tan contentos que nos invitaron a participar. Al principio, nos íbamos a negar, pero insistieron tanto que nos quedamos, pensando en evangelizar a esas personas. Caminamos junto a ellos por el sendero hasta la plaza de armas, en el pequeño pueblo. Mientras se reunía la gente, me armé de valor y me subí en una piedra.

-Atención -grité un par de veces y me puse a relatar, amistosamente, las enseñanzas del evangelio. La gente nos escuchaba con interés. Cuando terminé mi alocución y me bajé de ahí se me acercó uno de los invitados, un señor noble que dijo ser Conde de Toscana. Su nombre es Orlando de Chiusi. Conversamos muchísimas cosas, pues resultó ser un hombre de gran simpatía. Me habló de sus tierras, y de cómo el monte Alverna se presta para la vida solitaria.

-Es un lugar retirado... para la devoción -aclaró.

-Quiero regalarte un terreno en ese monte -agregó entusiasmado, describiéndolo con toda clase de detalles.

Me puse contento, pero le pedí que me lo prestara solamente, pues no quiero tener propiedades. Me di cuenta que el señor Orlando también se sentía feliz de poder ser generoso con nuestra fraternidad. Estábamos emocionados y nos abrazamos con verdadero afecto. Fijamos fecha para ir a conocer el lugar, a la semana siguiente. Llegado el día, acudí con Maseo, León y Ángel Tancredi. Llegó también Orlando de Chiusi con dos de sus hombres y nos explicó cómo llegar y hasta dónde se extiende nuestro campo en el monte Alverna. Lo encontramos fabuloso. Volví a insistir, eso sí, en que no quería ningún documento legal de propiedad.

-Está bien -aceptó Orlando de Chiusi-. No haremos papeles, pero podéis disponer del sitio a vuestra entera voluntad.

Fue un bello gesto, que agradecemos. Incluso, cuando vamos a Alverna, la gente del señor Orlando nos lleva comida. Y nos han ayudado con las chozas, y hasta nos trajeron una sólida mesa, que nos ha venido bien. Eso sí, les advertí a los Hermanos que no nos apeguemos a los generosos ofrecimientos del señor Orlando, ya que hemos decidido vivir en pobreza.

Es un buen lugar para llegar, muy apropiado para la oración contemplativa, pero no nos hemos querido establecer de modo permanente. Nuestra vida sigue teniendo viajes de evangelización.

* * *

Estuvimos en Bolonia, cantando y predicando en las plazas. Bernardo se quedó allá por un tiempo, pues tiene vinculaciones con la Universidad, y los profesores le proporcionaron una pieza, y después de unos meses, una quinta completa. Bernardo no se instaló tampoco en Bolonia. Me acompañó a España, junto a varios de nuestra comunidad. Antes de salir, encargué a León que se quedara para atender a las Hermanas de San Damián. Aproveché la oportunidad para reiterar a los Hermanos que nosotros y las mujeres formamos parte de una misma comunidad, aunque vivamos en lugares diferentes.

Por supuesto, fui a despedirme de Clara. Tiene un jardín muy bien cuidado, con unos rosales bellísimos. Y el pozo, hasta tiene agua.

Partimos hacia España pasando por Francia. Como trovadores que somos, llevamos alegría y proporcionamos canciones además de dar a conocer el evangelio. Algunos hacían lo que podían, pues no son tan entonados como el resto. Llegamos después de muchos días a Navarra, en el norte. Nos detuvimos en una pequeña y acogedora aldea llamada Rocaforte. A poco de llegar, ya entrábamos en casa de un anciano que se estaba muriendo. La fiebre lo hacía

delirar, y decía cosas simpáticas. Nos quedamos a cuidarlo un día entero y vimos como mejoraba lentamente. Sin embargo, teníamos que irnos, así que le pedí a Bernardo que se quedara con el enfermo, pues si lo dejábamos solo se iba a morir. Bernardo aceptó, gracias a su buena voluntad. Eso le significó perderse una peregrinación a Santiago de Compostela. No pudimos ir al sur, a la tierra ocupada por los árabes, no sólo por las dificultades propias de la situación sino también porque casi todos nos enfermamos del estómago. En consecuencia, se frustró el viaje a Marruecos, que era mi principal objetivo. Tal vez fue para mejor, porque en Asís está llegando gran cantidad de nuevos Hermanos, y hay que estar ahí para recibirlos y encauzarlos.

Se nos unió Tomás de Celano, un escritor muy culto y de animada oratoria. También se nos unieron el noble Ricerio, Juan Parenti, y mi gran amigo Elías, que tiene una fuerza espiritual increíble y muchas ganas de restaurar la Iglesia. También ingresó a nuestro grupo el trovador Pacífico, que antes había estado dedicado a las improvisaciones picarescas. Le llamaban el "rey de los versos", y renunció a toda esa pompa para orientar su arte a algo completamente distinto.

-Sácame del mundo ilusorio -me imploró, cuando le hablé de nuestra vida sencilla.

He aceptado a todos los que renunciaron a sus posesiones y a las vanidades del siglo, sin importar su clase social ni su nivel de estudios. No tenemos un período de formación sino que, en el día a día, los nuevos van asimilando la forma de vida.

Decidí ir a San Damián con Leonardo, otro de los nuevos..., para que conozca.

-¿Vamos a ver a la hermana Clara? -le dije, y antes que alcanzara a responder, saltó al aire una exclamación de Junípero:

-¡Ésa es tu frase favorita!

Debo reconocer que tiene toda la razón.

19.- Egidio y la tentación

Me encanta el Paraíso. Alguien podrá pensar que nunca he estado allá, pero yo no me atrevería a afirmar algo así, tan livianamente. Cuando entro en oración como Francisco me enseñó, mi espíritu llega a esos lugares remotos en que la divinidad tiene una presencia evidente.

Quiero irme a una ermita, y podría hacerlo hoy mismo, pero hasta ahora no me he atrevido porque le tengo miedo a las tentaciones que mi propio cuerpo, con toda seguridad, me va a poner por delante. De hecho, cuando se me acumula la tensión, me es muy difícil luchar contra el hermano Asno, como le dice Francisco a esa fuerza del cuerpo que lo único que busca es un placer físico, como un saco roto que es imposible llenar.

Aunque mi voluntad ha ido progresando, no hace tanto tiempo que pasé una época en que la tentación me asaltaba con tal ferocidad, que todos los días tenía que ir a confesar mis malos pensamientos, y eso me llenaba de vergüenza. Yo mismo me recetaba fuertes penitencias, tratando de imitar a Francisco, que en las noches duerme en el suelo, con almohada de palo. Y quise imitarlo también,

aunque fuera sólo un poco, en eso de no ocultar a los demás las faltas que hubiera cometido. Nunca olvidaré esa vez que Francisco se puso una soga al cuello, y le pidió a un Hermano que lo llevara semidesnudo por toda la ciudad, como quien lleva a un animal que no ha de escaparse, diciendo en voz alta “Este es un glotón”.

Yo no sería capaz de tanto, pero me sentí obligado a contarle mis dificultades a Francisco. Me recibió con mucha comprensión y me recomendó que rezara siete padrenuestros cada vez que la tentación me atacase. Me reiteró que dominando todos los apetitos corporales florecerá la vida espiritual, y además, me contó que una vez tuvo una oración muy provechosa, en torno a esa palabra que dice “Si tienes fe como un grano de mostaza, dirás a esa montaña que se traslade y se trasladará”. En esa ocasión, Francisco preguntó al Señor:

-¿Qué montaña tengo que trasladar?

Estuvo largo rato repitiendo ese diálogo hasta que escuchó la respuesta divina:

-La montaña es tu tentación.

Caló hondo en mí este relato, pues la tentación es enorme como una montaña. He estado poniendo en práctica sus sugerencias, y de verdad sirven, pero lo que más ha contribuido a sanarme es el hecho mismo de haber tenido esa conversación con Francisco.

Él tampoco está libre de la tentación, y cuando ésta se aproxima la aplaca a punta de azotes, y en una oportunidad en que eso no fue suficiente, vi que se acostó desnudo en la nieve. Es un hombre muy decidido, un verdadero ejemplo para los demás.

En otra ocasión nos hizo una jugarreta para enseñarnos de manera vivencial. Se fijó en la mesa que habíamos preparado porque estábamos con ánimo festivo. Abundante, y hasta de mantel. Francisco la vio casi de reojo, y siguió caminando como si nada, y después ya no lo vimos. Como no es nuestra costumbre esperar a que él llegue para sentarnos a comer, esa vez tampoco lo esperamos. Dimos alegre comienzo a nuestro festín, y a los pocos minutos sentimos que alguien tocaba a la puerta. Fue a abrir un Hermano nuevo, y se encontró con un mendigo que le pidió:

-Una limosna para este pobre.

Lo hizo pasar y cuando lo vimos los más antiguos nos dimos cuenta que era Francisco disfrazado. Al menos yo, sentí vergüenza.

-No se puede rendir por hambre a quien ayuna, ni arruinar a un mendigo - nos dijo alegremente.

Un poco más tarde comentábamos esa escena con Junípero, Rufino y Simón.

-Se requieren varios días de penitencia para que el cuerpo se acostumbre - señaló Rufino.

Fue entonces que se me ocurrió hablarles de la gracia de Dios.

-¿Algún rey -pregunté- haría viajar a su hija sobre un caballo chúcaro?

-No. Sobre uno manso -respondió Junípero.

-De la misma manera, Dios pone su gracia en los humildes -expliqué, y en seguida les relaté lo que me ocurrió días antes, cuando llegó un hombre a rezar un rato con nosotros.

-Yo no tengo relación con más mujeres que la mía -me aseguró el hombre esa tarde-. ¿Acaso eso no es suficiente?

-¿Crees que uno no se puede emborrachar con el vino de su cuba? -le respondí con una pregunta sin respuesta, pues yo sabía que este hombre era medio bruto para tratar a su mujer.

Los Hermanos rieron al escuchar mi relato, y eso de emborracharse con el vino de su cuba, puso en el ambiente nuestra situación célibe. Surgieron las típicas bromas, y me atreví a hacerles una pregunta, indicando con mi mirada la zona genital:

-¿Qué hacéis vosotros con la tentación del placer solitario?

Se quedaron callados un rato. Alcancé a pensar que a lo mejor me estaba excediendo con esa pregunta. Sin embargo, ésta fue bien recibida.

-Yo me tiendo en la tierra -dijo Rufino- y me encomiendo a la Virgen María.

-Yo pienso en que no quiero caer en la torpeza -compartió Simón-, prefiero huir.

-Cuando trata de invadirme un mal pensamiento -empezó a decir Junípero- llamo a los otros pensamientos, éstos que son casi santos. Uno tras otro empiezan a llenarme y así no dan cabida al maligno que intenta entrar. Le digo "La hospedería está ocupada".

-Contigo me quedo -exclamé, reforzando la expresión de Junípero-. Si se deja entrar a un traidor, llegará un ejército de enemigos.

No creían mucho los otros o quizás necesitaban un tiempo para digerirlo. Traté de explicarles:

-Si tengo que mover una enorme piedra, muy pesada, y no tengo la fuerza suficiente, puedo emplear el ingenio, ¿cierto?

-Cierto -estuvieron todos de acuerdo en eso.

-Bueno, acá pasa lo mismo. Un gran sabio griego decía "Dadme un punto de apoyo y moveré el mundo".

-¿Y cuál sería nuestro punto de apoyo en el caso que nos ocupa? -preguntó Rufino, con mucha elegancia.

-Ya lo dijiste antes..., para ti es la Virgen María.

Después de eso, ya estuvimos todos de acuerdo. Y yo, un poco más preparado para ser un buen ermitaño. A los pocos días le pedí a Francisco que me enviara a las Cárceles, a lo que accedió de muy buen grado, y ya estoy preparando mis poquísimas pertenencias para iniciar una nueva vida.

20.- León y su inquietud por escribir

Es tan grandioso lo que estamos viviendo, que quiero escribirlo. No hallo por donde empezar. No sé si incluir un contexto histórico y geográfico. Referirme a la guerra que el Papado considera santa y que a mí me causa una rebelión interna que no es fácil de exteriorizar. Si hasta me podrían excomulgar por no estar en esa consonancia. He conversado esto con Francisco, y él me convenció de que nuestra misión es ser sembradores. Hemos de restaurar algún día la convivencia religiosa que Jesús nos enseñó, pero la construcción toma tiempo. Veo claramente que no son las odiosas guerras las que tengo que relatar, sino lo otro.

La semilla. Esos pequeños pasitos que damos por el camino. Jesús nos dice “Yo soy el camino”.

Talvez pueda empezar presentándome. Entré a presbítero porque realmente me gustó eso, aunque he sido atípico. Vi en Francisco una claridad tan grande que ahora yo lo sigo a él. Desde esa vez que predicaba semidesnudo con Rufino. Quedé maravillado, más que nada por el cambio que se operó en Rufino. Me río de esa aventura cada vez que la recuerdo.

Me seguí vistiendo de color negro después de entrar a los Menores. Es que nadie tiene el mismo color que otro.

Lo que quiero escribir es la historia de Francisco, y no la empezaré por el principio.

Cuando él estaba más tiempo en Asís visitaba a las Hermanas Pobres con cierta frecuencia que después se fue perdiendo. Yo me tomé la libertad de acompañar a Felipe en cierta oportunidad y conversé largamente con Clara. Ella es un regalo del cielo, y deseaba con tanto fervor hablar algunas cosas con Francisco que me lo dijo así, directo. Tuve que prometerle que se lo conseguiría.

Hablé esto con Francisco, ya que tengo bastante confianza con él, si hemos sido amigos desde la infancia, y yo trataba siempre de llevarlo por el buen camino cuando íbamos a fiestas. Esta vez, le hice ver que sigo siendo una oveja de él, que es quién tiene las condiciones para conducir el grupo.

-¿Qué quieres decirme, León? -me preguntó-. Algo te pasa.

-Algo le pasa a Clara... Hay cosas que ella necesita hablar contigo.

-No sólo sería bueno para ella concederle una visita -agregué-, sino que también para ti.

Después de reflexionar un poco, estuvo de acuerdo.

-La invitaré a que venga a la Porciúncula -accedió Francisco- para que salga un poco de su rutina.

Así fue como empezamos a preparar todo para el siguiente Domingo, que ya estaba próximo. Ese día asistió Clara, acompañada de Pacífica, que hace poco llegó de misión en Vallegloria. Yo mismo fui con Felipe a buscarlas a San Damián.

-¡El árbol! -exclamó Clara al verlo después de tanto tiempo.

-¡La piedra! -continuó Pacífica.

Teníamos dispuesto un pequeñísimo mantel cuadrado sobre el pasto a la sombra del mentado árbol, pues era un día de sol, y nos ubicamos sentados en el suelo, Francisco frente a mí, a ambos costados de cada Hermana.

El almuerzo mismo fue frugal, y luego de él permanecimos donde mismo durante horas, pues teníamos tantas cosas que conversar. Después de los asuntos relacionados con las novedades del último tiempo, Francisco nos habló de Jesús con gran ternura. Clara no fue menos, y entre los dos me tenían maravillado. Empecé a notar un resplandor en torno a cada uno de ellos, con creciente intensidad, a tal punto que cuando llegó el crepúsculo, los halos eran ya verdaderas luces vivas, y más todavía cuando se hizo de noche. Yo estaba como en un Tabor, queriendo permanecer por siempre ahí. Pensar que la choza ya la tengo, me hacía sonreír aún más. Fue una tarde memorable que terminó abruptamente cuando llegaron unos campesinos con baldes de agua, y casi nos los echan encima.

-Creímos que había un incendio -se disculpó el que parecía jefe de la cuadrilla.

Entonces reímos todos de buena gana, y la luz divina se apagó, sin necesidad de agua. Francisco invitó a estos hombres a compartir un pan antes que se retiraran.

-Ya es hora de irnos -dijo Clara, y Pacífica estuvo de acuerdo.

Fui con Felipe a dejarlas a San Damián. Al llegar nos recibieron las Hermanas muy aliviadas.

-Llegué a pensar que destinarían a Clara a algún otro convento -explicó Bienvenida-. Se me hizo larga la tarde, que ya es noche, a decir verdad.

Bueno, esto fue lo primero que escribí en mis páginas. Después agregué lo que me ocurrió cierta vez en que se me perdió mi breviario. No lo encontraba por ningún lado.

-Francisco, ¿has visto mi breviario?

-No, pero adivino que no lo necesitas.

-¿Y cómo voy a rezar mis oraciones diarias?

-Te ayudo. Yo digo una oración y tú reafirmas.

-De acuerdo.

-¡Oh, Señor! Dios del cielo y de la tierra -empezó él-, tu hijo Francisco ha cometido pecados contra ti, y merece que lo rechaces.

-Francisco, la misericordia de Dios Padre es más grande que tu pecado.

-¿Por qué me contradices?

-Porque Dios me sopla las palabras que a Él le agradan.

Y como Francisco volvió a repetir la misma oración, busqué una respuesta un poco más adentro:

-Dios hará tanto bien a través tuyo, que irás al Paraíso.

Por tercera vez Francisco volvió a insistir con su misma oración, y tuve que buscar más adentro mi respuesta:

-Dios te ensalzará y te glorificará eternamente.

Creo que ésa ha sido la única vez que dejé callado a Francisco, y por eso quise incluir la escena en mis apuntes.

* * *

También anoté algo acerca de un encuentro que tuvimos en Asís los Hermanos Menores de la provincia. Fue tan provechoso que pensamos repetirlo el próximo año, pero invitando a Hermanos de otras provincias, e incluso de otros países, que también los hay.

Lo próximo que escribí en mis páginas fue lo más importante, el Concilio Letrán IV, del año 1215. Abarcó casi todo el invierno, que ya está terminando. Francisco y yo fuimos invitados a asistir a la primera sesión, en Roma, lo que nos llenó de gratitud y esperanza. Acudieron obispos de casi todas las iglesias cristianas, incluyendo el patriarca de Constantinopla, lo que es un muy buen signo de reconciliación. Sólo faltaron los griegos, que aún están muy molestos, pues no han superado las atrocidades cometidas por los cruzados, no sólo en Constantinopla, sino también lamentan que aún hay territorios griegos ocupados

por reyes occidentales. Todo esto de las Cruzadas es muy doloroso, y ojalá pronto podamos llegar a un término del afán guerrero en la Iglesia.

El primer día, la basílica San Juan de Letrán estaba totalmente llena, tanto que nos tuvimos que quedar de pie, bien atrás. Mucha gente se ubicó afuera. En su homilía inaugural, el Papa Inocencio detalló los propósitos del concilio, como fueron fortalecer la fe y la virtud, erradicar los vicios y herejías. Ensalzó a los que participan en las cruzadas, a los que luchan contra la herejía, y a los cristianos que reforman su vida. Habló de la necesidad de renovación de la Iglesia.

-Parece que empiezan a hacernos caso en eso de restaurar la Iglesia -dije en voz baja a Francisco.

-Sí -me respondió-, pero también parece que el Papa lo enfoca más hacia lo relajado que está el clero.

-En lo sexual... -bajé un poco más la voz.

-Y también en lo litúrgico.

Si bien ese primer día estábamos esperanzados, esto se fue diluyendo un poco, a medida que pasaban las semanas. Además de la primera sesión, también presenciamos la última, en la cual tuvimos oportunidad de conocer a Domingo de Guzmán, que ha fundado una Orden. Hicimos bastante amistad con él.

Al final del concilio, Francisco quedó con un dejo de tristeza, quizás tratando de conformarse, con paciencia. En cambio, yo estaba francamente decepcionado, con un sabor amargo. Habría querido protestar ahí mismo, si hubiera existido la forma de hacerlo. Aún así, no sacaría nada.

De eso veníamos conversando en nuestro camino a la Porciúncula. Se protegieron los dogmas, es cierto, por ejemplo el de la Santísima Trinidad y el de la Transustanciación. Sin embargo, la condena de las opiniones del abad Joaquín de Fiore me pareció un poco apresurada. Por otra parte, la obligación de confesión anual está muy bien. Y también una serie de normas de disciplina clerical, y otras destinadas a terminar con la mala costumbre de excomulgar sin advertencia previa y después cobrar por levantar la excomunión.

-Ésa era una práctica perversa -expresé.

-Espero que desde ahora no seguirá ocurriendo.

-Lo que menos me gustó fue que se planeó una nueva cruzada.

-A mí tampoco me gustó eso. Ésta era una inmejorable ocasión para terminar con esa lacra. Te lo digo yo, que he estado en la guerra, y entendí que nada bueno puede salir de ella.

Continuamos caminando en medio del frío y comentando otros resultados del concilio. Nos abocamos al tema que nos dejó más mal porque nos afecta directamente en nuestro carisma.

-¿Cómo te cayó eso de que la enseñanza debe impartirse en los grandes templos? -pregunté.

-Hasta ahí podría estar bien, pero... ¿captaste quiénes pueden impartirla?

-Los obispos...

-¡Ah! A nosotros nos sacaron de los púlpitos.

-... pueden autorizar a otras personas -continué la frase que me había quedado trunca.

-Y eso no es todo. No se permitirán nuevas reglas monásticas.

-Para que no se produzca confusión..., según dijeron.

-Sí. Ése fue un mal argumento.

-Y tenemos que contarle esto a Clara. ¿Qué va a pasar?

-Imagínate. Si ya está tratando de avanzar cuesta arriba.

-Y para peor, un Cardenal se refirió despectivamente a “esas monjas que con el pretexto de la pobreza no pagan lo que corresponde al entrar a la vida monástica”.

-Veo que te aprendiste las palabras de memoria.

-Nos dieron duro, Francisco.

-Necesitamos mucha oración.

En el resto del trayecto hablamos muy poco. Me sumergí en mis pensamientos. ¿Cómo mostrar caminos que lleven hacia Dios? Sólo avanzando por ellos, pero nadie podría imponer su propio mapa a los demás. Esta misión no es de la jerarquía, sino de nosotros, las pequeñas ovejitas. Eso somos, y tenemos la gran misión de atrevernos a caminar por senderos inexplorados y mostrar así que ése es el camino. Las jerarquías nunca darán pasos desconocidos, pues creen que estarían arriesgando mucho.

De pronto le hablaba algo a Francisco, para desahogarme, mientras él se limitaba a medir y dimensionar la tarea que tiene por delante. ¡Qué paciencia, Dios mío! De hecho, eso es mostrarme un camino. Esto es muy complicado. Quisiera que la Iglesia caminara mucho más rápido hacia Dios, en vez de retroceder, como ahora. Andaré por senderos difíciles, con piedras y barro, que así podré encontrar tesoros.

La oscuridad densa de la noche nublada empezó a invadirlo todo. Yo rezaba para que Dios nos librara de los peligros que pudieran estar esperando. En cambio, Francisco confiaba en la luz divina que nos guía en el sendero. Me contagié su optimismo, y cuando ya nos acercábamos a la Porciúncula, me dijo:

-Hermano León, aunque diéramos ejemplo de santidad, ahí no está el gozo perfecto.

Estuve en silencio un buen rato, esperando a que Francisco siguiera hablando.

-Hermano León, aunque conocieras todo, ahí no está el gozo perfecto.

Yo seguí caminando en silencio, por largos minutos pensando que Francisco quería alegrarme un poco a pesar de lo contrariado que pudiera estar por lo del concilio.

-Hermano León, aunque convirtiéramos a todo el mundo, ahí no está el gozo perfecto.

-Hermano Francisco, llevas ya un buen rato hablándome igual que si fueras San Pablo... ¿Dónde se puede encontrar entonces el gozo perfecto?

-Gozo perfecto es el que se produce cuando, después de tocar a la puerta, te rechazan en medio de insultos, y tienes la fortaleza para aceptarlo con alegría.

No supe qué responder. Me quedaba muy claro que Francisco se refería, en parábola, a la actitud que quisiéramos tener para afrontar lo que viene después del concilio.

Ya nos quedaba poco camino, menos mal, porque el frío era tan intenso que penetraba hasta los huesos, y con las tinieblas que reinaban, a duras penas veíamos donde ir pisando. Finalmente llegamos y golpeamos la puerta. Estaba tan oscuro que el Hermano portero creyó que éramos ladrones y no nos abrió.

Tuvimos que insistir varias veces hasta que salieron dos Hermanos muy molestos con los intrusos, según creían, que nos botaron al suelo a golpes y empujones. En ese momento se dieron cuenta de su error y les dio mucha vergüenza. No hallaban qué hacer para que los perdonáramos. Francisco y yo entramos riendo a carcajadas. Sólo nosotros sabíamos por qué esa situación nos causaba tanta gracia. Después les explicamos. Me vino bien todo el suceso, como un saludo de Dios, que me ayudó a asimilar la enseñanza de Francisco.

Varios días después me armé de valor y decidí sugerirle a Francisco que fuéramos a San Damián a informar a las Hermanas acerca del concilio. No fue necesario decirle nada.

-¿Vamos a ver a la hermana Clara? -anunció, como adivinando mis intenciones. Tampoco necesité decir que sí, pues resultó obvio.

Salimos de la Porciúncula caminando rápido para combatir el frío. Clara, Pacífica y Bienvenida nos recibieron en el comedor, con una taza de té para reponernos, y dispuestas a escuchar.

-Esa basílica estaba repleta -empecé diciendo para no entrar tan de lleno en lo medular.

-El Papa se acordaba de Francisco -seguí, aludiendo a un momento en que el Pontífice lo saludó efusivamente. Continué hablando de Domingo de Guzmán.

-Un verdadero amigo -señaló Francisco, suspendiendo su silencio.

A todos nos costaba entrar en el tema candente. Creo que adiviné un pensamiento aprensivo en Clara.

-Con Francisco estuvimos preocupados -expliqué- cuando los obispos discutieron acerca de la pastoral.

-El resultado no fue el que esperábamos... -dijo finalmente Francisco, mientras el rostro de Clara transparentaba su tristeza infinita- ... pero, lo tomamos con alegría y con mucha fe... Jesús está siempre con nosotros.

Clara quiso contagiarse con una sonrisa de complicidad, tenue y fugaz. En cambio, sus ojos se humedecieron.

-Seguiré luchando -aseguró Clara, después que terminamos de decir todo lo referente a la prohibición de nuevas reglas-. Firme, junto a Dios, en verdad... y dignidad.

-También ocurrió algo muy bueno -anunció Francisco sonriente-. El arzobispo de Reims quiere recibir en su ciudad un grupo de Hermanos Menores, y otro de Hermanas también.

Clara recuperó su alegría, y seguimos conversando animadamente hasta que se hizo de noche.

-¿Sabes lo que vi en el pozo? -me preguntó Francisco después que salimos.

-¿Qué viste?

-El rostro de Clara reflejado al fondo del pozo.

-Era la luna creciente la que viste -intenté corregir, pues tenía por muy cierto que Clara no había salido al patio.

-Talvez, pero era Clara... y estaba en paz.

Quedamos en silencio por largos minutos de caminata.

-Y sabes lo que me pasó anteayer en Imola? -preguntó Francisco.

-¿A quién viste?

-Tuve que ir donde el obispo... tú sabes... a pedirle permiso para predicar.

De nuevo me invadió la tristeza. Encuentro el colmo, que Francisco tenga que estar pidiendo permiso, si nadie predica mejor que él. Algo gruñí para expresar eso.

-Me dijo que bastaba con que predicara él -continuó diciendo Francisco.

-¿Qué se habrá creído?

-Hice como que me retiraba, pero volví a entrar por la otra puerta.

-¡Qué buena actitud!

-Le pedí permiso de nuevo, como si yo fuera otra persona, y eso le causó risa al obispo.

-No me digas que se ablandó.

-Claro. Le caí simpático..., y me dio el permiso... Y prediqué en la plaza de Imola.

21.- Clara y el privilegio de pobreza

Estaba todo cubierto de una capa blanca, porque en la noche anterior había nevado. En la tarde vino Francisco, y eso me causó sorpresa. Es cierto que yo lo estaba llamando desde hacía varias semanas, a través de Felipe, pero justamente ese día, era talvez la única jornada que no invitaba a caminar tanto.

Siempre estoy añorando visita. Cuando decidí venir a esta aventura me imaginaba que iba a tener más relación con los Hermanos. Como hermanos, claro está. Pero, no ha sido así. Me gustaría que nos visitaran más. Compartir nuestras experiencias, recibir la enseñanza de Francisco. De repente me siento un poco huérfana. Más que el pan de cada día necesito la palabra de cada día. Orar en conjunto, cantar, sentir voces graves junto a las nuestras. Ya sé lo que se interpone, el miedo a romper el celibato. Es extraño como funciona la naturaleza humana. La gente cree que un hombre conversando con una mujer es algo peligroso, una tentación irresistible, un canal para la llegada al mundo de bebés que nos sacarán de nuestra vida dedicada al Señor y nos harán volver al siglo. ¡Qué simpleza..., esa manera de pensar! Tendré que conformarme. Hasta lloro a veces por esta situación, que me es dolorosa.

Por eso me puse tan contenta con la visita de Francisco. Le pedí a Pacífica que nos acompañara y le convidé un té a Francisco para que se repusiera, mientras yo no paraba de hablarle de nosotras, las Hermanas Menores, de cómo las veo regresar contentas del trabajo, en este tiempo, cosiendo casullas para aquellos curas que no tienen cómo comprarse una.

-Yo les pregunto a todas su parecer cuando llega una Hermana nueva -expliqué- como una manera de recordarles el propósito de estar aquí.

-El otro día -continué hablando- llegó una mujer muy elegante, llena de maletas, y con una sirvienta.

Francisco abrió unos tremendos ojos, y yo le seguí contando acerca de esa mujer que pretendía tener acá a alguien que la sirviera. Aquella vez me armé de paciencia, las hice pasar al comedor y empecé a explicarles que las Hermanas Menores no somos como las monjas tradicionales. Si quieren estar acá, tendrá que ser de acuerdo a nuestra forma de vida. La criada sonreía, contenta, al mismo

ritmo que su patrona arrugaba el rostro. Le aclaré que no puede obligar a su empleada a quedarse si ella no quiere. De hecho, la sirvienta optó por irse, sintiéndose muy libre. Aproveché de pedirle que se llevara algunas maletas, dejando sólo una, la que fuere más importante.

-Eres maravillosa -rió Francisco.

-Adivina qué pasó tres días después.

Le conté a Francisco que la sirvienta volvió a golpear nuestra puerta, esta vez para quedarse, pues así lo decidió ella misma. Y la que antes había sido su patrona trajo una palangana con agua y se arrodilló a lavarle los pies.

-Así estás restaurando, poco a poco, la Iglesia de Cristo -replicó Francisco, y siguió hablando de las enseñanzas de Jesús, que nos muestra la renuncia a los bienes materiales.

-Hemos de actuar con las riquezas como hacemos con esos bienes sutiles que nadie puede llevarse a su pieza, ni menos guardarlos bajo llave.

-Como la puesta de sol -agregó, para completar la idea.

-Y el arco iris..., Francisco, el amor de Dios es lo que da la felicidad. Su contemplación es el alimento.

Francisco asintió sonriente, y me preguntó acerca de la Forma de Vida, que estoy escribiendo.

-Trato de hacerla con un criterio muy abierto y flexible en todo lo que no es medular -le expliqué-. Por ejemplo, reduzco el silencio a una parte del día solamente.

-¿Y qué es lo medular?

-Lo que Jesús nos dice en el evangelio.

-Que no se puede servir a Dios y a las riquezas.

-Eso es primordial. La regla benedictina que quieren imponerme acepta poseer bienes, y hasta lo exige, para la seguridad personal. Eso no lo puedo aceptar.

-En lo que no es esencial..., ¿eres más abierta, me dijiste?

-Sí, Francisco.

-Entonces, prométeme que ya no seguirás durmiendo sobre ramas.

-Es el único colchón que tengo.

-Puedes hacerte otro, con briznas blandas.

-Un poco de penitencia es necesaria para purificarse del pecado.

-Clara..., por favor.

-Está bien. Si tú lo dices..., lo haré.

No sé cómo se nos voló la tarde. Muy pronto empezó a oscurecer. Francisco se despidió, y lo fui a dejar hasta el patio. Hacía frío.

-¿Cuándo me visitarás de nuevo?

-Cuando broten las rosas.

El creyó que se estaba refiriendo a la primavera, que aún se iba a demorar un par de meses, y se alejó caminando rápido, pero de repente se detuvo en seco y me miró sonriendo. Se encogió de hombros, y continuó su salida. Yo me reía sola, pues lo que él había visto era un pequeño botón que apareció en el rosal.

* * *

Esa noche me desvelé pensando en todo lo vivido durante el día. El viento producía bulla. Me levanté a tapar a las Hermanas. A Caterina, que dormía plácidamente. Admiro en ella esa presencia de Dios que siempre tiene. La que tampoco lograba conciliar el sueño era la hermana Iluminada. Hace unos días ya noté en ella una sequedad en la oración. Ahora fue el momento de conversarlo. Sin hacer ruido, murmurando apenas, le pregunté si había podido entregarse a la oración. Negó con la cabeza.

-Te alabo, Señor Jesús... -le pedí repetir conmigo en voz muy baja para no despertar a las demás.

Fue providencial. Ella comprendió que yo no podía darle más instrucciones, y con ésa sola, Iluminada se esforzó y perseveró hasta que salió adelante.

Varios días después vinieron Egidio, León, Maseo y Junípero, adelantados para darme tiempo a organizarme, según dijeron:

-Está por llegar Francisco, con unos obispos.

-¡Madre mía! -exclamé, pensando que no tenía mucho para servirles.

Preparamos algo muy modesto, justo cuando ya llegaban las visitas a caballo. Eran ocho los obispos. No sé cómo Francisco consiguió tantos interesados en conocer mi Forma de Vida. Los hice pasar al Oratorio, y ellos decidieron empezar con una oración, para lo cual se arrodillaron piadosamente. A la izquierda del pequeño altar estaba, como siempre, la reserva eucarística en su cajita de marfil. Fue Francisco el que condujo la oración, en voz alta y con una maestría tal, que la pequeña oración de inicio se prolongó por más de una hora y fue grandiosa. Varias Hermanas la siguieron desde la escala porque no cabían en el Oratorio.

El obispo Jacques de Vitry me pidió que diera la bendición. ¿Yo? Me moría de susto. No me consideré capaz de algo así, y le rogué a Francisco que lo hiciera él. Menos mal que accedió.

Cuando entramos en materia, en lo que nos convocó, las cosas dejaron de estar tan celestiales, aunque todos mantuvimos una actitud amistosa y cordial. La verdad es que los obispos vinieron a ponerme en el cauce conciliar. Las condiciones estaban dadas desde hacía casi un año, y no era viable que yo siguiera rebelde. Para que esta comunidad tuviera validez, no me quedaba más remedio que elegir alguna de las reglas oficialmente aprobadas. Eso sí, sólo en aquellos aspectos referidos a la disciplina. En lo pastoral, puedo seguir con las enseñanzas de Francisco.

Elegí la regla benedictina porque se aviene mejor a nuestra vida contemplativa. Señalé que estamos dispuestas a aceptar la prohibición de salir del convento, pero que queremos continuar viviendo la pobreza.

Tuve que explicar que las Hermanas Menores rechazamos toda posesión y anhelamos la pobreza como único privilegio. A los obispos les costaba entender eso, y sostuvieron que la pobreza nos iba a hacer muy vulnerables, y ellos querían que estuviéramos seguras, y no expuestas a tantos abusadores que andan sueltos. Me aseguraron que con la regla benedictina se han santificado cientos de hombres y mujeres.

Me criticaron el hecho de juntar nobles con plebeyas, pero eso seguirá siendo así.

Me alabaron, por aquello que llamaron “mi buena intención”, respecto a la pobreza, pero en el momento de las decisiones todo quedó en un “ya lo veremos”.

Días después, Felipe, el visitador, me entregó una carta de Francisco que decía “... quiero seguir la pobreza hasta la muerte. Os ruego vivir siempre en esa pobreza, aunque te aconsejen lo contrario...”.

Tomé mi decisión. Teniendo en cuenta que el Papa estaba pasando una temporada en Perugia, hacia allá dirigí mis pasos, ayudada por un pariente de Bienvenida, que vive en Perugia, y ese preciso día vino a verla. No tuvo ningún inconveniente en llevarme en su coche, tirado por un hermoso caballo blanco. Incluso, hasta me esperó, con mucha amabilidad, para traerme de vuelta.

Inocencio también fue atento conmigo. Me escuchó con respeto, y no se sorprendió de mi solicitud porque él ya conocía bien a Francisco.

-La gente viene siempre a pedirme privilegios -rió- para tener más bienes y ser más poderosa.

Movió la cabeza, sacó una hoja y se puso a escribir el documento que yo había esperado tanto. Lo firmó y me lo pasó. En ese escrito nos asegura el privilegio de pobreza a las Hermanas que vivimos una vida regular junto a la iglesia de San Damián, para que nadie pueda obligarnos a tener propiedades. Se lo agradecí con humildad.

22.- Francisco y su relación con la jerarquía

Siempre me llevé bien con el Papa Inocencio. Desde aquella vez en San Juan de Letrán, en los comienzos, cuando fui a visitarlo y finalmente me acogió. Hasta el día de su sorpresiva muerte en Perugia, en el verano de 1216. Se encontraba de paso en esa ciudad con algunos cardenales y esperando a otros. Aguardando también la mejor oportunidad para ir al norte a conciliar a los pisanos con los genoveses. Necesitaba la unidad para enfrentar la quinta cruzada en mejor forma que la desastrosa anterior. Por supuesto, no quería que los venecianos volvieran a desvirtuar la causa. Con estas preocupaciones estaba el Papa, un hombre joven y vigoroso, cuando le vino una fiebre altísima que lo llevó a una muerte rápida.

En cuanto supe esto al día siguiente, me dirigí a Perugia y entré a la Catedral, donde estaba el cadáver del Pontífice. Me encontré con una escena muy desagradable, pues durante la noche habían asaltado el templo para robar las riquezas que amortajaban el cuerpo sin vida de Inocencio III. Los obispos corrían de un lado para otro, pero nadie hacía nada útil. Me saqué mi capa y con ella cubrí la desnudez del Pontífice. Entonces, los puse a todos a rezar.

El cónclave empezó muy pronto, en cuanto el Papa estuvo enterrado, en la misma Catedral. Se efectuó en Perugia, y con gran rapidez se eligió al anciano Cardenal Savelli, quien adoptó el nombre de Honorio. Me pareció una buena elección porque Savelli ha demostrado su amor a los pobres, al entregarles todos sus bienes. Quedé con la esperanza de que ahora empezaría la renovación de la Iglesia.

Estando yo de vuelta en la Porciúncula, una noche tuve un sueño en que vi a Jesús y a la Virgen María, llegando de Tierra Santa. No estaban preocupados ni

nada de eso. Quise hablarles, pero no me salían las palabras. Jesús sonrió comprensivo y me dijo “Quiero consagrar tu tierra a mi madre”. Me levanté contento, tratando de entender qué quería decirme Jesús. Lo medité durante unos días, y como además estaba necesitando reanudar lazos con el pontificado, y podía aprovechar que el Papa todavía estaba en Perugia, recordé lo que me contó Clara hace unos días. Ella me estaba dando el ejemplo. Yo sonreía solo, y tomé también mi decisión de ir a Perugia a ver al Papa. Esta vez, al nuevo Honorio III. Maseo me acompañó. Por el camino me fui pensando qué privilegio iba a pedir. Recordé eso de la Cruzada y las indulgencias que dan a los que participan en ella. ¿Cómo contrarrestar eso? Por lo que le escuché decir a Jesús en el sueño, imaginé que nuestra fraternidad de la Porciúncula es como una verdadera cruzada pacífica. Sí... Tal vez por ahí iba la palabra de Jesús...

El encuentro con el Papa fue muy cordial.

-Santo Padre -le dije, después de los preámbulos-, el pequeño templo de Santa María de los Ángeles... lo reconstruimos prácticamente... y os suplico le otorguéis una indulgencia.

-¿Indulgencia...? ¿Cuántos años...? Como ves, surgen dudas.

-No. No pido años. Pido indulgencia para los que visitaren el templo de la Porciúncula.

-¡Oh! Estás pidiendo demasiado, Francisco. No acostumbramos a conceder ese tipo de indulgencias.

-Su Santidad, Jesús me ha pedido consagrar el lugar a la Virgen María.

-Si es así, está bien, te la concedo.

Los purpurados que estaban presenciando esta entrevista pusieron el grito en el cielo y le hicieron ver al Papa que una indulgencia similar se está otorgando a los cristianos que van a las cruzadas. Ése es el mérito necesario para ganarla. Según ellos, no sería posible poner al mismo nivel una simple visita a una pequeña iglesia, pues eso quitaría incentivo a la participación en las cruzadas.

Recién entonces comprendí la intención que había detrás de mi propia solicitud. Por un instante temí que mi pedido no prosperase, pero al mismo tiempo me alegré profundamente de estar contribuyendo a la paz, aunque fuera con un granito de arena. Sí. Valía la pena dar esta lucha. Sin embargo, no fue necesario.

-La he concedido y no la revocaré -sentenció Honorio III, y agregó dirigiéndose a mí-. La indulgencia será válida todos los años, pero sólo en el día de aniversario de la dedicación de la capilla.

Me incliné en reverencia, muy contento y me despedí agradecido. Cuando caminé hacia la puerta el Papa me llamó:

-Espera que te hagamos el certificado.

-Me basta vuestra palabra, Su Santidad.

De todas maneras tuve que esperar el certificado, y mientras tanto me disculpé:

-La Virgen María es mi diploma.

-Y los ángeles son nuestros testigos -agregó Maseo, con complicidad.

-Y Jesús es el notario -completé, para distender un poco el ambiente.

Los cardenales quedaron sonriendo, cuando emprendí el regreso con Maseo y el certificado.

Me vino una indigestión a causa de algo descompuesto que debo haber comido. A tal punto no retenía alimentos, que me lo pasaba corriendo a la letrina, y me dio tanta fiebre que los Hermanos me llevaron a la casa de Don Guido, quien me hizo ver por un médico. Me quedé en su casa unos días, hasta que sané bien, no sin antes pasar por unos delirios en que me venían a acompañar los ángeles. Fue bueno haber tenido que estar en casa ajena en condición de peregrino.

El 1216 fue un buen año, a pesar de todo, empezando por ese capítulo de Pentecostés, primera asamblea de nuestra hermandad que celebramos, aquella vez en San Verecundo, un poco al norte de Asís. Ya nos estábamos extendiendo por muchos lugares y consideré provechoso reunirnos una vez al año para discutir los problemas de la comunidad y alegrarnos en el Señor.

En esa ocasión les hablé para reforzar nuestras motivaciones espirituales:

-No tengáis más de dos túnicas. Parchadlas con trozos de género antiguo - fue lo que caló más hondo. Les mostré los remiendos de mi ropa para ir yo adelante en esto.

Me llenaron de preguntas y me pidieron conseguir un determinado privilegio del Papa y así no necesitar permiso del obispo para predicar.

-Estará bien que pidamos ese permiso cada vez -les manifesté-. Nuestra humildad ha de convertir a los obispos, y entonces ellos mismos nos pedirán que hablemos a la gente.

El capítulo del año que siguió lo celebramos en la Porciúncula. Participaron más de quinientos Hermanos, de todo el país. Uno de ellos era tan especial que nos sorprendió a todos. Tomás se llamaba, y siempre se le veía sumergido en su oración. Leer la Sagrada Escritura lo transportaba. Guardaba un silencio absoluto, a tal punto que se comunicaba por señas. Lo creían muy santo, pero yo no estaba tan convencido de eso. El se mostró de cuerpo entero cuando fue el momento de confesarse. Quiso hacerlo sin hablar, con puros gestos, como estaba acostumbrado a hacerlo, pero esta vez el hermano Silvestre estaba siendo su interlocutor para el sacramento, y eso no le pareció bien. Fue tanto el bochorno de Tomás, que al final desistió de confesarse, y dejó a todos desilusionados. Al poco tiempo se retiró del grupo.

Como resultado de este Capítulo de Pentecostés la fraternidad quedó formada por doce provincias, cada una a cargo de un Ministro Provincial, encargado de relacionarse con los Custodios, que eran los responsables de los centros importantes de su región. Los monasterios quedaban a cargo de un respectivo Guardián. Toda esta estructura, que ha resultado ser muy provechosa, fue ideada por el hermano Elías.

Cuando se vio el tema del llamado del Papa a una nueva cruzada, éste no fue atendido así, en forma liviana, sino que despertó nuestro deseo de evangelizar. Se organizaron misiones al exterior, las cuales quedaron asignadas. Casi todas éstas resultaron después en un gran fracaso, con excepción del envío del hermano Elías a Siria. Más tarde se llegaría a saber que mi amigo de la juventud desarrollaba allí una labor fructífera.

Silvestre optó por irse a vivir solo en una celda de Las Cárceles. Por mi parte, yo elegí ir a una misión en Francia, pero no llegué a realizarla porque

cuando iba pasando por Florencia tuve la genial idea de ir a visitar al Cardenal Ugolino, y entonces todo cambió. Yo lo conocía de antes, pero de vista, no más. Es sobrino de Inocencio III, y además Conde de Segni y obispo de Ostia, y legado papal para la zona de Toscana. Quise tener la deferencia de pasar a verlo antes de emprender viaje a Francia, pues me gusta mantener buenas relaciones con la jerarquía. Fue un encuentro grato. El Cardenal Ugolino es un hombre afable, de gran simpatía, bastante paternal. Debe tener unos diez años más que yo. Es un hombre muy preparado y le gusta ayudar al desarrollo de la vida monástica. De hecho, se ofreció como protector de la comunidad de los Hermanos Menores, a lo cual accedí gustoso. Muy puesto en su papel, Ugolino comenzó en ese mismo momento a desempeñar su rol protector. Me advirtió que no sería bueno para la fraternidad que yo me alejara y la mantuviera todo ese tiempo sin pastor.

-Además, hay otro motivo -señaló el Cardenal.

-¿Sí...?

-En el Consistorio hay prelados que no ven a tu fraternidad con buenos ojos -me confidenció Ugolino-, pero habemos otros que queremos defenderla, y lo lograremos de mejor manera si tú permaneces en la provincia.

Me convenció, y por eso desistí del viaje, me volví a Asís y le pedí a Pacífico que él encabezara la misión a Francia.

Esa expedición no dio ningún fruto, debido a las dificultades de idioma. Lo mismo pasó con la misión a Alemania. Los Hermanos volvieron frustrados, habiendo sido confundidos con herejes valdenses, por mostrar motivaciones similares, a pesar de que en nuestra hermandad respetamos la autoridad del clero y de la jerarquía, cosa que no hacen los valdenses.

* * *

A comienzos del año siguiente, el Cardenal Ugolino me mandó llamar a Roma, donde él había acudido unos días antes ya que tenía programadas una serie de importantes reuniones con el Papa. Con enorme preocupación, el Pontífice le hizo ver al prelado, entre muchas otras cosas, el lamentable resultado de nuestras misiones.

El Cardenal me consiguió una audiencia con el Papa y me dijo que sería muy bueno que yo le hablara a Honorio III para hacerlo recuperar el buen concepto acerca de los Hermanos Menores. Me sentí como un niño pillado en falta. Necesitaba decir que no me he desviado en herejía, y me costaba mucho preparar algo por escrito, pero como Ugolino piensa en todo, ya me tenía listo un excelente discurso en latín.

-Apréndelo de memoria -me aconsejó.

Es bien especial este personaje. Me estima mucho pero trata de meterme en un molde. Me pone los pies en la tierra cuando me despego mucho. No me viene mal un poco de cauce, pero si hemos de renovarnos como Iglesia, la lucha es precisamente contra eso de que traten de mantener todo como está. Acepto el adaptarnos en algo, pues así nos escuchan.

Pasé gran parte de la noche leyendo el discurso, una y otra vez, para que se me quedara bien grabado. Eran estos pensamientos, que no han nacido en mí, aquello que los cardenales querían escuchar. En cambio, lo que yo quería era

como abrir un pesado portón, por largos siglos cerrado. Sí. Poner una gota de aceite en las articulaciones oxidadas de la estructura de Letrán.

Al día siguiente iba tranquilo a la reunión, pero cuando vi a todos los cardenales ahí, junto al Papa, me sentí pequeñito y se me olvidó todo lo que tenía que decir. Le pedí en silencio al Espíritu Santo que me iluminara, y me puse a hablar algo que me venía desde muy dentro de mí, y no de la sabiduría cerebral de Ugolino. Los brazos se me movían al ritmo de las palabras, y hasta los pies me obligaban a dar saltitos. Los cardenales estaban asombrados.

-Vuestros rostros son el rostro de la Iglesia -les repetí en varias oportunidades, como un estribillo que los hiciera tomar conciencia de una Iglesia que se ve apegada al lujo.

-Un rostro que debería ser bello, resplandeciente, como Jesucristo -agregué, y les pedí que miraran sus ropas, sus adornos, su riqueza.

Alguien estaba hablando en mí. Yo me escuchaba decir cosas fuertes, con sensación de estar en el último día. Sin duda, era el Espíritu divino. Yo no habría sido capaz de repetir después ninguna de esas frases.

-Dios no está contento con su Iglesia -terminé diciendo, y se me saltaron las lágrimas. Algunos cardenales también lloraban.

Después, Ugolino me felicitó porque mis palabras llegaron a destino.

23.- Clara vuelve a la carga

El cardenal Ugolino es nuestro protector. Gracias a él, las Hermanas Menores tenemos la posibilidad de desarrollarnos y extendernos. Aceptó a nombre de la Iglesia la propiedad de todos los terrenos y casas que nos han sido donadas, incluyendo los de Perugia, Lucca y Siena, y ahora último el de Monticelli en Florencia. Nuestra fraternidad ha tenido un crecimiento que nunca imaginé.

Por Pascua de Resurrección el cardenal Ugolino llegó hasta acá para conocer San Damián. Vinieron también Francisco y algunos Hermanos. Tuvimos una celebración memorable, en que cada una de las Hermanas compartió su testimonio y cantamos con alegría. La oración fue dirigida por mí, ya que así me lo pidieron Francisco y el Cardenal, y tuve que hacer mi mejor esfuerzo.

Me escuché dando gracias al Señor porque le gusta poner su palabra en alguna de las más insignificantes Hermanas. Es así como Él nos guía.

Gracias a Dios, todo resultó tan bien que al final casi levitábamos.

El Cardenal Ugolino estaba emocionado y agradecido. Según me dijo, nunca en su vida había vivido algo así.

-Me voy muy contento -señaló al despedirse.

Nuestro visitador designado por Ugolino fue fray Ambrosio, cisterciense. Al principio anduvo bien, pero al poco tiempo noté que él no entendía nuestra forma de vida y, no sólo eso, lo peor fue que se empezó a enfriar nuestra comunicación con los Hermanos Menores. En cuanto pude le manifesté mis aprensiones al Cardenal Ugolino, quien no tuvo inconveniente en volver a nombrar a Felipe Longo como visitador, con lo cual volvimos a tener un mejor contacto con los Hermanos, pero eso ocurrió varios meses después de Pentecostés, fecha en la cual tuvo lugar el Capítulo.

Participamos de alguna manera en los Capítulos, y eso me gusta. No es mucho lo que hacemos, más que preparar lo necesario. Estamos en el servicio, cuidando detalles de la alimentación que llega cargada en mulas, provista por ciudadanos de buena voluntad. Hemos tenido que fabricar una gran cantidad de esteras para que puedan dormir en ellas los Hermanos que vienen de otras provincias. Después que termina un Capítulo quedamos agotadas y volvemos a nuestra vida habitual.

* * *

Hace un par de semanas vino a verme Amada, mi sobrina, y me contó que se iba a casar. Ya tenía todo preparado, hasta el vestido, cada detalle de la fiesta con que se celebraría el matrimonio. Ella nunca había estado acá hasta esa vez, en que pudo compartir también con Caterina. Conversamos, primero banalidades, las flores para la boda, después apuntamos más a los sentimientos.

-¡Qué paz hay aquí! -exclamó mi sobrina, en algún momento.

La fascinación que tenía Amada hacia su próxima boda se fue diluyendo. Confesó que no estaba enamorada, y sólo iba a casarse por la presión de la familia, y porque se suponía que eso era lo que había que hacer. Estaba empezando a llorar cuando se despidió. Me quedé muy preocupada y recé por ella. A los pocos días volvió, y se la veía muy contenta.

-Vengo a quedarme... -dijo-, si me aceptan.

La abracé feliz, y me contó las peripecias que tuvo que hacer para cancelar la boda. Son detalles que, en el momento, parecen enormes pero pasan a olvido muy rápido.

Ha crecido tanto la comunidad, que me he visto obligada a enviar algunas Hermanas en misión, para formar a las nuevas en Foligno, en Arezzo, en Siena. Y mi hermanita Caterina se está yendo a Florencia, dentro de poco. Sé que la voy a extrañar mucho.

Con las más antiguas conversé acerca de la manera de recibir a las Hermanas nuevas, que ya empiezan a ser muchas.

-Que sea tal como me recibieron a mí -comentó Bienvenida.

-Deben prepararse para soportar penurias -aclaré- vosotras sabéis eso.

-Las que han llegado con miedo -aportó Caterina-, a los pocos días ya lo han vencido.

-Aprender a aceptar..., y a disfrutar del desapego -señalé.

-Si nos dejamos tocar por Dios, todo se resuelve -agregó Felipa.

-Hay que enseñarles lo esencial de la fe cristiana -propuso Pacífica, y la conversación empezó a irse para otro lado.

-¿Se puede comulgar más de una vez al año? -preguntó una, y decidí dejar la reunión hasta ahí, no más.

Llamé a las Hermanas nuevas. Con ellas estuvimos admirando ese bellissimo crucifijo bizantino que tenemos en el convento. Ese mismo que le dio la inspiración a Francisco. Me acerqué sonriendo, me hiqué y me puse a rezar. Todas me imitaron. También Francisca, Angeluccia e Inesita, que llegaron hace poco. Esta última es una niñita, hija del alcalde y de una mujer que no es la suya. A la pobre Inesita la acogimos con mucho cariño, tal como a la pequeña Lucía,

que llegó de Roma el año pasado, en circunstancias parecidas, y también fue recibida por caridad.

Me alegré al escuchar a Angeluccia alabando en voz alta, lo que es una gran cosa, siendo tan nueva. Nos sentamos en unos rústicos bancos que los Hermanos construyeron para nosotras.

Angeluccia quiso saber quienes son los personajes que están junto a la cruz de Cristo, y que le dan tanta vida al ícono.

-A la derecha de Jesús están la Virgen María y el apóstol San Juan - expliqué- los que estuvieron al pie de la cruz.

-¿Y a la izquierda?

-Una de las mujeres es Magdalena, y la otra es María, la esposa de Cleofás, que también estuvieron, con valentía, en aquella ocasión.

-¿Y el que está al lado de ellas?

-Es el centurión Cornelio.

-¿El centurión..., pero... ¿cómo?

-Fue puesto en el ícono porque el tipo se dio cuenta de lo que había hecho. Fue tremendo para él. Años después se convirtió al cristianismo.

-Jesús decía "Perdónalos, que no saben lo que hacen".

-“No saben lo que hacen” repetía por lo bajo el centurión sujetando las lágrimas, mientras bajaba del Calvario. Así se lo confesó a San Pedro.

-¡Ah!

-En este ícono, Cornelio está representando al pecador que se arrepiente y es redimido.

-Entonces, nos representa a todos.

-Sí, pues.

-¿Y de quién es esa cara que se alcanza a ver atrás?

-Sólo sé que es hombre, porque tiene bigotes. Debe ser alguien que también haya estado en el Calvario.

-Ningún otro apóstol estuvo ahí, más que Juan.

-Algún discípulo... ¿tal vez Esteban...? No lo sé.

-¿Y esos dos más chiquitos?

-Esos bien chiquitos, uno a cada lado, representan dos grupos. Son los soldados romanos, y los sacerdotes judíos.

Nuestro crucifijo bizantino está lleno de contenido. Y tiene su historia... Marca el comienzo de toda la aventura en que estamos metidos Hermanos y Hermanas.

* * *

Una tarde se me acercó Pacífica, pues quería hablarme algo importante, según dijo. No pudimos conversar nada porque en ese preciso instante tuvimos visita. Esteban de Narni se llama el Hermano que llegó asustado y con una risa nerviosa. El hermano Leonardo tuvo que venir a dejarlo, por encargo de Francisco.

-El hermano Esteban está pasando un mal momento -le escuché decir a Leonardo.

El pobre Esteban se veía como trastornado. Yo no sabía qué extraño mal lo aquejaba, pero según Francisco, sólo yo podría ayudarlo a sanar poco a poco.

Leonardo me lo traería por una hora, día por medio..., como si yo entendiera de eso. Los hice pasar al comedor, que es el único sector más apropiado para conversar. Le hablé algunas cosas triviales a Esteban para facilitar que él expresara su angustia como pudiera. Lo dejé que llorara un poco. Lo puse a rezar, y le hice la señal de la cruz varias veces. Al final se durmió, y ahí lo dejamos un buen rato. Aproveché de pedirle a Leonardo que me ayudara con el trabajo del jardín.

Cuando se fueron, Esteban se veía mucho mejor que como llegó, a tal punto que ya no vinieron más porque lo dieron por sano.

A una Hermana que se tentó de la risa, otra la retó:

-¡Qué poco cristiana eres!

Respuestas iban, insultos venían, hasta que las llamé al orden. Apelando a la obediencia las hice arrodillarse, por turno, frente a la otra y pedirle perdón. Y después, le pregunté a cada una si estaba dispuesta a dar ese perdón, con generosidad. Se abrazaron y se les pasó el enojo. Todas quedamos de mejor ánimo.

Fue entonces que me acordé de Pacífica, y tuvimos la buena idea de regalarnos una pequeña conversación.

-Lo único que no me viene bien de la vida monástica tradicional -me confesó- es ese silencio exagerado... A mí me gusta hablar.

-Hablemos, entonces, Pacífica -la acogí con alegría.

-A veces me pregunto si acaso todas las personas podrían vivir así, como lo hacemos nosotras.

-Al mundo le faltaría uno de sus pies.

-Me doy cuenta de que soy una privilegiada. Dios me ha amado mucho. Me encanta participar en la creación de algo nuevo.

-¿Y te ha gustado trabajar en la cocina?

-Me encanta. Sobre todo, organizarla. Sin tener mucho con qué cocinar, me las arreglo como puedo. Cultivo algunos condimentos.

-Si la comida es poca, no importa, mientras tenga buen sabor.

* * *

Un día sentí que alguien llegaba. Era Ambrosio el que venía. En ese tiempo todavía era el visitador, y ahora traía un mensaje del Cardenal Ugolino, anunciando su visita para el día siguiente. El Cardenal es un hombre que está muy acostumbrado a la riqueza y al poder, a pesar de lo cual su actitud es de recogimiento, y tuvo la amabilidad de venir personalmente a entregarme la nueva versión de la Regla aprobada por el Papa para las Damas Pobres, como el Cardenal nos llama.

Sin embargo, esa nueva Regla no era lo que yo estaba esperando, ya que intenta hacernos vivir en idéntica forma que las benedictinas, y sin ese privilegio de pobreza que Inocencio III nos proporcionó hace ya más de un año, poco antes de morir. Temo que perdamos nuestra identidad. Sé que todas estamos dispuestas a ser obedientes y vivir de esa manera mientras no tengamos nuestra propia forma que nos corresponde. Será una penitencia más, quizás la más fuerte penitencia, que es la de no poder decidir la forma de vida.

El Cardenal repasó, leyendo la hojita que traía, algunas condiciones en que personas de afuera pueden entrar en la clausura. Por ejemplo, obispos, sacerdotes, obreros.

Y también otras normas. De todos modos le hice ver al Cardenal Ugolino mis desacuerdos:

-Hay aquí algunas expresiones demasiado drásticas.

-¿Como cuál?

-Como ésta, que nos obliga a vivir en clausura por toda la vida..., y otras...

En cambio, nada se dice de lo esencial, que es el privilegio de pobreza.

-No es recomendable para mujeres.

-Bienaventurada es la pobreza, porque da riquezas eternas.

-Pero..., no hay que exagerar.

-Además, esta Regla considera dos clases de Hermanas, las señoras y las siervas. Eso está reñido con las enseñanzas de Jesús.

-Todos los conventos son así.

-Menos éste -le dije sonriendo, con la máxima simpatía que pude.

No hubo forma de hacerlo entender que mirara a ese Jesús pobre que nos anima. Sin embargo, sigo pensando que Ugolino ha sido una verdadera bendición para nuestros movimientos, en muchos aspectos. Estoy segura que sin él nos habría sido imposible sobrevivir.

24.- Francisco y los Capítulos

Los Capítulos de Pentecostés quieren sobrepasarme. Empezando por el del año pasado, 1218, en el que todavía me sentí bien recibido. Por primera vez asistió el Cardenal Ugolino, y lo hizo con verdadera actitud de servicio. Si hasta se despojó de sus ropas suntuosas y se puso un hábito todo parchado que me pidió para ser uno más de nosotros, aunque fuese sólo por unos días. Codo a codo con los Hermanos Menores lavaba los pies de los pordioseros, sin tener mucha habilidad para esa tarea a la que no estaba acostumbrado. Un mendigo se permitió hasta insultarlo, sin saber quien era el que intentaba mojarle sus sucios pies. Menos mal que Ugolino lo tomó con calma.

En esa asamblea éramos cientos de Hermanos, y no todos estaban de acuerdo, incluso en aspectos esenciales. Eso fue así porque entraron a la comunidad muchos clérigos e intelectuales que por buscar a Dios en la rígida teología no se dan cuenta que lo tienen mucho más cerca de lo que creen.

En aquella oportunidad les hablé de la alegría de vivir, del desapego, y de las actitudes con que se viste el alma, no sólo para ser bella. La ropa del alma también defiende del clima riguroso, pero no ha de ser una armadura.

Un religioso me preguntó por qué yo hacía caso a escritos paganos y a otros en que no se habla de Dios. Le respondí que con esas letras también se puede armar el nombre del Señor. No quedó muy convencido, pero se fue pensando. En fin, ese Capítulo del año pasado transcurrió sin tanta dificultad, a pesar de la multitud que ya éramos.

Los meses caminaron apresurados. Primero, a propósito de la Cum Dilecti, bula en que Honorio III asegura a nuestra fraternidad el ser recibida

favorablemente, como comunidad cristiana autorizada. Este documento, lo llevo conmigo cuando salgo a predicar.

Después vino la cena en casa de Ugolino, con la presencia de Domingo de Guzmán. Grato encuentro con un buen amigo. El Cardenal nos instó a conversar de nuestras comunidades. Ugolino me estima pero discrepa conmigo en la manera de leer lo esencial del evangelio.

-Me agrada que seas un soñador -me dijo- pero los otros cardenales te consideran peligroso, en ese aspecto.

-Imitemos a Cristo -respondí- que renunció a las ventajas de ser Dios y se sometió a las desventajas de ser hombre.

-Sí, pero ni tú ni yo somos Cristo... Somos de barro..., tenemos que reconocerlo.

-Desde que sentí que Jesús me decía "repara mi iglesia, que se está arruinando", eso ha sido la piedra fundamental en que se basa todo lo que he intentado hacer.

Ugolino me acogió con simpatía, pero no me pareció que estuviera vibrando.

-La pobreza es una de las cosas que se ha echado a perder en la casa del Señor -continué-. Los excesos de riquezas materiales pueden derribarla. Tenemos que repararla desde un lugar de amor. No se trata de poner una casa nueva y odiar la actual. Eso no funciona. Limpiemos, pulamos, tapemos las goteras, pintemos, reforcemos la tabla débil.

Noté que Ugolino se quedó con la poesía y no con lo sustancial.

-No me pondré afuera de esa casa a gritar contra ella -insistí.

Me dejó tan triste esa conversación que casi no me di cuenta cuando el Cardenal cambió el tema y nos habló del Papa y de las dificultades que enfrenta al tratar de conciliar a los poderosos monarcas Federico II y Otón IV, rivales declarados. Después de esa cena quedé más convencido que nunca, de la necesidad de mostrar el verdadero rostro de Cristo.

Nuestra cofradía ha seguido creciendo. Hace pocos meses llegó Iluminado, un muchacho muy joven, de Rieti, un verdadero regalo de Dios para mantener muy viva la luz. Le hace honor a su nombre.

Casi al mismo tiempo llegó el hermano Mosca, que no dio resultado. Estuvo unos pocos meses con nosotros. Voraz a la hora de sentarse a la mesa, y muy pasivo e incómodo cuando le tocaba salir a mendigar. Esta persona era una carga, que no aportaba nada. No traté de retenerlo cuando él se mostró inseguro en cuanto a su permanencia.

Recorrí muchos lugares en este período de mi vida, predicando el amor a Jesús, y casi siempre fui aceptado. En Toscanella se me acercó un señor de gran riqueza material, y me llevó a su casa, me ofreció alojamiento por los tres días que estuve en ese pueblo. Se esmeró por atenderme. Su hijo pequeño estaba enfermo de las piernas y no había logrado aprender a caminar. El hombre me rogaba todos los días que curara a su hijo. En vano le expliqué mi absoluta incapacidad para algo tan grande. Insistió con tanta fe que tuve que intentarlo. Eso sí, primero me puse en oración por unas horas, rogándole a Dios que sanara al niño. En eso estaba yo, transportado espiritualmente, cuando visualicé dos luces, una más potente que me mostraba a Dios Creador, sin duda, y otra un poco más tenue, que

resultó ser como un espejo en el cual yo me miraba. Me sentí un instrumento del Señor, y fui hacia el pequeño, lo tomé en mis brazos, lo puse en el suelo y lo ayudé a pararse. En todo momento supe que Dios no me iba a defraudar. Llevando al chico con mis manos y con gran paciencia, él pudo doblar sus rodillas, afirmarse y dar unos pasos. Toda la familia celebró al niño, que ya podía aprender a caminar.

En otra oportunidad, en Spoleto, me ponía yo a pedir limosna, todos los días en la misma escalinata, junto a otro Hermano de ese pueblo. Ambos habíamos superado ya la etapa de la vergüenza, y no teníamos tantas trabas para vivir la vida de esa manera. A la misma hora de siempre, pasaba dándose aires de grandeza un hombre que iba llegando a almorzar a su casa, ahí muy cerca. Cada vez le hablábamos a este señor apelando a la generosidad que Dios puso en él. Nos miraba con reprobación y hasta nos insultaba antes de seguir su camino y entrar a su lujosa vivienda. Así, hasta que un día volvió a aparecer por la puerta de su casa, minutos después de haber llegado, y nos gritó algo, al mismo tiempo que nos tiró un pan, el cual rodó por la calle hasta posarse a pocos metros de nuestra posición. Fui a recogerlo y le grité mis gracias al hombre, que ya se estaba entrando.

Llevamos el pan al convento y lo compartimos con los demás Hermanos. Rezamos tanto por el hombre aquel, que al poco rato llegó a golpear la puerta. El Hermano portero lo hizo entrar, y se produjo una extraña situación en que lo mirábamos y él nos observaba en silencio. No sé cuanto rato transcurrió hasta que el tipo se puso a llorar, nos pidió perdón y se fue, cambiado para siempre. Tiempo después los Hermanos me contaron que este hombre se transformó en un benefactor.

El año transcurrió tan rápido, que muy pronto estábamos ya en un nuevo Capítulo de Pentecostés, más concurrido que el año anterior, en los bosques de la Porciúncula. Armamos chozas de paja como si se tratara de una fiesta de tabernáculos. Yo conocía casi a la mitad de los Hermanos que vinieron. Para esta ocasión invité a Domingo de Guzmán. Me encontré con muchos hombres eruditos que querían conocerme. Todos ellos muy amables y con gran conocimiento acerca de la estructura actual de la Iglesia, pero no tenían ninguna motivación para luchar por los cambios que ésta requiere. Ni siquiera sentían que vivir la pobreza pudiera ser beneficioso para algo. Comprendí que de esa manera los cristianos nos estábamos resistiendo a ser transformados. En vez de iluminar, era nuestra fraternidad la que se estaba convirtiendo en una Orden tradicional. El gran desafío se estaba planteando así. Cómo vivir esta situación de la manera más fiel posible.

Inauguré el Capítulo diciendo:

-Hermanos míos, el camino en que estamos puestos es el de la humildad y la sencillez. Puede pareceros extraño mi programa, pero es el Señor mismo quien me lo ha revelado.

-Sería lamentable que al predicar buscarais el aplauso fácil en vez de la liberación de las almas -agregué-. O que desvirtuarais el mensaje, viviendo con exceso de comodidades.

Exhorté a los Hermanos a que amaran siempre a Jesucristo y que vivieran desapegados de los bienes materiales. De pronto, noté que muchos se distraían

mirando extrañados mi túnica llena de parches, que ya no se sabe de qué color es.

Les pedí que formaran grupos de a doce, como los apóstoles, para discutir los temas que estaban siendo de interés. Cada cierto trecho, el monitor de cada grupo comunicaba a la asamblea en forma brevísima lo esencial del resultado. Aún así, eso nos tomaba mucho tiempo, debido a la gran cantidad de grupos. Me di cuenta de lo difícil que es administrar una comunidad tan grande. No la tengo ya en mis manos, como antes. Ruego a Dios que esté en sus propias manos.

Un poco antes que terminara el Capítulo, Ugolino vino a mí, con gran preocupación, en una pausa y me preguntó mi parecer acerca de lo que le estuvieron diciendo ciertos Hermanos. No pregunté quienes.

-Ellos quieren aceptar la sabiduría de Agustín de Hipona, Bernardo de Claraval y el abad Benito.

-Mi camino no es ninguno de esos -respondí-, es de sencillez y humildad. Ya sé que parezco un loco, pero es así como me guía el Señor.

Con Ugolino puedo conversar estas cosas, y hacerle ver que nuestra comunidad está hecha para abrir un nuevo camino necesario, y no para transitar por las anchas calles conocidas.

-Me he jugado por vivir de acuerdo a las enseñanzas de Cristo -agregué.

-Tengo un gran temor... -expresó el Cardenal-, que la fraternidad sucumba como ha pasado con todos los movimientos similares de reforma. Es que no fueron canalizados... y se descontrolaron.

-Muchos cristianos de hoy sienten orgullo al levantar la cruz en el campo de batalla, pero se avergüenzan de la cruz... O la llenan de teología, en vez de tomarla y seguir a Cristo..., que nos habla de amar al enemigo y rezar por los perseguidores.

Ugolino quedó muy impresionado, y se dispuso a dejar tranquilos a los disconformes que habían preferido acudir a la persona de más jerarquía, en vez de plantear el asunto abiertamente en la asamblea.

Las conclusiones de ésta fueron gravitando hasta quedar establecidas. Se decidió que para evitar fracasos en las misiones, como los ocurridos, sería necesario que los Hermanos tuvieran más instrucción, incluso que fueran enviados a universidades.

Siguió primando el espíritu de pobreza, pero eso fue algo que me costó una ardua lucha. A ratos sentí desesperación, pero el alma siempre me volvía al cuerpo.

Respecto al llamado del Papa a integrar la nueva Cruzada, la decisión de la asamblea fue clarísima. No iremos a poner más guerra encima de la odiosa guerra. Nuestra decisión fue la de participar de una manera distinta. Iremos hacia los infieles a llevarles la palabra del Señor. Será arriesgado, y así lo asumimos. No necesitamos riquezas ni seguridades.

Egidio fue el más decidido. Viene llegando de las Cárceles donde pasó más de tres años, y ahora quiere partir a Túnez. Lo planteó en la asamblea y recibió muestras de estimación y apoyo. Le hablé a él y a todos, encomendándoles que no se trata de ir a la confrontación, aún cuando nos reconoceremos como cristianos.

25.- Iluminado en el mundo islámico

Fue en el verano de 1219 que partimos hacia tierras musulmanas con la intención de llevarles el evangelio de Jesucristo. Para Francisco, éste era su tercer intento. Para mí, el primero, y me gané este derecho porque algo sé de la lengua árabe. No mucho, sólo lo que aprendí durante mi infancia en Rieti, con un tío mío de ascendencia árabe.

Este viaje fue un verdadero regalo para mí. Nos embarcamos en Ancona junto a otros diez Hermanos y una multitud de hombres que iban a hacer la guerra con tal de huir de los ingratos destinos que su tierra italiana estaba en condiciones de ofrecer.

El resto de los Hermanos tuvo que volver a sus conventos porque el barco no tenía capacidad para llevarlos a todos. ¿Quién seleccionó a los diez de la suerte? Francisco le pidió ese servicio a un niño que vagaba por el puerto. Dijo que así se daría la voluntad de Dios.

-Necesito que Iluminado sea de la partida -exigió Francisco, indicándome a mí.

Durante el viaje, el hambre y la enfermedad hicieron morir a muchos, mientras que los delincuentes, que también los había, mataban para robar algo de comer. Nosotros, los Hermanos, sobrevivimos sin dificultad porque estamos acostumbrados al ayuno. Finalmente, llegamos a Damietta en Egipto, donde estaba ubicado el frente de lucha. En el campamento de los cruzados nos recibió el Cardenal Pelayo Galván, un español con más odio que aptitudes. Siempre enojado y arrogante.

A los Hermanos Menores nos asignó alojamiento en la casa contigua a una iglesia en el barrio más pobre de la ciudad, donde los enfermos y heridos aparecían a cada paso. Ocupamos gran parte de los días siguientes en atenderlos, pero con Francisco y Pedro Cattani también nos dedicamos a ir al campamento para tratar de conversar con Pelayo, a pesar de que nos menosprecia.

El Cardenal usaba costosas vestimentas rojas. Podríamos hablar con él si se dignara bajar de su brioso corcel, el que también estaba adornado con un elegante género rojo.

El ambiente no era de lo mejor, por las discusiones internas y por la falta de disciplina de los cruzados.

-Te sugiero que aceptes -propuso a Pelayo uno de sus oficiales, cuando ambos bajaron de sus caballos-. Nos ofrecen todas las reliquias de la cruz de Cristo.

-Migajas -replicó enojado el Cardenal.

-Si nos retiramos de Egipto nos devolverán Jerusalén... ¿Te parece eso una migaja?

-Pues, no se los creo.

-Más te valiera creer, mira que saldríamos ganando sin sacrificar vidas.

-¿Tienes miedo?

-No, Pelayo, pero lo que nos ofrece el sultán nos conviene.

Con Francisco y Pedro nos limitamos a escuchar en silencio y a mirarnos con extrañeza hasta que nos formamos una clara idea de la situación, justo cuando el diálogo entró en una de las carpas, a la que no tuvimos acceso.

-Francisco, Pedro -les hablé entonces, cuando nos quedamos solos- me parece que nos vamos a meter en una batalla sin destino.

-A mí también -dijeron ambos a coro.

-A ti te hará caso el Cardenal -continué, dirigiéndome a Francisco- eres nuestro jefe.

-Mira, Iluminado, no creo que Pelayo escuche a nadie.

-Si Dios te susurra algo al oído... es para que lo grites desde los techos... ¿no?

-Así nos enseña Jesús.

-¿Y entonces?

En eso, el Cardenal Pelayo salía de la carpa, y Francisco se acercó a él.

-Perdón, señor Cardenal -habló tímidamente Francisco.

-¿Qué necesitas? -preguntó molesto Pelayo.

-¿Qué mejor podríamos tener que la ciudad de Jerusalén -respondió Francisco con otra pregunta-, y las reliquias de la cruz de Cristo, además de salvar vidas y terminar de una vez una guerra inútil?

-No te metas en lo que no te corresponde -le gritó Pelayo, alejándose.

-Es Jesús quien nos guía -insistió Francisco, corriendo detrás del Cardenal.

-Eres un cobarde.

Tres días después, Pelayo atacó la fortaleza árabe usando catapultas, y sus hombres fueron repelidos con aceite hirviendo. Fue una aplastante derrota para los cruzados. Muchos nuevos heridos llegaron a la pequeña iglesia que nos hospedaba. Nos quedaba poco tiempo para ir al campamento, y en esos breves ratos, Francisco se las arreglaba para tratar de hacer entrar en razón al Cardenal Pelayo. Así fue que llegamos a saber que el sultán quería negociar. Ésta era una gran oportunidad para nosotros. Francisco no tardó en ofrecerle al Cardenal nuestra colaboración en esta emergencia.

-Olvidalo -fue la primera respuesta.

Pelayo no tenía intención de enviar a nadie a parlamentar.

-Te he dicho que no -contestó Pelayo al segundo día, cuando Francisco volvió a la carga.

-Es muy peligroso, Francisco. No creo que el sultán os deje salir con vida - fue la respuesta del Cardenal, al día siguiente.

Así siguió evolucionando este asunto, durante una semana. Pelayo quedó tan aburrido con Francisco que accedió a su pedido, sólo por deshacerse de él. Permitted que yo acompañara a Francisco, para que le sirviera de intérprete, pero nadie más.

Las órdenes fueron muy claras. No deberíamos ceder ni un ápice. Además, Pelayo, que tenía clarísimas nuestras intenciones, nos advirtió:

-No tratéis de convertir al sultán, si no queréis que él os mate.

Partimos contentos hacia territorio enemigo.

-“Ama a tu enemigo” es lo que nos dice Cristo -dije a Francisco, por el camino.

-Sí. Les llevaremos el evangelio, y talvez hasta logremos terminar la guerra.

-¿No será mucho?

-Es que me lleno de optimismo.

Salimos del pueblo por unas callejuelas oscuras y llegamos a un despoblado en el cual encontramos un sendero que nos llevó, después de algunas horas, hasta las cercanías del palacio del sultán.

Sabíamos que la cosa era peligrosa. Estábamos en una ciudad y creímos que de ahí podríamos ir a las plazas a hablarle a la gente, en idioma universal. Francisco trató de aprender previamente algo de árabe. No alcanzamos a decir ni una sola palabra en público. Nuestro aspecto bastó para que nos rechazaran. Muchos soldados en las calles no nos permitieron avanzar más allá de las primeras casas. Unos guardias nos detuvieron y nos llevaron a una improvisada estación de policía que funcionaba en una carpa. Nos apodaron "los sufíes cristianos", y se reían de nosotros.

Insistí mucho en que necesitábamos ver al sultán de Egipto para parlamentar.

-Nuestra misión es importante -traté de decir, en mi mejor lenguaje árabe.

Nos hicieron preguntas, que yo contestaba después de preguntar a Francisco qué tenía que decir. Ahí me di cuenta que no es tanto lo que sé del idioma, pues me costaba armar cada frase.

Nos llevaron a un edificio cercano y nos pusieron en una celda inhóspita hasta el día siguiente. Tratamos de dormir, pero al alba despertamos con las oraciones que se escuchaban. Pensé en mi nombre, que me habla de la luz que nos damos los unos a los otros. Jesús dice "Sois la luz del mundo". Creí que me había salido del mundo, pero hasta ahora no ha sido así. Sólo me puse en una orilla del mundo, tratando de iluminar, pues siempre he pensado que para algo me pusieron mi nombre. Unos dan luz, otros calor, otros vida, pero no estoy todo lo encendido que quisiera.

Al día siguiente nos siguieron interrogando. Hasta unos pocos golpes nos dieron, pero pronto se aburrieron de nosotros. Entonces, empezamos de nuevo a insistir en que traíamos un mensaje de paz para el sultán, y queríamos ser recibidos por él, como emisarios para el bien y no para el mal. No querían hacernos caso, pero las cosas se fueron dando, pues pasó por ahí, ese mismo día, un alto funcionario. Nos vio y escuchó, y dio la orden de que nos trasladaran a otra celda un poco mejor, en las inmediaciones del Harem. Ahí no íbamos a poder estar por mucho tiempo, ya que era de alto nivel.

Supusimos que de allí nos enviarían a una cárcel, lo que no estaba en nuestros planes. Sin embargo, tuvimos suerte, pues una noche llegó a ese lugar el sultán Al Kamil. De hecho, todas las noches las pasaba en el Harem, pero esa vez necesitó conversar algo con el encargado del centro de reclusión, y éste le habló de nosotros y de nuestro extraño requerimiento.

El sultán dispuso que a la mañana siguiente nos llevaran a cierta sala del recinto. Por supuesto, nos llevaron custodiados. Francisco conversó con el sultán, a través mío, siendo yo el que conocía algo del idioma. Aquél comenzó un discurso, que yo traducía con la máxima fidelidad posible, así como también las respuestas de Al Kamil.

Francisco empezó pidiendo perdón al sultán por la agresividad de los cristianos. Después le habló de Jesús.

-Jesús, ¿el hijo de María? -expresó el sultán-. Aparece en nuestro libro sagrado, el Corán.

Se entendieron muy bien, a pesar de tener uno el ideal de pobreza, y el otro, el de la riqueza. Ambos vibraban con el tema religioso, y se respetaron plenamente. Los dos querían terminar la guerra lo más pronto posible, y ninguno de ellos tenía la fuerza necesaria para lograrlo. Con gran entusiasmo intercambiaron ideas, hasta terminar siendo casi amigos. Al Kamil dejó muy en claro, eso sí, que a él no le íbamos a cambiar su religión.

-Nos matarían a los dos -aseguró riendo el sultán a Francisco.

Le caímos en gracia, y nos liberó de la prisión. Pudimos quedarnos como huéspedes suyos en una edificación que estaba muy cerca del palacio. Nos recomendó no salir porque nadie iba a comprender una cosa así. Conversamos un rato cada día, y hasta nos permitió entrar al palacio real y nos reunimos con los principales jefes.

El sultán es un hombre joven y afable. En todo momento nos respetó. No entiendo cómo nuestros cardenales le hacen la guerra. Podría haber entendimiento conversando las cosas. Hay mucho fanatismo en nuestra jerarquía. También en importantes sectores del mundo árabe. Decidimos que le contaríamos todo eso al cardenal Pelayo, para que cambie de actitud. Eso sí, cristianizar a la gente de acá, como pretendíamos, es imposible. El sultán nos hizo ver que es tan difícil como cambiarnos a nosotros a la religión musulmana. Sin embargo, nuestro Dios es el mismo.

Ya no sabía yo si estaba preso en jaula de oro o era huésped real del sultán. Nos trataban muy bien, como a visitas ilustres. El palacio era enorme y suntuoso, con pasillos y salones muy adornados, lo cual no tiene nada que ver con nuestra forma de vida.

-El ámbito de nuestra tarea está en los cristianos -me dijo Francisco, y tiene toda la razón.

Durante una semana fuimos huéspedes de Al Kamil. En la tercera noche, nos ofreció mujeres para agasajarnos como corresponde. Se trataba de unas sirvientas del Harem que se hallaba ubicado en el edificio vecino. Francisco me ordenó rechazar la oferta, cuando se la traduje con un poco de bochorno. Eso no fue entendido de buenas a primeras. Tuvimos que explicar que en nuestra cultura, y muy especialmente en nuestra situación de predicadores pobres itinerantes no nos permitíamos una cosa así.

-¿Irás a una mezquita? -preguntó Al Kamil, después de varios días.

-¿Por qué no? -fue la respuesta de Francisco-, si Dios está en todas partes. Esa tarde estuvimos en la mezquita. Fue una experiencia interesante.

-Gracias por intentar salvarme -exclamó el sultán cuando decidió que ya era el momento en que debíamos retirarnos-. Habéis arriesgado vuestras vidas por mí... Nunca lo olvidaré.

Regaló a Francisco un cuerno de marfil, muy lindo, y además nos otorgó un salvoconducto para visitar Tierra Santa. Y hasta nos dio víveres para nuestro camino al campamento. Llegamos a éste contentos y transformados. Ya no queremos evangelizar a los musulmanes. Eso no tiene sentido. Nuestro trabajo hemos de hacerlo hacia los cristianos.

El Cardenal Pelayo nos preguntó acerca de las instalaciones que tendríamos que haber visto, pero la verdad es que ni nos fijamos.

-No tenéis remedio -nos dijo.

Nosotros, los Hermanos Menores, no quisimos seguir estando ahí. Tampoco a Pelayo le interesaba que continuáramos, así que fue muy fluida la despedida, y partimos hacia Tierra Santa, pasando por Siria para visitar a Elías. Es el Custodio de Siria, y nos recibió feliz. Francisco quedó admirado por el excelente trabajo que ha hecho acá Elías, con miras a reconciliar la iglesia griega con la latina. No sólo los cristianos le tienen estimación, también los musulmanes.

Se ha incorporado a los Hermanos Menores en Siria un sacerdote y predicador famoso, Cesáreo de Spira. Es un teólogo alemán, que estudió en París, y sabe mucho acerca de los evangelios y de la obra misionera de San Pablo.

Con Francisco, Pedro y Elías fuimos a Jerusalén, y también a Galilea. Fue un viaje emocionante y muy provechoso. Ver los lugares en que Jesús estuvo enseñando es sobrecogedor. Casi parece que todavía estuvieran las palabras de Jesús vibrando en el aire.

Después de una semana volvimos a Siria a reunirnos con los demás. Estábamos contentos en Siria hasta que llegó el hermano Esteban, proveniente de Asís. Un saludo alegre fue seguido por nuestras caras de pregunta. Todos queríamos saber a qué se debía ese viaje.

-No traigo buenas noticias -señaló Esteban.

-¿Qué ha pasado? -quiso saber Francisco, pues la preocupación nos tomó a todos. Yo me imaginé las peores tragedias, en tan solo los pocos segundos que Esteban tardó en responder:

-Los Hermanos más intelectuales... y los más clericales... se están apropiando de la comunidad.

Empecé a sentirme un poco más aliviado y tranquilo, ya que lo escuchado no me pareció tan enorme ni falta de solución.

-¿A qué te refieres? -preguntó Francisco.

-Hubo un Capítulo de Pentecostés, sin nadie que tuviera la fuerza para defender nuestros principios originales.

-Tendremos que anticipar nuestro regreso a Italia -decidió Francisco.

-Sí, Francisco, por favor -suplicó Esteban, y después siguió contando los tristes pormenores de la debacle. Hasta nos habló de perseguidos y encarcelados. Yo no era capaz de imaginar cómo podía haber ocurrido algo así. Supuse que Esteban puede haber estado exagerando, pero de todos modos era urgente volver a Asís. Así lo hicimos, a primera hora del día siguiente. Francisco le pidió a Elías y a Cesáreo que nos acompañaran porque los iba a necesitar, con toda seguridad. Ambos accedieron, así que nos embarcamos con ellos hacia nuestra querida Italia, después de varios meses de haberla dejado.

La Cruzada continuó, a pesar nuestro. La destrucción fue salvaje. Los lugares santos siguieron estando en manos árabes.

En el barco, Francisco tuvo unas fiebres altas y no podía comer nada, ni siquiera tomar agua. Y como si eso fuera poco, se le pusieron los ojos colorados y le ardían. Se le hincharon los párpados y veía todo borroso. El viaje se le hizo

eterno, y a mí también, hasta que por fin llegamos a Venecia. Desde ahí en adelante hasta Asís, Francisco ya estaba mejor.

-¿Quién soy yo? -me preguntó Francisco.

Entendí perfectamente que no estaba enajenado, sino que se estaba cuestionando, y ajustando su persona. Yo no quería ni pensar en lo que se nos iba a venir encima. Encontraríamos una Porciúncula muy distinta a la que dejamos.

-Estás en un momento de fuerte cambio -le dije, y comprendí que no estaba respondiendo a su pregunta, pues no me corresponde hacerlo.

26.- Pedro al volver de Oriente

En el verano del 1220 volvimos a Asís, con Francisco, Elías, Iluminado y los otros. Acá nos encontramos con algo que superaba los vaticinios más pesimistas, surgidos al hablar con Esteban. Algunos Hermanos se admiraron al constatar que Francisco estaba vivo, pues los rumores decían que había muerto. Incluso, en más de uno vi lucir ya una majestuosa actitud de sucesor.

Nuestra querida fraternidad de Menores estaba en camino de transformarse en otra cosa. Durante la ausencia de Francisco, había quedado a cargo de Gregorio de Nápoles como superior general, secundado por Mateo de Narni como custodio de la Porciúncula. El hermano Gregorio dedicó gran tiempo a viajar, con miras a ampliar nuestro movimiento a otras regiones, lo cual puede ser loable pero, a mi entender, si quedó encargado de cuidar las ovejas, el pastor no tenía que irse por el mundo. Así se lo hizo ver Francisco:

-Quedaste tú para que pudiera salir yo.

-Francisco, no te imaginas la cantidad de nuevos Hermanos que han brotado por todas partes -respondió Gregorio-. Y tenemos muy buena llegada con los obispos, ¿sabes?

No es fácil rebatirle, porque tiene facilidad de palabra.

-Cuéntame qué pasó en el Capítulo de Pentecostés -pidió Francisco, dirigiéndose a Gregorio.

-¡Ah! Estuvo fabuloso. Han llegado hombres con una enorme sabiduría.

-¿Estudiosos...?

-Más que eso. Eruditos.

-Acabo de saber que Juan de Capella se retiró de la fraternidad.

-Sí. Es un santo, pero... muy llevado de sus ideas.

-¿Cómo así?

-Formó una comunidad para atender a los leprosos. Escribió su propia regla y partió a Roma a tratar de entrevistarse con el Papa.

-¿No podía llevar a cabo su misión dentro de nuestra comunidad?

-No podía... porque estamos siempre tan escasos de dinero, tú sabes. Y han entrado muchos sacerdotes, que necesitan disponer de los mínimos elementos para la eucaristía, y... sus ornamentos. Todas esas cosas.

-A partir de hoy tendrán que acostumbrarse a ser pobres.

-De hecho, nos ha resultado difícil mantenernos con puras limosnas y pequeños trabajos ocasionales.

-Gregorio, debemos rechazar la riqueza, si queremos que la Iglesia viva en el espíritu del evangelio de Jesús.

-¿Y cómo podrá una Iglesia pobre administrar los sacramentos que los fieles necesitan para su salvación?

-Tal como lo hacían los primeros cristianos.

No era fácil dejar callado a Gregorio, pero Francisco lo logró. Sin embargo, le resultaba difícil mantener en la hermandad la forma de vida original. Por un rato breve pudo ponerse contento, cuando llegó Egidio, que había pasado un buen tiempo en profunda oración, alejado del mundo.

-Quiero ir a predicar en el mundo árabe -le dijo a Francisco, a los pocos días.

-En el mundo árabe... Sí -accedió Francisco-, pero, llevarás la palabra a los cristianos.

Eso era lo más razonable, después de la experiencia de Damietta. Así fue como Egidio partió a Túnez, acompañado de Electo, un Hermano de los más jóvenes, y muy debilucho, pero con una tremenda fuerza interior.

Al día siguiente, Francisco se acercó a mí, diciendo:

-Pedro, tú eres la persona indicada.

-¿Para ir a predicar? -pregunté confuso.

-No... No me refiero a eso... Quiero a alguien que tenga mucho conocimiento de la teología, un sabio. Tú lo eres.

-Gracias por pensar así de mí... ¿Dónde quieren a ese alguien?

-Aquí mismo.

-¿En qué pasos andas?

-Mira, Pedro, yo ya no tengo buena salud, y no me hacen mucho caso los Hermanos. Le pedí a Dios que me indicara quién ha de reemplazarme, y me ha dado tu nombre. ¿Qué más puedo necesitar? Yo confío en tí. Sé que serás siempre fiel a nuestra pobreza original, y no llevarás a la comunidad por el mal camino.

-Te agradezco este gesto, pero yo no soy digno de tan alto cargo.

-No es un cargo. Es un servicio. ¿Estás dispuesto a sacrificarte?

-Sí, lo estoy.

Enseguida, Francisco comunicó la noticia a los demás Hermanos.

-Vosotros, y también yo -les dijo-, obedeceremos al hermano Pedro Cattani.

Al otro día, Francisco fue conmigo a ver al Cardenal Ugolino, para presentarme.

-Por favor, no renuncies -le pidió nuestro protector.

Yo pensaba que me agradaría eso a mí también, pero si Francisco ya lo había conversado con Dios, nada lo haría cambiar. Así lo comprendió el prelado.

-Sería bueno que los nuevos Hermanos pasaran por un período de prueba de un año, ¿no crees, Francisco?

-Sí. Tienes razón.

Fue un logro del Cardenal, pues hasta ahora Francisco estaba reacio.

-Estoy reformando el clero -continuó Ugolino, dirigiéndose a nosotros- y me agradaría mucho que algunos Hermanos de vuestra fraternidad ocuparan cargos importantes en la nueva estructura.

-No hemos renunciado al siglo para ocupar cargos -dije.

-No sería bueno que los Menores se transformen en Mayores -redondeó Francisco certeramente, dando por terminada la conversación.

Transcurrieron meses difíciles para mí, por la nueva responsabilidad que estaba teniendo. En todo, trataba de hacer las cosas como las haría Francisco. Ya sé que fui nombrado porque soy el único Hermano intelectual del grupo de origen.

No soy presbítero ni teólogo, pero siempre me ha gustado estudiar lo relacionado con religión. No pretendo estudiar a Dios, que eso es imposible. No estudié más que el Derecho Canónico. Después, vi que eso no es lo mío. He leído la Biblia, en particular los evangelios, ya los conozco bien y he reflexionado mucho en torno a esos documentos. Hay tergiversaciones en la Iglesia porque algunos jerarcas cristianos de la historia han interpretado algunas cosas a su manera, y sería bueno rectificarlas. Por ejemplo, eso de que María Magdalena haya sido una prostituta es un invento de alguien. Muy novelesco..., y prendió fuerte en la gente. Tenemos que reivindicarla, algún día. Al principio creí que yo lo haría, pero en eso entré a la comunidad, y ya empezó a cambiar mi propósito de vida. Me transformé ese día en que llegó Francisco con Bernardo a consultarme porque éste quería saber cual sería su camino. Resultó que no sólo él descubrió su camino sino que hasta yo descubrí el mío. Fue como un terremoto interior, que me removió.

Y ahora, he tenido que cargar con la tediosa administración, pero en el momento de decidir cosas importantes, le consulto a Francisco. Ya tengo mi edad, estoy enfermo, y los rigores de la vida me han debilitado. Cada nuevo invierno me deja peor y no sé si resistiré el próximo.

Los demás Hermanos, salvo los antiguos, tratan a Francisco como si hubiese muerto. Con veneración, pero sin hacerle mucho caso. Todos los días tenía que repetir Francisco sus llamados a la oración:

-Alimentad vuestra alma. Sin oración no se puede avanzar en el sendero de Dios.

Francisco daba el ejemplo, entregándose a sus plegarias en cada momento. Contemplando, percibía más que todos nosotros, como si tuviera sentidos especiales. Ésa es la principal razón por qué lo sigo tan decididamente.

Una vez le llamé la atención por sus excesivas penitencias, como si se estuviera castigando en exceso, de manera injusta.

-Tengo que ser ejemplo para los demás -me respondió-. ¿Y por qué seguimos teniendo ese libro? -agregó, cambiando el tema, al tiempo que señalaba un lujoso ejemplar del Nuevo Testamento, que había adquirido Mateo de Narni cuando nosotros estábamos en Oriente.

Antes que yo alcanzara a pensar alguna respuesta, nos interrumpió el Hermano portero, diciéndome:

-Viene la mamá de unos de los Hermanos, y pide ayuda.

-Dale este libro -fue mi inmediata respuesta, y le pasé el famoso Testamento aquél-, le sacaré un buen precio.

Francisco sonrió, después que el portero se hubo alejado, y a mí me vino una tentación de risa, que no la pude aguantar. Al final, reíamos los dos, con gran relajo.

Días después llegó la noticia de los mártires. Cinco Menores murieron en Marruecos. Berardo, Pietro, Adiuto, Accursio y Ottone. A pesar de que el sultán había dado la orden de liberarlos, ellos nunca dejaron de predicar cada vez que

podieron. Eran los propios cristianos los que intentaron callarlos, por miedo a una eventual venganza del sultán. El infante don Pedro los tenía en su casa a estos cinco Menores, para cuidarlos, y los llevó a una acción armada, junto a otros cristianos y a musulmanes. Tuvieron que pasar tres días de sed sofocante, hasta que Berardo encontró agua, que manaba en abundancia. Lo consideraron tan milagroso, que surgió entonces el tema de la religión, en agudos diálogos en que Berardo dejaba callados a los musulmanes. Cuando el sultán de Marruecos se enteró de estas andanzas se sintió humillado y no aguantó más la predicación de los Hermanos. De ahí para adelante, éstos tuvieron cada vez menos posibilidades de sobrevivir.

Fue triste conocer el desenlace de tan valiente misión. Encargué a Felipe llevar la noticia al convento de San Damián. Entre llanto y llanto, pudo decirlo todo y consolar a las Hermanas. Clara manifestó su profundo deseo de ir en misión al Oriente y entregar su vida por Cristo.

-Nosotras también iremos -exclamaron las demás.

Yo me preguntaba si se trataría sólo de un llamado al martirio, o si no era quizás algo más. El deseo de anunciar el evangelio, de hacer realidad el Reino de Dios por la palabra y por la acción. ¿Por qué ella, Clara, no podía también anunciar el evangelio? A mi entender, en Clara se manifestó algo imperativo, de darse por la salvación de las personas.

Estaban decididas, a tal punto que Clara solicitó el permiso de Francisco, pues él sigue siendo referencia pastoral para ellas. Nuestro fundador tuvo que ir en persona a San Damián a apaciguar a las Hermanas, hasta que las convenció de quedarse.

Días después, regresó Egidio. Los cristianos no le habían permitido predicar, y para salvarlo lo obligaron a subir a una nave con destino a Italia. Así, llegó decepcionado, y sin Electo, quien logró escabullirse cuando lo iban a embarcar.

En su nueva estadía en la Porciúncula, Egidio se dedicó más que nada a cuidar a Francisco, pues encontró que tenía fiebre.

-Acá hacen a un lado a Francisco -se quejó Egidio.

-Están un poco cambiados los Hermanos -tuve que reconocer.

-¿Un poco...?

-Anoche tuve una pesadilla -le conté para cambiar el tema.

-¿Sí, qué soñaste?

-Mira, yo iba pasando por uno de los infiernos..., pero, te digo que un infierno muy desgraciado...

-¡Ya sé! Ahí te debes haber encontrado con varios Hermanos Menores.

-No, Egidio. No había ninguno.

-Talvez no fuiste al infierno de más adentro.

27.- Antonio y su vocación

Hasta hace poco yo me llamaba Fernando. Tan solo el año pasado me puse Antonio, cuando me incorporé a los Hermanos Menores. Es uno de los pasos más importantes que he dado en mi vida, sólo comparable con el de hoy, que eso

sí, es mucho más solemne. Es el día de mi ordenación sacerdotal, a la que asisten mis padres, muy contentos, pues ya se acostumbraron a la idea. Largos años tardaron en asumir que mi camino no es el tradicional que ellos habrían querido para mí. Cuando decidí dejar el mundo para entrar a un convento, hace ya muchos años, casi se murieron de la impresión. Fue un golpe duro para mi padre. Yo tenía apenas 18 años, y mi vida ya había hecho crisis.

-Tienes facilidad para el estudio -me dijo, el día en que me atreví a comunicarle mi decisión-. ¿Y... la vas a desperdiciar?

-No la voy a desperdiciar. Estudiaré para canónigo.

Eso es lo que yo quería hacer con mi vida. Aprender mucho acerca de Dios, y enseñarlo. Bueno..., aunque es imposible aprender mucho..., al menos, todo lo que sea posible. Creo que uno nunca llegará a comprender la grandeza de Dios. Todo lo que parece imposible me llama con fuerza.

A mi madre no le costó tanto aceptarlo. Creo que a ella puedo decirle lo que siento. Tuvieron que resignarse, después de varios días en que yo no cambiaba de idea. Estaba decidido a dejar las riquezas y las vanidades del mundo, y orientar mi capacidad de estudio al servicio de Dios. Así fue como entré a la comunidad de canónigos de San Agustín, en un convento muy próximo a la ciudad de Lisboa donde nací y me crié.

Mis amigos me visitaban casi todos los fines de semana, y se reían con mucha bulla, y hasta me picanaban para que me consiguiera permiso para salir con ellos alguna vez. Tanto ocurrió esta situación, que el canónigo superior se aburrió de esperar un mejor comportamiento de mi parte, y me trasladó al convento de la Santa Cruz, en Coímbra, la capital. Desde entonces pude dedicarme al estudio y a la oración. Aprendí muchísimo acerca de la Biblia y la teología.

Un día, el superior del convento, que es sacerdote, me ofreció completar mi estudio un año más, y así poder optar a ser presbítero. Puse eso en oración, me levantaba muy temprano a preguntarle al Señor qué he de hacer. Después de unos días, acepté de muy buen grado. No sé si habría llegado a esa misma decisión si hubiera ocurrido antes lo de los mártires, pues fue algo que me removió profundamente.

Era un grupo de cinco monjes atípicos, pertenecientes a la comunidad de Hermanos Menores. Con Berardo a la cabeza, pasaron por Coímbra hace un poco más de un año, yendo de paso hacia Marruecos. Tenían el férreo propósito de predicar en el mundo árabe, y hacia allá partieron. En Coímbra habían sido acogidos con calidez. Hasta la reina los invitó a palacio una tarde porque quería saludarlos.

Acá admiramos al fundador de los Menores, un italiano llamado Francisco, muy conocido por haber renunciado no sólo a las riquezas personales sino también hasta a los más pequeños bienes comunitarios. Muy cerca de aquí está el monasterio de San Antonio Abad, que los Menores tienen en Coímbra. Y hasta existe también un convento femenino de Hermanas Menores en Las Cellas. Éste fue fundado hace poco por la infanta Sancha, hermana carnal de Teresa, monja también pero tradicional, cisterciense.

Lo que ocurrió en Marruecos fue que estos cinco Menores entregaron sus vidas por la causa de Cristo. Sólo regresaron a Coímbra sus cuerpos, traídos en

dos cofres de plata por el infante don Pedro, que se hallaba en expedición en Marruecos y había entablado una buena amistad con estos jóvenes. Él pidió los cuerpos para darles sepultura. Tuvo que superar toda clase de dificultades antes de arribar con ellos a Coímbra, varios días después de haberse anunciado. La reina y gran parte del pueblo salieron a recibirlo. El funeral se llevó a cabo en Santa Cruz, y acá mismo quedaron enterrados los cuerpos, pues en el San Antonio Abad no había lugar, si tiene sólo un par de celdas y una sala que llaman comedor.

Para mí fue una experiencia fuerte, y le prometí al Señor que yo también llegaría a ser mártir, como esos cinco valientes.

La oportunidad se vislumbró muy poco tiempo después, un día en que vinieron a la "canónica", como dicen ellos, dos Menores a pedir limosna y a rezar ante la tumba de sus mártires. Quise acompañarlos en esa plegaria, que después fue derivando a una conversación.

-Me gustaría ingresar a vuestra comunidad -les dije, simplemente- y ser enviado a tierras musulmanas.

No me pusieron ningún problema. También conseguí permiso de mis superiores, a pesar de que estaba dejando pendiente la parte final de mis estudios y la ordenación sacerdotal. No importa. Los llamados de Dios hay que atenderlos.

Me fui a vivir al convento San Antonio Abad, y en honor a ese admirable santo, uno de los primeros en optar por una vida monástica, decidí llamarme Antonio, para que me ayude a ser como él. Tuve que renunciar a todas mis comodidades porque acá el espacio es muy reducido, y a veces no hay ni siquiera pan duro que comer. Es increíble, pero esta vida me ha acercado más a Dios.

En cuanto pude le pedí al Hermano guardián que me enviara a Marruecos a predicar. Se demoró un poco en concedérmelo, pero por fin llegó el día de partir a mi misión, a comienzos del 1221. Durante el viaje no hubo contratiempos. Yo estaba dichoso, pero me enfermé a poco de llegar al mundo árabe. La verdad es que nunca he tenido muy buena salud, y eso atentó en mi contra. Alguna infección atacó mis entrañas, y me dio mucha fiebre. Creí que iba a sanar pronto, pero eso no ocurrió. Cada vez se iba agravando mi estado, y tuve que volver pues así como estaba no valía un mendrugo. El ánimo no me alcanzaba para dar muchos pasos. En esas condiciones tenía que salir a mendigar para mantenerme.

Pensé que ya habría otra oportunidad, más adelante. Con tristeza me embarqué de vuelta, sintiéndome pésimo. Para peor, se desató una tormenta que casi nos hace naufragar. Por suerte pudimos bajar en Sicilia. Yo, vomitando, fui llevado a un hospital donde me atendieron muy bien, hasta que mi enfermedad sanó, faltando apenas unos pocos días para Pentecostés.

Ya que estaba en Italia, me pareció conveniente no perderme el Capítulo de este año, que se celebraría en Asís en esa fecha, así que emprendí el viaje hacia el norte, incluyendo un trayecto corto por mar, y lo demás por tierra. Llegué muy a tiempo al pueblito de Asís, que yo no conocía aún. Me encontré con el Hermano guardián del convento San Antonio, que se puso contento al verme, y con muchos otros Hermanos Menores, provenientes de todas partes.

Lo más notable fue encontrarme con Francisco. Es un hombre delgado y bajito, con una fuerza espiritual increíble. Conversé mucho con él, gracias a que, siendo niño, aprendí a hablar en italiano. Él es muy llano y abierto. Me dijo haber

quedado impresionado por mi cultura religiosa. Le respondí que mucho más impresionado estaba yo por su humildad. Francisco se sentaba a los pies de Elías mientras éste presidía la asamblea. Es el ministro general desde hace un poco más de un mes, al morir Pedro Cattani, el anterior vicario.

Fue un Capítulo interesante, y me sentí muy feliz de pertenecer a esta comunidad. Hasta me concedieron la palabra en cierto momento, y estuve fascinado contando mis últimas experiencias y dando a conocer mis motivaciones para estar allí.

Ocurrió una anécdota notable. A un Hermano de los que estaban de visita se le perdió un libro que para él era valioso por las enseñanzas que tenía, y porque se lo había regalado una persona muy querida. Le prometí rezar para que apareciera el libro, y así lo hice después de la jornada diaria. A la mañana siguiente, muy temprano, iba yo caminando y divisé algo entre unos matorrales. Era un libro con sus tapas húmedas de rocío. Lo tomé, lo limpié y se lo llevé al Hermano distraído, quien se puso feliz con mi hallazgo.

Francisco me pidió que por favor enseñara algo de teología a los Hermanos en diversas regiones, pues yo era la única persona, según él, capaz de hacerlo en forma fiel al evangelio. Me explicó que la mayoría de los eruditos dejan de lado lo más esencial y se sumergen en las elucubraciones intelectuales.

-Sólo se llega al Padre a través de Jesucristo -dijo para reafirmar lo anterior-, lo dicen los evangelios.

En eso tiene toda la razón. Y cuando le conté que tenía pendiente mi ordenación me insistió encarecidamente que no siguiera postergando eso ni un minuto más.

-Eres ya como un verdadero obispo -señaló.

Recuerdo cuando estuve estudiando para canónigo, y después me di cuenta de que eso no era lo que yo buscaba. Por eso estoy derivando a presbítero, y más que nada por la insistencia de Francisco. Fue entre medio que ocurrió lo esencial. Ver lo que pasó con esos mártires me cambió. Algo me decía que ése iba a ser mi destino. Cada paso que he dado ha sido importante, pues no se avanza en línea recta. Me gusta el estudio, y lo que más me gusta es animar, despertar en los demás las ganas de transformarse. Se necesita insistir. No retraerme porque me miren mal. Continuar en pie mientras tenga vida. La iniquidad tiende a mantenerse, no quiere ser erradicada. Hay que tener fuerza para derrotarla. Les hablo a los que escuchan y a los que no quieren escuchar. Me costó darme cuenta de todo esto. Es el niño sabio que uno lleva dentro el que sobresale siempre.

Al despedirme de Francisco, al final del Capítulo, me volvió a repetir todo su sermón, con tal fuerza que aquí estoy en la "canónica" de Santa Cruz, a punto de ser sacerdote. Es una ceremonia hermosa, llena de símbolos, que no sólo me llena de emoción sino que también eleva profundamente mi ser hacia el Creador.

28.- Francisco y la forma de vida

Cuando estuve con Elías en Narni, el año pasado, me sucedió algo asombroso. Nos encontrábamos recorriendo la zona central del país, llevando la

palabra y viviendo de la limosna. Habíamos salido de Asís varias semanas antes, para asistir al funeral de Domingo de Guzmán, en Bolonia, y al volver visitábamos cada ciudad, por uno o dos días. A tal punto, que nos pasamos de largo hacia el sur, por los pueblos cercanos, y también los más alejados.

Disfrutamos viendo cómo se aproximaba la gente, y hasta se unían a nuestras canciones. Muchos renunciaban a sus vanidades para emprender el camino de Cristo.

Fue en Narni que ocurrió algo especial. Todo comenzó cuando un muchacho me dijo en la plaza:

-Ven a sanar a mi padre, por favor.

-¿Qué enfermedad tiene tu padre?

-No puede caminar... Si no fuera por eso, él mismo habría venido acá.

-Sólo Dios puede sanarlo -respondí- pero... vamos a tu casa, y conversemos un rato con él.

El joven me miró con extrañeza y nos llevó a su casa. Mucha gente nos siguió, y hasta entraron unos pocos con nosotros. El hombre estaba postrado en su cama sin poder moverse, desde hacía casi un año. Intentaba comunicarse poniendo su lengua en tal o cual posición y haciendo unos raros guiños de ojos. Les pedí que entre todos pidiéramos a Dios que le diera un poco más movimiento al dueño de casa. Pedro es su nombre. Así lo hicimos, durante casi media hora, luego de la cual dije a la gente:

-Ahora, vamos a cambiar la oración. Le vamos a decir a Dios que estamos muy agradecidos...

Me miraban sin comprender.

... porque tenemos la certeza -continué- que Dios nos escuchará.

-Gracias, Señor -recé- porque darás movimiento a Pedro, que te lo está pidiendo.

Así estuvimos otra media hora. Después hice la señal de la cruz sobre su frente y empecé a retirarme. Pedro quiso abrazarme y, aunque no podía lograrlo, al menos pudo mover sus brazos y manos, lo que ya era algo notable.

-Tienes que hacerle ejercicios -dije al niño antes de irme.

Volví a esa casa, con Elías, antes de salir de Narni y vimos que Pedro daba ya algunos pasos, y hasta hablaba, lo cual nos puso contentos a todos.

Seguimos viaje hacia el sur, recordando lo que habíamos vivido en Arezzo, algunas semanas atrás. Allí nos habíamos encontrado con una situación inhóspita, debido a la invasión florentina, que tenía muy desmotivada a la gente. Las calles eran inseguras para los transeúntes, además de estar llenas de basura que nadie recogía. En esa ocasión, nos dirigimos hacia la plaza a entregar nuestro canto. Me puse a predicar, y se juntó mucha gente. Traté de hacerles ver la necesidad de salir del caos y de la vida delictual. Por cierto, no iba a bastar con las buenas intenciones. Algo había que hacer para que la gente no siguiera cayendo cada vez más bajo. Eso pensábamos en la noche, en una pequeña casa de oración que los Menores de Arezzo habían conseguido prestada para vivir, en las afueras del pueblo.

-Al día siguiente me enviaste a mí -señaló Silvestre, mirándome.

-Sí, como mensajero. ¿Quién más podría haberlo hecho? Recuerda que eres sacerdote.

-¿Cómo fue eso de expulsar los demonios? -preguntó Elías, mientras seguíamos caminando.

-Siete demonios -rectificó Silvestre-, ese detalle es esencial.

-Como los siete demonios que Jesús expulsó de Magdalena -acotó Elías, al instante.

-Eso es -intervine-, "siete demonios" significa alguna cantidad de abatimientos que se han ido criando a lo largo del tiempo.

Seguimos recordando cómo Silvestre había partido con tanta tranquilidad a cumplir esa misión, igual que si se tratara de sacar agua de un pozo, que con seguridad no estaría seco.

-Fue divertido -agregó Silvestre- entrar al pueblo, gritando "De parte de Dios, retiraos los demonios". Yo apuntaba con la mano hacia los techos, centrando ahí el refugio de las malas costumbres.

La gente de Arezzo había quedado tan asombrada que empezó a tomar conciencia de la necesidad de cambiar de actitud. Arezzo ha empezado a salir, poco a poco, de su postración, igual que Pedro en Narni.

* * *

Durante el camino de regreso a Asís pensé que sería bueno que el Papa Honorio ratificara nuestra Forma de Vida, que aprobó Inocencio, años atrás. Así se lo dije a Elías, y él estuvo muy de acuerdo.

-La comunidad necesita tener una Regla -reafirmó.

En cuanto llegamos a Asís me puse a escribir la Regla, en los mismos términos en que estaba esa primitiva Forma de Vida. Incluí algo adicional, la obligatoriedad de tener un período de prueba para los nuevos Hermanos, ya que ése es un verdadero clamor de Ugolino y Elías. Traté de que el documento no fuera muy rígido ni tuviera tanto reglamento, sino más bien sea un propósito de vivir de acuerdo al evangelio de Jesús. Le pedí a Cesáreo de Spira que me ayudara con las citas bíblicas. En todo momento, quise que la regla proviniera de Cristo y no de mí. Puse énfasis en la convivencia fraterna, pacífica, sin agresiones, y en el anuncio del evangelio de Jesucristo. Al final, cité extensamente las Bienaventuranzas.

La regla no fue aceptada por la asamblea del 1221 porque la encontraron larga y poco precisa en cuanto a normas disciplinarias. Tuve que asumir que los tiempos han cambiado con mucha rapidez, y las motivaciones de la gente son otras. Se ha perdido la mística del comienzo. Algo se podría hacer para reencantar a los Hermanos con esa vida de los primeros años, ese fuego que aún está en mí. Mientras tanto, no me quedó más remedio que hacer otro documento más corto y con más normas específicas, pero sin perder lo esencial que Jesús nos pide. Para ello me recluí con León y Bonicio de Bolonia, en ayuno y oración, en un eremitorio benedictino en el Monte Colombo, cerca de Rieti.

Cierta noche tuve un sueño en que yo recogía del suelo unas migas de pan para repartir entre los Hermanos. Con las migas hice una hostia, la cual no desaparecía nunca. Cada vez que la daba a alguien, volvía a tener otra igual en mi mano.

Conversé el sueño con León y él me hizo ver su parecer respecto al significado:

-Las migas son las palabras del evangelio... y la hostia es la Regla.

Eso me reafirmó que hacíamos un trabajo correcto. Y... por cierto, era algo que estábamos recogiendo del suelo. Agregamos un concepto a la regla, en el sentido de admitir un grado de adaptación al entorno, pero sin dejar de ser auténticos. Los Hermanos no deberían convertirse en hombre corrientes, pues la sal no puede perder su sabor.

Volvimos a Asís con nuestra nueva versión del documento. La entregué a Elías para que la estudiase, antes de darla por definitiva, y me retiré a Las Cárceles para hacer oración. Allí me encontré con Egidio, que está siendo cada vez más contemplativo. Al segundo día de llegar lo vi ensimismado, con los ojos hacia el cielo. No me cupo duda que estaba en la presencia divina. Después me contó lo que estaba viviendo en ese largo instante.

-Vi muchos tronos -me dijo Egidio-, y uno de ellos estaba adornado con piedras preciosas... Pregunté que para quién era ese trono... Entonces supe que había pertenecido a un ángel que después pecó... y ese trono lo ocupará Francisco.

-¿Quién, yo?

-Sí, Francisco.

-Eso es así porque yo soy el más pecador.

Egidio se rió de mi salida, pero yo lo había dicho en serio.

-Cuando eras trovador, y la gente te regalaba cosas, tu agradecías, ¿cierto?

-Sí

-¿Te das cuenta ahora, que en aquel momento estabas jugando a hacer una oración?

-Sí, Egidio. Claro que me doy cuenta -reí.

Entonces, fuimos a buscar nuestros improvisados laúdes y nos pusimos a cantar.

29.- Elías en su primer Capítulo

Llegaron miles de Menores a esta asamblea al aire libre, en el año 1221. Todos muy cerquita porque no quieren perderse ninguna palabra. He tenido que gritar para que me escuchen los de más al fondo. No pudo asistir el Cardenal Ugolino, y en su reemplazo vino el Cardenal Raniero Capocci.

Hace pocos días llegó también Francisco, que estaba en Las Cárceles. Se molestó mucho en cuanto hizo su aparición, al ver el convento nuevo, mi orgullo, un edificio precioso que construimos con la ayuda de Ángelo, el hermanastro de Francisco, en muy breve tiempo. Ni siquiera es una casa de lujo, nada de eso. De todos modos, a él no le pareció bien siendo éste el lugar en que todo empezó, en una actitud tan distinta.

Francisco no alcanzó ni a saludar y ya estaba arriba del techo, sacando tejas y tirándolas lejos.

-No la derribes -le gritó Ángelo, viendo unas cuantas tejas destruidas en el suelo-, la casa es del Comune.

Ante esa queja, Francisco bajó de ahí, un poco más tranquilo, y todo se aclaró. Yo me reía, no más.

-Hay que vivir como peregrino -dijo Francisco sonriente, y entonces sí que empezó a saludarnos.

-La pobreza es nuestro fundamento -agregó después.

En ese momento le pedí que se hiciera cargo de abrir el Capítulo que iba a comenzar al día siguiente. Y lo hizo con mucho agrado, y también con sabiduría, apoyándose en un bello salmo que dice "Bendito sea el Señor que me prepara para combatir".

Terminada esa introducción, Francisco me dejó la palabra y se sentó muy cerca mío. Entre otras cosas, hablé un poco de lo que ha sido mi vida. Del pobrísimo caserío en que nací, a pocos kilómetros de Asís. De la amistad que me unió a Francisco desde niños y muy especialmente en la juventud, en esa etapa en que nos gustaban las fiestas y el ruido a altas horas de la noche. Les hablé del tiempo que permanecí en Bolonia, tierra natal de mi padre, donde pude estudiar en la Universidad, gracias a su sacrificio, y a que trabajé como escribiente en una notaría, y también enseñando a los niños a cantar los salmos.

Me atreví a decir que le tengo veneración a Francisco. Él me considera un buen organizador, pero eso no lo dije, pues no estaría bien echarme flores yo mismo. Por algo me recomendó a Ugolino para que me nombrara Superior cuando murió Pedro.

También les hablé de mis actividades en Siria tratando de reconciliar a griegos y latinos, cuyas relaciones se habían deteriorado mucho como consecuencia de las Cruzadas. Por encima de todo, mostré mis ansias de renovar la Iglesia. Acá fue donde tuve el primer tironeo de mi túnica. Miré a Francisco, que me señalaba a mí con un dedo.

-Por supuesto, yo tengo que renovarme antes que nadie -acoté, entonces-. Si no soy capaz de corregirme yo, menos podré transformar a los demás.

Ahí entendí por qué Francisco se sentó en el suelo, a mi lado. Él no ha soltado la rienda pastoral, ni la va a soltar tampoco.

Después, Francisco dio lectura completa a la regla que escribió, muy similar a la Forma de Vida que él mismo había elaborado hace unos años, al comienzo de esta aventura.

Muchos se aburrían durante esta parte de la asamblea. Al final, se quejaron de que la regla era muy larga. Después de una discusión se acordó que Francisco redactaría una nueva, más corta.

En este mismo Capítulo nombré a Pacífico como visitador de las Hermanas. Y encargué a Cesáreo de Spira viajar a Alemania con algunos Hermanos más, para organizar la Provincia. Admiro mucho a Cesáreo, que tiene una cultura envidiable y mucha fuerza pastoral. Lo descubrí en Siria, nos hicimos muy amigos y entró a la comunidad. Ha sido un gran aporte. Ayudó a Francisco a poner las citas bíblicas en la Regla.

-¿Qué andas haciendo por acá? -recuerdo que le pregunté cuando nos conocimos, aquella vez en que él llegó por primera vez hasta la pequeña casa en que vivíamos.

-He tenido que salir arrancando de todas partes -fue su alegre respuesta.

-¿Por qué?

-Porque cuando predico, me da por ensalzar a las mujeres, y les hago ver que no valen menos que los hombres. Además, trato de conducir las a una vida más espiritual.

-Entiendo. Son los hombres los que te empiezan a odiar.

-Ciertamente -respondió en esa oportunidad.

Y ahora, se fue a Alemania. Este Cesáreo tiene muy buena voluntad y le encanta viajar.

Semanas después del Capítulo, noté que el ambiente no estaba muy bueno para mí, pues me consideran muy autoritario. Claro, acostumbrados a Francisco y a Pedro..., panes de Dios... ¡Yo quiero que las cosas funcionen!

Hasta Francisco ha estado un poco distante. Evoco con nostalgia esos años juveniles en que hacíamos tanta lesera, con León y los otros. Cuando ellos siguieron por sendas generosas, quise seguirlos también, aunque no tan convencido. Ir con ellos por el mundo. Es que hay algo esencial a lo que no podría renunciar. La religión cristiana ha de volver a ser lo que tiene que ser. Recuperar al Jesús olvidado. El que expulsó a los mercaderes del templo, "Mi casa es de oración, y la habéis hecho cueva de ladrones". Hay mucho que hacer en esto, transformar la Iglesia. Al principio, Francisco estaba fascinado con la fuerza que yo ponía, pero ahora ya no me mira con tanta esperanza. Parece que he rebasado algún límite. Él, que parecía no tener ni fronteras ni rejas...

Yo, jamás tendría el vigor que él tiene para encarnar la pobreza. Somos fuerzas distintas. Creo que nos necesitamos, para componer algo. Me duele que nos distanciamos. No podemos pretender que la fuerza complementaria se apague. Él está muy bien como es, y yo como soy. Sé que Francisco me estima mucho, aunque no comparta mi manera de hacer las cosas. Yo lo acepto como es, y lo admiro. No renunciaré a la misión que creo tener. Soy un poco más frontal. Parece que yo cosechara lo que él siembra, pero no es así. Cada vez que puedo, suavizo un poco nuestra relación amistosa, que no podrá perderse jamás. Lo que más me mueve es la alegría.

En alguna parte he escuchado decir que una vida es como un martillazo para enderezar un clavo. Se necesitarían las vidas de muchas personas para terminar de enderezarlo. Yo quiero aportar un pequeño golpecito para corregir la iglesia, y no quiero fallar.

He intentado hablar con Francisco, pero no me hace mucho caso. Me ha costado tener con él una conversación que nos ayude a recuperar nuestra amistad. Ayer se produjo la ocasión, y la aproveché. Francisco lavaba los platos y los jarros, y decidí ir a ayudarlo. Él estaba muy serio, y no me hablaba.

-¿Tienes algo que reprocharme? -le pregunté directamente, con toda la humildad que pude.

Le tuve que repetir la pregunta, porque él seguía callado.

-Apártate de mí, Satanás -me dijo, entonces, igual que Jesús a San Pedro esa vez que el apóstol no quería que Jesús muriera.

Me sentí un poco mal al ser tratado con tanta dureza, pero me puse a pensar en Pedro, y en cómo se sintió él con esa frase tan difícil de aceptar, hasta que pude sonreír porque nuestra escena se parecía a la del evangelio. Francisco se contagió con la buena disposición que logré tener, y poco a poco fue brotando la risa en ambos, y hasta pudimos conversar. Así fui entendiendo que son los

clérigos los que están molestos conmigo porque no les asigno más cargos que a los laicos.

-No es que esté mal... -empezó a decir Francisco.

-Tenemos que renovar la Iglesia -le interrumpí- eso es lo importante.

-Sí, pero los conflictos con el clero no ayudan.

Trató de convencerme de tener paciencia.

-Si te enfrentas a la jerarquía -agregó- nunca vas a lograr convertir la Iglesia. Tú eres Iglesia..., conviértete tú primero.

-Francisco, tenemos que luchar.

-Lo primero que tenemos que vencer es nuestra propia iniquidad.

-Bueno, pero... recuerda que Jesús expulsó a los mercaderes del templo. Y lo hizo con violencia.

-Tienes que fortalecer lo positivo. Si no... ¿Qué vas a obtener...? Que te excomulguen. Eso vas a obtener.

Me dejó pensativo.

-Reza por mí -le supliqué en ese momento.

30.- Francisco deprimido

Bajé a la Porciúncula, con la esperanza de tener un veredicto acerca de la Regla. Tuve que preguntar porque nadie hablaba de eso, como si fuera un tema demasiado candente. Obtuve una evasiva tras otra, hasta que abordé a Elías a solas.

-¿Qué pasa con la Regla?

-Está perdida.

-¿Qué...?

-Alguien la tomó sin permiso, y... no sé..., no apareció más.

-No la cuidaste. Era un trabajo de muchos días, hecho con amor... y con oración..., consulté a personas entendidas, traté de hacerlo lo mejor posible. ¿Y todo para nada...?

Elías agachó la cabeza y se disculpó, compungido. Reconoció su descuido. Lo tuve que tranquilizar, pues siempre he confiado en él. De todos modos, me deprimí un poco. Me dolió porque no pude evitar pensar que alguien perdió el documento deliberadamente para que la regla no prospere. Desde las sombras, con hipocresía. Alguien que no merece estar donde está. Ya sé que no es Elías, pero... es alguien, mezclado con el resto de los Hermanos, corrompiendo la comunidad.

Traté de indagar quién extrajo el documento desde el lugar en que se guardaba. Sin resultado. Me imaginaba un fraile sin rostro, visto de espalda, a lo lejos, en la penumbra, entrando con sigilo donde no debería hacerlo. Y yo, esperando hasta que el hombre salía... caminando de espalda.

Comprendí que esto ha tenido que ocurrir para algo. Aunque tenga que trabajar el doble, lo haré sin reclamar. Es una oportunidad para escribir una regla mejor que la anterior. Solucionar sus errores, que debe haberlos tenido. Pensé en hacerlo con León, que escribe muy bien, y está inspirado en lo mejor. De todos modos, se me hacía muy difícil partir de nuevo con esto. A ratos me corroía la

furia. Me preguntaba si acaso habría estado equivocado cuando elegí el rumbo de mi vida.

Yo no estaba nada de bien cuando llegó Ángel, al día siguiente. Justo mientras yo oraba "Señor, haz que alguien quiera escucharme".

-La hermana Clara quiere que vayas a San Damián a hablarles -casi gritó Ángel.

-¿Por qué? ¿Qué pasa?

-Pasa que le han ofrecido unas propiedades, y ella quiere rechazarlas.

-Me parece bien que las rechace.

-Es que hay varias Hermanas que quieren aceptar.

-Bueno, habrá que convencerlas de su error.

-Eso es, justamente, lo que la hermana Clara pide que hagas por ella.

Consideré que era tan urgente, que en cuanto pude me dirigí hacia San Damián. Llegué agitado, directo al Oratorio. Una a una fueron llegando las Hermanas. Yo esperaba, en un estado de ánimo no muy amistoso, pero traté de tranquilizarme. Cuando ya estaban todas reunidas, empecé con una oración. Ellas la siguieron con gran entusiasmo, dando gracias a Dios por ese momento. Las veía un poco borrosas porque me está fallando la vista desde hace algunos días, pero escuchaba muy bien sus voces, y me preguntaba cómo podía ser que estas personas tan divinas estuvieran pensando en adquirir propiedades.

Las Hermanas miraban la vasija que yo andaba trayendo. Seguramente lo hacían con mucha curiosidad.

Llegado el momento, destapé el cántaro, que no contenía más que ceniza. Vacié un poquito delante de mí y otro poco hacia los lados, y también hacia atrás. Esparcí la ceniza en círculo, para simbolizar la soledad que sentía. Y para ser más gráfico aún, vacié en mi cabeza el residuo que sobró, y desde ahí fue cayendo sobre mi ropa.

-Somos como esta ceniza -pronuncié lentamente, y después guardé silencio, pues quería que sintieran eso de ser ceniza, mientras yo trataba de mirar al crucifijo con los ojos semicerrados, buscando inspiración.

-Señor, ten compasión de nosotros -empecé a recitar un salmo.

Al final, cantamos, y después me despedí de cada una. Muchas lloraban. Clara estaba un poco rara, pero siempre sonriente. Me dio las gracias y no trató de retenerme.

Al día siguiente correspondía dar el veredicto, y todas estuvieron de acuerdo en rechazar la propiedad.

De todas formas, en los días que siguieron me deprimí bastante. Donde me pusiera me sentía fuera de lugar, y sin esperanza de revertir el fracaso que ya estaba palpando en esta aventura loca en que un día me metí, y ahora no hallaba cómo huir de tal situación que me estaba doliendo demasiado. Era como si una espada revolviere mis entrañas.

De repente reaccionaba con mal humor frente a mis compañeros y después me arrepentía y retornaba a pedirles perdón. Cuando estaba solo, le gritaba a Dios. Yo mismo no me soportaba.

-Estás metido en un pozo de amargura -me dijo León, con tranquilidad.

-Soy un pecador.

-Todos lo somos, pero tenemos que salir adelante.

-Gracias por tu preocupación -intenté dejar la conversación hasta ahí.
 -Hasta Clara se dio cuenta, el otro día, y también está muy preocupada.
 -Ya se me va a pasar.
 -Tienes que ir a ver a Clara -esta vez, León me habló golpeado, como no lo había hecho nunca.
 -No quiero llevarle mi tristeza... ni contagiarla con la oscuridad de mi alma.
 -¿No crees que ella tiene luz?
 -Tú... ¿irías conmigo? -le pedí, después de un largo silencio.
 -Por supuesto.
 -Que si no, no soy capaz.
 Partimos con rumbo a San Damián, y me pareció que llegamos demasiado rápido. Clara nos recibió. Para mí, ella es una fuente divina.
 -Dejadnos solos -ordenó Clara, y nos sentamos en el escaño del patio. Así, los demás podrían vernos, pero no escucharnos.
 -Los Hermanos se avergüenzan de mí -comencé diciendo.
 -¿Te lo han dicho?
 -No necesitan decirlo.
 -¿Qué te hacen?
 -Me piden reglas y después no las aceptan...
 -La única Regla está en el Evangelio.
 -Eso es lo que trato de hacerles entender.
 Clara me hacía muchas preguntas que me obligaban a mirarme desde un punto de vista nuevo para mí.
 -Estoy ciego -dije de pronto, exagerando sólo un poco mi problema de la vista.
 -¿Tienes más dificultades que antes para ver a Dios?
 -No, Clarita, si buscas por ahí, puedo decirte que Dios me ha llamado para sacar a la Iglesia del pantano en que se encuentra, y noto que me estoy empezando a hundir junto a ella.
 -¿Cómo podrías sacarla de ahí, en vez de hundirte?
 -No sé si puedo... No sé si quiero...
 -Deja que la cizaña crezca junto al trigo..., ya vendrá el momento de quitarla.
 -¡Cizaña...! ¡Cizaña...! Es que no quiero formar parte de una guerra contra supuestos enemigos.
 -Jesús nos dice "Convertiré tu tristeza en alegría, que nadie te podrá quitar"
 -me recordó Clara, con un temblor en su voz.
 -De repente pienso en desistir.
 -¡Encendiste mi llama...! -casi bramó Clara-, y ahora... ¿piensas apagármela? Tienes que seguir regando tu plantita... No echarás todo por la borda.
 Me puse mentalmente en su lugar. Recordé esa vez que me dijo "Te seguiré hasta el fin del mundo". Por seguirme a mí, decidió una forma de vida y arrastra a otras personas a esa misma vida, que la gente no comprende. No puedo desistir de la obra de Dios. La sal no puede perder su sabor.
 A esas alturas, me puse a llorar como un niño chico, y no podía parar. Entonces, me di cuenta que Clara también estaba llorando.

Comprendí todo. Y adquirí esa nueva fuerza que había querido abandonarme. Por fin pudo entrar la luz en mi alma. Después de los llantos, Clara me invitó a compartir un pan y un vaso de vino, junto a León y a Bienvenida.

31.- León en Greccio y Alverna

Todos estos últimos años se precipitaron sin darme cuenta. Ya es el 1224, y me parece que hubiera sido ayer cuando Francisco predicaba en la plaza de Bolonia. Sin embargo, ya han transcurrido dos años de eso. Se juntó mucha gente a escucharlo, y fue tal la llegada de sus palabras, que hasta los enemistados optaron por reconciliarse, y varios estudiantes de la Universidad decidieron entrar inmediatamente a la comunidad. Es que Francisco cuando predica no se limita a eso. Él canta alabanzas y atrae a las personas. Tiene una percepción especial.

Una vez me dijo:

-Si encuentras en la calle un papel escrito, recógelo, pues te trae un mensaje. Ponlo en tu oración.

Y en otra oportunidad:

-Si quieres ser un verdadero Hermano Menor tienes que recibir las injurias y los elogios con la misma serena alegría.

Creo que Dios nos puso a nuestro gran amigo Elías, como un necesario contrapeso.

Conversé bastante con Francisco cuando estuvimos en Fonte Colombo escribiendo la Regla. Las dos veces, porque después que se perdió el documento que habíamos elaborado con tanta dedicación, Francisco se resignó a hacerlo de nuevo y volvimos al mismo lugar para ello. Tratamos de acordarnos cómo estaba, para lograr una versión lo más parecida posible. No creo que haya quedado idéntico pero, sustancialmente, lo mismo.

Cuando volvimos a la Porciúncula con la nueva redacción, supimos que Electo había sido apresado y asesinado en tierras musulmanas. Fue duro enterarse de algo tan trágico, después que creímos que Electo era un hombre débil, resultó tener una fortaleza a toda prueba.

Francisco se enfermó, tenía tanta fiebre que no pudo asistir al Capítulo del año pasado, en que terminó por aprobarse la famosa Regla. Yo le llevé la buena noticia, y se puso contento, pues era algo muy anhelado.

Le conté también que Cesáreo estuvo presente, junto a algunos alemanes, que lo aprecian mucho.

-Pidió ser relevado como Provincial -mencioné.

-Es un contemplativo.

En cuanto Francisco se mejoró, partió a presentarle el texto al Cardenal Ugolino, y con él fueron a Roma para solicitar una formal aprobación del Papa Honorio. Ésta llegó varios meses después, para lo cual Francisco tuvo que volver a Roma, y esta vez lo acompañé.

-Nos cambiaron un poco la Regla -me comentó Francisco después, en la noche, en casa del Cardenal de la Santa Cruz, donde estábamos alojando.

-Sí -respondí-. Le quitaron la frase que insta a los Hermanos a ir por el mundo sin llevar nada para el camino.

-Y varias más... ¿Y notaste que ahora somos "Orden"?

-Supongo que eso no es más que un nombre.

-Es un poco más... Ahora quedamos sometidos a las disposiciones que surjan para las Órdenes.

-¿El Cardenal Ugolino hizo los cambios?

-Pienso que sí, pero... debe haber estado presionado.

-Es lamentable, porque nosotros siempre habíamos querido ser una comunidad distinta..., nueva.

-Yo también me desilusioné un poco, León, pero ¿sabes? no importa. En lo esencial nos aceptaron casi todo... Dejemos las cosas así. Seguimos siendo una instancia renovadora.

-Y hemos de estar en armonía con el Papa, si queremos tener eficacia. Eso lo aprendí de tí.

-Sí, también con el Papa, pero muy en especial con el evangelio... ¿Sabes, León? Mañana temprano saldremos de aquí.

-¿Por qué? Si nos están invitando por un par de días más.

-No nos dejemos llevar por los honores, ni las comodidades excesivas, mientras nuestros Hermanos van por el mundo sin llevar nada.

Le encontré la razón. Tenemos que ser consecuentes.

Nos dirigimos hacia Fonte Colombo porque comprendimos que en ese lugar teníamos que elevar nuestra oración en un momento como éste.

Días después nos encaminamos hacia Greccio, una aldea muy tranquila, pero... siendo pleno invierno, y nosotros a pie..., nos recibió con una lluvia intensa, y hasta nieve a ratos. Mucho antes de llegar, ya estábamos completamente mojados. No se veía casa alguna donde pedir refugio, hasta que apareció una. Primero, vimos una lucecita, y fuimos hasta allá. Golpeamos la puerta. Un tipo de muy mal aspecto nos abrió, y dijo:

-Soy yo el pobre, no vosotros.

Y volvió a cerrar la puerta. Tuvimos que seguir camino, embarrados hasta la rodilla.

Paró de llover y vimos a lo lejos una persona que se incorporaba a la marcha, después de haber estado protegido bajo un cobertizo. Nos adelantamos todo lo que pudimos, hasta alcanzarlo y seguir junto a él. Yo pensaba que... en alguna parte ha de vivir este hombre. Hicimos amistad. Su nombre es Juan, y quería llegar pronto a su casa.

-Rebeca debe estar preocupada porque no llevo -murmuró, refiriéndose a su mujer.

Un poco antes de la entrada del pueblito estaba su casa. No tardamos en llegar a su modesta vivienda, y Juan nos hizo pasar. Nos prestó ropa, y pusimos a secar nuestros hábitos. Rebeca nos dio de comer, una sopa bien caliente para resucitarnos. Estábamos compartiendo con una familia muy buena, y conversamos hasta bien entrada la noche, hora en que nos retiramos a la habitación que nos proporcionaron. Yo estaba muy agradecido, y así lo manifesté. Afuera, la lluvia continuaba.

A la mañana siguiente, nuestras ropas ya se habían secado. Compartimos un buen desayuno, contemplando un bello y frío sol que ya empezaba a remontarse. Aprovechamos de conversar con Juan y Rebeca acerca de nuestra

aventura de la noche anterior. Repasar un comentario que había hecho Francisco, respecto al hombre que no nos acogió en plena lluvia, me hizo decir:

-De verdad, tendríamos que enseñarle a ese tipo, que Jesús vino pobre.

A Francisco se le iluminaron sus ojos.

-Sí. Lo haremos -exclamó con alegría y con su vista fija hacia ninguna parte-. Estamos a pocos días de la Navidad.

-Quiero que la gente pueda contemplar con sus propios ojos -agregó, después de una pausa- al niño en el pesebre, y cómo fue puesto sobre el heno... y José y María también han de estar ahí. Sí, ahí mismo. ¿Por qué no?

-Y los pastores -respondí al entusiasmo de Francisco.

-Y los animales -aportó Rebeca, con una sonrisa.

-Todo esto, en vivo -explicó Francisco, haciéndonos llenar de asombro.

-¿Animales vivos... por estos lados? -pensó Juan en voz alta-. Bueyes y asnos, es lo que hay.

-Perfecto -dije, porque me acordé de una antigua tradición que dice que ésos eran los animales que había en el pesebre, en aquella gozosa oportunidad.

Francisco asignó a Rebeca y Juan los roles de María y José, y les pidió que consiguieran un buey y un asno.

-Sólo uno de cada uno, por favor -aclaró.

Pastores auténticos serían muy fácil de encontrar. Y con eso, ya estaba casi lista la presentación.

-Falta Jesús.

-Conozco un bebé precioso, aunque ya tiene como tres meses... -ofreció Rebeca- ¿no importará?

-No importa.

Y así fue como Francisco armó un pesebre viviente junto a la iglesia de Greccio, el día 24 al anochecer. Las velas daban un ambiente especial. Yo celebré la misa, a la cual acudió casi todo el pueblo, contento y admirado. La prédica se la dejé a Francisco, quien habló simplemente del rey pobre, el niño de Belén.

Nuestro improvisado Jesús, de repente se largó a llorar, y fue acunado por María, o sea Rebeca. Una escena memorable.

* * *

Nos quedamos un par de meses en Greccio. Y después unos pocos más en la Porciúncula, hasta Agosto. Francisco oraba y oraba, incluso en el Capítulo de este año su participación fue de instarnos a todos a la oración.

Faltando poco para la fiesta de la Dormición de la Santísima Virgen, Francisco quiso tener un retiro de cuarenta días, sólo con unos pocos Hermanos, con los que él tiene más afinidad. Así, pues, fuimos hacia Alverna, un lugar muy tranquilo, acompañados por Egidio, Rufino, Maseo y Ángel. Establecimos turnos para que sólo uno estuviera atento a las visitas, y los demás pudieran dedicarse por completo a la oración. Además, el que quedaba de relacionador, tenía que conseguir el pan y el agua, nuestro único alimento durante todo ese período.

-A las hermanas Aves les gusta nuestra presencia -dijo Francisco el primer día.

-Entonces, acá nos quedaremos -agregó Egidio, a lo cual reímos como niños.

-Esto es como empezar de nuevo -opinó Maseo, y todos estuvimos de acuerdo.

Cada choza quedó ubicada en alguna ladera de poca pendiente, pero los senderos entre ellas eran empinados. Tuvimos que poner troncos en algunas partes para cruzar los pequeños abismos.

En las noches hacíamos oración comunitaria para cerrar el día, pero a lo largo de éste, cada uno tenía su propio encuentro personal con Dios. Me llamaba la atención ver a Francisco, inmóvil por varias horas, arrodillado, con sus manos extendidas, tapados los ojos con la capucha, si había mucha luz.

Un día, me pareció que Francisco estaba puesto sobre algún soporte, invisible para mí desde donde yo estaba, pero cuando se levantó de ahí, al anochecer, no había nada, sólo el suelo. No le hablé nada al respecto, pensando que tal vez me estaba fallando la vista a mí también. Sin embargo, al día siguiente vi lo mismo otra vez, y a cada tarde parecía estar un poco más elevado. Sentí como una necesidad de ir a besar sus pies, pero no lo hice. Le pregunté a Dios cómo tendría yo que reaccionar, y Él me respondió con mucha claridad que lo dejara tranquilo. Así que preferí no ir hacia él en esos momentos de elevación.

Cierta vez en que me tocó estar en el Servicio, esperé hasta que Francisco bajara al suelo, así como está siempre uno..., para llevarle su pan y su vaso de agua. Cuando estuve cerca pude escuchar su plegaria, repetida una y otra vez:

-¿Quién eres tú, Dios..., y quién soy yo?

Le pedí que me explicara el sentido de su oración, y me arrepentí porque no era eso lo que Dios quería de mí. Francisco lo tomó muy bien, y alegremente me invitó a que nos sentáramos en un tronco.

-Mira, León..., se encendieron dos luces delante de mí. En una de ellas, la más divina, reconocí al Creador. En la otra, la más terrenal, me vi yo mismo.

Se me aclaró un poco el asunto, y no quise seguir insistiendo, más allá de escuchar lo que él quisiera decirme.

Casi al final de este tiempo de retiro en Alverna noté que Francisco escondía las manos, y caminaba con dificultad. Eso era muy raro. Hasta sangre vi caer a su paso. Lo conversé con Rufino, pues él era el encargado de lavar la ropa.

-La camiseta de Francisco me llega manchada de sangre -me confidenció Rufino.

Entonces, lo hablé directamente con Francisco. Si él tenía heridas en las manos, en los pies y en el costado, eso se estaba pareciendo mucho a las llagas de Jesús. Por toda respuesta puso sobre mi pecho una de sus manos heridas, muy cerca de mi corazón, que se aceleró un poco. Se agitó también mi toma de aire, y entré en un estado de emoción tan intensa, como si Jesús estuviera ahí conmigo, que no pude evitar los sollozos. Sentí como si Francisco estuviera ya por retornar al Padre.

En cuanto me tranquilicé un poco, le imploré:

-Quiero que escribas unas pocas palabras para mí.

Es que yo necesitaba con urgencia algo así. Sería una despedida, pero más que eso, escrita con esas manos crísticas... iba a ser una presencia divina que me acompañara siempre.

Le traje papel y tinta, y Francisco escribió "Que el Señor te bendiga, León; te muestre su rostro y te dé la paz". Me lo entregó diciendo:

-Tenlo hasta tu muerte.

-Por cierto lo tendré, y lo cuidaré.

Al día siguiente celebré misa, antes de dejar el monte Alverna, Francisco y yo. Nos despedimos de los otros Hermanos y empezamos a bajar lentamente, con un burro que nos prestó el Conde Orlando. Pasamos a despedirnos de él, nuestro benefactor. Por el camino, Francisco iba bendiciendo al hermano Monte.

Tardamos varios días en llegar a la Porciúncula, donde nos establecimos, una vez más. No fue fácil retener a Francisco, que siempre quiere salir a predicar, y le cuesta asumir que ahora tiene limitaciones físicas.

El asunto se puso feo en el invierno, porque este lugar es frío y húmedo. Han venido a visitar a Francisco algunos Hermanos de otras comarcas, y hasta vino el obispo Guido, quien estuvo muy poco rato pues no soportó ver así a Francisco. Al irse, noté que el obispo iba llorando.

32.- Francisco enfermo

El retiro que tuve en Alverna es un hito en mi vida. Lo empecé recordando el sueño que tuvo Elías, cuando estuvimos en Foligno, hace pocas semanas. Me lo contó varios días después de tenerlo, y porque yo capté que él tenía algo para decirme y no se animaba a hacerlo. Así se lo dije, y no le quedó más que reconocerlo, aunque muy de a poco.

-Tuve un sueño -comenzó diciendo, esa vez- y en él vi a un anciano venerable, vestido de blanco.

-Tu sueño es importante.

-Claro que lo es.

-¿Qué hacía ese albo anciano?

-Era como un maestro de sabiduría, ¿entiendes?

-Perfectamente.

-Bueno, ocurre que él me habló, y eso me produjo gran emoción.

-¿Qué te dijo?

-Algo extraño... Que a ti, Francisco te quedan dos años..., ¿dos años de qué...? No aclaró nada más...

-De vida.

-¿Y lo dices así, tan suelto?

-¿Se te ocurre otra interpretación?

-Sigo buscando otra.

-Gracias por decírmelo, Elías -lo tranquilicé-, yo ya lo sabía.

Mi salud no estaba nada de bien, aunque yo tratara de no hacer caso a esa realidad. Durante mi retiro en Alverna quise meditar en torno a mi muerte que se aproxima. Y se me confirmó al abrir el Evangelio tres veces, como el mismo Señor me lo ha sugerido, para saber qué me dice Él hoy a mí. En las tres veces me salió alguna escena de la pasión de Cristo, según tres evangelistas. Así, tuve oraciones tristes, contemplando la dolorosa cruz.

Un halcón venía a recordarme mis horas de ponerme a orar, con una puntualidad increíble. Entonces, yo tomaba una tabla que se desprendió del suelo, y la usaba de violín, y otra de igual procedencia, aunque mucho más delgada, me servía de arco. No producían música audible pero era como si lo hicieran, y eso me servía para iniciar mis tiempos de oración.

De tanto mirar las heridas de Cristo, el dolor físico empezó a habitarme cada vez más, a tal punto de llegar a sentirme muy unido con Jesús.

Un día, cuando el sol comenzaba a anunciarse con timidez frente a mí, visualicé algo que parecía bajar del cielo. Muy pronto lo sentí cerca, y pude notar que se trataba de una figura humana extrañísima, con dos alas, como un ángel. Se paró cerca mío con sus brazos extendidos en cruz. Adiviné en él la imagen de Jesús crucificado que me miraba con bondad y ternura. En sus manos y pies tenía clavos, y también manaba sangre por una herida en su corazón.

La figura del visitante empezó siendo muy nítida, para después diluirse en forma gradual hasta desaparecer completamente, de un modo suave. Mi emoción era intensa. Alegre y acongojado al mismo tiempo, me preguntaba por qué había tenido esta visión misteriosa, como un signo visible de mi plegaria. Cavilando estaba, cuando el dolor en mis manos me obligó a mirarlas. En ambas palmas me aparecieron unas manchas negras que fueron tomando volumen como hinchazones. Eran verdaderas cabezas de clavos que se formaron con mi propia carne. Estaba sangrando por las manos, por los pies y por el costado. Traté de pararme y me fui al suelo, adolorido. Me levanté como pude y, caminando apenas, volví a mi celda para recostarme un poco. El sangramiento se detuvo pero más tarde y los días siguientes volvió a brotar varias veces, produciéndome dolor.

Al principio quise ocultar esto a mis Hermanos, pero me fue imposible. ¡Cómo esconder las llagas de Cristo!

Muy pronto llegó el día cuarenta de este retiro, y León me bajó hasta la Porciúncula, donde tuve que quedarme tranquilo.

A fines de ese año, el Cardenal Ugolino me envió una carta diciendo que había descubierto un médico en Siena, que podía curar mis ojos. Me decía que él mismo y otros cardenales lo habían consultado, con mucho éxito, aunque sus problemas de la vista eran menores.

Ugolino trataba de animarme a ir a Siena a hacerme ver por ese galeno. "Tu salud es importante, no sólo para ti, sino también para los demás" decía la carta. Me dejó medio convencido, y Elías logró finalmente que yo decidiera hacer ese viaje, tan difícil para mí.

Pensando que mi muerte estaba próxima, quise pasar a San Damián a despedirme de Clara, la persona que ha sido más importante para mí, siempre con la palabra adecuada para mantenerme con fuerza.

-Elías... -hablé de pronto, durante el camino.

-¿Sí, Francisco?

-Por favor, prométeme que nunca dejarás de proporcionar ayuda a las Hermanas Menores.

-Prometido.

Llegando a San Damián, se levantó un viento helado, típico del mes de Enero. Recién había comenzado el año 1225.

-No irás todavía a Siena, Francisco -ordenó Clara- que no estás nada de bien, hace mucho frío, y los caminos están tapados de nieve.

Me habría opuesto, pero no fui capaz.

-Quédate acá unos días -completó Clara.

Los Hermanos que me acompañaban construyeron una choza para mí, cerca del jardín, con barro y paja, y también con ramas que fueron a recoger en un bosque cercano.

Ahí me acomodé, en un improvisado lecho. Luz, no necesitaba. Clara me fabricó unas sandalias acolchadas y un gorro de lana con el que podía taparme hasta los ojos cuando había mucha claridad. Ella me cuidaba amorosamente. Todos los días limpiaba mis llagas, para lo cual venía acompañada de otra Hermana. También me preparaba agua de hierbas. Y con el pretexto de parchar los agujeros de mi hábito, Clara ponía en él grandes trozos de género para que me abrigaran.

Los Hermanos se turnaban para venir de a dos cada día, a lavarme y a conversar conmigo. Cada vez querían saber si necesitaba algo.

Esto de estar quedándome ciego me ha abierto nuevos sentidos para ver a Dios, y todo aquello que antes me era invisible. Escucho hasta el vuelo de las golondrinas, ésas que admiré cuando reparaba la construcción de San Damián.

En mi oración, yo me ponía dentro del personaje Bartimeo, del evangelio de Marcos, y pedía la ayuda del Señor. Siempre he sabido que Él me tiene preparado un tesoro mayor que todas las riquezas de la tierra.

Después conversé eso con Clara, y ella me dijo:

-Tesoro es algo que puedes sentir como muy propio, a la vez que es de Dios.

-Tesoro es..., tesoro eres tú -le dije simplemente cuando ya se estaba retirando, y ella sonrió, negando tal elogio.

Cuando sentía deseos de escuchar un instrumento musical, sus acordes llegaban a mí, traídos por los ángeles, como si hubiese sido yo el que se transportaba a otro mundo. Lo mismo me ocurría con los salmos.

Como yo comentara esto con los Hermanos, Pacífico me trajo su cítara. Se lo agradecí, y tuvimos una larga conversación, recordando su llegada a la comunidad, hace ya cerca de diez años. Ambos venimos del mundo de los trovadores.

-Quedé muy impresionado cuando te conocí esa vez en la plaza -le confesé.

-Sí -rió Pacífico-, recuerdo que me dijiste que tenía una voz maravillosa...y que podría usarla para mejor causa.

-No me hiciste mucho caso..., continuaste tu vida de canciones festivas.

-Y hasta obscenas.

-Sí -reí.

-Pero, no creas que no te hice caso. Tus palabras se quedaron trabajando aquí dentro -dijo, indicando su frente con un dedo.

-Hasta que un tiempo después volvimos a encontrarnos en Colpersito, donde las Hermanas Menores, cerca de San Severino.

-Yo había ido por acompañar a un amigo que iba a visitar a su prima.

-Así son los caminos de Dios. Estabas en el patio cuando te vi y te reconocí de inmediato.

-Yo también. Tenías un gran resplandor, ¿sabes...?, en ese momento supe con certeza que estaba comenzando un nuevo camino en mi vida.

-La vida puede ser muy hermosa.

Me sirvió mucho la cítara de Pacífico. Con ella me puse a alabar a Dios y sus criaturas. Al hermano Sol, bello y radiante, por el cual Dios nos alumbra; a la hermana Luna y las hermanas Estrellas que le dan belleza a la noche; al hermano Aire sereno y al hermano Viento; a la hermana Agua, humilde y pura; al robusto hermano Fuego; a la hermana Tierra, que produce flores y frutos; a los bienaventurados hermanos y hermanas que perdonan y tienen paciencia; a la hermana Muerte, de la que no podemos escapar.

Alabando así, descubrí unos versos que el Señor puso en mí, y se los dicté a León, durante una tarde lluviosa. Y descubrí también la música que llegó a mi oído desde un remoto lugar divino. Se la enseñé a Pacífico para que la escribiera con neumas y unos extraños símbolos musicales que él conoce. Le encomendé que cantaran este Cántico del hermano Sol, todos los días.

-Somos juglares para mover corazones hacia la alegría del espíritu -les dije esa vez.

También enseñé a Clara el mismo cántico, y le pedí que lo cantaran todos los días. A su vez, ella lo enseñó a las Hermanas. Desde mi humilde choza escuchaba yo las dulces voces que me llegaban desde lejos y disfrutaba la paz que transmiten. Hasta que mejoró el tiempo, llegó la primavera, y tuve que dejar San Damián para ir al médico.

-¿Vamos a Siena? -pregunté.

-No, Francisco. Vamos a Rieti -respondió Elías- pues el Cardenal Ugolino encontró allá un médico que domina los últimos métodos descubiertos.

Fui a parar otra vez a Fonte Colombo, y allí empezó a visitarme con frecuencia el afamado galeno. Yo no tenía cómo pagar sus servicios, y cuando se lo dije me respondió que la atención sería gratuita. Eso sí, me preguntó si podía trasladarme a alguna casa mejor provista, y que estuviera un poco más temperada.

-Donde los Mareri -respondí, acordándome de la grata hospitalidad que me había brindado ya un par de veces don Felipe Mareri.

Ese mismo día me trasladaron al pequeño castillo Mareri, que queda cerca, y no es tan suntuoso, menos mal, y donde me reciben como a un hijo amado.

Me encontré con la lamentable noticia de que don Felipe había muerto, poco tiempo atrás. Su familia me acogió con generosidad.

Don Felipe tuvo dos hijos y dos hijas. Tomás, uno de ellos, tenía un alto cargo en las oficinas del Emperador Federico II. En cambio, su hermana Felipa, un poquito mayor que Clara, resolvió tal como ella ser Hermana Menor.

Hace varios años, la primera vez que estuve con los Mareri, Felipa que es muy culta y hasta sabe hablar el latín, conversó mucho conmigo, y acudía a la plaza del pueblo a escucharme predicar. Así fue como se entusiasmó, y tomó su decisión. Estaba muy segura de lo que hacía. A tal punto que su familia no pudo hacerla desistir. Su padre trató de casarla con un rico personaje de la nobleza, pero nada la hizo cambiar. Ella misma se cortó el pelo, se puso ropas de pobreza

y huyó con unas amigas que también quisieron seguir sus pasos. Esa vez, se establecieron en una gruta del monte.

Tomás, que en varias ocasiones había luchado por traerla de vuelta a su vida anterior, vio su gran oportunidad con mi nueva llegada. Le envió un mensaje diciéndole que yo estaba muy enfermo en su casa, y por favor se viniera.

Con prontitud, Felipa regresó a su hogar, trayendo consigo a las otras cuatro Hermanas Menores que vivían con ella y no dejarían de hacerlo, por nada del mundo.

Estuve muy bien atendido durante mi permanencia en casa de Felipa. Por su parte, Tomás tuvo que rendirse a la evidencia. No era posible disuadir a Felipa. Entonces, Tomás optó por lo más sano. Le cedió la vivienda a las Hermanas Menores, aunque sin dejar de ser propietario, y se trasladó a otra mansión más acorde con su rango.

Cuando el cirujano estimó que era el momento oportuno, después de varios exámenes, decidió intervenirme. Trajo un instrumento de hierro para cauterizar no sé qué asunto en la vecindad de mi ojo. Se trataba de un nuevo método que estaba investigando. No me opuse porque, esto de que prueben con uno..., es una manera de servir al prójimo. Eso sí, le pedí que esperáramos a Elías, que estaba por llegar. No me animaba a vivir esto sin su compañía.

-Está bien -aceptó el cirujano, y empezó a preguntarme cosas, talvez por conversar, o para conocer mejor la dificultad de mi vista.

-No debes llorar -me advirtió- eso le hace mal a tu vista, debido al problema que tienes.

-Haberlo sabido antes..., si ya estoy casi ciego.

-Yo espero que tu vista mejore.

-Ya he podido ver la luz eterna.

-No podemos esperar más.

Menos mal que a los pocos segundos apareció Elías, lo cual me alegró, dentro de todo.

El cirujano encendió un pequeño fuego y calentó el hierro hasta que se puso al rojo. Me encomendé a Dios, y le hablé al instrumento aquel:

-Querido hermano Fuego, bello y poderoso, sé benigno. Pido al señor que temple tu ardor para que trabajes en mí con suavidad.

El hierro caliente se puso en la parte alta de mi mejilla y se extendió hasta donde empieza la ceja, según me pareció. Me prometí no chillar, y lo cumplí.

-Te portaste muy bien... Es asombroso... -exclamó el médico, admirado, cuando terminó la operación. No pude contestar nada, porque estaba como en otro ámbito. Su voz me llegaba lejana.

Pasaron los días, y el tratamiento no tuvo ningún efecto sobre mi vista. Seguí igual. Elías decidió que lo mejor era llevarme a Siena, y hacia allá partimos.

-Cuando muera -pedí a Elías, mientras íbamos en camino, sintiéndome muy mal y adolorido- quiero que me entierren en la Colina del Infierno.

-¿Y por qué? Si ahí se entierra a los desalmados.

-Precisamente..., para que dejen de hacer esas odiosas discriminaciones.

Estábamos en plena primavera, con un tiempo muy bonito. De pronto, aparecieron tres mujeres pobres a la orilla del sendero. No las pude ver muy bien, sólo tres siluetas idénticas.

-Bienvenida sea la pobreza -me saludaron, hablando las tres al mismo tiempo y pude observar sus sonrisas iguales. Creí que era una sola mujer, y que yo la veía triple debido al defecto de mis ojos.

Me alegró mucho ese encuentro, como un saludo de la Santísima Trinidad.

-Dale un pan a esta pobre mujer -supliqué a Elías.

-Les di un pan a cada una -me dijo Elías después que reanudamos la marcha.

-O sea..., eran tres realmente...

-Sí. Y las tres igualitas.

No las vimos más porque se perdieron en la espesura de la vegetación.

Llegar al eremitorio de los Hermanos Menores, en las afueras de Siena, fue un grato descanso. A los pocos días vino a hablarme un Hermano teólogo.

-Me emociona que estés aquí -empezó diciendo, y después de la presentación de rigor me pidió que le explicara algunos misterios incomprensibles acerca de Dios.

-Tú has estudiado eso..., yo no -repliqué.

-Por eso te lo digo. Mientras más estudio, más me doy cuenta que con el intelecto no puedo entender a Dios.

-Tienes razón. Estudiando no lo vas a entender.

-Claro. No puedo envasarlo.

-Las palabras no alcanzan para explicar a Dios.

-Por eso, querido Francisco, te pido que me ayudes, porque en tu oración has andado por esos lugares a los que yo no he llegado.

-Ya llegarás... Claro, no con la cabeza, ni con el corazón, ni siquiera con las vísceras. Tienes que abrirte a lo más profundo.

En eso llegó a verme el médico.

-Convídale algo de comer -le pedí al Hermano teólogo.

-Me da vergüenza, pues no tenemos mucho más que pan duro.

-Comparte con él lo que tengas.

El médico manifestó estar llano a participar de la pobreza.

El Hermano teólogo, muy urgido, movilizó a los demás para que sirvieran algo. Cuando tuvieron la mesa puesta, sentí que alguien llamaba al portón. Después que fueron a abrir, capté que había llegado una mujer, trayendo un canasto lleno de víveres. El Hermano teólogo me miró con una sonrisa que lo decía todo.

Los tratamientos que recibí en Siena tampoco tuvieron mucho efecto. Ni los emplastos, ni los colirios, ni nada. En cambio, se agravó mi problema intestinal. A tal punto, que una noche estuve vomitando por largo rato, hasta sangre, lo cual alarmó a todos. Creí que me iba a morir ahí mismo. Sin embargo, sobreviví.

-Te dictaré algo -le anuncié a León, que vino a verme en la tarde siguiente, cuando ya me sentía un poco mejor.

-Un mensaje para todos los Hermanos Menores -seguí diciendo- incluso los que entrarán en años venideros... hasta el fin del mundo.

-Listo -me dijo León, en cuanto tuvo papel y lápiz.

-Que se amen los unos a los otros, y amen la pobreza, y sean fieles a los clérigos.

En los días siguientes mejoré bastante, y quise levantarme. Intenté acompañar a Elías a ver a su familia, y así lo hicimos.

Me llevó al eremitorio de Cortona, que llamamos Las Celdas. Ahí estuvimos compartiendo un poco con el hermano Guido Vignotelli, el antiguo propietario del lugar. Recordamos su inicio, hace años, estando yo de paso en su pueblo me invitó a almorzar. Aquella misma tarde se incorporó a lo Menores. Un tiempo después, se ordenó como presbítero.

Aunque todo anduvo bien en casa de la familia de Elías, me agravé otra vez. Cualquier cosa que comiera me caía mal. Le pedí a Elías que me llevara a Asís, y él me puso en la casa del obispo Guido.

A poco de llegar, entablé amistosa conversación con el obispo, quien me subía el ánimo, pero también lo sentí rabiarse un poco.

-Opórtulo, el alcalde, va por muy mal camino -me confidenció.

-¿Mi gran amigo Opórtulo?

-Muy amigo tuyo será, pero no ha mostrado mucha amistad para con el Papa.

-¿En qué aspecto, Guido?

-Se ha aliado con los nobles de Perugia.

-Supongo que el Papa no tiene nada en contra de los nobles de Perugia... Si ese conflicto ya tendría que estar superado hace años.

-Pues, no es así... Tuve que excomulgar a Opórtulo.

-Pero..., ¿cómo...? ¿No fue posible entenderse por las buenas?

-Eso resultó imposible. Este tipo anda propalando que nadie debería venderme nada..., ni tener ninguna clase de relación conmigo.

-¿Le hacen caso?

-Casi nadie.

-¿Entonces?

-Mira, Francisco, si lo único que quiero es reconciliarme con él, pero veo todos los caminos cerrados.

-Confía en Dios. Él puede abrirte algún camino nuevo.

-Ojalá sea así, pues mañana tengo una reunión con él, acá en el obispado.

-Estaremos en oración.

Aproveché la presencia de Ángel y León, y les pedí que al día siguiente estuvieran tempranito acá, y que trajeran un laúd porque lo necesitarían para una misión importante. Así lo hicieron, con gran puntualidad llegaron al obispado muy temprano. Entonces les conté mi plan. Ellos quedaron encargados de cantar en el patio, durante todo el tiempo que durara la reunión del obispo con el alcalde. Cumplieron cabalmente, y nada menos que con el Cántico del hermano Sol. La gente empezó a juntarse en torno al obispado, pues lo que estaba pasando era bonito. El corazón del alcalde se ablandó, según me contó después el obispo Guido, y surgió en ellos un alto grado de comprensión, y de ahí al perdón..., sólo el paso necesario para abrazarse... Y todos felices.

Fue a verme un médico, y le rogué que me dijera si acaso estoy por morirme. Necesito tener eso claro, para prepararme. El hombre titubeó un poco, pero al final me anunció que me quedaban pocos días. Le di las gracias por decírmelo. Decidí irme a la Porciúncula, lugar que ha sido tan importante en mi vida, y ha de serlo también en el momento de mi muerte, que ya está próximo.

Me tuvieron que traer poco menos que en brazos.

Pido perdón a mi hermano asno porque lo he tratado mal en muchas oportunidades.

Clara también está enferma, y ni siquiera podemos visitarnos. Le dicté a León una carta de despedida para que se la envíe. En realidad, va dirigida a todas las Hermanas, para que jamás se aparten de la pobreza. Clara me envió de vuelta un mensaje de alegría.

Ahora, le estoy dictando a León un testamento a través del cual me despido de los Hermanos. Ahí les cuento un poco de mi vida y su sentido. Lo que parece amargo se vuelve dulce. Les pido ser fieles a los buenos sacerdotes, y que vivan según el evangelio, y saluden con la Paz del Señor. Que no se instalen, pues han de ser siempre forasteros. Y que mantengan este escrito junto a la Regla, ya que es inseparable de ella, y sin añadir comentarios explicativos ni interpretaciones, que no se necesitan.

33.- León ante una muerte

Ya tengo avanzado mi libro, y aún me queda material para continuar. Será algo más que la historia de Francisco. Hay tantos hombres santos en esta Orden, como debemos llamarla ahora. Estoy acá con Bernardo, Egidio, Ángel y Rufino, además de Francisco, por supuesto, a quien hemos estado cuidando durante gran parte del otoño de este año 1226.

Elías viene muy a menudo, pero no puede quedarse por muchas horas, pues se lo impiden sus múltiples responsabilidades, tanto pastorales como administrativas.

Un día, Francisco divisó a Bernardo que estaba haciendo oración, y lo llamó para conversar con él. Muchas veces han charlado horas enteras. En esta oportunidad, sin ver bien, Francisco no notó que el Hermano estaba absorto, y que por esa razón no obtuvo ninguna respuesta. Tuve que explicarle eso, y prometerle que le traería a Bernardo en cuanto terminara su plegaria.

Lo más notable fue lo que ocurrió en uno de los últimos días, cuando Francisco consideró que sería de esencial cortesía que le contáramos a la señora Jacoba de Settesoli que él estaba a punto de morir. Me puse a escribir una carta muy atenta a dicha señora, benefactora nuestra, contándole la triste situación. Agregué que si ella tenía a bien venir por estos lados, le daría una gran alegría a Francisco. Le pedí que, de ser así, por favor trajera un buen trozo de paño color ceniza, para hacerle una túnica a Francisco. En cuanto tuve lista la carta, hablé con un Hermano joven que entró hace poco y le pregunté si podía ir a Roma a entregarla. Le di la dirección de la señora Jacoba, y algunas instrucciones que no alcancé a completar, pues ocurrió algo insólito. Tocarón a la puerta, fue a abrir el Hermano portero y volvió diciendo que viene una señora llamada Jacoba.

-¿Pero, cómo? -dije yo, pensando en voz alta, y corrí hacia la puerta. Allí estaba ella, en persona, acompañada de su hijo Juanito. La saludé con gran alegría.

-Traje esto por si se necesita -la señora Jacoba me entregó un paquete- es un paño que sirve para hacer una túnica.

-Lo abrí y me encontré con el mismo género color ceniza que había estado imaginando.

-Usted es una santa -le dije, y la llevé con Francisco. Al verlo, la pobre señora se puso a llorar.

-También traje todo lo necesario para hacer un pastel -dijo Jacoba cuando estuvo más repuesta.

-¡Excelente! -respondí-. ¿En qué puedo ayudar?

-Nada, nada. Déjeme sola, no más.

La conduje a nuestra improvisada cocina, y ella se puso a trabajar, mientras yo conversé con Juanito. Jacoba estuvo pocas horas con nosotros. Suficiente para despedirse de Francisco.

-Esperen que el pastel se enfríe para comerlo -nos advirtió al irse.

-Infinitas gracias, señora Jacoba -manifesté, y todos reafirmaron.

Cuando el pastel se enfrió lo partí en varios trozos y le llevé uno a Francisco, quien comió muy poco, incapaz ya de digerir una mayor cantidad de alimentos.

-Llamad al hermano Bernardo -pidió Francisco- a él le gusta este pastel.

-Sí. Ya le dimos.

Vino el hermano Bernardo y se sentó cerca de Francisco. Éste tocó las cabezas hasta que encontró la de Bernardo, la bendijo y recordó, dirigiéndose a todos:

-Éste es el primer Hermano que me regaló el Señor. Quiero que todos lo honren siempre.

Cuando ya se acercaba el crepúsculo salí al bosque a buscar leña para hacer fuego en la noche. El otoño estaba muy frío.

En la noche tuve un sueño que me pareció importante, y no supe darle interpretación, hasta que le pregunté a Francisco:

-Tenía que vadear un río ancho y alborotado. Varios Hermanos iban más adelante que yo, y cruzaron..., bueno... no todos. Los que llevaban mucha carga no lo lograron. Se los llevaba la fuerza del río.

-¿Sí...?

- Eso, no más. Creo que tiene que ser importante.

-Claro. ¿Qué crees que simboliza el río?

-Podría ser... algo difícil de soportar...

-Y que fluye constantemente.

-Puede ser la vida..., o sea, algo así como el requerimiento de cada día.

-Eso creo.

-¿Y los Hermanos que van más adelante? -pregunté.

-Tú mismo.

-¿En tantas versiones?

-Sí. ¿Cuáles son tus muchas versiones?

-¿Las posibilidades que puedo elegir...?

-Yo diría que sólo las que ya escogiste.

-¿Cómo?

-¿Te acuerdas lo que era el río?

-El requerimiento de cada día... ¡Ah! Mis versiones vienen siendo las actitudes con que he enfrentado distintos días.

-Eso creo.

-Algunos días... tengo mucha carga sobre mí.

-Y entonces te cuesta más... superar las dificultades.

-Me irá mejor si voy liviano por la vida.

-Eso es.

-Gracias, Francisco, por aclarar el mensaje que me trae el sueño.

-Tú mismo lo has aclarado..., León -y continuó después de una breve pausa-. Llama a los demás, por favor.

-Bueno -y fui a buscar al resto.

-Hermanos -comenzó diciendo Francisco-. ¿Os habéis preguntado... cómo ha de ser la persona que tenga... la responsabilidad de esta... Orden?

Le costó un poco decir esa última palabra.

-Sí -respondimos.

-Tiene que ser una persona... dedicada a la oración..., y también a pastorear el rebaño... -y agregó-. Acércate, Elías.

Francisco puso una mano en la cabeza del vicario y le dijo:

-No te alejes de Dios... en nada de lo que hagas.

Fue un momento emotivo en que sentí cómo Francisco arreglaba su equipaje para viajar de retorno hacia Dios. Eso se me confirmó un poco después, cuando me dijo con su débil voz:

-León, quiero confesarme.

Recordé las muchas veces que él me ha contado sus cosas. Soy confesor pero también soy su amigo. Lo que me habla... ¿no es acaso un testimonio de amistad... y de modestia? Me complica estar en este rol. Una vez Francisco me autorizó a hablar libremente todo lo que él me hubiera confesado. Sin embargo, jamás acepté eso. Mis labios están sellados.

Me acerqué y le pedí que no me dijera nada. Le di la absolución, así sin más, antes de que me hablara ninguna cosa.

-Tu proceder ha sido siempre luminoso -ésas fueron mis palabras que me escuché decirle a Francisco, y son de la más absoluta justicia.

-El tránsito que harás -seguí diciendo- estará lleno de gozo.

Francisco tomó un pan, lo bendijo y lo partió. Entregó un pequeño trozo a cada uno de nosotros. Compartimos también el poco vino que teníamos. Fue como en la Última Cena del Señor.

-Un día... nuestro movimiento... derivará a algo distinto -anunció lentamente Francisco-, ojalá sea del agrado de Dios... No pueden todos vivir igual... A ratos me duele el cuerpo..., y a ratos no siento nada... Ya no sé si estoy acá o allá... Aún puedo hablar con los Hermanos... que han de enterrarme... y también con los que ya se fueron... y me reciben contentos...

El santo se iba yendo, de a poco, con una sonrisa que lo decía todo. Puse un poco de agua en sus labios. Alcancé a pensar en quien tomará el relevo. Elías, como jefe, sí... pero, ¿quién pasará a ser el nuevo maestro sabio y potente? Tendrá que resultar de manera natural.

Ya estaba atardeciendo el día sábado, con todos reunidos en torno al lecho de Francisco. Cantábamos el himno del hermano Sol, a ritmo lentísimo, cuando de repente nos quedamos callados. Parecía como si Francisco se había ido, pero volvió, con una respiración agitada.

-Bienvenida hermana Muerte... -exclamó entonces Francisco, y nos pidió que lo pusiéramos en el suelo. Entre todos, obedecemos, porque en ese momento no cabía hacer otra cosa. Fue su última voluntad. Casi póstuma. Su cuerpo tocó la tierra, mas su espíritu estaba todavía despidiéndose de cada uno de nosotros, antes de abrazar al Padre.

Una bandada de alondras vino a revolotear en torno a la choza, con una increíble alegría, acompañando la muerte de Francisco, mi amigo al que siempre admiré. Fue un sembrador. Es de esperar que las generaciones futuras recojan abundantes frutos.

34.- Clara afligida

No sé por qué me molesté tanto esa vez. Cuando la hermana Rafaela salió del convento, cerca del ocaso, un día que no tuvo nada especial, salvo eso. Ella contravino las normas, pues no tenía nada que ir a hacer a ninguna parte, ni hubo causa útil o razonable, y ni siquiera pidió permiso. La puerta la mantengo sin candado durante el día, para que la clausura se respete por convicción y no por imposibilidad. Como sea, creo que no debí darle tanta importancia. Más de una vez he tenido que castigar a alguna Hermana. Siempre lo aceptan de buen grado y hasta me lo agradecen. "Si me porto mal, castígame", me han dicho un par de veces.

El caso es que le llamé la atención a Rafaela, y le impuse como penitencia la limpieza del retrete, por dos meses a contar de ese día. Es un trabajo que a ninguna le agrada, y habitualmente nos turnamos, de modo que a cada una le toca una vez cada dos semanas. Sí, porque ya somos catorce en San Damián. Siguen entrando Hermanas nuevas, no sólo en Asís, sino también en muchos otros lugares.

Casi se me había olvidado del todo la falta cometida por Rafaela, debido a que me preocupaba muchísimo más la salud de Francisco, y hasta la mía propia, ya que me he sentido mal del estómago y además he estado con un fuerte romadizo. A pesar de eso, me levanto temprano todos los días, y paso horas en el jardín arreglando las plantas, y desde ahí veo si vienen Hermanos trayendo noticias. La última vez trajeron más que una noticia. Los vi venir cuando ya estaban muy cerca. Y traían un cuerpo. Sí, era Francisco el que venía acostado en una improvisada camilla. Me asusté mucho. Lo primero que pensé es que había muerto. Después, mi mente se defendió, diciéndome "No, sólo debe estar muy enfermo y tendré que cuidarlo, como aquella otra vez". Los Hermanos entraron a la capilla, lo cual me pareció extraño. Si lo iban a poner ahí, sería que ya no estaba vivo. Todas nos agitamos y fuimos a la reja, el lugar donde asistimos a la misa cuando algún sacerdote viene a decirla. Eso, desde que nos obligaron a someternos a la regla benedictina.

Mi impresión fue terrible. Ver ese rostro enflaquecido de Francisco, carente de vida, me desarmó por completo. Corrí hacia la puerta y salí afuera para volver a entrar por la capilla. Llegué y me eché al suelo junto al cuerpo de Francisco. No podía dejar de abrazarlo, y estaba tan frío y rígido. Se me saltaron las lágrimas desde muy adentro. Me invadió una pena profunda. Nunca en mi vida había

llorado tanto como esa vez. Besé su rostro y sus manos llagadas. Sentí como si mi propia vida se estuviera empezando a ir.

Cuando me aquieté un poco, León me dijo que llevaban a Francisco para sepultarlo en la iglesia de San Jorge, el lugar en que él empezó su predicación. Y no sólo eso, ahí mismo había aprendido a leer y escribir cuando niño.

Los Hermanos se retiraron cantando una canción triste, y llevando el cuerpo de Francisco en alto. Yo quedé inmóvil, con mis pies plantados en la tierra mientras ellos se alejaban a paso lento, hasta que dejé de escucharlos.

Pensaba en cómo pudo haber sido nuestra vida. Es una pregunta sin respuesta, y nunca he lamentado el camino que seguí. Se me venían los recuerdos, uno tras otro. Vivimos algo mucho más importante que si nuestra relación hubiese sido de piel.

Entonces me di cuenta que yo misma estaba afuera del convento, infringiendo las normas, pues era algo que no se permitía.

Entré y me fui al oratorio. Estaba triste y confundida. Algo mío se fue con él. Por eso supe que Francisco me seguirá guiando. Su voz siempre estará en mi oído. Su imagen siempre estará en mis ojos. Me comprometí ante Dios a cuidar esta causa a la que nos hemos entregado. He de ser fuerte, constante, y persistir en esta lucha tan linda.

Esa noche no pude dormir. Las horas transcurrían más rápidas que lentas, entre recuerdos tristes y alegres. También tuve presente mi falta al reglamento, de la cual ni siquiera estaba arrepentida. Recordaba lo de Rafaela..., ¿qué pensaría ella de mí?

Por sobre todo, era la imagen de Francisco la que me ocupaba. Me parecía estar escuchando su voz y viendo su sonrisa.

Al día siguiente me levanté muy temprano y fui a buscar la escoba y los trapos de limpieza. Con ellos me dirigí al pequeño recinto en que tenemos el retrete, y me puse a iniciar su aseo. Era lo que me correspondía.

-Pero..., ¿qué haces, hermana Clara? -escuché decir a Rafaela, que venía llegando en ese mismo momento.

-Ahora me toca a mí.

-No. Yo lo haré. Aún estamos en mis dos meses.

-Pues, he pasado a ser yo la que está castigada.

-No, no. Por ningún motivo.

-Cometí la misma falta que tú.

-Distinta... Yo fui a ver... al hombre que amo -confesó Rafaela, compungida.

-Yo también... fui a ver al hombre que amo.

-Sí, pero... un santo.

Mis lágrimas brotaron nuevamente. Y en ella también. Llorábamos juntas, nos abrazamos, y después nos pusimos a limpiar. Rafaela entonó el Cántico del hermano Sol. Yo la seguí, y nos alegrábamos, cada vez un poquito más. Cuando las otras Hermanas salieron a mirar qué estaba pasando, nosotras ya reíamos.

-Tienes razón -le dije a Rafaela-, las penas y dificultades hay que afrontarlas con alegría..., y con paciencia y valor. Es Él quien cambia las lágrimas en gozo.

Al final, puedo decir que gracias al pequeño desliz que había tenido Rafaela, pude sobrellevar mejor este tiempo de tristeza.

Días después, Felipe Longo nos contó el funeral de Francisco:

-Elías lo puso en un sarcófago de piedra -le escuché, y me dio por llorar de nuevo, pero esta vez en silencio.

Algo tenía desgarrado en mí, a pesar de todo lo que me había preparado para poder soportar este momento. Dios me consolaba... "Mujer de poca fe...". Sí, ésa era la divina palabra que se ponía en mi oído sigilosamente, hasta que atiné a agradecer al Señor por haberme privilegiado con esa presencia de Francisco, un hombre extraordinario.

Ahora tendré que seguir construyendo sin él, y aprender a vivir de otra forma. Me sentí confortada cuando el hermano León me mostró el papel con esa oración que Francisco le escribió. Me di cuenta que el espíritu de Francisco, desde el cielo, sigue apoyándonos.

Mi madre se vino a vivir a San Damián. Dijo que se ponía a mis órdenes porque quería restaurarse. Me dio gran felicidad, pero Pacífica era la más contenta. Yo sé que mi madre vino más que nada por acompañarme. Las mamás nunca dejan de serlo. Me habló de Beatriz, que tiene un lindo matrimonio.

-¿Sabes, Clarita? Mi vida está atrapada aquí en San Damián -me confesó mi madre- y he venido a encontrarla.

Le pedí que me dejara lavar sus pies. Es una de nuestras costumbres, algo simbólico. Titubeó pero aceptó. Y seguimos conversando, con sus pies en la jofaina.

-Es linda la vida acá, mamá... Te gustará.

-Sé que has estado enferma.

-No es para tanto... En Semana Santa tuve una experiencia fuerte...

-¿Sí? ¿Cómo?

-Me metí tanto en la oración que..., creo que mi alma se trasladó hasta ese lugar y ese tiempo... Acá quedaron todas asustadas -reí levemente.

-Tengo entendido que el cardenal Ugolino ha estado siempre apoyando vuestro movimiento -inquirió mi madre, después de una pausa.

-Ya puedes decir "nuestro" movimiento -reímos-. Bueno, él es nuestro protector..., incluso nos protege más de la cuenta.

-Supongo que lo respetas, como corresponde a su rango.

-Nunca he dejado de respetarlo..., y le tengo aprecio.

-Pero..., ¿alguna aprensión también?

-¿Sabes que él me admira? Sí, de verdad, me lo ha dicho con humildad. Desde hace años, antes de cumplir yo los treinta, ya me ha estado pidiendo que rece por él -y después agregué-. Lástima que no ha podido entender que no queremos tanto silencio que nos impida expresar la alegría. Ni tantas seguridades que nos alejen del evangelio.

-Te he extrañado en este tiempo...

-¿Y qué es de Bona?

-Ella está casada, es feliz, y ésa ha de ser su vida.

-¿Mamá, ¿quieres cultivar el jardín?

-Sí. Es lo que más me gusta.

Así quedó asignada su tarea. Y yo, empecé a dedicarme más al canto.

35.- Caterina y su añoranza

Mientras estuve en San Damián fui muy feliz. Cada día me daba un tiempito para conversar con Clara.

-Después que murió Francisco, ya no he vuelto a ser la misma -me dijo una vez, con un poco de tristeza.

-Es una ausencia física, pero... no me cabe duda que él te sigue hablando y guiando.

-Bueno, sí... Me habla más que antes, pero me siento distinta, como si tuviera más responsabilidad..., que no tengo. He tenido que crecer. Ya no soy la niña que juega a seguir a Francisco.

-Ahora tienes que abrir camino.

-Y tú me ayudas mucho en eso. Tienes sabiduría... No sé qué haría sin tí, hermanita.

-Si somos capaces de llenarnos del amor de Dios, de ahí tiene que fluir hacia los demás.

-Los árboles me invitan a alabar a Dios.

Clara está siempre muy atenta a las necesidades de cada Hermana. Nos cuida con ternura. Y es siempre la que se dispone a hacer penitencias. Yo la he imitado, y también me pongo bajo el hábito un cinturón de crin, muy áspero, que me recuerda en todo momento que debo ser paciente y estar al servicio de las demás.

Me preocupo por Clara porque come muy poco. Hasta se lo dije una vez a Francisco, quien trató de convencerla de que comiera más, pero ella dice que se siente muy bien, y lo expresa con una sonrisa tan divina que no es fácil llevarle la contra. Aquella vez, Francisco optó por traer al obispo Guido. Fue casi una fiesta tenerlo acá. Él la hizo prometer que comería todos los días, aunque fuera un simple pedazo de pan.

Lo que más hacemos es orar, a distintas horas, con una admiración infinita por Jesús.

-Lavo los pies a Jesús y se los seco con los cabellos que no tengo -me ha dicho Clara, y yo sonrío, por su manera de expresarlo. También trato de encontrar a la divinidad dentro de mí.

Me siento en el suelo, como siempre, pues trato de ser sencilla. Eso sí, no me corto tanto el pelo como las demás. Estoy acostumbrada a ser la hermana chica. Por eso me entiendo muy bien con Clara. Es increíble cómo nos complementamos.

Clara me ha enseñado que el misterio de Jesús, que es Hombre y Dios al mismo tiempo, no está para que descubramos alguna explicación satisfactoria, sino sólo para admirarlo y disfrutar cómo Dios se nos muestra.

-Cristo no se aferró a los privilegios que pudo haber tenido en su condición divina -me explicó Clara-, sino que, renunciando voluntariamente a ello, optó por ponerse al servicio del Hombre.

Me maravilla la comprensión de Clara, y cómo las cosas más complejas son simples para ella. Casi siempre veo un resplandor alrededor de su rostro, y a veces en todo su cuerpo. Su cabeza parece emitir unos tenues haces de luz.

Cierta noche, estábamos las dos en el oratorio, y me dejé absorber tanto por la oración que no me di cuenta que el suelo se había retirado un poco hacia abajo. No sé cómo explicarlo... Nada podía importarme en un momento como ése. Un ángel vino y puso una corona de flores en mi cabeza. Tres veces. Yo estaba cautivada, llena de sonrisa, inmersa en la bondad de Dios, alabando la forma cómo Él vino al mundo a rescatarnos. Clara se retiró antes que yo, sin hacer ruido, y al otro día me preguntó por mi oración de esa noche. Yo no me atrevía a contarle, pero tuve que hacerlo en cuanto ella me confesó haberme visto levantada del suelo. Nos emocionamos tanto, que Clara decidió contarme un sueño muy especial que tuvo esa misma noche.

-Yo iba subiendo por una escalera -empezó a contar- sin cansarme, como si anduviera en horizontal. Ya iba muy arriba cuando vi a Francisco, en lo alto. Yo le llevaba un lavatorio con agua caliente y un paño para hacerle compresas en sus manos. Llegué hasta él y vi cómo se abrió su hábito..., y me dio a beber de su tetilla.

Me sentí muy rara al escuchar el relato de ese sueño, y Clara también al contarlo.

-Sí, su tetilla -continuó-. Y me dijo "Ven y mama de mí". No era leche, era un néctar dulce. Bebí varios sorbos, y se quedó su pezón entre mis labios cuando intenté retirar mi boca. Me lo saqué con la mano, lo miré y había cambiado su forma. Ahora era un pequeño espejo con marco dorado, y fue agrandándose. En él me vi reflejada... Ése fue el sueño, hasta donde lo recuerdo.

-Creo que es un sueño trascendente.

-¿Qué me estará diciendo?

-Sólo tú puedes leer en él.

-Pero..., tú me vas a ayudar, Inés.

-En todo lo que pueda, hermana.

-Recuerdo que Francisco siempre hablaba del Dios Madre.

-Incluso, él mismo... decía que quería encarnar virtudes maternas para con los Hermanos.

-También está la escala, como la de Jacob..., un puente entre el cielo y la tierra.

-Esa escala... -dije lentamente-, creo que significa ir a lo más elevado de tu persona.

-Y ahí me encuentro con alguien que representa la divinidad.

-Sí. Una divinidad que ofrece alimentar tu crecimiento.

-Y lo hace con dulzura... Mientras yo, con el lavatorio, soy su servidora.

-Y el espejo... es algo así como mirar en tí misma.

-Ese espejo, saliendo de su pecho, es un símbolo muy parecido al de la costilla de Adán.

-¿Y eso... qué puede significar?

-Creo que apunta al rol de la mujer, que es privilegiar el amor de Dios... O sea, lo que representa el corazón, ¿ves?

-Sí, me parece que ya tienes el mensaje.

-Lo pondré en oración.

Después de ese sueño, Clara adquirió un poder sanador que, yo diría... es milagroso. Siempre le han traído niños enfermos y ella los acoge con toda su

ternura, y les hace la vida más grata, pero ahora hay algo más... Los niños se van sanos. Como aquel que se había metido una pequeña piedra en la nariz, y no podía respirar más que por la boca, y sentía dolor. No sé cómo Clara se las arregló para hacer salir el guijarro, moviéndolo desde afuera, al hacerle la señal de la cruz.

Fue tanto lo que se veneraba a Clara, que una vez ocurrió algo sorprendente. Inesita, la que había llegado a San Damián siendo muy niña porque no tenía donde estar, y se quedó después como Hermana Menor, quiso lavar los pies de Clara. Fue tal su insistencia, que mi hermana accedió. Después del lavado, Inesita bebió de esa agua y la encontró dulcísima. En seguida, Clara tiró el resto del agua que quedaba en el lavatorio.

Mucho más notable fue el caso del pequeño Pietro, un niño de Perugia, que caminaba a tientas, tropezando con cuanto obstáculo hubiera, pues no veía casi nada, salvo manchas difusas en lugar de personas o cosas. Sus padres habían gastado en tratamientos médicos el poco dinero que tenían. Como todo eso fue infructuoso, pusieron su fe en mi hermana, la cual se decidió a dejar que Dios sanara al niño a través de ella. Y no sólo de ella, sino que de todas nosotras, según me confesó mucho después. Siempre quiso hacernos partícipes de esa gran tarea que es ser instrumento de Dios para su labor sanadora.

Clara impuso sus manos sobre los ojos de Pietro y se encomendó a Dios. Todas rezábamos en silencio.

-Ya, mi pequeño Pietro, ahora irás donde la santísima madre -lo tomó de la mano, y lo llevó hacia nuestra madre Ortolana, símbolo de la santa maternidad.

Mi mamá rezó mucho, con gran emoción y lágrimas, mientras yo me quedé conversando con la madre del niño. Después de un buen rato vino Pietro corriendo, y sin tropezarse. Ya estaba empezando a ver un poco mejor, y para él, eso era grandioso.

* * *

Ya anochecía cuando nos llegó la noticia de la muerte del Papa Honorio III. Siempre impresiona algo así, aunque todavía haya estado muy reciente aquella extraña decisión de dicho Papa, que había despertado mi indignación en su momento. Algo tiene que haber tenido contra las mujeres si se dio el trabajo de sacarlas de los púlpitos. Yo encontré que fue ignominiosa la carta que escribió con las nuevas instrucciones, en la que trataba a la mujer, de la peor manera. Antes de eso, Clara podía predicar, por ser abadesa. De todas maneras, no acostumbraba a hacerlo, salvo raras excepciones.

Ugolino fue elegido como nuevo Papa y adoptó por nombre Gregorio IX. Eso nos llenó de esperanza, ya que fue nuestro protector durante muchos años. Siempre rezamos por él, para que sea el renovador que la Iglesia necesita. Una de sus principales actividades, después del primer año de pontificado, fue canonizar a Francisco, para lo cual vino a Asís, y hasta nos visitó en San Damián, y compartió con nosotras varias horas.

Le convidamos un té, con el poco pan que nos quedaba. Cuando llegó el momento de bendecir los panes, se los pasé en un plato al Sumo Pontífice. Lo hice con una reverencia, dando algo de solemnidad al momento. El Papa se

aprestaba a efectuar la bendición, pero detuvo el gesto, como si se hubiera arrepentido.

-Eres tú la que debe hacer la bendición -dijo el Papa a Clara, pasándole el plato con los panes.

-De ninguna manera, Su Santidad -se disculpó mi hermana.

-Sí, por favor, Clara, tú estás más cerca de Dios -insistió, mientras devolvía el plato.

-Os respeto a vosotros -dijo Clara al grupo, a la vez que se hincó en el suelo.

-Precisamente por eso, por la obediencia a la que te has comprometido, te ordeno bendecir los panes -le dijo el Pontífice.

Yo que conozco bien a mi hermanita, sé que se puso contenta. Se levantó del frío suelo, y empezó a pronunciar sobre los panes, hermosas palabras de bendición que ella misma concibió en ese momento. Con sus manos hizo la señal de la cruz sobre el alimento. No era primera vez que Clara bendecía panes, pero nunca antes lo había hecho ante una presencia de tanto rango.

Después del té llegó el momento que yo temía. El Papa dijo a Clara que nosotras deberíamos tener bienes raíces, para nuestra seguridad. Mi hermana mantuvo la serenidad, y hasta sonrió levemente.

-Usted es como mi padre... -expresó con ternura, y agregó-, Santo Padre, quíteme los pecados, no más, pero no me dispense de seguir a Jesucristo.

-El camino al Reino de Dios es estrecho -reafirmó Clara, con valentía-, y la puerta, angosta.

Ugolino ya sabía..., este diálogo lo habían tenido tantas veces. No le quedó más remedio que seguir dejando a firme el privilegio de pobreza.

-Recen por mí -nos dijo el Papa al irse.

A los pocos días, mi vida tomó un giro inesperado que me costó aceptar. Tuve que trasladarme al convento de Monticelli, en Florencia, para llevar hasta allá las enseñanzas de Clara y mantener en alto el espíritu de las Hermanas Menores. Se han multiplicado tanto nuestros monasterios en toda Italia, que Clara ha debido desarmar un poco nuestro grupo para ir en ayuda pastoral de las nuevas Hermanas.

Me fue muy dolorosa la separación, pero he vivido cosas muy lindas en mi nueva casa, de la que soy abadesa. Trato de serlo de la misma forma humilde que he visto en mi hermana, como sierva de las demás.

A veces me siento agobiada, y extraño a Clara. Le escribo cartas contándole mis alegrías y tristezas, y así no estoy tan sola. Le pido oración y le imploro que me retorne a San Damián lo más pronto que se pueda. En cada anochecer pienso que falta un día menos para mi regreso a Asís. Si Dios puso una santa a mi lado, en mi casa, hermana mía, compañera de juegos..., fue para que yo me alimentara espiritualmente de ella.

"Hacemos sacrificios" me responde Clara, "sólo será por poco tiempo". Pero, ese poco, a mí se me hace mucho. Los primeros días, lloraba, pero ya me estoy acostumbrando. Me he encariñado con las Hermanas de acá.

"Pide al hermano Elías" le he rogado a Clara, "que nos visite acá en Florencia".

Ayer vino Elías por estos lados, y fue muy grato. Las Hermanas estuvieron felices de conocerlo.

36.- Elías y el Papa

Salimos de la Porciúncula en la mañana temprano. Al poco rato, ya sentíamos el calor de fines de Mayo, lo que puso más lenta la caminata. Me dirigía a Spoleto, con varios Hermanos, para asistir a la canonización de Antonio.

Pocos días atrás, yo había vuelto a ser el Ministro General de esta Orden, como ya empiezan a llamarle. Por cinco años estuve un poco retirado, primero en un solitario convento de Cortona, dedicándome a la oración, y sin afeitarme en todo el año. Después, entregado por entero a la construcción de la Basílica, lo que me tomó dos años. El lugar en que se levantó el templo fue bautizado por el Papa como "Colina del Paraíso", ya que antes se llamaba "Colina del Infierno". Este nombre obedecía a la antigua función de ese terreno, que era la ejecución de los condenados a muerte. Ahí mismo los enterraban. Francisco decía que él iba a ser sepultado en la Colina del Infierno. Y lo decía acordándose de que Jesús fue ejecutado como si se tratara de un delincuente. Por eso, cuando ocurrió que nos donaron ese terreno, quise que en él se construyera una cripta para el cuerpo de Francisco. Así se lo hice ver al Papa, que siente gran aprecio por Francisco, y por algo fue el protector de nuestra hermandad. Aquel mismo día era el de la canonización de Francisco.

Los dos últimos años he estado viviendo en el convento anexo a la Basílica, el que todavía está en pleno período de construcción, pero ahí me armé una precaria celda. Cuando puedo, imparto enseñanzas básicas a los Hermanos nuevos, que siempre están llegando. Me quieren mucho en la fraternidad, y por eso me eligieron para suceder a Juan Parenti, quien a su vez había sido nombrado Ministro General por el Papa Ugolino, un poco después de la muerte de Francisco. Lo decidió así por tratarse de una persona mucho más apegada a la tradición de la Iglesia. No ha sido muy bueno todo lo que ha pasado en esta fraternidad a partir de aquel día en que Francisco se fue hacia el Padre. Tengo gran esperanza de que ahora podré enderezar el rumbo de la Orden, y lograr esa renovación de la Iglesia, que tanto hemos ansiado, junto a Francisco.

Por el camino hacia Spoleto con los Hermanos, íbamos conversando acerca del éxtasis que tuvo el hermano Egidio hace unos años en el eremitorio de Cetona. Él se ha dedicado a la oración con una intensidad tal, que tuvo una experiencia más que notable. Asegura haber tenido a Jesús ante sus ojos, cierta vez en que sus compañeros lo sintieron hablar en alta voz, con un júbilo que lo rebalsaba. Éstos creyeron que Egidio estaba enfermo de mucha gravedad, y fueron a socorrerlo.

Nos reímos y nos sentamos a descansar un rato.

-Ya que estamos de recuerdos -dijo Rufino-, ¿quién puede decirme por qué quedaron tan molestos los cardenales que vinieron de Roma esa vez... cuando se trasladó el cuerpo de Francisco a la nueva cripta?

Rufino se refería a la ceremonia que tuvo lugar en Asís, en la Colina del Paraíso, hace dos años.

-Se molestaron conmigo -reconocí-, ésa es la verdad.

-Y por varios motivos... -agregué, y empecé a dar detalles, mientras reanudamos la marcha-. Vosotros recordáis la cantidad de gente que se juntó esa vez... ¡Dios mío! Si la ceremonia se me escapó de las manos. Tuve que pedir al alcalde que hiciera intervenir a la milicia comunal para contener a esa fuerza popular que amenazaba con destruir nuestra reliquia más preciada.

-Eso no es para que se enojen tanto -acotó Rufino.

-Bueno, claro, pero es que los Legados tuvieron miedo. Además, estaban molestos desde antes. Porque yo había invitado a que vinieran Hermanos de todas las regiones, los cuales a su vez, arrastraron mucho pueblo. Después entendí por qué los cardenales propiciaban que asistiera sólo la jerarquía.

-Recuerdo que en esa misma ocasión el hermano Antonio pidió ser relevado de su cargo de Provincial -dijo León, cambiando el tema.

-Él ya estaba enfermo -expliqué.

-Y sin embargo, Juan Parenti le asignó una misión muy agotadora.

-No sé cómo se le ocurrió enviarlo a él a cargo del grupo que..., más aún, iba a pedir al Papa que se pronunciara respecto a un tema... delicado, por decir lo menos.

-¿Delicado? Yo diría... casi amenazador -corrigió León.

-No todos pueden vivir de una manera tan penitencial como nuestro admirado Francisco.

-Entonces, ¿para qué se comprometen?

-Tienes razón. Fueron a pedir que el Papa les quite de encima un peso que no son capaces de seguir llevando.

-Me imagino al pobre Antonio tratando infructuosamente de que se imponga la fidelidad a Cristo.

-Y consumiéndose en eso.

-De ahí surgió la famosa "Quo elongati" -dijo León-. Lo peor que podría haber pasado. En ese documento se dice que algunos consejos del evangelio no pueden observarse de ninguna manera o sólo con gran esfuerzo.

-Sí. Lo peor. La Iglesia dio un paso atrás con esa bula. Nos libera de la obligación de seguir el evangelio, exceptuando lo que está indicado en la Regla.

-Además, le quitó todo su valor al testamento de Francisco. Con una mano comete esa atrocidad, y con la otra lo canoniza. ¿Quién entiende...? La Iglesia hace de él un modelo para todos, al mismo tiempo que lo hace inofensivo.

-No sé qué le pasó a nuestro Ugolino, que cambió tanto al ser elegido Papa. Ya anocheecía cuando llegamos al convento de Spoleto, cansados y con hambre. Los Hermanos nos dieron algo de comer, y muy pronto nos quedamos dormidos.

Al día siguiente acudimos a la catedral para asistir a la solemne ceremonia de canonización del hermano Antonio. El rito fue presidido por el Papa Gregorio IX, un hombre anciano, longevo, adornado con vestimentas distinguidas. Supongo que en ese momento debe haber andado por los 80 años. Casi no podía moverse, si no fuera por la ayuda de sus asistentes más cercanos.

Ilustres personajes estaban sentados en las primeras filas. También los cardenales, los obispos, y los presbíteros más importantes. Nosotros, quedamos ubicados en las filas de atrás.

Se dio inicio al acto con las palabras del Papa, dando a conocer algunos aspectos de la vida de Antonio. Refirió que en 1222, enviado como sacerdote a una ermita en Montepaolo, vivió Antonio en gran alegría y sencillez, ocupado en la oración, en el lavado de los platos, y predicando en el pueblo vecino, con tal sabiduría que muy pronto el Provincial lo envió a Bolonia, donde ejerció como maestro de teología para los Hermanos Menores, además de predicar ante audiencias cada vez mayores, con elocuencia y atractiva personalidad. Fue enviado a Francia para fortalecer la fe de los cristianos. Desde 1227 fue Provincial de Emilia-Romagna. Cierta vez que, en un pueblito costero, la población no quiso ir a escucharlo, Antonio bajó a la playa, en busca de personas que aceptaran su prédica, y no encontrando a nadie, dirigió ésta hacia el mar, con tanto fervor que los peces se asomaban. Así aprendió a interesar a los no creyentes, en lo cual tuvo éxito pues logró numerosas conversiones. Más tarde, en Padua fundó la Escuela de Teología de los Hermanos Menores. Gregorio IX contó finalmente su trabajo con el grupo de Antonio en 1230, un año antes de la muerte del nuevo santo.

A continuación, un cardenal habló de los milagros reconocidos que han tenido lugar por la intercesión del hermano Antonio. Después se levantó el Papa y pronunció la fórmula con que Antonio quedó inscrito como santo. En líneas breves, de esa forma transcurrió la ceremonia.

En cierto momento, más tarde, solicité una audiencia con el Papa y me fue concedida para el día siguiente, a media mañana. Me preparé para esa reunión. Sabía que necesitaba ser muy cortés, como me ha enseñado Francisco. Eso sí, no quería dejar de decirle unas cuantas verdades, pues me tenía muy mal esa actitud de los jerarcas, más que agresiva, yo diría casi criminal. Me refiero a la camarilla que rodea y domina al Papa, que está viejito. Si hasta yo he experimentado, acá en mi comunidad, eso de no poder llevar el barco adonde quiero llevarlo. Él, a otro nivel más alto, ha de experimentar lo mismo. De cualquier forma, eso de que "la Iglesia amenaza ruina", es algo que se está poniendo muy negro. El Papa tenía la buena voluntad de recibirme porque me ha tenido estimación durante mucho tiempo, aunque talvez ya lo estaba hartando. Los tiempos que corren han puesto guerrera a la Iglesia. Lo que verdaderamente me saca de quicio es la Inquisición, mal llamada "santa". Es algo que se ha ido formando de a poco, y ya está tomando caracteres catastróficos. Se producen abusos injustificables. Matar con extremada violencia y odio a las personas que piensan distinto es algo que no debería ocurrir. Gente buena, ha sido eliminada de la peor manera.

Si se me ocurría plantearle esto al Papa, así de directo, no sólo perdería acceso a él, sino que además iba a ser uno de los perseguidos. Pensé en las enseñanzas de Francisco, acerca de un actuar más paciente, más sacrificado, lento, pobre. Pero, yo no soy así. En mucho me he sometido a Francisco porque le tengo demasiada admiración, veneración. Entonces, tendría que ir despacio.

He tratado de consolar a los parientes de Cesáreo. Con ellos me desahogo. ¿Qué podía decirle a Ugolino? ¿En que forma? El Espíritu Santo me asistiría, Jesús me lo ha prometido.

Llegó la hora de la entrevista. Hablamos acerca de nuestras dificultades y nuestros puntos de acuerdo.

Empezamos con una conversación muy general, en la que Gregorio alabó la sabiduría que, según él, yo he demostrado. De ahí, pasamos al tema del emperador Federico II, enemigo del Papa. Yo tengo buena llegada con ambos, y hasta he tenido que mediar entre ellos en un par de oportunidades. Hace algunos años, el Papa excomulgó al emperador porque éste no acudió con prontitud a la Cruzada. Federico tenía otros planes. De hecho, consiguió la restitución de los santos lugares, y lo logró en forma pacífica, diplomática. Al final, Gregorio tuvo que rendirse a la evidencia, y le levantó la excomunión.

-Fue Federico el primero que condenó a la hoguera a un hereje -se defendió el Pontífice, en forma vacilante, cuando comencé a poner el dedo en esa llaga.

Ése era el tema que yo quería tratar con el Papa, pues me estaba preocupando mucho la forma brutal que estaba tomando la lucha contra la herejía. Traté de hacerle ver a Gregorio lo poco prudente que fue hacerse cargo de los juicios, que antes estaban en el poder civil.

-¿Qué sabe el emperador lo que es una herejía? -exclamó.

-Por favor, no os vayáis por las ramas, Su Santidad -intervine-, pensad que no es lo mismo luchar contra la herejía, que quemar personas.

-¿Y dónde está entonces la herejía que hemos de erradicar?

-Limpiemos la manera de hacerlo.

-¿Por qué no aceptas, Elías, lo que te he estado ofreciendo, la investigación de las herejías? Sólo de esa forma podrás aportar tus ideas a la inquisición pontificia. Piensa que el mayor tesoro es la fe.

-Nunca podría meterme en algo que no estoy de acuerdo.

-Entonces... ¿estás de acuerdo con las criminales herejías?

-No. Por favor, no me interpretéis mal -hice una breve pausa-. Cuando Francisco escuchó a Cristo diciéndole "repara mi iglesia, que se está arruinando", se inició un movimiento con gran fuerza. Muchos nos unimos a él con esa intención, la de detener esa ruina en que, lamentablemente, está cayendo nuestra querida Iglesia.

-Estás dramatizando -se quejó, no muy convencido, y ahí corroboré que el anciano Gregorio estaba siendo manipulado por los cardenales de su nefasta corte. Preferí no referirme a ellos, para no salirme del tema.

-Anoche tuve un sueño -continuó diciendo el Pontífice, con voz muy calmada-. Vi venir a alguien que parecía ser Francisco, pero tenía un rostro duro, que él jamás tuvo. Estaba como enojado. Me dijo que tenía mucha sangre, y que le pasara un cáliz. Le di una copa que, justamente, tenía muy cerca mío. Entonces, este personaje tomó la copa, levantó su brazo, y dejó salir un chorro de sangre desde la herida de su costado... Sí. Supe que era Francisco, aunque estaba un poco cambiado.

-Es un bonito sueño, que algo ha de deciros.

El Papa Gregorio tenía lágrimas en sus ojos. Ese sueño lo estaba tocando en su parte más sensible. Alguna disconformidad consigo mismo, con toda seguridad tiene que haber tenido en ese momento.

-Ahí puede haber un llamado -agregué- a discernir mejor cómo hacer las cosas, de acuerdo al carisma de Francisco.

Intenté convencerlo de modificar los métodos de la Iglesia. Aquellas prácticas reñidas con las enseñanzas de Jesucristo.

-¿Por qué los presbíteros tienen que llevar registro de los fieles? -seguí diciendo- ¿Por qué obligan a la gente a denunciar herejes? Es que eso se presta para abusos... Jesús nos dice "No sea que al arrancar la cizaña, arranquéis también con ella el trigo. Dejad crecer juntamente lo uno y lo otro hasta la siega".

-Pues, ha llegado el tiempo de la siega. En la misma parábola Cristo dice "Recoged primero la cizaña, y atadla en manojos para quemarla".

-¿En que puede conocerse si acaso ha llegado el tiempo de la siega?

A estas alturas, nuestra conversación empezó a tornarse muy áspera. Gregorio tuvo un acceso de tos. Quise socorrerlo, pero no me fue posible. Vinieron los cardenales de la corte, y le dieron agua, mientras me miraban con odio.

Esperé un poco y pude despedirme del Papa con cordialidad, y de los cardenales, de una manera más fría. Retorné a Asís, esperando que el Papa fuera capaz de recapacitar, lo cual no era fácil, teniendo en cuenta su avanzada edad y delicada salud que lo transformaba en una débil embarcación en manos de la perversa corte pontificia.

* * *

Transcurrió el tiempo. Siete años más, y la vida siguió su curso. León es ahora el que trata de centrarme, como hacía Francisco. Pero, no es mi confesor.

Lo más notable fue la llegada de Juan de Parma a nuestra fraternidad. Un joven muy culto, y tan impregnado en el espíritu de Francisco, que a ratos me parecía estar viendo al santo mismo. Le ofrecí ir a París a completar sus estudios de doctorado en Filosofía, a lo cual accedió gustoso. Tuvo su ordenación sacerdotal, y después le pedí que fuera a organizar la enseñanza de la teología en diversas regiones. Ha sido un Hermano excepcional. Juan expone en forma agradable, con buen timbre de voz, y además canta muy bien. Siempre se le ve en una actitud de pobreza extrema, tal como Francisco.

Ese ideal es algo tan difícil de seguir que no todos nos hemos sentido llamados a ello. Sólo los más santos. De hecho, la gran mayoría de los Hermanos Menores vivimos una pobreza moderada. El grave problema es que esa relajación en uno de los aspectos ha movido a muchos a dejar de dar importancia a otro aspecto, algo que yo considero esencial. Renovar la Iglesia, que amenaza ruina espiritual. Este punto, para mí es intransable. Y es aquí donde he tratado de poner el énfasis. En eso, me ha ayudado mucho Juan de Parma. Y mucho más aún mi gran amigo Cesáreo de Spira, mientras tuvo vida. Cesáreo fue un hombre extraordinario, que sufrió una encarnizada persecución por parte de los inquisidores. La primera vez que quisieron privarlo de libertad lo llevé a vivir retirado en un eremitorio. La corte lateranense me exigía entregarlo, pero yo jamás iba a obedecer una orden tan maligna. Sin embargo, dieron con él después de varios meses. Se lo llevaron, y a los pocos días murió en la tortura. ¿Y qué he podido hacer yo...? Nada más que llevar consuelo a sus familiares.

Ocurrieron cosas horribles. El más implacable inquisidor, Roberto de Bougre, fue cátaro antes de hacerse dominico. Después, hizo matar a muchos de los que habían sido sus compañeros.

No podría imaginar yo a Jesucristo enviando a alguien a la hoguera, ni declarando una guerra santa. Él, que predicó el amor, y perdonó a sus verdugos en la cruz. Esto es muy doloroso, y así se los digo a los Hermanos cuando nos reunimos.

El Papa Ugolino convocó a Capítulo general de nuestra Orden, en Roma, y se apresuró a destituirme de la manera más ignominiosa y humillante. Mi pecado había sido hablar con sinceridad. Creí que había más seguidores de Cristo en el cristianismo. Le hablé brevemente a la comunidad para despedirme con afecto.

-Talvez sea bueno que cambie el responsable -les dije-. Ojalá venga alguien con mucha santidad, que haga las cosas mejor que yo.

Me dolió ser incomprendido. ¿Qué diría Francisco? Con su sabiduría y su paciencia a él no le habría pasado esto. Mi sucesor fue un presbítero, Alberto de Pisa.

Tuve que salir huyendo debido al ambiente que se produjo en mi contra. Decidí irme donde el emperador Federico II, pues él podría ayudarme a seguir estando vigente, dando la palabra. Corría el año 1239. A poco de llegar a la corte del emperador, fui testigo de algo muy ingrato, pues se produjo por segunda vez la excomunión de Federico, por haber provocado un levantamiento contra el Papa en Roma. Igual pena caería sobre todos los que se acercaran al emperador.

Un mal día sucedió lo que tenía que suceder. Fui excomulgado yo también. Entonces recordé esas sabias palabras de Francisco cuando una vez me dijo "Lo único que vas a conseguir es que te excomulguen". Salió profético. Me ha invadido una profunda tristeza que no soy capaz de manejar, y no puedo evitar el llanto.

37.- Clara y el devenir de las Hermanas Menores

El esposo de Beatriz se enfermó de gravedad, y los médicos no pudieron hacer nada por él. Fueron días tristes, en que mi hermana pequeña venía a San Damián muy seguido, y entre todas la consolábamos. Al final, se quedó acá y ya puedo decir que mi hermana menor es Hermana Menor. También entró mi tía Blanca, que la acompañaba en sus visitas. Esto ocurrió tres años después de la muerte de Francisco.

Las cosas cambiaron mucho en ese tiempo. Se notó la ausencia del fundador. Entre los Hermanos empezaron a surgir conflictos. Unos, muy fieles a la pobreza, otros no tanto, algunos excesivamente apegados a la tradición del clero, otros con muchas ganas de hacer caminar a la Iglesia por mejor senda. Yo preguntaba a Dios "Señor, ¿qué hago?", y también interrogaba a Felipe, nuestro visitador, y lo enviaba de vuelta con las sugerencias que el Señor me susurraba, para que ellos resolvieran sus problemas. Siempre me agradecían mucho. Tuve que ser fuerte y plantarme muy firme, así los Hermanos limaban sus asperezas.

Entre medio de las dificultades, todo se amenizaba con las anécdotas de Junípero. Él contaba que cuando estaba en el eremitorio de Monte Casale, había una banda de ladrones por ahí cerca. La gran discusión de los Hermanos era si darles limosna o no. Francisco, que aún vivía, les dijo "Hemos sido enviados para los enfermos, no para los sanos. Id donde los hermanos bandidos y llevadles pan y vino. Leedles la palabra del Señor y haced que prometan no hacer daño a

nadie". Al poco tiempo, esos bandidos dejaron de cometer delitos. Incluso, uno de ellos ingresó a la fraternidad.

En otra oportunidad, Junípero dio limosna a un mendigo, y como lo vio con mucho frío, quiso darle su hábito. Así lo hizo, a pesar de que le tenían prohibido volver a hacer eso. Cuando regresó al convento, se disculpó diciendo:

-Me asaltaron.

Así es este Junípero. Regala lo que encuentra, a tal punto que los Hermanos tienen que andar escondiendo las cosas.

No menos entretenido resultó el hermano Egidio, el gigante tierno, como le decimos nosotras. Una vez vino a presenciar una disertación dada por Alejandro de Hales, prestigioso profesor de la Universidad de París. Yo estoy siempre consiguiendo estas conferencias de Teología, porque me gusta aprender un poco, y que las Hermanas también las reciban. Incluso vienen algunos Hermanos, así fue como ese día estaba Egidio, muy atento, hasta que de repente se levantó de su silla.

-Dejadme que ahora hable yo -le dijo Egidio al filósofo- y se puso a dar una prédica simple, que tenía bastante relación con lo último que había escuchado.

Después permitió que la docta clase continuara. Me acordé de Francisco, que una vez dijo "Deseo que mis Hermanos teólogos sean tan humildes que interrumpen su discurso si algún Hermano simple quiere decir su palabra".

No todas las cosas que pasan ni las noticias que llegan son divertidas. Una vez ocurrió algo que me pareció atroz, y casi me morí del disgusto. Se trata de una bula llamada "Quo elongati", promulgada por el Papa Gregorio, que no sé por qué se ha puesto tan incomprensivo con nosotras, si antes no era así. En ese documento, no sólo toma partido por aquellos Hermanos que reniegan del testamento de Francisco, sino que además nos asestó un duro golpe a las Menores. Obliga a los Hermanos a solicitar el consentimiento del Papa en cada oportunidad que deban visitarnos.

Me indigné, pues nos estaba quitando un bien preciado. No me iba a quedar así, sin más. Llena de vigor, me dirigí a la cabaña que tienen los Hermanos a poca distancia de aquí, donde siempre se turnan dos de ellos para pedir la limosna dedicada a nosotras. Son los que nos proveen el pan de cada día. Les dije que podían marcharse de ahí, pues ya no los íbamos a necesitar más.

-¿Cómo? -me dijo uno de ellos-. ¿Qué vais a comer?

-Nada. Si nos quitan el pan espiritual, que nos quiten también el pan material.

Y después, instruí a las Hermanas para no recibir el pan.

Pasamos hambre durante un par de semanas, pero Elías logró que el Papa cambiara la disposición. A partir de ese momento, los Hermanos ya no necesitan el consentimiento del Papa, ahora basta el de su Superior.

Volvimos a aceptar el alimento que generosamente los Hermanos pedían para nosotras. Yo había quedado al borde de mi voluntad porque teníamos Hermanas enfermas.

Una noche, Sor Andrea estaba en la enfermería, sintiéndose tan mal que no podía hablar. Desde hacía meses sufría de la garganta, y se llevaba sus manos al cuello, con gran dolor. Le pedí a Felipa que le diera un huevito caliente, pasado por agua, y que me la trajera. Así lo hizo.

-¿Cómo te empezó esto? -le pregunté a Andrea, en cuanto llegó a la habitación.

-Primero se enfermó mi alma -ella logró responder, cuando comenzaba a volver a la vida. Todo había comenzado con una vergonzosa tentación.

Después de esa noche, Andrea volvió a sonreír. Se le fue quitando toda su angustia.

Llegamos a ser tantas Hermanas en San Damián, que tuvimos que apretarnos para caber en el dormitorio y también en el comedor. Ni aún así hemos podido ser más de 24, simplemente no caben más. Es la forma como Dios nos dice que algunas de nosotras tienen que ir a otros conventos, a enseñar, a ayudar a las que recién ingresan en diferentes localidades.

La vitalidad de Pacífica causó admiración a las Hermanas de Vallegloria, en Spello. Benedetta fue también a Vallegloria, y cuando volvió me ayudó a escribir la Regla, pues además de ser culta tiene linda letra. Ella estuvo presente cuando León trajo el Breviario de Francisco, porque aquí lo cuidaríamos mejor.

A las Hermanas nuevas de Asís, yo misma las formo en lo esencial de nuestra forma de vida. Mi prima Amada, que es hermana de Balbina; Francisca, hija del capitán; Inesita, que la criamos nosotras.

-¿Cómo lo haces para permanecer en oración si te da sueño? -me preguntan.

-La alabanza... -les digo-, a distintas horas del día.

-¿Acaso Dios necesita que lo alaben?

-No, pero eres tú la que necesitas alabarlo para sentirlo.

Trato de enseñarles la contemplación, como una búsqueda del significado de la propia vida. También compartimos las distintas maneras como sentimos la Eucaristía.

-Siento cómo Cristo se encarna en mí -señaló una niña muy joven, y me dejó impresionada. Me hizo recordar al hermano Lucas Belludi, que nos ha sido de gran ayuda en Padua. Nos prodiga tal atención, que no he necesitado enviar a ninguna Hermana. Allá se las pueden arreglar.

Lucas mantiene un hospicio muy cerca de nuestro convento de Arcella, con elementos de curación y primeros auxilios. Muchas personas pobres van a ese lugar cuando están enfermas. Fue precisamente a ese hospicio que Lucas llevó a Antonio cuando éste se sintió muy mal, después que había empeorado su salud, estando en el eremitorio de Camposanpiero. Esa misma tarde murió Antonio, asistido por Lucas.

Para las Damas Pobres de Praga necesité el apoyo de los Hermanos. En invierno del 1234 conseguí con Elías que enviara a cinco Hermanos para que se establecieran allá. Estuvo muy contento de concedérmelo, pues de esta manera también la fraternidad masculina se va extendiendo a otros países. Y todo esto, gracias a la princesa Inés, la que pudo ser emperatriz, pero prefirió renunciar a toda la riqueza para dedicarse a atender a los enfermos pobres. Vendió sus joyas para construir un hospital. Hubo una ceremonia con gran afluencia de gente el día de Pentecostés, que Inés eligió para su investidura como Hermana Menor. La acompañaban otras seis damas nobles, dando el mismo paso.

Desde niña pequeña, Inés vivía comprometida a casarse, cuando fuere mayor, con algún importante joven de la nobleza. Ella se encargaba de desbaratar

esos proyectos de sus padres, y con el firme propósito de mantenerse virgen. Asistió cierta vez a una prédica de Hermanos Menores que andaban en gira por varios países. Inés se les acercó al final y les preguntó:

-¿Cómo poder llevar una vida como vosotros, siendo que soy mujer?

Fue entonces que los Hermanos le hablaron de mí, y de cómo renuncié al siglo para ser una Hermana Menor. La vida cambió para ella en ese mismo minuto, y así empezó nuestro contacto epistolar, a través de estos Hermanos, que empezaron a servir como correo.

La animo a seguir siendo siempre linda por dentro, y le ruego que siga siempre los sabios consejos del hermano Elías, y se resista a otras influencias de venerables personas, respecto a las propiedades.

Hace poco murió Felipa Mareri, una gran mujer, que fue incomprendida al comienzo, antes de que su comunidad fuera aceptada por la jerarquía, como perteneciente a nuestro movimiento de Hermanas Menores.

Otro acontecimiento de gran importancia ocurrió hace pocos años. La situación se puso muy difícil, debido a la férrea oposición de la jerarquía a una vida de pobreza. Estábamos acostumbradas a recibir nuestro alimento desde lo poco que recibían los Hermanos en sus salidas diarias. Cuando esta ayuda empezó a menguar, aumentamos nuestros ayunos. Pude tomarlo como una penitencia, pero cuando la ayuda disminuyó demasiado, tuve que disponer que Hermanas de San Damián salieran a pedir limosna, en grupos de a dos. Creí que eso iba a ser sólo por un tiempo, y que luego volveríamos a la reclusión de la regla benedictina. Sin embargo, la necesidad ha continuado, y no hemos podido retornar al esquema tradicional. Las Hermanas que salen a pedir han necesitado hacer trabajos menores, especialmente en hospitales, para obtener el pan de cada día.

Me habría gustado salir yo misma, pero mi salud no me lo permite. A veces me siento enferma, y me cuesta subir la escala, como si cargara un pesado fardo. Y me viene fiebre, trayéndome un extraño temblor. Siempre siento a Dios consolándome con ternura.

A las Hermanas que realizan servicios fuera del convento les pido que vuelvan lo más temprano posible, pero no sin antes haber alabado al Señor por la hermosura de la naturaleza.

Mi madre murió más pronto de lo que yo suponía que iba a suceder. Elías despidió sus restos en el oratorio, y a mí se me salían muchas lágrimas, recordando mi infancia.

Por ese mismo tiempo, las beguinas de Santo Ángel de Panzo se incorporaron a nuestro movimiento, transformándose en Hermanas Menores.

* * *

En Septiembre de 1240 ocurrió lo de los mercenarios. El ejército del emperador había sido reforzado con una gran cantidad de soldados mercenarios, provenientes del extranjero. Eran de distintos países, tanto de Europa como del norte de África. Gente sin escrúpulos, dispuesta a matar y destruir, sólo para tener qué comer. En aquellas semanas tampoco tenían ni el mínimo sustento, a tal punto que se desbocaron. Un grupo de estos soldados andaba por los alrededores

de San Damián, buscando donde meterse a saquear, absolutamente fuera de control.

Por eso, algunas Hermanas estaban con mucho miedo, porque los mercenarios merodeaban por acá cerca y en cualquier momento podían atacarnos. No era mucho lo que podían llevarse, si acá no tenemos ninguna riqueza, pero estos tipos son capaces de cualquier cosa, raptar, violar, son para ellos asuntos del diario vivir.

Cierto día en la mañana, sentí bulla, portazos y gritos de hombres, cuando las Hermanas permanecían aún en el comedor. Yo estaba en mi cama porque no me sentía nada de bien.

-Han entrado los sarracenos... -me dijo Bienvenida, quien venía corriendo-, escalaron los muros.

-Sé que Jesús nos protegerá -la tranquilicé, a la vez que lo llamaba en mi interior, "¿Dónde estás, Jesús?"

-Francisca, Iluminada, ayúdenme -grité, dispuesta a salir a encontrarlos.

Bajé al oratorio y tomé en mis manos la cajita de marfil con adornos de plata, conteniendo las hostias consagradas. Ahí estaba presente el Cristo que nos salva. Llegamos al comedor. Yo, con una energía insospechada, que no sé de dónde me venía. Sin duda, la presencia de Jesús iba a hacer que esos hombres descubrieran lo positivo que hasta ellos mismos tienen, por más malos que sean. Podrán tenerlo escondido, dormido, encerrado, herido, aplastado o agonizante.

Los mercenarios estaban en el patio, tratando de entrar. Teníamos todas las puertas bloqueadas, pero ellos tienen mucha fuerza, y algunas bisagras empezaban a ceder.

-Señor, cuida a tus siervas -supliqué a Jesús presente, y su dulcísima voz me respondió en silencio:

-Yo os cuidaré.

-Estad tranquilas -dije a las Hermanas-. Jesús está con nosotros, así que no tenemos nada que temer.

Ellas quedaron tan convencidas de esa presencia salvadora, que los rabiosos hombres que lograron entrar al comedor quedaron paralogizados. No se esperaban eso. Así y todo, uno de ellos me hizo una insinuación indecente. Le hablé, tratando de llevarlo a lo positivo que, con seguridad, habría de tener. El tipo se puso más amable, recordando su infancia junto a su madre.

Empezó a retirarse, y los otros también se alejaron, sin hacer ningún daño. El que parecía jefe sonrió antes de irse. Pude observar que no todos los soldados mercenarios del emperador eran árabes, contrariamente a lo que había escuchado antes.

Volví la cajita a su lugar, en el oratorio. Y yo, a mi cama. Todas se vinieron a la habitación. Le pedí a las Hermanas que guardaran el secreto por un tiempo, porque así sería la mejor manera de asegurar que los mercenarios no volvieran. Y que agradeciéramos al Señor que nos ha proporcionado este bello ejemplo vivo para reforzarnos lo que ya deberíamos haber aprendido. Él es muy bueno, viene una y otra vez a enseñarnos. Así fue como me levanté de nuevo y nos fuimos a alabar al Señor en nuestro oratorio, casi el día completo.

38.- Bienvenida en el convento

Algunos meses después que los mercenarios se metieron en San Damián y se retiraron sin hacernos daño, se pusieron a asediar la ciudad de Asís. La cercaron por todos lados, con nefastas intenciones. Cuando Clara se enteró, nos mandó llamar y organizó una gran oración por Asís, ciudad de la que recibimos siempre mucho bien. Nos explicó en que consistiría nuestra manera de vivir los próximos días. A manera de ejemplo, se sacó el velo, dejando ver su cabello muy corto. Tomó un poco de ceniza y se la echó en la cabeza, de la misma forma que veíamos hacer a Francisco.

-Con esta ceniza, me reconozco pecadora -exclamó, y nos pidió que todas hiciéramos lo mismo.

-Permaneceremos en el oratorio -agregó-, pidiendo perdón a Dios, y suplicándole la liberación de Asís y de toda su gente.

Eso, hicimos, todo el resto del día, gran parte de la noche, y también al día siguiente, hasta cerca del atardecer, cuando fuimos informadas que la tormenta que habíamos estado sintiendo en las últimas horas había hecho estragos en el campamento de los soldados. Éstos tuvieron que huir, todo lo rápido que pudieron. Así fue como se salvó Asís. La gente quedó agradecida, y le otorgó mucha admiración a Clara.

En especial, los Hermanos Menores le tienen gran estimación a nuestra abadesa porque reconocen en ella a la persona que lucha por enderezarlos. Para qué decir, en San Damián, cómo la queremos. Ella es la que me consuela cuando estoy triste. Siempre la hemos elegido gustosas, y por unanimidad, como nuestra superiora. Hasta la gata del convento, que es muy inteligente, le hace caso en todo.

A propósito de esas elecciones, las hacemos porque la misma Clara pide efectuarlas, pues tiene la esperanza de ser relevada algún día y poder vivir obedeciendo. Cuando hay votación viene un Hermano garante, nombrado por el provincial. Elegimos también a las Discretas, que son las Hermanas encargadas del discernimiento comunitario. Ellas son las que aconsejan.

Una vez fui elegida como Discreta. Yo no tenía idea de cómo discernir para el grupo, pero fui aprendiendo. Fue también una experiencia muy provechosa para mi propia vida. A veces, no tenía muy claro cómo actuar, y tenía que basarme sólo en la oración, y de ahí, confiar en la buena escucha.

Cierta vez, en semana santa, Clara estuvo tan absorbida por la oración, que ni siquiera fue al comedor durante todo el día viernes, y tampoco fue a dormir esa noche. Yo estaba alarmada, sin saber qué hacer. El sábado, Clara siguió en el oratorio, y ya estábamos todas muy preocupadas. Llegó la noche, y tampoco vino a dormir. Yo no podía conciliar el sueño. Supe que era a mí a quien correspondía hacer algo. Cuando estaba próximo el amanecer del domingo le preparé un té y, alumbrándome con una vela, se lo llevé, junto con un pan.

-Clara -le dije, unas tres veces, hasta que reaccionó-, tómame esto que te hará bien.

Clara estaba como si viniera despertando, aunque no estaba dormida.

-¿Ya llegó la noche? -preguntó Clara, muy extrañada.

Entonces le dije que había estado así dos días completos y que ya era el día de la resurrección. Se puso muy contenta. Traté de que me contara un poco de ese mundo en que había estado tan absorbida. Me respondió algo así como el entorno de la pasión de Jesús. Y me habló de la contemplación, que yo no entiendo tanto como ella. Me mencionó el conocimiento intuitivo, y de cómo puede una ver lo esencial.

Es que Clara es única. Recuerdo una vez, cuando yo venía llegando de vuelta del hospital, con mis pies llenos de barro, Clara se ofreció para lavármelos, con mucha humildad. Al terminar, ella bajó su cabeza para besarme el empeine. El instinto me hizo mover de ahí mi pie y le pegué a Clara en un ojo. Me sentí tan mal que me deshice en palabras de disculpa. Me cuesta mucho aceptar expresiones cariñosas.

Eso ocurrió pocos meses después del accidente que se produjo cierta vez, cuando Clara estaba inspeccionando un portón en mal estado, y se le cayó encima. Angeluccia trató de rescatarla de ahí, pero sola no podía. Nos llamó a gritos, y acudimos todas. Clara, aplastada por esa mole de pesados fierros, no parecía estar incómoda. Logramos levantar la puerta entre varias, durante cerca de un minuto, y las otras sacaron a Clara hacia un lado para ponerla a salvo. Después de descansar un instante se sentó y se puso a conversar como si nada hubiera pasado. Hasta se paró y dio unos pasos cojeando. Nos dejó convencidas de que estaba bien, pero yo creo que muy adolorida. Los Hermanos de la limosna, que nos proveen de alimento, también acudieron pronto y levantaron la puerta que, aún estaba en el suelo. También la afirmaron bien, y repararon las bisagras al día siguiente.

Uno de ellos era Junípero, que desde hacía pocas semanas estaba de vuelta en Asís, después de haber estado a punto de morir en Viterbo, a manos de Nicolás, poderoso y cruel señor. Todo porque una vez se le ocurrió salir solo del convento y se dirigió a una ciudadela dominada por Nicolás. Inmediatamente fue apresado por los vigilantes, más que nada por el aspecto pobrísimo de Junípero. Lo registraron y le quitaron sus herramientas de trabajo como zapatero, un punzón y una lezna que a estos hombres brutos les parecieron armas. Después de torturarlo lo condenaron a morir. Se enteró toda la gente, y también el Hermano guardián de Viterbo, quien acudió con rapidez y pudo evitar esta ejecución, y volver con Junípero al convento. Por el camino le llamaba la atención, por ser tan ingenuo e imprudente.

Este Junípero es un caso especial. Es el que se columpia en la plaza con los niños. Nos contó que una vez estuvo varios meses sin hablar, por penitencia, cada día con la ayuda de un santo distinto. En otra ocasión, dio de limosna unas campanillas de plata que adornaban el altar. Después tuvo que justificarse, diciendo que eran un adorno innecesario, símbolo de la vanidad. Lo retó delante de todos el Hermano superior, Juan Parenti, con tanto énfasis que quedó ronco. Esa noche, Junípero llegó a la celda del hermano Juan, llevándole una escudilla con un preparado de harina y manteca, muy bueno para la ronquera. El superior lo rechazó, pero tuvo que recapacitar. Aceptó con la condición de que se comieran eso entre los dos.

Creo que son los más pequeñitos los que tienen la palabra de Dios para los demás. Es así como Él nos guía.

* * *

Cuando se cumplieron 35 años de nuestra llegada a San Damián, dejamos de lado por ese día el ayuno que nos tocaba. Es que celebramos en grande. El hermano Felipe hizo un recuerdo de nuestro inicio, que nos parecía haber sido ayer.

Me sumergí en mis evocaciones. Con Clara, nos conocimos en Perugia, cuando niñas. Soy casi pariente; en la práctica, lo soy. Sus tíos me recogieron de la calle, los pormenores los supe después, cuando estaba más grande. Vengo de la pobreza. Me encontró la mamá de Felipa un día, por pura suerte, dicen que yo lloraba en un canasto. Las autoridades no quisieron hacerse cargo, y por eso fui admitida en la casa de esa señora. Me bautizaron como Bienvenida, para así acogerme con la mejor disposición. De niña, fui como una sirvienta, pero también como amiga casi hermana de las niñas. Un día llegaron los Offreduccio de Asís, que estaban siendo perseguidos por los rebeldes. Tengo la misma edad que Clara. Nos hicimos muy amigas. Fueron meses inolvidables, de gran felicidad, a pesar de lo complicado de su situación. Pasó el tiempo, y en cuanto me contaron que Clara se había ido de su casa para juntarse con los Menores supe con certeza que yo también me iría para allá. Lo hablé con mucha franqueza en la familia, con lágrimas de gratitud, porque me regresaron a la vida cuando yo estaba botada sin poder defenderme. Agradecí todo lo que me dieron, y que me hayan enseñado a leer y escribir, aunque nunca he podido retratar las palabras tal como son. Partí hacia Asís sin equipaje; sólo con lo puesto, y fui muy bien recibida en Santo Ángel. Mi presencia sirvió para que la balanza se inclinara hacia la bendita osadía de venirnos a San Damián.

He sido feliz. Clara es extraordinaria. Un día se lo dije, arrodillada, aunque ella me hizo levantarme del suelo. Me he dedicado a ser como si fuera servidumbre, porque es lo que estaba acostumbrada. Clara dispuso que las labores de servir se turnaran entre todas; así se hizo. La mayor parte del tiempo era como estar de vacaciones. Un día llegó Felipa. Fue un gran encuentro. Nuestra vida acá parece monótona e inútil ante los ojos de la gente. Sin embargo, cada día trae una novedad. La oración nos acerca a lo divino. Hacemos muchos trabajos de costura y bordado para los templos y los presbíteros.

Ya quedó muy atrás lo de los sarracenos. Clara no está muy bien de salud. Va y viene de su parcial postración. Ese día estaba bien, o trató de aparentarlo. Siempre alegre y sonriente, cantando. Mi vida no es nada sin ella.

-Dios nos invita a seguir avanzando -dijo Felipe, al terminar.

Pienso que está hablando cada vez mejor este Felipe. En esa oportunidad teníamos alimento de sobra que habíamos conseguido por tratarse de una magna celebración. Sin embargo, nuestra realidad habitual no es esa. A los pocos días tuvimos el reverso de la medalla.

Sólo quedaba un pan, grande pero uno solo. Cecilia, la encargada de la despensa semivacía, dijo que no iba a alcanzar para todas, ni menos para convidarles a unos Hermanos que habían llegado con motivo de una de las charlas de teología que vienen a darnos de vez en cuando. Clara bendijo el pan, rezó un padrenuestro y le pidió a Cecilia que cortara el pan en 26 tajadas, una

para cada comensal. Así intentó hacerlo Cecilia, pensando que sería imposible. Sin embargo, a cada corte el pan partido seguía estando listo para otra incisión. Al final, alcanzó para todos.

* * *

Clara es realmente milagrosa. Una vez me curó para siempre de mi afonía, que no se me quitaba con nada. Lo más extraño es que primero soñé que iba a ocurrir esa curación, y días después se me acercó Clara, plena de su oración, y me hizo la señal de la cruz en mi boca y en el cuello. Desde ese día fui sanando de a poco.

Lo milagroso de Clara quedó de manifiesto en la Navidad pasada, año 1252, estando Clara muy enferma. Partimos las demás Hermanas a la celebración eucarística de Nochebuena que se celebró en la Basílica de San Francisco. Habíamos conseguido ese permiso especial, por tratarse de la Navidad. Clara tuvo que quedarse en cama.

La ceremonia estuvo muy linda. Los Hermanos cantaban salmos, y eso era una música que nos transportaba al cielo, sin abandonar el lugar. El hermano León dijo la misa y la prédica, con la sabiduría que lo caracteriza. Una gran celebración, como yo no había visto nunca antes.

Al volver a San Damián, queríamos contarle todo a Clara, pero ella nos ganó la palabra. Fue Clara la que nos relató la ceremonia, los salmos, las palabras de León.

-¿Pero, ¿cómo lo sabes? -le pregunté-, acaso fuiste, así como estás de enferma?

-No. No fui hasta allá por mis pies, pero es como si hubiera estado.

Y nos explicó cómo, estando en oración profunda, escuchó todo lo que estaba pasando en ese templo, a kilómetros de distancia. Hasta vio el pesebre que los Hermanos habían construido. Supongo que en ese espejo del cual Clara siempre nos habla.

Nuestra abadesa es una persona que está muy cerca de Dios. Cuando la veo en oración, me maravilla su resplandor, tan intenso que parece fuego.

39.- Clara en su retorno al Padre

Ahora que estoy próxima a morir, me ha dado por recordar. Tantísimas cosas, unas importantes y otras no. La mayoría de ellas son vivencias que me alegra haberlas tenido. También siento un poco de frustración cuando miro lo que ha estado pasando desde hace unos doce años. Dificultades con el Papa Gregorio, el que fue nuestro querido Ugolino, y no sé cómo adquirió una fuerte tendencia a rechazar nuestro movimiento, me refiero a la parte femenina de éste, las Hermanas Menores. Tardó mucho tiempo en reconocer como Damas Pobres a las seguidoras de Felipa Mareri, después que murió esta mujer tan santa.

Han ido surgiendo muchos conventos de Hermanas Menores, algunas de ellas un poquito rebeldes, y tienen razón porque... ¿cómo vamos a aceptar que pongan el pie encima de lo más sagrado que tenemos? ¿Acaso hay que aceptar

todo, todo, todo, todo..., o existen límites? Es cierto que por humildad y obediencia hemos aceptado muchas restricciones que no están en nuestro ideal, pero en lo que es esencial algunas Hermanas han querido ser auténticas. Salen a pedir limosna, lo cual disgusta a la jerarquía. Lo hacen vistiendo nuestro hábito, pero a pie pelado porque son tan pobres que no tienen para comprar zapatos. Ésa es la vida que buscamos. Pues bien, el Papa emitió varias bulas a diferentes regiones del mundo, despreciando a estas mujeres y dando instrucciones de no considerarlas Damas Pobres, como él nos dice. Sin embargo, lo son. Les llaman las Hermanas ambulantes.

En otras comunicaciones se establece que la fundación de monasterios de Hermanas Menores sólo puede hacerse con la autorización del respectivo provincial franciscano. Eso me parece muy bien.

Después que asumió el nuevo Papa Inocencio IV, emitió una nueva Regla para nosotras, en la cual se mantiene la licencia para que los Hermanos Menores entren en nuestros conventos a ejercer la cura de almas y también trabajos manuales. Es así como ellos nos traen la palabra de Dios, y los que son presbíteros nos administran los sacramentos. Sin embargo, esta regla no la he podido aceptar, por varios motivos esenciales, por ejemplo, se permite la existencia de Hermanas sirvientes, y eso va contra nuestra forma de vida. Es por eso que, con la ayuda de Bienvenida redacté una nueva regla y aún espero que el Papa tenga a bien aprobarla, lo que le he pedido con mucha humildad, en reiteradas oportunidades. Esa regla dice que las Hermanas que prestan servicio fuera del monasterio no deben permanecer fuera más tiempo que el necesario.

Hasta nos visitó el Papa Inocencio, en cierta ocasión, aprovechando un viaje que realizó a la Umbria. Por supuesto, le recordé lo del documento que tanto me interesa que se apruebe. Él siempre me dice que soy una santa..., pero la aprobación de la regla se sigue demorando. Preparamos un almuerzo frugal para el Papa y los cardenales que lo acompañaban.

Uno de los recuerdos más notables de esta última época es la visita que me hizo Elías, tan deprimido como estuvo Francisco casi treinta años antes, y también vino a mí esa vez.

Elías fue una persona excelente, a quien siempre admiré. Perfecto no era, pues nadie lo es. Cuando llegó a San Damián esa tarde, sentí que el pobre se estaba muriendo de pena. Me reuní a solas con él, en el patio, para que estuviéramos visibles en todo momento, pero no nos escucharan.

-Me alegra verte -empecé diciendo.

-Yo no estoy nada de alegre, Clara, al contrario, ya no sé qué hacer.

-Cuéntame, ¿qué te pasa?

-Soy un incomprendido. Muchos Hermanos me rechazan.

-Y muchos otros te quieren bien.

-¡Estoy excomulgado! -exclamó Elías después de contarme muchas otras penas, no tan importantes, según me pareció.

-Ya lo sabía, y pienso que fue algo muy injusto.

-Clamo al nuevo Papa Inocencio para que me levante tan horrible castigo... Y no he obtenido ninguna respuesta.

Le prometí seguir orando. A esta altura, los dos llorábamos. Yo trataba de ser fuerte y mantenerme serena para poder ayudarlo.

-Explícame cómo lo sientes -le pedí, y me dispuse a escuchar.

Elías me siguió hablando, del papa Gregorio, del emperador Federico, de su amigo Cesáreo, y de otras personas. Se fue tranquilizando. Le hizo bien contarme todo esto. Después, le hice muchas preguntas para que él mismo fuera encontrando las respuestas que necesitaba. De repente, se iluminó su rostro, y me dijo:

-¡Gracias!

Fue como si yo lo hubiera sacado de su estado de postración. Tal vez algo de lo que le dije resonó en él. Cuando se retiró de San Damián estaba mucho más tranquilo y hasta sonriente. Y con ánimo para seguir luchando por su última causa, que era la de reconciliarse con la jerarquía de la Iglesia.

Un tiempo después, supe que lo consiguió, poco antes de morir. Elías se fue al Padre demasiado pronto. No parecía que iba a ser así. Sentí mucho esta muerte, y se la comuniqué a las Hermanas de otras regiones. Entre ellas, a Inés, abadesa en Praga.

En mi última carta me atreví a enseñar a Inés lo del espejo, que hace visible lo invisible. Es una forma de oración, en que miro a Jesús como si estuviera dentro de un espejo, en imagen visible aunque no corpórea. Es lo que llamo espejo de la eternidad, porque en él puedo ver todas las realidades que me trascienden.

El año pasado nos visitó el cardenal Reinaldo, nuestro protector. Le di a conocer la nueva regla que quiero sea impuesta en nuestra fraternidad. Lo hice a través de una copia que efectuó Bienvenida, con mucho cariño, antes de enviar el original al Papa. El cardenal quedó impresionado y abogará por nosotras.

Ahora que estoy por morir, he escrito mi testamento espiritual. En él digo a las Hermanas, las que están y las que han de venir, que Dios nos ha dado una misión en esta vida. Les hablo un poco de lo que fue mi vida, y de la oración, en especial la del espejo. También las llamo a la gratitud por todos los dones de Dios, y les recuerdo la pobreza que nos enseñó Francisco. Que las Hermanas crezcan en el amor de Dios y en la mutua caridad. La senda es estrecha, la puerta es angosta, y hay que perseverar siempre.

Estoy tan enferma, que ya no puedo levantarme de la cama. Las Hermanas me cuidan amorosamente. También vienen algunos Hermanos y me leen los evangelios. Ángel trata de consolarme en mis dolores. León besa mi almohada. Junípero me hace reír con sus historias.

Caterina está de vuelta. Aunque ella también está un poco enferma, ha venido para estar conmigo en estos momentos finales.

-Hermanita...

-Hermanita... -nos abrazamos llorando.

Hasta el Papa ha venido a verme. Él está residiendo en Perugia, que no es tan lejos. De todos modos, es un honor que haya venido. Intento besar sus pies, pero no puedo, ni él lo permite tampoco.

-¿Está aprobada la regla? -pregunto, ansiosa.

-Bueno, tú sabes que esto requiere tiempo...

-Ha sido mucho el tiempo y ya se está terminando.

-Te prometo que exigiré a los cardenales que se apuren.

No he podido obtener más que eso, pero confío en Dios. Él no me abandonará. Lamento no haber podido darme a entender en cuanto a la forma de vida que queremos las Menores. No es la forma convencional.

Me duele todo, pero no importa. El Señor me ha dicho que pronto he de irme al otro ámbito, donde estaré muy cerca de Dios. No sé cuántos días me quedan. Trato de dejar todo dispuesto en San Damián. Todo andrà bien. Mis niñas han de continuar. Cada una aportará lo suyo. A Dios le gusta mostrarse con muchas caras distintas. Soy fiel a lo mío, pero acepto que otros rostros sean distintos. Me gustaría dejar nuestra regla como una instancia válida. No quiero llegar sin esa tarea hecha. Pero, si no se pudo lograr, por lo menos hice todo lo que pude, y me gustó hacerlo. Estoy contenta. La gente me quiere mucho. He tenido encuentros con Jesucristo. He disfrutado el camino.

* * *

Después que transcurren dos semanas, el Papa vuelve a San Damián. Viene sonriente. Me entrega un papel, un importante documento. Es León quien me lo lee. Me lleno de alegría. La regla ha sido aprobada. ¡Qué felicidad! Le doy las gracias al Papa, y le pido su bendición.

-Soy yo el pecador. El Señor es contigo -declara el Papa, emocionado y me absuelve de mis pecados.

Sé que me queda muy poca vida. Mi cuerpo ya no me permite comer. Transcurre otro día más. Hoy es San Rufino, patrono de Asís.

Me parece estar viendo a Jesús, quien me muestra un camino de luz. Sé que esa luz es la fuerza creadora de Dios.

-Gracias, Señor, por haberme creado -exclamo en voz alta.

Ve venir diez doncellas vestidas de blanco, ceñidas con una franja dorada, y con coronas de flores sobre sus cabezas. Cada una trae una lámpara encendida. Una de las vírgenes sobresale entre todas, por su gran resplandor. Avanza radiante hacia mí. Mis labios pronuncian unas palabras:

-Ve segura, pues llevas la mejor escolta para tu viaje. El Creador te ama con ternura.

Yo sé que es la Virgen la que me ha hablado usando mi propia voz para ello.

-¿Con quién hablas? -me pregunta la hermana Anastasia.

-Hablo con mi alma -respondo.

La Virgen se inclina hacia mí y me cubre con un manto luminoso. Es entonces que siento como si la cama se estuviera yendo hacia abajo. Puedo observar la escena. Las Hermanas lloran y la Virgen las consuela. Veo que el hermano León cierra los ojos fijos del cuerpo que yace en la cama. Esos ojos que fueron míos, y ya no pueden ver.

Todo se oscurece por unos instantes. Una tímida luz de alba aparece en el horizonte. Me rodea una naturaleza bellísima. Estoy en mi edad juvenil y visto ropas de princesa. A lo lejos, alguien me espera. Voy hacia él. Es un joven, vestido con ropas de príncipe. Es Francisco. Sonriente y sereno, recibe mi mano en la suya, y así iniciamos un nuevo camino, por un sendero de luz.

40.- Buenaventura

Un hecho notable que ocurrió en mi infancia marcó mi vida completa. Y para bien. Yo vivía con mis padres en un pequeño pueblito toscano, y me vino una enfermedad abdominal que me deshidrató y me tuvo muy cerca de la muerte. No me acuerdo tanto porque debo haber tenido unos cuatro años, pero me lo han contado muchas veces. El médico dijo a mi padre que yo, su hijito, no tenía ninguna posibilidad de sobrevivir al mal que me aquejaba. Quiso la buena suerte que el hermano Francisco pasara por nuestra aldea, en esos precisos días. Él ya estaba muy enfermo y retirado de la administración, pero no del pastoreo. Mi madre acudió a la plaza a escucharlo, y le rogó que nos visitara. Francisco accedió, con muy buena voluntad, y llegó hasta nuestra pequeña casita. No sólo consoló a mi mamá, sino que hasta me tomó en brazos y rezó por mí. Con sus santos dedos hizo una señal de la cruz sobre mi vientre y me volvió a poner en mi cama. Mi padre ofreció a Francisco quedarse a alojar en nuestra casa, con los otros dos Hermanos que andaban con él. Mi madre les preparó algo de comer. Ellos nunca han tenido apuro, así que se quedaron, y tuvieron oportunidad de ver, al día siguiente, que yo estaba mucho mejor, y hasta brincaba y cantaba.

-¡Buena ventura! -exclamó Francisco al verme, y desde entonces ése fue mi apodo, aunque mi nombre original es Juan.

De niño, ya me sentí muy cercano a los Hermanos Menores. En mi adolescencia fui varias veces a conversar con ellos. A los 22 años me incorporé a la fraternidad, y adopté definitivamente el nombre de Buenaventura.

Me gusta escribir, y también predicar y enseñar. Tratar de descubrir lo esencial y presentarlo a los demás. Desde que Francisco me sanó cuando yo estaba por morir, he vivido algo especial en torno a él. Una gratitud que mi madre alimentó. Francisco murió poco después. Es como si yo hubiera heredado la vitalidad de él, pero no sus otras características, pues yo no soy capaz de tanto sacrificio ni tanto desapego. Soy una segunda generación, distinta a la primera. Así veo mi responsabilidad.

Meses antes de mi entrada a la comunidad, había fallecido el Papa Gregorio IX, lo cual dio pie a algo insólito. La situación política estaba tan complicada, que el emperador quería tener pronto al sucesor de Gregorio, pero como los cardenales demoraban mucho en llegar a un acuerdo, éstos fueron encerrados en condiciones de incomodidad y sin más comida que la indispensable. Todo esto, para que saliera luego el resultado. Más de 50 días estuvieron sufriendo los cardenales en esta forzada y extensa reunión que se denominó "cónclave", hasta que eligieron un Papa. Éste se llamó Celestino y murió a los pocos días. Aunque oficialmente se dijo que había enfermado de gravedad debido a las duras condiciones del cónclave, no todos creyeron eso. Circularon rumores de que el nuevo Papa había sido envenenado, lo cual nunca se aclaró bien.

Los cardenales decidieron escapar de Roma para no ser sometidos otra vez al suplicio que les significó el cónclave. Nos quedamos sin Papa por un buen tiempo, y así estábamos cuando entré a los Menores. Casi dos años después pudo celebrarse un cónclave más digno, y se eligió a Inocencio IV.

Por ese tiempo, yo era muy exigente conmigo mismo. Muchas veces no iba a comulgar por encontrarme en pecado, aunque para otros pudiera considerarse como algo leve. Sané esta dificultad una vez que sentí como si Jesús me hablara, muy triste, diciéndome "¿por qué me rechazas?". Y yo en silencio trataba de explicarle mis motivaciones. Entonces Jesús me respondió, con mucha claridad "crees que te estás castigando a ti mismo, pero me estás castigando a mí". Me di cuenta que Cristo quiere entrar en mí, necesita que yo aporte mi voz para que Él diga su palabra, y necesita mis brazos para que, con ellos, Él pueda abrazar a la gente. Entonces, me levanté de mi asiento, fui a recibir el cuerpo de Cristo y le prometí nunca más negarme a recibirlo.

* * *

A poco de entrar a la fraternidad, que ahora le llaman "Orden", fui enviado a estudiar teología y filosofía a la Universidad de París. Ahí conocí a Tomás de Aquino, con el cual fuimos muy amigos. Tuvimos profesores excelentes, como el inglés Alexander, y el dominico alemán Albert von Lavingen, que fue un poco incomprendido debido a su gran apertura. Yo esperaba encontrarme con profesores muy rígidos, de esos que no aceptan nada que parezca un poco distinto a lo tradicional. Pues, Albert era exactamente lo contrario.

Mi año de noviciado lo pasé casi completo en París, y tenía que ir cada cierto tiempo al convento de esa ciudad a entrevistarme con el Hermano guardián, un testimonio vivo de la forma de vida que instauró el santo Francisco.

Cuando le conté a Tomás lo que sé de mi niñez, él también me contó algo de su adolescencia. Casi se puede decir que estuvo prisionero de su familia para que no ingresara a los dominicos. Sus perversos hermanos mayores lo tenían dominado. Para vencerlo quisieron que cayera con una mujer exquisita y se la pusieron en la pieza. Tomás venció la tentación y echó a la mujer con un tizón ardiente.

En ese tiempo de estudiante tuve que viajar a Asís varias veces. Por ejemplo, con motivo de la muerte del hermano Bernardo, que fue el primer seguidor de Francisco, en el comienzo de nuestra comunidad. Al morir estaba acompañado de León y de Egidio, que también son de los más antiguos. León me contó que consagró un pan y un vaso de vino y lo compartieron en esos últimos instantes.

A estas alturas Egidio, que nunca tuvo mucha instrucción, estaba siendo un maestro de oración. ¿Cómo aprendió? Simplemente, rezando, sin ningún tipo de traba teológica. Enseñaba la perseverancia, que es lo esencial en la oración, y también el recogimiento y la profundización. Y lo hacía en forma sencilla. Una de sus frases era "Es meritorio hablar bien, pero mucho mejor es callar bien".

También asistí a un Capítulo importante que hubo en Francia, en 1247. Un tema en tabla fue la división que en esos años ya empezaba a insinuarse en nuestra fraternidad. Unos eran muy apegados a la santa pobreza y mendicidad, aprendidas de Francisco. Otros, en cambio, estaban por relajar un poco la forma de vida y estar más en los conventos, en oración.

Ambas mociones tienen mucho valor, y yo nunca justifiqué que estuvieran en pugna. Lo mejor sería no llegar a posiciones extremas. Las Hermanas de San

Damián, que eran muy escuchadas y respetadas en su sabiduría, hacían lo que podían por mantenernos unidos. Un gran conciliador era Juan de Parma, un hombre de unos cuarenta años, fiel a Francisco, y con muchos estudios, siempre luchó por la unión en la comunidad. Era tan querido por casi todos, que el Capítulo lo eligió Ministro General. Ejerció el cargo de la mejor manera, en fidelidad al testamento de Francisco y conciliando aquellas posiciones que tendían a ser extremas.

Juan de Parma quiso visitar todas las comunidades, en los distintos países, y por eso realizó viajes, siempre en condiciones de pobreza. Soportaba largas caminatas, y llegaba a ayudar en los trabajos menores.

Mientras tanto, con Tomás nos doctoramos en la Universidad, y nos transformamos en maestros, lo que no gustó a los demás profesores que nos menospreciaban por pertenecer a órdenes mendicantes. Consideraban que nuestras comunidades no deberían tener derecho a enseñar. De hecho, se produjo un grave conflicto cuando los alumnos decidieron tomar partido, unos por nosotros y los demás por los maestros tradicionales. Cuando empezaron a enfrentarse, con huevos y tomates, vimos que el asunto estaba tomando un tamaño desproporcionado, y decidimos renunciar. En esa oportunidad pronuncié un discurso que despertó la admiración de muchos, a tal punto que se produjo un consenso en dejarnos hacer clases. Así, el conflicto llegó a su fin.

Tomás decidió continuar estudios en Colonia, para ordenarse como presbítero. Llegó de vuelta, hablando tantas maravillas que me convenció de hacer yo también algo similar. Me ordené en París, pero no me he sentido digno de tan alta investidura, y he preferido vivirla en bajo perfil.

Mi vida empezó a estar tranquila, por muy poco tiempo. Seguí en París, haciendo mis clases, pero viajando a Italia cuando podía. En uno de esos viajes a Italia, fui a Cortona a ver a Elías, que estaba sufriendo mucho por su excomunión y por la campaña de desprestigio que algunos malintencionados emprendieron contra él. Me encontré con un hombre envejecido y enfermo. Nos saludamos con alegría.

-Elías -le dije-, tú eras el hombre más importante después del emperador... y del Papa, claro.

-Esos tiempos ya pasaron. Ahora estoy excomulgado, pero de todos modos he tenido actividades encargadas por el emperador.

-¿Sí? Cuéntame.

-Fui a Oriente en misión, a Constantinopla y Nicea, tratando de reconciliar a los emperadores.

-¿Y... tuviste éxito?

-Parcialmente. Faltó la colaboración del Papa Gregorio.

-En Constantinopla -agregó Elías, después de un silencio- me regalaron una reliquia, de la Santa Cruz de Jesucristo. La traje a Cortona. Está en el templo que construimos acá. En Cortona me han tratado muy bien.

-Tengo entendido que el dinero para la construcción fue puesto por el Comune.

-Y también el terreno.

-Te extrañamos, Elías, ¿cuando irás a Asís?

-Cuando recupere mi buen nombre. Piensa que cualquier hecho vergonzoso que ocurra en la Orden, me lo cargan a mí. Estoy desprestigiado... injustamente.

-Tenemos que aclarar tu situación, de una vez por todas.

-He tratado de mil maneras que el Papa me levante la excomunión.

-Me entrevistaré con el Papa. Voy a ayudarte en esto, hasta donde pueda.

-Gracias, Buenaventura. Tú tienes llegada con el Papa.

-Sí. Lo haré. Te lo prometo.

Nos despedimos con afecto, y desde ese día me puse a pensar cómo hacerlo. Estudié los antecedentes que hay al respecto. Fui a Roma y pedí audiencia con el Papa. Le planteé el caso, y le pedí que levantara la excomunión a Elías, pues era injusta. Le expliqué mis motivos, con buenos argumentos. El Papa dijo que lo estudiaría.

Esa vez, no logré nada, pero no me di por vencido. Al año siguiente insistí en mi petición, esta vez imploré al Papa, y me prometió estudiarlo. Fue en el invierno del famoso año 1253, que logré, en una nueva audiencia, que el Papa levantara la excomunión. Se lo agradecí, y partí lo más rápido que pude a Cortona a dar la buena noticia a Elías. Estaba moribundo. Se alegró mucho.

-Gracias, Buenaventura, ya puedo morir tranquilo.

Luego de dos meses murió Elías, y fue sepultado con honores en Cortona.

Poco tiempo después, en el mismo año, murió Clara en San Damián. Una santa mujer que influyó mucho en el comportamiento de nuestra comunidad masculina. Siempre respetamos su buen criterio y la sabiduría que le daba la oración.

Las Damas Pobres comunicaron esta noticia a los conventos femeninos, que hay en casi toda Europa. La hermana Benedetta asumió como abadesa en San Damián.

Saludé a la hermana Caterina, que estaba sumida en gran tristeza, recordando vivencias de su infancia. A los quince días murió ella también.

Acudió tal cantidad de gente al funeral de Clara, incluyendo al Papa y los cardenales, que el alcalde tuvo que poner soldados para velar por el orden público.

También llegó muchísima gente cuando murió Caterina, pero esta vez no hubo soldados cuidando el orden. Una escala de acceso cedió al peso de la inusitada concurrencia, y se derrumbó sobre las personas que estaban abajo. A nadie le pasó algo más que rasmilladuras o pequeñas contusiones. Esa circunstancia de la fortuna fue considerada como un milagro.

* * *

En la Universidad de París se volvió a desatar un rechazo a los maestros que pertenecemos a órdenes mendicantes. Apareció un libro escrito por Guillaume de Saint-Amour, especialmente para atacarnos. Tuvimos que suspender nuestras clases porque el ambiente estaba horrible para nosotros. El volumen se difundió y atentó contra la existencia de nuestras comunidades. Me apuré en terminar el libro que estaba escribiendo yo, "Sobre la pobreza de Cristo". Sirvió como respuesta. El Papa Alejandro IV y sus cardenales se pusieron a analizar el problema, que ya

había alcanzado gran magnitud. Juan de Parma se presentó en esas reuniones para defender nuestra fraternidad franciscana. Al final, fue condenado el libro de Saint-Amour, y pudimos volver a nuestras cátedras.

Sin embargo, el prejuicio en contra de la pobreza de nuestra comunidad quedó instalado y siguió actuando. Incluso, dentro de la propia Orden se produjo una fuerte polarización entre los defensores de la pobreza original y los renovados que la rechazan. Entre medio estamos los moderados, que sin ser tan pobres como los primeros seguidores de Francisco, aceptamos de buen grado estar con ellos. Reconozco que esto no es fácil para nadie. He tenido que viajar mucho para conciliar las posiciones en los distintos monasterios de Menores. Y en los tiempos libres me las arreglé para escribir varios tratados, algunos de teología mística y otros comentando las Escrituras.

La polarización en nuestra comunidad hizo crisis a raíz de un libro que escribió un Hermano Menor, teólogo, Gerardo de Borgo San Donnino, pretendiendo enaltecer el carisma de Francisco y sus primeros seguidores. Sin embargo, su intento erró el camino, pues se basó en las enseñanzas de Joaquín de Fiore, que estaban muy desprestigiadas.

Joaquín de Fiore, que vivió en el siglo pasado, fue un monje rebelde, estudioso. Escribió una obra, con intención profética, anunciando una nueva era, en que la Iglesia dejaría de ser una institución rica y organizada como jerarquía de poder, para transformarse en una iglesia de monjes pobres que conducirían a los pueblos hacia un renacimiento espiritual. Si bien, se trata sólo de un inofensivo buen deseo, la jerarquía de la Iglesia de la época se sintió amenazada y condenó esta enseñanza como herética. Esto último ocurrió en 1215, cuando Fiore ya había muerto.

Gerardo de Borgo, convencido de que Francisco marcaba el inicio de la nueva era, enarboló una bandera difamada, con muy buena intención, pero sin ninguna posibilidad de éxito. De hecho, los inquisidores lo andaban buscando y hubo que esconderlo en un eremitorio, sin que nadie supiera dónde. La persecución tuvo un efecto inverso al que se proponían, pues suscitó un fervoroso apoyo a las ideas joaquinistas.

Fueron años difíciles, en que hubo fuertes presiones de la jerarquía en la persona de nuestro Ministro General, pues consideraban que Juan tenía mucha consideración con los joaquinistas. Hasta que llegó el año 1257, en que se convocó a un capítulo extraordinario, en pleno invierno, en el convento Ara Coeli de Roma. Juan de Parma fue forzado a dimitir. Aún cuando la asamblea no quiso aceptar esa renuncia, Juan insistió, pues estaba absolutamente vetado por el Consistorio. La comunidad presente le pidió que él mismo designara a su sucesor. Así fue como me vi, de un minuto para otro, con el cargo de Ministro General, pues así lo decidió Juan. Tuve que improvisar un pequeño discurso, pues para mí fue una sorpresa.

-Esta carga es muy pesada para mí -empecé diciendo-, pero la asumiré con responsabilidad porque sé que el Señor me guiará. Yo no tengo ninguna experiencia en administración, ni me gusta tampoco, pero no me opondré a la voluntad de Dios. Confío en la ayuda que vosotros me daréis.

Dejé la Universidad, para abocarme por entero a dirigir los pasos de la Orden. Siempre he tratado de hacerlo con prudencia, e invocando la sabiduría de

Dios. No era fácil armonizar un pueblo cristiano que se había tornado tan heterogéneo. Escribí cartas a todos los provinciales, invitándolos a mejorar los valores de la vida fraterna.

Pocos años después, un nuevo Papa, Urbano IV nombró inquisidor general a un antiguo conocido nuestro, el cardenal Gaetano Orsini, que había sido protector de los Menores, así que el asunto nos complicó bastante. En ese momento, lo principal era no dar motivos a los inquisidores para que metieran sus narices en nuestra Orden, y si lo hacían, me era menester apaciguarlos sin molestar a los cardenales.

Volvimos a caer en crisis cuando pretendieron llevarse a Juan de Parma. En el primer instante logré que desistieran, pero como no sabía hasta cuando sería eso, conversé con Juan.

-Juan -le dije-, estás como sospechoso de herejía.

-Yo no soy un hereje.

-Ya lo sé, pero... eso no es lo que más importa. Si caes en sus manos te pueden condenar a muerte.

-¿Crees que sea para tanto?

-A lo menos, te someterían a tortura antes de preguntar nada.

-Ese tipo de barbarie ya no ocurre en el mundo.

-Lamentablemente, ocurre...

Insistí a Juan que tenía que irse urgente a un eremitorio, y que nadie supiera dónde. Y que no saliera de ahí, por ningún motivo. Al fin, accedió, muy a tiempo porque los inquisidores volvieron a buscarlo. Por el momento, Juan quedó a salvo. Espero que nunca lo encuentren.

Yo veía con horror cómo los franciscanos estaban divididos en dos bandos que parecían irreconciliables. En todo momento he intentado conciliarlos, buscando lo bueno de cada uno, y destacando lo que tenemos en común. Todos amamos a Jesucristo y todos queremos que nuestra iglesia cristiana vuelva a ser la original.

También veía con espanto cómo en nuestra querida iglesia empezaba a agudizarse la intolerancia a pensamientos distintos, en tal grado que están imperando la violencia y el abuso. No es posible denunciarla si no es en una voz bien bajita. ¿Cómo combatirla? Me debatía pensando cómo hacerlo de manera efectiva. Estamos atrapados. ¿Cómo decir "No tolero la intolerancia"? Se necesita un poco de eficacia. Es más provechoso luchar mucho tiempo sostenidamente, que un rato corto con gran intensidad.

Después vino la discusión sobre si teníamos que cuidar a las Damas Pobres, o no, pues se habían quejado de falta de atención. A raíz de esto, escribí una carta para todas las Menores, la cual fue muy bien recibida.

A instancias de la asamblea reunida en Capítulo, años después, me puse a escribir la vida de San Francisco de Asís. Para ello, consulté todas las fuentes y trabajé varios años. Con motivo de este escrito, fui a visitar a Egidio al eremitorio de Monteripido, y le hice muchas preguntas, que él me respondió de manera simple, como es su estilo.

-Nosotros los ignorantes -me preguntó cuando ya terminábamos la entrevista-, ¿qué podemos hacer para salvarnos?

-Todos podemos recibir la gracia de amar a Dios. Con eso basta.

¿Soy capaz de amar a Dios tanto como lo amas tú?

-Por supuesto.

Egidio se puso a saltar de júbilo. Así lo dejé cuando me despedí.

Fui a Foligno a entrevistar a otros Hermanos, de los más antiguos. Fue una tarde provechosa, y cuando me retiré de ahí, partió corriendo detrás mío un Hermano muy humilde, que logrando vencer su timidez, dijo que quería hablarme. Nos sentamos en unos troncos al borde del camino y conversamos bastante. Eso fue bueno para ambos.

No sólo conversé con muchos Hermanos y Hermanas, también quise estar en los lugares más frecuentados por Francisco, como la Verna, y la Porciúncula. Medité y me di largos tiempos de oración. Sentí como si en el aire hubieran quedado vibraciones que me ayudaban a formarme la más clara idea de lo que vivió Francisco.

Cuando terminé de escribir, después de tres años, y tras revisar la biografía, le encargué a varios Hermanos que la copiaran, para distribuirla en los conventos. La presentación de este libro tuvo lugar durante un Capítulo en Pisa, en la misma oportunidad en que envié a Constantinopla una misión para unir a los cristianos. Basándome en algo que aprendí de Elías, reuní un grupo escogido de cuatro Hermanos Menores y les encargué ir a sembrar la semilla de la unión entre los orientales y los latinos. Encuentro muy necesario reconciliarnos, o por lo menos dar pasos en ese sentido.

-Primero se siembra -les dije- y un tiempo después vendrá la cosecha.

El Papa Urbano IV se enteró de esta misión y no le hizo mucha gracia. Tuve que llamar de vuelta a los cuatro Hermanos, y por eso la delegación no alcanzó a tener todo el éxito al que estaba llamada.

* * *

Un par de años después murió el Papa Urbano. Como sucesor fue elegido Clemente IV, que perteneció a nuestra Orden. Estuvo muy poco tiempo en el pontificado. La muerte lo sorprendió en pleno esfuerzo por resolver las luchas de poder que se habían suscitado entre los cardenales. Clemente IV había ingresado a los franciscanos después que enviudó, y entró también al sacerdocio.

Asistí al funeral, y ahí tuve la oportunidad de saludar a sus dos hijas, monjas, que vinieron autorizadas por sus respectivas abadesas.

El cónclave reunido en Viterbo, pues en esa ciudad ocurrió la muerte del Papa Clemente, eligió como sucesor a Felipe Benicio, médico florentino y monje servita. Sin embargo, éste nunca asumió. Se decía que estaba escondido. No todos lo creyeron. Nunca se supo si acaso estaba secuestrado. El hecho es que un grupo de cardenales gobernó la Iglesia por casi tres años, sin ningún contrapeso.

Decidí intervenir, aunque no era cardenal tenía yo una relación muy cordial y cercana con la jerarquía. Me fui a Viterbo y hablé con los cardenales respecto a la situación de la Iglesia, que estaba insostenible. Les sugerí que escogieran a seis de ellos para que eligieran al Papa. Algunos me acogieron bien, y acordaron reunirse para estudiar una solución al problema del pontificado. Finalmente hubo un cónclave, en el que eligieron como nuevo Papa a Teobaldo Visconti, que pasó

a llamarse Gregorio X. Era éste un diácono, que se encontraba en ese momento en la Cruzada. Al llegar a Roma para asumir tan alto cargo, Teobaldo fue ordenado presbítero y obispo, y coronado como Papa, lo cual me alegró muchísimo. Yo lo había conocido en la Universidad de París, donde pudimos entablar una buena amistad.

En el segundo año de su pontificado, el Papa Gregorio X me nombró obispo de Albano y me elevó a cardenal. Estando yo en el convento de Mugello llegaron los delegados pontificios trayéndome las insignias de mi "nueva dignidad", según dijeron. En ese momento yo estaba limpiando la vajilla, así que los hice esperar un rato mientras me lavaba las manos para recibir esos honores.

El Papa convocó a un concilio en Lyon, con el principal objetivo de unir las iglesias romana y griega. Me encomendó preparar todo lo concerniente a esa ansiada unión con los griegos. A eso me dediqué, preparando discursos y animaciones, y también una comisión de cuatro Hermanos Menores para que viajaran previamente a Constantinopla a efectuar los primeros avances en la unidad de las iglesias. El Papa accedió de muy buen grado. Muy pronto me vi en pleno concilio, el cual se inició con solemnidad, y con más de mil participantes, incluyendo a Albert von Lavingen. No pudo asistir Tomás de Aquino, pues murió, justamente cuando se dirigía al concilio.

Las primeras sesiones se orientaron al financiamiento de la cruzada. En el lapso libre que siguió, renuncié al cargo de Ministro General de la Orden, para lo cual convoqué a un Capítulo, en la misma ciudad de Lyon.

El concilio continuó con lo que más me interesa, la unión de las iglesias. El tema no es nada de fácil para gran parte de la jerarquía. Nos reunimos varios cardenales, con los delegados griegos y discutimos en extenso diversas cuestiones. Lo que nos une y lo que nos separa. Conté con la valiosa colaboración del cardenal francés Pierre de Tarentaise. Otros cardenales no están aún llanos a acercarse al cristianismo oriental. Desde niños nos han inculcado que los que piensan distinto están equivocados. En cambio, yo estoy cada vez más convencido de acogerlos y limar las asperezas. Más que nada porque la división se agravó por la corrupción de nuestra mitad occidental. Días atrás me arrodillé ante los orientales y les pedí perdón. A muchos cardenales les pareció mal que yo haya hecho eso, pero estoy seguro que a Dios le ha parecido bien.

Algunos matices teológicos no fueron tan difíciles de conciliar, pues los griegos estaban muy abiertos a la unión. Lo que más nos detuvo fue una cuestión lateral que salió durante las conversaciones, una aprensión de los orientales respecto de una práctica occidental excesivamente violenta para con los herejes. Me sentí incómodo, como obligado a defender algo imposible de justificar. En todo momento quise ser muy fiel a los principios divinos. Y siendo que yo dirigía el debate, y más aún, teniendo en cuenta que mi actitud era conciliadora, no pude menos que encontrar la razón a los griegos en muchas de sus intervenciones. Yo sabía que pisaba terreno pantanoso, y hasta noté las miradas desconfiadas de algunos cardenales, muy penetrantes, casi bofetadas sobre mí. Acordamos la unión, la cual se concretó más tarde en el plenario, al menos en el papel. El Papa Gregorio X lloró de alegría por la unión lograda. Ahora viene lo más difícil, rezar mucho por esta causa, para que la gente acepte la nueva disposición. Es

necesario consolidar más la concordia, pues la gente común griega no está muy convencida de que haya llegado el momento de la reconciliación.

Y hasta ahí va el concilio, por el momento. Están planeadas algunas sesiones más, pero no creo que yo pueda asistir, pues me enfermé. Hasta hace muy poco estuve absolutamente sano y lleno de vida, y de un día para otro me vinieron unas horribles convulsiones que parecía que me iba a morir. Fue algo repentino y muy agresivo que entró en mí. A nadie más le pasó, y son muchos los que comieron lo mismo que yo. Esa noche, yo no valía nada. No podía ni caminar. Arrastrándome, pasé botando cosas y derramé un florero del pasillo oscuro. Quería vomitar y no podía. Se me nublaba la vista, estaba mareado, aunque no había tomado ni gota de alcohol. Algo pude eliminar de mi cuerpo, por arriba y por abajo. Volví a mi cama, más aliviado. En la mañana no me pude levantar. Me sentía muy mal. Vino un médico y me preguntó si acaso comí algo indigesto. Le respondí que no. Dijo que me tuvieran en observación, que ya se me iba a pasar. Sin embargo, a cada momento me sentía más mal.

Empecé a sospechar que me estaban envenenado, así que le pedí a mi asistente, un fraile de la comunidad, que me llevara al convento franciscano que está en esta misma ciudad. Los cardenales no querían que me fuera, si acá estaban las condiciones mejores. Decidí que me iba, y le ordené a mi asistente que me sacara. Y así lo hizo. Sabíamos que no había nada que perder. Era una buena precaución ir a mejorarme a otro lugar en que yo confío.

Creo que a la alta jerarquía, mis pares, no les gusta nada que yo no elogie la inquisición. Y lo que menos les gusta es unir las iglesias. He estado dando esa lucha.

En la tranquilidad de mi habitación, junto a mi malestar, me dedico a revisar lo que ha sido mi vida hasta ahora. Y leo la Biblia. En el libro de Baruc estoy viendo que dice "Jerusalén, mira al Oriente, ya vienen los hijos que viste partir".

41.- Maseo cierra esta historia

El Señor ha sido muy bueno conmigo. No sólo me ha dado larga vida, sino que además acaba de avisarme que pronto iré a Él. Así, puedo prepararme, y llegar con los deberes cumplidos. Es el año 1280.

Los chiquillos me dicen "El vejo Maseo".

No todos los Hermanos Menores han tenido mi suerte. No hace más de seis años que murió Buenaventura, de una manera sorpresiva e inexplicable, en pleno concilio. Él fue un sabio, que estaba llamado a unir a los cristianos. Tal vez, aún no ha sido el momento. La muerte de Buenaventura, que escribió importantes obras espirituales, fue muy sospechosa, por decir lo menos. Al parecer, lo envenenaron, según afirma su secretario Pellegrino. A partir de ese momento se agudizó la confrontación entre las posiciones extremas de nuestra comunidad. Toda la Iglesia ha estado muy movida.

El aparente éxito de la unión que se estaba logrando entre las iglesias romana y griega quedó en nada, pese al esfuerzo de Pierre de Tarentaise, un seguidor de Buenaventura. Entre otras cosas, no se contó con la aceptación del pueblo griego.

Dos años después murió el Papa Gregorio X, también de manera sorpresiva. Como sucesor, fue elegido precisamente el cardenal dominico francés Pierre de Tarentaise, un pacifista. A los cinco meses, Pierre murió de una manera parecida a Buenaventura. Con la diferencia que esta vez la investigación determinó que el nuevo Papa había sido envenenado, aunque hasta hoy no se ha podido saber quien o quienes fueron los culpables. Lo sucedió Adriano V, un diácono cuyo pontificado duró cuarenta días, ya que murió antes de ser ordenado sacerdote. Algunos sospechan que también lo asesinaron.

Hay otro sabio perseguido, el inglés Roger Bacon, que ingresó a nuestra comunidad hace como 25 años. Unos lo persiguen por sus ideas científicas de avanzada, y otros, por defender la pobreza que nos enseñó Francisco. Me pregunto cómo el ser humano puede llegar a tal fanatismo como para rechazar violentamente a los que quieren innovar y también a los que se quedan pegados en la costumbre.

Yo que no tengo tanto rango ni he descubierto nada, no he tenido problemas. Soy longevo entre los longevos. Me ha tocado cerrar los ojos de santos varones que me habían enseñado la humildad, eso que tanto me costó. Y estar en los entierros de muchos de mis Hermanos. Francisco, el primero que se fue, el que tuvo la intuición para armar toda esta aventura. Después, Bernardo su primer discípulo. Junípero, y Ángel murieron en 1258. Egidio, en Perugia, unos pocos años después. Su vida transcurrió en los eremitorios. La contemplación y la vida mística llenaron su existencia.

Hace diez años murió Rufino en Asís, asistido por el hermano León, que murió también en la Porciúncula, al año siguiente. He buscado el libro de León por todas partes y no lo he podido hallar. Y hace poco murió Pacífico.

Antes había muerto Clara, ¡qué mujer más grandiosa!, y su pequeña hermana, que llamábamos Inés, la siguió a los pocos días, simplemente porque no podía vivir sin ella.

Dos años después de su partida, Clara fue canonizada por Alejandro IV, en Anagni, pues ahí vivía el Papa. Tanto pidieron las Hermanas de San Damián que les trajeran el cuerpo de Clara, que lograron les construyeran un convento al lado de San Jorge. Hacia allá se trasladaron, en cuanto estuvo listo. En esa oportunidad, León y Ángel entregaron a Benedetta el breviario de Francisco.

Diez años después de la muerte de Clara, el Papa Urbano IV promulgó una nueva regla para las Damas Pobres, en la cual revoca el privilegio de pobreza e impone que el cuidado espiritual de las Hermanas ya no radica en los Hermanos Menores, sino en un cardenal protector y los capellanes que éste estime convenientes. La nueva regla echó por tierra todo aquello que había logrado Clara con tanto esfuerzo a lo largo de su vida. Esta nueva regla fue aceptada, después de gran resistencia, por la mayor parte de los conventos de Damas Pobres. Sólo los monasterios de Asís y sus alrededores se opusieron férreamente y mantuvieron la regla de Santa Clara.

Ha sido muy difícil el camino de nuestra hermandad. Recuerdo cuando excomulgaron a Elías, y años después lo repusieron, un poco antes de su muerte. Otro gran Hermano Menor, muy distinto a Francisco, pero necesario también para restaurar el templo, como nos decía Francisco. Sí, nuestra misión fue siempre la de restaurar el templo. Así, expresado como figura literaria, así se lo pidió una

tarde Jesús a Francisco. Y en eso hemos estado empeñados, cada cual en su estilo.

Los vi morir a todos. Me llevé bien con Elías, con Juan de Parma, con Buenaventura, y de los Menores más chicos, con Rufino. Fue una amistad que antes no había sospechado que se podía dar. Francisco, admirable, siempre iba tan adelante que apenas podíamos seguirlo, y muchos se quedaron atrás. Cuando entendí que yo era el que tenía que asumir el pastoreo en la comunidad, ya era muy viejo.

De las Hermanas Menores, Clara era una santa en vida. Al verla, fui aprendiendo a respetar a las personas. Su hermanita, un encanto de chica, tan divertida, y con una inteligencia superior. Otra que fue notable, Bienvenida, la acogedora. Pacífica era como una mamá, aunque nunca quiso llevar las riendas. Una mamá calladita que se fue apagando de a poco al llegar a anciana.

En la comunidad pude llorar por primera vez después de durísimos años. En la niñez me habían inculcado no llorar. Comprendí a mis padres, que tanta distancia les tuve. Era difícil para ellos llevar una familia.

Me duelen las piernas y los brazos, y ya no veo mucho. He de irme, contento, y me llevaré conmigo el recuerdo de la Porciúncula. Me pregunto para qué le serví yo al mundo. Son miles las personas que visité alguna vez y les hice ver la belleza de la vida, el encuentro con lo divino. Los viejos tenemos mucho que decir, y es bueno que nos escuchen.

No me da miedo morirme. Sé que iré hacia una vida diferente, desconocida. Si tuviera que vivir de nuevo, elegiría la misma vida. En contacto con la naturaleza y con la gente. Admiro a los grandes contemplativos que he conocido. Mi oración es más modesta.

El cuerpo es lo que se gastó, se consumió, tropieza y cae. Mi alma es la misma que tengo desde niño, en cuanto a fuerza y disposición.

Mi existencia ha tenido etapas. Después de la niñez, y la juventud exitosa en el siglo, el aprendizaje que obtuve directamente de San Francisco. Después de su muerte vino una etapa de vigencia, en que pude combinar oración, trabajo manual y visitas que me gustaba efectuar. Al morir Clara, todo empezó a cambiar, me dediqué más que nada a adiestrar a los muchachos nuevos. En eso he estado hasta ahora.

Mi vida ya llega a su fin. No sé si me quedan días, horas, o tan solo minutos. Quiero ir a morir a la Porciúncula, el lugar que más amo, donde se inició esta aventura, y que aún está habitado por Hermanos Menores, chiquillos jóvenes, llenos de vida... Una vida que se vive con generosidad por una causa superior. Quizás seguirá estando habitada la Porciúncula por un tiempo. No sé cuánto. Ojalá mucho.

Hacia allá me encamino, apoyado en mi bastón, dando pasos pequeños. Parece una larga travesía. Antes era un corto trecho. No es que haya cambiado. Soy yo el que me he puesto más lento. Sigo avanzando mientras escucho el canto de los pájaros. El día está lindo.

Y sigo recordando las dificultades que se han vivido. En 1269 los tártaros atacaron un convento de Damas Pobres en Polonia. Murieron sesenta Hermanas. Fue algo tremendo, que duele evocar.

Cuando llego a mi destino, me encuentro con una pequeña comunidad de frailes. Los veo tan piadosos que me cuesta reconocerme en ellos. Salen a recibirme con mucho afecto.

-¡Viene el viejo Maseo!

Sí. Soy el viejo Maseo. Y me gusta serlo. A mis noventa años me consideran una reliquia viviente.

-Tú, que conociste a Francisco, hálbanos de él.

-Aquí en este mismo lugar, reímos y cantamos tantas veces.

Entro con ellos a la capilla. Está igual que siempre, llenándose de oraciones. Quiero llenarla de cantos.

-Cantemos -les digo a estos chicos. Ellos también se saben el Cántico del hermano Sol.

Me paro adelante, y empiezo a entonarlo con toda la fuerza que mis cansados pulmones me permiten. Los muchachos entran en la canción con mucha más energía. Esto es vida.

De pronto, siento un intenso dolor en el pecho. Me doblo, y grito. El suelo se viene hacia mí y me golpea en el rostro. Sin embargo..., no siento nada...